

Juan Cruz Ruiz

Primeras personas



Juan Cruz Ruiz

Primeras personas

ALFAGUARA



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Para José Manuel Caballero Bonald

Para Juan Cueto

Para Peter Mayer

También se cantará en los tiempos oscuros.

BERTOLT BRECHT

Tantas... tantas cosas inútiles que nadie rompe pero se rompieron.

PABLO NERUDA

La historia se construye con personas.

CEES NOOTEBOOM

Como no soy historiador, no me he ayudado de notas ni de libros y, de todos modos, el retrato que presento es el mío, con mis convicciones, mis vacilaciones, mis reiteraciones y mis lagunas, con mis verdades y mis mentiras, en una palabra: mi memoria.

LUIS BUÑUEL,
Mi último suspiro

Algunas notas sobre este libro

Todo retrato ajeno se corresponde con los cristales rotos que, juntos, compondrían una autobiografía igualmente fragmentada, herida o bella, pero al fin propia. Imposible de hacer sin los demás lo que al fin y al cabo es también un autorretrato. Uno se hace con otros; de los demás depende tu humor, tu ambición o tu nobleza. Tu mezquindad también es hija de los recuerdos, pero te corresponde a ti saber cómo controlar las perversiones que acaecen y nublan tu uso de la razón, de la amistad o del aprendizaje.

Aquí, en este libro, hay más de medio centenar de nombres propios que son imprescindibles para completar este autorretrato que se corresponde con lo que en mi memoria han dejado estos seres humanos que son primeras personas de mi vida. Aquí están muchos de aquellos que he conocido y que permanecen influyentes o imborrables en el recuerdo.

El libro es, también, una crónica general de la gente que he conocido, a la que se añaden amigos o parientes próximos, mis padres, algunos de mis compañeros. Casi siempre he usado, en exclusiva, mi memoria, lo que en ella se ha ido sedimentando de los demás. Pocas veces he recurrido a papeles o recortes: quería que el fresco fuera verdaderamente una purga de lo que recuerda el corazón.

Ese desorden natural que marca la memoria, que camina por los andares y los malandares que se le antojan, convierte muchos lugares de esta excursión personal por el factor humano de la literatura en crónica, reportaje, perfil, retrato, abrazo o despedida. No encontrarán maldad (no me la toleraría), ni desdén (no lo siento). Mi vida se rige por una frase que le leí a Albert Camus en su primer libro, *El revés y el derecho*: «El sol que reinó sobre mi infancia me privó de todo resentimiento». Naturalmente, es una aspiración, pero aspiro a que sea verdad. De hecho, la mayor parte de los que aquí aparecen me han ayudado en esa tarea de cumplir lo que Camus ha convertido en un motivo para seguir la ya muy larga ruta de mi vida.

Para empezar a escribir

Cristales rotos sobre todo esto. De lo que recuerdo de mí sobresale la torpeza.

No sé juntar bien la basura, y no sé recoger los cristales rotos, excede a mi pobre eficacia para terminar las cosas, incluso las conversaciones o los libros, y estoy rodeado de miles de papeles, de cartas que fueron memorables y que ya no están ni siquiera en los antiguos arcones.

Mi madre comenzó esa tradición de perderlo todo, y la casualidad puesta en sus manos convirtió en polvo, para siempre, lo primero que escribí. Al fin y al cabo, para mí bastó con que lo leyera ella, tan a trompicones; mientras tanto, los dos aprendíamos a leer juntos.

Ésa es la mejor memoria entre las que tengo: mi madre leyendo, sentada en una butaca chica de color azul claro, los codos sobre las rodillas, su pierna de color morado a causa de la úlcera, la nariz fruncida por el esfuerzo de descifrar, el delantal grisáceo, mi madre deletreando hasta darse cuenta de lo que quería decir la palabra entera, y leyendo de nuevo, para que yo me enterara de su descubrimiento, un texto que era a la vez una sorpresa y un cuento.

Todo era como un cuento. A veces levantaba la vista: «¿Esto será verdad, Juanillo?». No lo decía ella con la voz —ahora recuerdo su voz, quiero recordar su voz, la voz de mi madre dónde está—, no lo decía su voz, lo decía su frente, mirándome. ¿Será verdad o es un cuento? Fue incrédula hasta el fin, o casi. Hasta la tristeza final fue incrédula. Entonces ya no quiso saber de la vida, se encerró en el silencio. Y qué palabra fue ésa, el silencio, tan grande, con el tiempo tan agigantada.

Mi madre leyendo, una niña ante el mundo incomprensible, sabiendo de él gracias a las palabras que había en los periódicos. Vestida de negro, ese respunte gris de la rebeca, el color gris del delantal, la camisa blanca debajo

de tanto negro, ella decía «los vivos blancos» a lo que sobresalía del luto. Las manos con manchas, ella no llegó a envejecer, ahora yo la supero ya en edad y en viajes: jamás salió de la isla. Mi madre leyendo, sólo eso la llevó de viaje, la lectura. Nuestro alimento común, nuestro secreto argumento del saber. Y yo empecé a escribir: poemas, crónicas, cuentos. Una crónica de boxeo, por ejemplo. Y el principio de un ensayo que no terminé jamás, *Sobre la obra de Camus hay mucho sol*. Y poemas para Olivia, una vecina que nunca me quiso. La adolescencia era un cristal siempre al borde del abismo. La advertencia sobre el fin del mundo: ella no me quiere. Después todo es olvido, retales, cristales rotos, una ventana que no da a ninguna parte.

Luego mi madre fue juntando en un baúl, uno a uno, cada pedazo de lo que yo escribía en papeles casuales, detrás de las facturas, en las listas de la compra o en los contratos de los obreros que trabajaban con mi padre. Y cuando las ratas dieron fin a todo eso, como quien se come de un bocado la escritura, ella no dijo nada, acaso para que yo siguiera escribiendo, o para que supiera que escribir es volver a leer, porque todo se borra y a todo has de volver para hacerlo de nuevo, Penélope cansada mi madre por las tardes sin escuela. «¿Qué pasó con los papeles, madre?» «Estaba de pasar y pasó, ya escribirás otros.» Y yo escribía, era un muchacho que escribía sobre un soporte de conglomerado de madera que olía a carpintería. «Estaba de pasar y pasó, ya escribirás otros.» Y escribía, mi placer y mi dolor juntos; el adolescente no sabe esas palabras, pero las siente. La dureza de vivir: de eso no sabe tampoco, pero va subiendo, como el asma, un cansancio.

Por la noche se deshace la escritura: sobre la escritura cae al alba una tachadura, el día entero para rectificar. Luego has de volver a leerlo para que puedas volver a escribirlo. «A la tercera lectura —me dijo la maestra—, decide: si es que sí, guárdalo; si es que no, que se lo coman los ratones». «Ya se lo comieron, maestra.» «Entonces es que no era que sí.» Ella, la maestra, me tachó, de la primera redacción, una palabra, o dos: «Mal gusto». Ahora ignoro por qué. Hablaba de comerse un guayabo. El que no se lo come es que tiene mal gusto. Mal gusto. No le gustó.

Yo era un niño viendo leer a su madre. ¿Y ya no hay más? ¿Ya no dice nada más ese papel? Entonces era cuando ella inventaba. Yo me hice escuchándola leer. Y releer e inventar.

Luego vinieron amores e hice poemas, pero siempre tuve miedo de los cristales rotos. Yo no sé recoger los cristales rotos sin hacerme sangre.

Mi historia de aquel tiempo, del que hace ya tantas décadas, de modo que estoy ante las últimas, es en este sentido una crónica de la nada hecha pedazos, cristales rotos. Una invención, y luego la realidad, y la invención de nuevo, rompiendo siempre antiguos cristales. Para poder superar la realidad, mi madre inventaba, así que fue tachando e inventando a la vez, como quien cura heridas al tiempo que éstas se producen.

Ésa fue la primera historia que yo recuerdo: invención, realidad y olvido, y vuelta a empezar. Lo hacía magistralmente, como si lo inventado también estuviera escrito y ella lo leyera como si lo hiciera por primera vez. Una narradora eficaz contando aquella historia. Genoveva de Brabante: la oscuridad de las habitaciones, la soledad de los niños, la fragilidad como sustento del miedo. «De miedo no, madre.» La leche y el hambre. El dolor. Ella lo convertía en una historia sin final, «para que mañana no te acuerdes».

La que siguió no es una historia, sino una especie de balancín de relatos. En él, un niño, que era yo mismo, trata de reconstruir los pedazos de todos aquellos textos que ella me fue diciendo. Yo los escribí de otra manera, y con ellos mi madre siguió llenando baúles frágiles, viejos recipientes de los cuentos propios, los que ella contó, los que inventé yo mismo. Allí dentro estaban la realidad y los sueños.

Algunos no llegaron a estar, sólo estaban en la mente de quien se dormía soñándolos. Se evaporaron un día, como cristales rotos, con el mismo ruido punzante. Ella vino a decírmelo: «Todo se lo han comido los ratones». Yo había sentido el ruido. Le mentí cuando declaré mi asombro. Fueron los primeros cristales rotos, los cuentos desaparecidos, hechos ya polvo y nada, en el fondo de baúles que también habían sido eliminados, eran tierra junto a las barricas de vino. Vacías. Ya en el sótano no quedaban ni los altramuces.

Tengo miedo, pues, de los cristales rotos, sé que soy vulnerable a su virulencia azarosa, y además generan en mí superstición, mal augurio, un pavor que no sé decir. Un cristal roto es como un fracaso de la casa. Una lástima personal, una herida en potencia, una bala de tiempo. Una errata en un libro en blanco. Un baúl vacío y ya inservible.

Últimamente se han roto muchos cristales en la casa. De mudanza eso sucede, y la vida lo trae consigo. Recuerdos que son como esos mismos cristales rotos, la ansiedad de la casa en momentos de enfermedad, dolor o

muerte. Y todo eso está simbolizado, en mi mente y en mi memoria, por el punzante, despiadado sonido de los cristales al caer.

Añicos del tiempo, avisos de la tragedia que supone el fin de lo que se toca y es sólido y aún puede durar.

Espejismo brutal del accidente, la inesperada visita de las alarmas que ya no se pueden eludir.

El abrazo mortal del tiempo. Esos jarrones que nadie rompe, pero se rompieron. Amores terribles que fueron hermosos, desengaños y engaños, desventuras, ventanas por las que después entró el aire frío, y que antes fueron ventanas perfectas por las que mi madre miraba los atardeceres de las plataneras.

«Mira, Juanillo, he visto un pájaro con el pecho encarnadito encarnadito.» Repetía el color de sus descubrimientos, como para fijarlo en el aire. Encarnadito. Ya no me pude olvidar del color tan definido de ese pájaro que yo mismo no vi nunca.

Ella retransmitía la realidad, yo la transformaba en visiones propias, y así anduvimos queriendo que la vida fuera digna de ser retransmitida.

Hasta que los ratones acompañaron todo eso hasta el territorio del olvido.

Mi madre era, aún, el territorio de la memoria que se iba haciendo.

Luego se fueron rompiendo cristales en las casas, poco a poco nos fuimos de todas partes, y se fue mi madre primero, antes se había ido mi abuelo, y se fue mi padre, y se fue mi querida hermana Carmela, y nos iremos todos, aquí no se queda ni Dios, siempre decíamos.

No quedaron tampoco aquellos cuentos.

Pero primero nos fuimos de las casas, nos mudamos, y con nosotros nos llevamos los cristales. Yo me llevé cristales de mi casa, los cristales que guardaban retratos viejos, mi madre jugando con sus primeros nietos, jugando conmigo mis hermanas, Candelaria, Carmela, Paco estaba en el taller haciendo tornillos, nosotros jugábamos todos en la calle cuando el tiempo aún no había empezado a destrozar las ventanas y sus cristales, todavía el viento, o la brisa, se quedaba en el campo y no entraba en la historia para desbaratarla.

Éramos invulnerables, creía yo, porque no faltaba nadie en casa por las noches. Estaban, por decirlo así, intactos los cristales. El que me guardaba del frío de la calle estaba atado por un clavo minúsculo y sólo podía ser un

milagro lo que lo mantenía ahí, como sujeto por un hilo, mientras mi madre me contaba cuentos, esta vez de pie, vigilando la calle por la que entonces no pasaba nadie.

Nos llevamos los cristales. Cristales de mi casa y de todas las casas, y por el camino se fueron rompiendo cristales y amores, y paisajes, y hubo guerras y desajustes distintos del mundo. Cristales rotos por doquier, nadie sabía ya dónde guardar las pertenencias. Ni la memoria servía para dar constancia de los cristales que se fueron rompiendo.

En las mudanzas eso sucede, que se rompen los cristales, y en la vida todo es mudanza, temblor de tierra y de maletas viejas en las que residen, sin memoria del tiempo, sin anotación que las aclare, las fotografías. La abundancia de álbumes ya excede el tiempo en que fueron tomados esos retratos, el humor que había en los rostros que ahora son dolor de ausencia, todo está esparcido por el suelo, junto a la eficacia del olvido para dejar de tener en cuenta fechas y lugares.

Todo se quedó ya atrás, en las agendas igualmente inservibles. Nadie se acuerda de nada. Todo es un extraordinario cristal hecho pedazos que ya no resguarda ni del frío ni de la memoria del frío. Cristales que guardaron retratos memorables que han ido de una casa a otra con la consistencia de lo que jamás iba a olvidarse.

Estoy en El Médano, la casa del sur, arena y olas. Aquí dentro, en el sótano donde escribo. Un escombros de cristales cae sobre Günter Grass, primera estación de esta memoria en la que combino mi experiencia propia con el conocimiento de primeras personas que me propongo retratar.

Cristales rotos sobre todo esto

Cristales rotos. Cuadros que se trasladan de un lugar a otro, arcones viejos que ya no se usan y que permanecen en el suelo, con su urgencia por ser basura. Muchos jarrones también habrán caído así a lo largo de tantos viajes de unas casas a otras, muchos añicos amontonados en la memoria hecha pedazos que es la vida abundante en días y en años y, sin embargo, parece siempre recomenzar, como las olas que ahora enfrentan, otra vez, esta casa de El Médano, donde acaba de romperse el cristal que salvaba de la intemperie de los días un retrato en el que aparece Günter Grass firmando un libro en Oviedo.

Desde hace mucho tiempo no me puedo olvidar de Günter Grass. Antes de que un mandoble inesperado e involuntario, y cruel, rompiera ese cristal y dejara la imagen sin esa protección ligera y frágil, yo miraba la fotografía y me preguntaba por qué había resistido tanto en esta estantería ante el mar, cuando aquí todo parece guardado en un desván para entrar en el olvido de los sótanos. La fotografía de Grass firmando un libro en 1999 puesta en un marco y situada en una parte muy visible de este sótano donde guardo los libros que fueron viniendo a casa cuando era un adolescente que se iba haciendo ya con sus propias lecturas. Ahí estaba Grass, entre la memoria enmarañada de los libros.

Pues estamos en un sótano, escribo en un sótano y hasta el ruido de la casa llega aquí como llegan los sonidos a los sótanos. El silencio forma un hueco en mi mente, ahí se aloja la memoria que trataré de ir haciendo sólida en estas páginas como cristales rotos, hechas de pedazos que voy reconstruyendo como si me miraran hacerlo las personas que van a ir apareciendo en este álbum que prolonga otro libro que hice, *Egos revueltos*. Personas vivas o personas a las que ya hemos despedido. Pasó en aquel volumen, en éste no hay estrategia sino advenimiento, las palabras van brotando sin reproche ni ansiedad, lo que recuerdo es lo que sé. No soy dueño consciente de una

hemeroteca ni me seducen ya los cuadernos, y de bitácoras no sé nada.

Ahora hay como otra melancolía, y aunque haya egos por doquier, y también salgan aquí, el tiempo me ha enseñado que es en la soledad de las personas donde se hacen más superfluas las vanaglorias, así que procuraré describir esos silencios, así como mi propio silencio, que es al fin y al cabo el cristal invisible que nos guarda del miedo del tiempo, esa edad que Carlos Fuentes, por ejemplo, creyó que jamás le iba a traspasar. Y sobre él cayó el cristal, como cayó o caerá sobre todos los que ya nos precedieron para siempre. El silencio propio es un arrepentimiento. Y nos llegará. Nos llegará a todos. Para nada sirve la vanagloria de burlarse del tiempo henchido de los otros; nosotros también seremos sepultados en un cementerio de cristales rotos.

El silencio roto sobre Günter Grass

Pues así estaba el retrato de Günter Grass, en una balda mediana, mirando en el silencio del sótano el ir y venir de mis días en la playa de El Médano, junto a otros retratos que han ido saliendo de la timidez o humildad de sus escondrijos. La presencia de Grass marcando con su presencia informal, vistiendo, entre sujetos trajeados, un suéter de color morado, sosteniendo solícito el libro que acaba de firmar para que lo tome en las manos alguien que se lo ha requerido y que permanece de pie, de espaldas, ante el hombre que ya obtuvo el Premio Nobel y que en ese momento está ahí para recibir el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Él está ahí feliz y quieto, es un hombre del norte que calza zapatones y lleva una chaqueta de pana que debe de pesarle como un tabardo. Resopla cuando ríe, y cuando sonrío es serio, no tiene transición su risa: ríe o gruñe, su cara no ofrece medias tintas.

En otras fotografías, en otras casas que he tenido o frecuentado, él celebra que hemos decidido (su traductor, Miguel Sáenz, y yo mismo, y Grita Loeb sack, la mujer de Miguel, y Ute Grunert, la mujer de Günter) que su libro más importante, *El tambor de hojalata*, se retraduciría al medio siglo de haberse traducido por primera vez para ser publicado en México. Lo celebramos como se celebran los acontecimientos, dándonos la mano, brindando con vino blanco, a la luz de la risa de Grass oculta por la pipa.

Recuerdo la comida que nos puso Grita, y que había velas; hacía ese calor que yo sentía cuando era editor y todo me parecía decisivo, tanto una celebración como una despedida, y de pronto el calor era humedad del cuerpo, la ansiedad por que todo saliera bien.

Pero ésa es otra fotografía, ésa está en varias casas, o ya no está. Esta del sótano es más casual, una fotografía cualquiera tomada un día cualquiera de aquellos fastos, él firmando un libro, gesto tan banal, entregándolo en propia mano. Cómo resistió tanto ese retrato móvil de Günter Grass. Le di un golpe

y el cristal fue cayendo al suelo, muriendo, el cadáver del hombre visto en el poema de César Vallejo.

Aquello pensaba mientras miraba la fotografía. Cómo se va adaptando la memoria a los objetos quietos, como si hubieran estado ahí —y así— toda la vida, aun antes de que yo los mirara por primera vez. Luego tomé la maleta de mis viajes, donde hay libros y camisetas, este ordenador y cuadernos viejos o recientes. Hasta que, torpe en el manejo de la maleta, el asa de metal fue a dar exactamente contra el cristal que guardaba hasta entonces la fotografía de Günter Grass firmando un libro en Oviedo.

Los pedazos cayeron al suelo de mosaico, un cuadrado marrón claro que domina toda la habitación del sótano. Alrededor festejan ahora los cantos de los pájaros que bajan de la casa de al lado, pero en la estancia hay un silencio de sótano. Está la mesa cargada de libros viejos, algunos de los cuales han servido para recordar qué libros leía en la juventud, así que hay obras de Juan Carlos Onetti, de Julio Cortázar, de Ernesto Sabato, de Guillermo Cabrera Infante, de Adriano González León, de Virginia Woolf, de Ana María Moix, de Walter Benjamin o de Georges Bataille...; hay también algunos libros que yo mismo escribí entonces, y hay, sobre todo, fotografías de gente que ya no está, como Mario Benedetti o Isabel Polanco, y que fueron, como algunos de los que acabo de citar, amigos o conocidos, gente a la que frecuenté por el trabajo o por el afecto, o por ambas circunstancias superpuestas.

Así que observo que la mesa, la estantería en la que estaba el marco con la fotografía de Günter Grass firmando un libro en Oviedo, toda la casa, el silencio del sótano, los cantos de los pájaros, los sonidos domésticos, el desorden que me rodea en este cuarto oscuro, es una autobiografía hecha de presencias ajenas cuyo recuento se ha ido confundiendo con mi propia vida. Y ahora todas esas fotos, sus sonidos y sus nombres, se confunden también con el recuerdo de lo que fui viviendo gracias a las experiencias ajenas.

Todo tiene su sentido en esta mesa y en este cuarto, junto a los cristales rotos que antes recubrían la fotografía de Grass. Quizá cuando yo no esté el sentido sea otro, porque será otra la mirada, o no habrá mirada sino sustitución de la historia y por tanto de los objetos que habitan el sótano. Habrá pasado el tiempo y habrá tenis sudados, objetos marinos, artilugios de windsurfista, y en esta estantería de la que ahora se ha caído Günter Grass habrá acaso una fotografía de mi propio rostro desvanecido por el tiempo, delante de los libros que hay ahora, una vieja antología de Miguel de

Unamuno y algunas reliquias de Knut Hamsun, así como el más viejo de los libros que tengo, *El ruiseñor y la rosa*, de Oscar Wilde, el preso de Reading. Habrá, acaso, otra fotografía, un mar abierto, la soledad de una orilla, una novia que ya no será mía. Y, si la hay, será igual de frágil, tendrá un cristal como ése protegiéndola de esta intemperie oscura, y un día vendrá Oliver, o quien sea, y le romperá el cristal que la resguardaba de un manotazo limpio y alado, una mano torpe como la del abuelo manejando sin maña una maleta de la que sacaba cosas de algún viaje.

Y entonces esa nueva fotografía también será añicos en el suelo, y el que la haya derrotado así, Oliver o quien sea, reflexionará un momento y dirá, si acaso: «Ya llevaba demasiado tiempo ahí encerrada». Y la subirá al cuarto grande, y la pondrá, con otras que tampoco tienen marco, en esa azotea más visible de los recuerdos, donde, por cierto, hay una fotografía del niño aquel jugando con sombreros.

O no habrá retrato alguno y sólo habrá una fotografía, la de una batalla entre el mar y un joven, quizá Oliver, mi nieto, que sobre esta mesa habrá puesto cáscaras de naranja de su desayuno tardío, la cama deshecha donde antes hubo una luz que amparaba la escritura que se está haciendo mientras suenan los aviones y las sirenas de los barcos que atraviesan el mar restallante del Atlántico en El Médano.

La salida del sol, acaso, será la mejor imagen elegida luego para sustituir aquí la oscuridad que había pegada a la pared.

El gran hombre a la intemperie

Pero ahora están la mesa, la estantería y los cristales rotos, y es el 27 de diciembre de 2017, a un año y tres meses exactamente de que yo mismo cumpla dos años menos de los que tenía Günter Grass cuando firmó aquel libro con el que aparece en la fotografía. Y ahí está, ahora, el gran hombre a la intemperie, como el rey desnudo que un día él mismo pintó para que yo lo enmarcara, y está ese rey desnudo en otra casa, en Madrid, tantos aguaceros, triste ciudad capital de la guerra y de la movida y de las manifestaciones, de los atentados del 11M y de la primavera del 15M, y ahora la ciudad donde trabajo. Capital de la dicha y capital del llanto, lugar donde nació Oliver y donde mi hija Eva trabaja ahora celebrando imaginación y años. Y capital de la incertidumbre, testigo de la vejez que voy ganando. Me duele el corazón y también me duelen el coxis y algunas vértebras, y soy este que escribe a partir de un incidente que tiene como víctima una fotografía de Günter Grass. Soy el que narra, pero mi memoria me asiste.

El cristal que protegía esa foto, en fin, saltó en pedazos igual que se rompen las metáforas. Se rompió transitando desde el silencio al dolor o al ruido, como un bisturí cuando corta la piel, con un sonido seco, definitivo y claro, no hay vuelta atrás para ese estampido que causa sangre y alarma en los quirófanos. No hay vuelta atrás, ya nadie pega eso que se ha roto, no se salva ni Dios de una caída así como del cielo.

Tras el sonido cruel de los cristales volvió el silencio a ser el rumor monótono del sótano en el que recuerdo con palabras el símbolo en que se convertían esos añicos.

De todo ello, de toda esa memoria adherida al incidente casual, lo que sobresale en este momento es ese retrato roto de Günter Grass. Mi primera intención fue retirar los pedazos de cristal para que en la casa no se hiciera crónica del desastre («Qué has hecho, Juan, ¡otro destrozo!») en el que

habitualmente incurro cuando abordo reparaciones domésticas o intento ordenar lo que ya no tiene remedio. Pero me paré a tiempo. Recogí del suelo el marco, recogí también, y en silencio, los pedazos de cristal que lo rodeaban como si estuviera juntando así las paredes o las palabras de una metáfora. Lo puse todo, con el cuidado que ha de procurarse cuando se maneja lo precioso o el peligro, encima de la mesa donde reposan muchos objetos que han ido conmigo siempre y que ahora residen aquí, en el desorden propio de la vida cuando ésta es ya muy abundante.

Entre los recuerdos que ya no dicen nada juntos hay algunos que, por separado, tendrían su propia historia. Por ejemplo, y ésta es una coincidencia a la que ha venido a dar sentido el marco roto, hay ahora junto a la cristalería una vieja edición española de *Camino*, la obra famosísima, por su devoción cursi o porque sus seguidores la han adoptado como guía espiritual para su propio desvarío, de Josemaría Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus Dei. Me la regaló Günter Grass, precisamente, durante ese mismo viaje en que fue retratado en Oviedo firmando un libro, creo que *Mi siglo*, en el que él recogía, con minuciosidad poética, las grandes gestas tristes del siglo XX, años en que su presencia dominó con un poderoso grito de melancolía, el de Oskar, su tamborilero.

Günter Grass se había dado una vuelta por el monasterio de El Escorial, estuvo en la zona de los despojos de los viejos reyes, se entretuvo llenando y vaciando su pipa, y en un recodo lleno de devotos unas chicas le regalaron ese librito. La cubierta estaba entonces desgastada por el uso pero seguía siendo blanca, aunque ya en esta casa ha ido adquiriendo el color gris al que estaba destinada. Como solía ocurrir cuando estaba contento de cualquier hallazgo, o cuando se reía de sí mismo, de sus ocurrencias o de sus chistes de hombre grande que devenía en niño, Grass fruncía la nariz, entrecerraba los ojos y daba saltitos, gritando «¡¡Mira, mira!!», como si trajera un pez vivo, o de mentira, entre las manos.

Y con esa risita me hizo el presente, pues había escrito, en esa cubierta minúscula, mi nombre y su firma, como si él mismo, y ahí venía su travesura, hubiera escrito aquel libro que a mí también me parecía cursi, hipócrita y banal, un refugio para nadadores tristes. Un caballo sobre el que cabalgaron españoles signados por la cruz de Dios y de aquel Balaguer de Hamelín, tan sucio como el calvario que supusieron Franco y sus religiosos.

Y ahora, al depositar el marco roto en el que Grass aparece con su pipa en la boca, entregando a alguien un libro suyo, sentado en una silla de madera, contemplado por quienes quieren ver de cerca a un premio Nobel, he sentido que de alguna manera los objetos se requieren, se juntan, se hacen imprescindibles cuando los amigos fallan, o cuando falta uno tan sólo y vienen otros, con su aliento, a resolver una ausencia ya sólida, como de piedra gris, el color del delantal de los pobres. Ésta es una galería de fotografías: retratos sobre retratos, y también retratos rotos de gente a la que ya no reconocerías.

Ese marco necesitaba bajar de la escalinata de la estantería y colocarse al amparo casual de una vieja reliquia que a Grass hizo reír cuando la halló en el desván devoto de El Escorial. Ahora residen juntos, como si necesitaran comunicarse, o reír, y al verlos así, tan de casualidad, me viene otra vez a la memoria aquel día, los berberechos, Grass como un muchacho fatigando las calles de Oviedo con ese paso que tienen los hombres viejos, mirando a un lado y a otro de la calzada, por si un coche los arranca de cuajo del pavimento y ya no almuerzan. Tanto guardar la vida y luego eres una fotografía enmarcada, la firma en un papel de hojaldre para guardar los desayunos o las reliquias.

Günter Grass. La última vez que lo vi habló de cristales rotos, precisamente. Era 2015, unas semanas antes de su muerte. Yo no podía imaginar entonces, nunca lo imagino, que alguien pueda morir, que llegue un momento en que la línea se quede quieta en el último cerrojo; la llave ya no abre, se acabó la respiración, del todo se acabó el tiempo. Una mirilla que se cierra en el monasterio que se abre a la nada más menesterosa o miserable, donde ya no puedes decirle a nadie quién has sido. Se acabó y se acabó y se acabó, ya no hay más grito.

En aquella calle, ya la neblina asturiana posándose en sus ojos clareados por la vejez y las gafas, Grass no miró a nadie, iba con la cabeza gacha, enfrascado en su pipa oscura, inhalando nada, pues ya entonces tenía vedado el tabaco o fumaba poco. En el suelo acaso veía el futuro caedizo, u ojalá el futuro nada más, aunque ya es posible que futuro sea lo que no haya, las líneas del horizonte que hacen los pies de los mayores: uno mirando al este y el otro al oeste, jugando aún, como los niños, a saltarse baldosas, jugando a la rayuela con la mente, como si recordaras la primera vez que fabricaste de la nada un juguete para engañar el tiempo.

Pero eso fue en la calle de Oviedo. Aquí, en la casa de Lübeck, como una cocina inmensa, es de noche ya y estamos quietos. Grita Loeb sack traducía la voz aún potente de Grass, pero ya no tan pletórico, y yo tomaba notas mentalmente, «la entrevista será más tarde, ahora no me hagas preguntas».

Seramente. Grass no gastaba bromas en los prolegómenos, era en ese momento un ser doméstico degustando paté como si fuera la única comida de la noche, con tanto apetito, enfurruñado, contando qué pasaba en el siglo en el que ya iba a contar mucho menos que en el siglo XX, aquella etapa triste y decisiva de las vidas de quienes estábamos juntos en la cocina. Un canario, un malagueño, el fotógrafo Julián Rojas, y el resto alemanes: Grita, Ute, Günter. La atmósfera de un conciliábulo, palabras y gruñidos, suspiros y preguntas. La preparación para una entrevista. Y café con leche, por favor.

Si hablas pospones el fin del mundo, al fin y al cabo. Rafael Alberti decía que había que acabar la vida mientras hablas, a hachazos pequeños como párrafos de poeta. Y allí estábamos hablando, una estrategia para posponer el tiempo. Ute iba y venía con viandas, pan negro, ¿una cerveza? Café con leche, o té, té verde, por favor, sin azúcar ni leche. La casa dormía al otro lado de las fotografías, y en la cocina, en este lado eficaz y nutritivo del mundo, el gran hombre triste estaba a la vez cansado, resignado a responder al periodista que había hecho tan largo viaje, Madrid-Hamburgo-Lübeck, por saber cómo estás, Günter, y a la vez para hacerte unas preguntas que vendrán luego, en el cobertizo de cristal que mira esquivo Francisco de Goya y Lucientes. La luz está graduada como para albergar una palabra que me ronda al ver el orden como de mundo hecho que tiene el cobertizo: creativo. Aquí deposita su humanidad un creador. Lo noto cansado, y está triste. Es toda una vida desplazando este cuerpo, y tiene heridas. A este hombre le han venido las heridas de golpe. La culpa fue de su memoria de la Segunda Guerra Mundial, *Pelando la cebolla*. Ahora está el libro junto a mis codos, mientras recuerdo todo esto en el ámbito en el que hace un rato se rompió en mil pedazos el cristal que cubría su fotografía.

Habían pasado ocho años desde el escándalo de *Pelando la cebolla*, y aún nimbaba su figura una mota de polvo despiadado, ya nadie le iba a gritar la diatriba que supuso para él aquella persecución por lo que dijo de su militancia juvenil en las Waffen SS alemanas. Siglas malditas del siglo XX, el siglo de las siglas, y ésas fueron las peores, las más mortíferas. Fue en su país

donde menos se lo perdonaron. Pero ya era tarde para que volviera a hablar de esa mancha de su memoria, de su corazón y de su memoria.

Su corazón feliz de Asturias fue luego, en mi recuerdo, su corazón desgarrado de Faro, en su casa junto al cielo, a tiro de mar, los nietos tomando la luna en la azotea, y él abajo explicando cómo fue, sin certidumbre, sin convencimiento. Le tapiaron su obra: hasta aquí llegó Günter Grass. La suya fue una confesión inesperada, a esas alturas, pero nadie lo podía resarcir de lo que él mismo denunció, le estaba esperando un pelotón: tiene que devolver las condecoraciones civiles, los premios, no es digno de pertenecer a la lista de los buenos alemanes. Lo dijo, sí, pero a destiempo. No lo había dicho a tiempo, dijeron también. Y no era verdad. Fueron implacables, un pelotón de ejecución perfectamente serio para hacerle purgar lo que años antes era una anécdota grave, pero perdonada, de miles de adolescentes alemanes que también fueron a la guerra en el lado del terror nazi.

La noche en que surgió aquella denuncia, tras la publicación de *Pelando la cebolla*, yo rebusqué aquí mismo, en esta casa de El Médano, otras declaraciones suyas, otras confesiones antiguas, y escribí para el periódico *El País* esos desmentidos que se habían comido los ratones de las hemerotecas alemanas, pues nadie dijo que Grass, precisamente, lo había escrito ya, o dicho, en una radio berlinesa, en los años cincuenta. Lo hizo en otros libros, en emisoras de radio, del Este y del Oeste, pero fue cuando los culpables de aquella guerra ya no eran tan sólo los que ejecutaron el horror bien a sabiendas, sino también aquellos jóvenes, imberbes casi, que sólo por estar allí como muchachos reclutados a golpe de corneta por los nacionalsocialistas eran también culpables, como los que les mandaron matar.

Él lo había dicho en una emisora alemana: «Lo hice como tantos, y tenía diecisiete años», y eso estaba escrito en aquellos otros libros antiguos, los subrayé uno a uno, como si yo no sólo fuera en ese momento un amigo lejano, su antiguo editor, alguien a quien el escándalo sorprendía en el verano de las islas Canarias, sino su abogado defensor. Después lo persiguieron también desde Israel porque defendió a los palestinos de esa otra inquina, y así sucesivamente. Le había tocado la negra, como se suele decir. Todo amontonado cayó sobre su espalda, y ahora que lo veo caminar hacia el cobertizo entiendo lo que me dijo Hans Magnus Enzensberger unos días antes, cuando le comenté en Múnich: «En dos semanas voy a ver a Grass».

«Dale recuerdos al viejo Grass, tan querido.» Como si le estuviera acariciando ese grave dolor de espalda que acecha a los viejos como el estruendo de la enfermedad o la pérdida.

Cuando lo contó en esas memorias, *Pelando la cebolla*, ya eran otros tiempos, recién comenzado el siglo XXI, cuando se purgaba cada una de las culpas del siglo XX, y hallaron al joven Grass —aquel Oskar de *El tambor de hojalata*— culpable; ya vivía asombrado por tal nube, la culpa a machetazos, a golpes duros y violentos. Él resistió, todavía estaba resistiendo, pero fue una ejecución sumaria, ya no sabía adónde mirar para no hallar denuncias hasta en los crucigramas. ¿Quién fue a la guerra y es culpable y su nombre empieza por G?

Allí estaba Günter Grass, sentado, comiendo paté en la cocina; no puedes dejar de ver sobre la cabeza de las personas acusadas de haber participado en el bando de los asesinos ese signo de culpa que no se alivia ni con las palabras ni con el tiempo. Y aunque estuviéramos hablando de la Primera Guerra Mundial y de los sonámbulos que persisten desde entonces, en realidad, sobre la atmósfera de lo que él decía y de lo que decíamos nosotros, hasta en la forma de alabar la cocina de Ute, perduraba la sombra de lo que había ocurrido cuando salió ese libro. Él se fue de Alemania, a su casa de Portugal, entre el mar y el monte, el Atlántico y la tierra.

Amaya Elezcano, Juan González y yo mismo, ellos todavía en Alfaguara, y yo en el periódico otra vez, fuimos a verlo a Faro. En los ojos de Grass estaba ya ese ceño fruncido, como si le hubieran roto para siempre su paz y su palabra y ya tuviera que vivir culpable por donde fuera, dando razones que (él mismo lo decía) se explicaban una a una en el dichoso libro. Luego lees *Pelando la cebolla* («Trocitos de recuerdo, clasificados de una forma u otra, encajan dejando huecos») y ves por doquier esa culpa, en todas las páginas: culpa de haber ido a la guerra y culpa, entonces, de no haberse creído de inmediato esta evidencia: que Hitler había sembrado de sangre hasta las conciencias de los adolescentes, aquellos que gritaban «*Tomorrow belongs to me*» en la célebre película que reescribió el *Adiós a Berlín* de Christopher Isherwood. Y entre esos adolescentes rubios, cantando también, él lo dice, estaba Günter Grass, aunque éste era moreno y de Danzig, que aún era Polonia, o casi.

Cada una de las páginas de ese libro era, y es todavía, la crónica de una

culpa y por tanto de una extrañeza. El hombre que se arrepiente pero que no sabe darle la vuelta a la página: todo el libro incluye esa página de sangre, gas y crueldad, las cámaras llenas de los huesos anónimos de Europa.

Él estaba allí hablando de 1914, y sobre su cabeza el almanaque marcaba 1944.

Treinta años después, otro adolescente, Oskar, cargaba con la culpa. ¿Por qué no le exoneraron? ¿Para qué querían a Grass triste en los últimos años de su supervivencia después de haber escrito el libro más triste de su vida? ¿No había sido ya *El tambor de hojalata* esa autobiografía de la culpa: el niño que no quiere crecer y que de tanto no quererlo se asoma al mundo para romperlo con la potencia increíble de sus cuerdas vocales? ¿No se había ido ya ese muchacho de todas partes, no había matado Grass al Grass que fue cuando escribió, por ejemplo, *El tambor de hojalata*?

Me dio pena de Grass aquella noche en Lübeck. Y por eso, sin duda, estoy comenzando por él estos retornos al tiempo que he vivido con otros.

Ute y Günter bailando

Habíamos comido juntos, para matar el hambre de la tarde, un paté que había preparado Ute en casa. Ute, su mujer del Este, de Alemania del Este, con la que aparecía en muchas fotografías bailando. De otras visitas yo obtuve la impresión de que en todas las fotografías que había expuestas en las paredes blancas —ahora oscurecidas— del caserón de Lübeck, ellos dos siempre habían sido retratados bailando. Y riendo, por cierto. Los labios de ella, levísimos y húmedos. Los de Grass, gruesos, rehechos para la risa por los ojos alegres.

Esa noche, ella, silenciosa habitualmente, estaba locuaz: nos contó su huida del Este, para encontrarse con Grass en el Oeste. Escondida en un coche descapotable que conducía un amigo italiano, risueño y golfo, que trasladaba así a los que se querían ir del reino de Honecker. Y su relato, que parecía una sinfonía y a la vez una de aquellas películas que se hicieron sobre el Muro horrible y sus consecuencias trágicas y cómicas, era compulsado e interrumpido por las risas de Grass, que la animaba a seguir contando.

Habíamos hecho una larga entrevista que sería, así es la vida, la última que se le hizo; en ella no había estado tan risueño, los asuntos, en 2015, ya eran tan dramáticos en el mundo que él los consideraba iguales a los prolegómenos que anunciaron la guerra de hacía cien años. Y él tenía consigo ese libro, *Sonámbulos*, de Christopher Clark, que nos avisaba: lo que pasó en los Balcanes volverá a pasar en todas partes, alguien se saltará la ley, habrá nuevas trampas. En Cataluña, por hablar de lo que ya estaba tan cerca, empezaban a surgir desavenencias entre la Generalitat de Convergència y el Estado, y España corría el riesgo de sufrir el mismo destino que los Balcanes (eso era lo que se decía) después de Tito. Y aunque había pasado mucho tiempo desde que eso ocurrió, él estaba seguro de que aún no habían acabado los efectos maléficos de la guerra del 14.

Antes de la entrevista, él me dejó ver ese libro que estaba leyendo, cuya

traducción española estuvo muy pronto disponible, de modo que yo pude consultarlo igualmente en mi propio idioma. Grass lo había leído desde la primera hasta la última sílaba, porque él era una de las víctimas del recuento. Y con el libro en la mano, aquel poderoso tomo alemán, me dijo como quien está a punto de arrojar una piedra sobre aguas estancadas: «Y esto volverá a pasar».

Lo que explicaba el libro era cómo la guerra del 14, tan lejana, había causado posteriores desvergüenzas mundiales —como el nazismo o el despedazamiento de los Balcanes— en las que se impusieron como norma las razas y su supremacía... Y ahora le seguiría tocando a Europa la misma ración de destrucción y delirio.

En ese momento estábamos en el auge de la crisis, también en su país. Europa era destino de la emigración, «como en otros tiempos», y por esa vía volverán los nazis xenófobos, y habrá un resurgimiento de la ultraderecha que querrá salvar la patria de los pobres y de los desahuciados. Y Grass seguía expresando su propio temblor histórico: él fue seducido de adolescente, culpable entonces y después culpable de sí mismo en su memoria, tenía diecisiete años, por los himnos de Hitler, se había unido por romanticismo, por salir del ambiente medio burgués y estrecho de su casa y por esa voz que tronó en la Europa desprevenida, y él creía que esa seducción por el fascismo iba a reproducirse ahora entre nosotros, cuando él superaba con mucho la edad de la seducción, un joven de naturaleza mixta creyéndose el cuento de la supremacía.

No sólo eso, dijo: «Va a ocurrir lo inevitable». Sediciosos de toda laya iban a venir con sueños imperiales o nacionalistas de imperios chiquitos a romper lo que tras la Segunda Guerra Mundial había sido sentido como el sueño de la unidad de Europa.

Él especulaba, pero los materiales los tenía cerca. En su propia piel. A esas alturas de la vida, a los ochenta y siete años, Grass era un hombre grande, casi monumental, pero el tiempo lo había ido haciendo más chaparro; ya caminaba con mucha dificultad, por la respiración o por el tiempo, así que las distancias se le hacían eternas.

De la cocina a su estudio, donde hicimos la entrevista, en un jardín acristalado junto a su lugar para escribir y para pintar, sentí su respiración triste, aún presente desde que ocho años atrás la prensa de Europa, y especialmente la de Alemania, hallara en *Pelando la cebolla* documentos

suficientes para señalarlo como criminal de guerra. El criminal que se denuncia a sí mismo, podría decirse.

Sentí, mirándolo, que él era, esta vez sí, Oskar Matzerath, el muchacho que tocaba, para salvarse, su tambor de hojalata.

Quiso leer la entrevista antes de que ésta se publicara en *El País*. Se adelantó su muerte.

Cuando estaba escribiendo su obituario en la redacción del periódico, alguien pasó a mi lado. Me preguntó, a bocajarro:

—¿Qué haces?

—Ha muerto Günter Grass. De él escribo.

Y entonces me dijo el compañero:

—¿Ese tipejo? ¡Un hijo de puta!

Pensé en su madre, en la madre de Grass, inevitablemente. Él se fue a la guerra para salvarla de la humillación de Hitler. Como otros se fueron a la guerra de España para salvar la cocina de la casa, el patio, la ropa, la dignidad...

No le dije nada al compañero. Quizá por eso he escrito ahora este testamento que no me dictó nadie sino los ojos de Grass aquella noche, riendo al fin mientras Ute contaba su aventura huyendo del Este cuando aquello era el infierno.

A Grass el infierno le devolvió el grito de Oskar. Cuando ganó el Nobel en 1999, uno de los homenajes fue el sonido ensordecedor de los tambores en un centro cultural de Lübeck. Faltaban casi siete años para que el martirio del recuerdo fuera desatado por el propio Grass.

Corrigió ese libro en Madrid, junto a la Puerta del Sol. Le fui a ver allí alguna vez: encima de una mesa alargada, de madera fina, tenía los dibujos que hay en *Pelando la cebolla*. Y leía las pruebas como quien consulta partituras. Al salir de la casa, me dijo: «Un momento».

Quería recoger la basura. Y la llevó en una bolsa negra, con la que viajó en el ascensor. Luego se limpió las manos y nos fuimos a tomar coñac al Café Central, donde escuchaba jazz feliz de la vida.

Zona de correspondencia: Doris Lessing

Otoño de 2007. A Doris Lessing le acaban de dar el Nobel y ella está sola en su casa del norte de Londres. Maúlla una gata arriba. Mi hija me acompaña para transcribir, en el viaje de vuelta, lo que ella me haya dicho con esa boca pequeña y fruncida, arrugas que parecen hechas una a una, año tras año, palabra por palabra. La puerta de la calle está entreabierta. Los que han querido felicitarla le han mandado flores y cartas, incontables telegramas, una correspondencia avasalladora «como nunca antes había habido en esta casa». Ella estaba arriba, desde arriba daba órdenes a los carteros, no quería más cartas, «llévense ese enorme cargamento». Pero los carteros de Londres siguieron acudiendo tras esa noticia que ella había recibido como si le hubieran puesto una inyección contra el resfriado. La había visto antes, en Oviedo, donde recibió el Premio Príncipe de Asturias que precedió al Nobel. Indiferente a la gloria, caminaba con pausa ante los reyes españoles, que entonces eran los viejos reyes. Y en este momento de gloria internacional recibía en Londres con igual desdén la correspondencia del éxito, que había atascado por completo la puerta de su casa. Nos gritó desde arriba para que nos abriéramos paso y al llegar ante ella Doris estaba sentada, las piernas abiertas, reposando del leve ajeteo a que era sometida, más que por el premio, por las preguntas que tenía que responder, «siempre las mismas». «¿Y usted qué necesita?» Me dio vergüenza decirle que necesitaba tomarme un ibuprofeno, porque el viaje había sido muy intenso, y no le dije nada. Pero le hice una pregunta, sobre su infancia. De improviso, como si me respondiera, me ofreció un ibuprofeno.

Peter Mayer canta con Chavela Vargas

De Günter Grass tuve esa fotografía en la estantería del sótano, en El Médano, pero de Peter Mayer aquí no tengo retratos.

Ni los tengo cantando canciones de Chavela Vargas una noche del verano de 1993, cuando nos emborrachamos juntos en un bar de Madrid, Oh! Madrid, cerca de la plaza de Santa Ana. Ni tengo fotos de la última vez que lo vi, cuando también cantamos canciones de la diosa del folclore mexicano. Él se había enamorado de esa voz al tiempo que enamoraba al primer gran amor de su vida. Entonces era un joven feliz descubierto por la casualidad para ser el editor más influyente del mundo.

La vida son cristales rotos, fotos olvidadas, recuerdos que se van tejiendo sobre suelos que también se rompen. Cuando murió, unos meses después de que lo fuera a ver por última vez a Nueva York, dejó en quienes lo conocimos la imagen de una vitalidad sin freno, un hombre que dormía despierto. Entre los cristales rotos de mi memoria siempre sale él cantando canciones de Chavela Vargas. Hasta el fin.

No tengo fotos, pero sobre esta estantería que me mira escribir sí tengo, en cambio, un libro que firma el diseñador Milton Glaser: *Conversaciones con Peter Mayer*. No hay retratos de Peter, no, pero mi memoria está llena de su vitalidad, de su educación y de su desparpajo. Un sabio estafalario que hizo su vida vendiendo libros. En ése, en concreto, le pregunta Milton Glaser por lo que hay en el alma de las cosas, de las cosas concretas, de los libros, de las casas, de los eslóganes. De las canciones.

Ahora mismo lo tengo presente rodeado de agua oscura, al atardecer, en la piscina de su casa en Woodstock, bajo la montaña que da nombre a su editorial, Overlook, nadando mientras responde a mis preguntas a principios de septiembre de 2005. Esa tarde estamos allí hablando de su carrera. Llegó a la cúspide en Penguin y, en ese momento, tras veinte años en la cumbre,

reposaba como editor viejo al frente de la empresa que fundó su padre, Overlook Press.

Sus amigos celebraban de él que se durmiera en las reuniones, pero que aun así tomara las decisiones acertadas. Él usaba una sentencia de Gaston Gallimard para explicar una regla básica del editor («No es también una respuesta»), y aunque siempre pareció el amigo de todo el mundo, se reservaba sus resquemores para no darles importancia a los vanidosos, que en el mundo editorial son, por ejemplo, editores o agentes que creen haber escrito los libros que hicieron famosos a sus autores.

De todas esas cosas hablamos en aquella piscina verdinegra durante un largo fin de semana del verano de 2005, el último verano de mi vida como editor, el primer otoño de mi regreso a la esquina del viejo oficio de entrevistar para los periódicos.

Aquella casa de Peter bajo la montaña de Overlook era grande, las habitaciones estaban desarregladas como en las películas de Scorsese, había libros por todas partes, y sillones rotos, y cacerolas fuera de sitio, y silencio, se lee. Tenía esa piscina oscura, bajo árboles que parecían albergar pesadillas de adolescentes, y él reía mientras recordaba anécdotas de su padre, de los judíos que son su familia antepasada y de Paul Newman y su mujer, a quienes tuvo allí alquilados. Un día Joanne Woodward halló un ratón en la lavadora y llamó a Peter, que estaba en Londres. «¿Qué debo hacer, Peter?», le preguntó. «Abre la lavadora y sácalo. Y luego tíralo donde puedas.»

Con nosotros estaba Judith Thurman, su compañera de entonces, la autora de *La nariz de Cleopatra*, periodista de *The New Yorker*, y estaba Liese, su hija, y había algunos amigos jóvenes alrededor. Entre estos chicos, una sensación de alegre camaradería como la que pervive en películas que vi y que se parecían a *El graduado* o a *The Last Picture Show*, aunque en ésta hay desde el principio esa sensación de cristales rotos que suena en las vidas de los adolescentes tristes. Aquí no, aquí cantábamos a Chavela Vargas.

Vine a ver a Peter Mayer y estuve a punto de perderme en el desierto de las afueras, bajo la montaña de Overlook, cerca de Woodstock. He llegado aquí conducido por un chino que me ha tomado en el aeropuerto de Nueva York y que no conoce mi idioma. Cuando ya estamos cerca de lo que pensamos que es la casa o el barrio o el pueblo donde vive Peter Mayer, al taxista le da un pronto y no hace sino dar vueltas sobre sí mismo. Yo estoy perdido. Peter no contesta en su casa. He aprendido que para no padecer el vértigo de perderme

es mejor sentir que uno es otro buscando sin prisa una salida del laberinto. Y decidí aguardar a que el azar me ayudara a resolver el dilema.

En esta ocasión, perdido y lejos de Nueva York, opté por ensayar con todos los timbres del vecindario que se suponía cercano a la casa de Peter Mayer, hasta que toqué en una puerta cualquiera de aquel suburbio. ¿Conoce a Peter Mayer? «Está cenando aquí.» El hombre que me respondía era Milton Glaser, con el que Peter conversa en ese libro sobre el diseño y el contenido de las casas y de los libros. El hombre que inventó el célebre logotipo de la campaña *I love New York* me daba la bienvenida a su casa.

Años después, Peter me envió ese libro verdinegro como su piscina.

Un libro verde y negro, muy sencillo, en el que ellos cuentan sus gustos comunes por el diseño, por las artes en general, por lo que dicen las cubiertas antes de que entres en los libros, o por lo que dicen las fachadas antes de que habites las casas. Y lo he puesto de frente, como homenaje al oficio de Peter Mayer, un hombre empeñado en explicar las fachadas y los interiores de su propia historia, la historia de editar, qué hay en un libro, qué hay en una persona, una persona es un libro y no hace falta decir que un solo libro sirve para conocer no sólo al autor sino también al que lee. Tocas un libro y tocas a un hombre.

Me he sentado a escucharlos, teniendo el libro en mis manos. Hay ahí un intercambio que concluye con esta reflexión de Milton Glaser: «Dibujar puede considerarse como una forma de meditación. Meditar conlleva mirar el mundo sin emitir juicios sobre él y permitir que lo que tenemos enfrente se vuelva comprensible. De hecho, el arte tal vez sea la mejor manera que tenemos de experimentar la verdad o lo que es real».

Y le pregunta Peter: «¿Dirías eso del dibujo más que de, por ejemplo, la música o la literatura?».

«Bueno —responde Glaser—, me parece que todas las manifestaciones artísticas tienen algo en común. Lo que creo es que todas son parte del mecanismo de supervivencia de nuestra especie. Creo que el arte es una forma de meditación tanto para quien lo crea como para quien lo contempla y que, como sucede con la meditación, el arte nos hace prestar más atención. Si concedemos que el propósito del arte y de la meditación es producir atención y sosegar la mente para que pueda descartar ideas preexistentes y ver lo que es real, entonces podemos afirmar que todas las artes comparten esto. Nos ayudan a sobrevivir estimulando toda nuestra atención».

Ellos no están hablando, no se oyen sus palabras, pero el dibujo de las letras sobre las páginas produce la magia de la presencia humana, su voz llenando la casa. Ahora esas voces llenan este sótano, se mezclan con otros libros y dan sentido a todas estas cubiertas que me miran escribir como si yo estuviera deletreando cada una de las páginas que me acompañan y que son mi historia y mi ser encerrados entre cubiertas que fueron diseñadas por émulos de Glaser.

Escribir es haber escuchado muchos libros, meditar es oírlos hablar dentro de ti; la memoria ha hecho su trabajo, tú ves a Bovary y a Karamazov y los oyes hablar, como escuchas hablar a Milton y a Peter, tan reales. La abundante letra impresa que está aquí, en el sótano de El Médano, almacenada en la memoria arenosa de este lugar donde se mezclan los libros de mi adolescencia con los libros de todas mis edades, hasta ahora mismo.

Una biblioteca es una meditación activa, una manera explícita, coleccionada, de expresar el amor a la palabra impresa, fijada, a lo que fue mi vida con los libros.

No están Peter y Milton, pero se les oye. El libro conserva esa magia. Son dos seres que mantienen una conversación con palabras, para ser transcrita con palabras y para tratar de algo tan viejo como el arte y la meditación que produce su ejercicio. Es inevitable sentir que el rostro que recuerdas de las personas que has tratado es transparente en las palabras que lees. Y ahí están preguntándose y respondiéndose dos artesanos gracias a los cuales el mundo está mejor hecho.

Los imaginas sentados en sillas próximas, una de aquellas tardes del verano. Y el libro los acoge luego, como un abrazo que ya comparten otros.

Al final no hay fotos, pero hay rostros hablando.

A veces ocurre con los libros y con las fotografías; igual que aquí, en el sótano de El Médano, están esos cristales rotos sobre la foto intacta de Günter Grass, ese libro de conversaciones de Peter Mayer con Milton Glaser y otros rostros, en Madrid están los retratos de Isabel Polanco y de Rafael Azcona, el autorretrato de Günter, mi madre zurciendo en nuestra casa del barranco, mi padre acariciando un cuaderno de anillas en el que no hay nada escrito, Eva de niña jugando con los dedos de su madre, mis hermanos posando junto al mar en un pueblo de pescado y de rocas.

Y en El Médano están también, ahora los veo, Isabel Polanco y Mario

Benedetti, los dos juntos por la casualidad del desorden, Isabel sonriendo, tan alegre como podía serlo una mujer tan abrumada por los pesares del trabajo, y Mario aún con aquella sonrisa desconfiada que lo acompañó casi hasta el final. Y al final, precisamente, se le heló la sonrisa desconfiada, le afeitaron el bigote que parecía la marca de su rostro, y cuando todo se le desvanecía alrededor, en un hospital sin ruidos de Montevideo, ya ni siquiera era él ni él sabía que no lo era. Y gritaba sin esperanza contra todo el que aparecía por su puerta.

Pero ni aquí ni en Madrid hay fotos de Peter Mayer, despeinado, recién afeitado, como un actor de películas en blanco y negro, riendo o durmiendo en sus numerosos viajes, estableciendo reglas sobre cómo editar mejor los libros, cómo acercarlos más eficazmente a los lectores o cómo concebirlos.

Un libro, decía él, nace de la contemplación de las multitudes: tú estás en lo alto de una calle, oyes respirar, hablar, juntarse u odiarse a las personas, y de pronto te llega el latido de un libro para toda esa gente, y no sólo imaginas el tema, sino que además lo construyes y al fin también viene a tu mente el autor que debería escribirlo. Después viene el público, pero a ése lo conoces porque lees la prensa, escuchas la radio, ves la televisión, y además caminas por las calles como si estuvieras estudiando rostros o escuchando voces que sólo son susurros en los oídos de los amantes.

En su casa de Nueva York, cuando viví en ella, Peter dormía y no dormía a la vez mientras sonaban en su televisor siempre encendido los caballos y los jadeos de las películas del Oeste o de las películas de amor que se sucedían en el canal TCM. Muchas veces, en alguna hora sin ruido de la madrugada, la voz de los actores se interrumpía para que cualquier noticiario le contara a él, personalmente, echado y soñoliento sobre la cama de su buhardilla, qué había pasado en Irak o en las cárceles oscuras de México.

Podría decirse que en algún momento de esas noches él era el hombre mejor informado y más despierto de Nueva York. Cuando al fin era la hora de levantarse, yo le preparaba café abundante mientras él buscaba sus espejuelos en medio del universo de sus gafas, cientos de gafas entre las cuales él sabía por instinto cuáles habrían de servirle.

En un momento de mi vida Nueva York era la ciudad en la que estaba Peter, en su casa, trabajando. Después estaba el mundo de fuera, donde podías encontrarte, en la esquina de su casa, a Patti Smith tarareando.

Y aquí, a Nueva York, he venido a verlo este día de octubre de 2017, tantos años después de aquel encuentro junto a la piscina verdinegra del vecindario de Milton Glaser en Woodstock. Muchas veces hice esto, he peregrinado por una ocurrencia detrás de aquellas personas que de un modo u otro han marcado mi vida. Y Peter Mayer está en esa lista.

Él entró en la mitología del oficio de editar por el que yo mismo he transitado porque, siendo taxista en esta ciudad sin pausa, halló por casualidad un libro de Henry Roth, se empeñó en encontrar a aquel escritor esquivo, lo fue a buscar a los más alejados poblados de Norteamérica, y finalmente cumplió con el sueño de hallar al autor de *Llámalo sueño*, el libro que lo hizo lector y editor a la vez.

Cuando se encontró con Roth, Peter le dijo: «Henry, usted tendría que ganar mucho más con esta maravilla». Pilotó su ascensión a los cielos del reconocimiento y el dinero, hasta que él mismo llegó a la cúspide de la edición mundial cuando Penguin lo reclutó, desde una editorial menor, para que fuera, al fin, su presidente. Ahí estuvo veinte años, y en ese transcurso fue cuando lo conocí. Y hemos sido amigos hasta ahora mismo, cuando he ido a Nueva York a verlo porque he sabido que no se encuentra bien de salud y quiero ir a su oficina en el Soho, rodeado de libros y de fotografías, a darle un abrazo.

Y ahí está Peter Mayer, al final de los pasillos, sentado sin demasiada alegría en un butacón, ante varios ordenadores, asistido por algunas secretarias que ya lo conocen hasta en sus más mínimas manías. Y yo estoy frente a él. Me lo imaginaba peor, y como lo imaginaba lo encontré. Hasta que se fue produciendo el milagro y al final cantamos como cuando nos conocimos. Canciones de Chavela Vargas.

Escuchándola, en su juventud, él descubrió a un gran amor de su vida, en un garito de México D. F. en el que, borracha todavía, cantaba la gran dama que hizo más grande a José Alfredo Jiménez, ahora un hombre de piedra en una esquina de La Condesa, cerca de la calle Ámsterdam, donde hasta hace unos días vivía con David Antón el escritor Fernando Vallejo. Alguien destrozó con saña la guitarra que llevaba José Alfredo en esa estatua.

Pero el tiempo es implacable, un seductor mentiroso, y también lo son esas heridas que llevaron a Peter a la sala de operaciones (tuvieron que intervenirle en la nuca, ahora no puede mover la cabeza; se le han entristecido los ojos y me cuesta imaginarlo por aquellas escalinatas de Fráncfort, al

hombro una bolsa pintada de ranas, inventando libros al amanecer o entre multitudes) y, finalmente, a este estado en el que él mismo se presenta: «Aquí estoy, bastante lesionado». Sonríe. Es inevitable sentir que estoy a la vez viéndolo y despidiéndolo. Cae sobre mi mente, exacta, su imagen del verano de 1993, cuando cantábamos juntos las canciones de Chavela Vargas. Ya será difícil volver a cantar en la vida.

Peter Mayer está entre libros, sus gafas cortadas sobre la nariz, dicta cartas, ésta es su vida, y aquí está, haciéndola. Poner el libro en la conversación de la gente, ésa ha sido su obsesión, y sigue siéndolo esta tarde a las cuatro, en la cuarta planta del edificio recio en el que está su editorial, sobre la tienda de Fred Perry.

Por mi cabeza circulan sus enseñanzas y sus conocimientos. Los libros tienen que estar en la carretera, en las gasolineras, en el supermercado, donde haces la compra, en la playa, en la montaña; donde hay ocio hay un lector que necesita un libro, y tú has de saber buscarlo. Un libro se tiene que presentar en cualquiera de los formatos posibles, y si el libro no funciona porque es grande o caro, hazlo más chico o abarátalo; un libro tiene mil posibilidades de salir adelante, porque en cualquiera de sus formas siempre hallará un mercado, lo que en la peor terminología del sector se sigue llamando *nicho*.

De estas cosas habló cuando lo trajimos a los cursos de verano de El Escorial, en 1993, un año después de que yo asumiera la dirección de Alfaguara. Cuando conocí a Peter Mayer, yo seguía siendo un ignorante, pero ya sabía lo que era el atrevimiento. Él lo consiguió, ¿por qué no lo iban a conseguir otros?

«Acercar el libro a la gente es la obligación del editor.» Esta última frase, que dijo cuando nos encontramos en Madrid, formó parte de las cosas que traté de poner en marcha con Amaya Elezcano, el alma de la editorial. Después de aquel curso, Peter pasó a ser asesor de Isabel Polanco durante los años en que, hasta su muerte, ella estuvo al frente de la compañía.

En ese libro de Milton Glaser, el editor habla de su oficio, un compendio de todos los oficios: de todo has de saber para ser periodista, y de todos los oficios has de saber para ser editor. No has de saberlo todo, naturalmente, pero si no sabes algo te estás perdiendo la curiosidad de saber, que es lo que distingue a un editor (o a un periodista) del que no lo es. Saber te educa el gusto, conocer te ayuda a seguir aprendiendo, a sostener una lucha por no

perder el gusto cultural. Y el gusto cultural te ayuda a despreciar la basura.

Era aún el más alto directivo de la compañía cuando se nos ocurrió invitarlo, en aquel 1993, a que ofreciera un taller de sus aprendizajes, para otros aprendices, en los Cursos de Verano de la Universidad Complutense, en El Escorial. Nos pasó desapercibido, a Ramón Buenaventura y a mí, cuando lo fuimos a buscar al aeropuerto de Barajas: esperábamos a un tipo demasiado ancho, y era gordo pero no tanto como para no caber en un solo asiento de avión. Así que se fue al hotel sin ser visto.

Cuando nos encontramos ya pareció ser más latino que anglosajón, un hombre curtido en el trato con egos distintos, capaz de desarrollar una conversación con la alegría de quien sabe cambiar de tercio. Un tipo que además seguía siendo un hombre guapo, generoso y alegre. No parecía el presidente de una gran compañía, sino un muchacho que estaba deseando salir de la oficina para encontrarse con la gente en los bares de la calle. Para cantar a Chavela Vargas, como en seguida ocurrió.

Aquella noche, antes de nuestro curso en El Escorial, estaba decidido a beberse, conmigo o con quien fuera, la noche de Madrid.

En medio de la borrachera, todavía de vino, me preguntó por Chavela Vargas, en cuya cueva mexicana se había enamorado de una mujer veinte años atrás. No había vuelto a ver a Chavela, se interesaba por su paradero, por si yo sabía algo de ella y de sus andares.

Durante esos últimos veinte años, la leyenda de Chavela Vargas había ido languideciendo porque ella lo había dejado todo y se había dedicado a amar y a beber. Casualmente, Manuel Arroyo-Stephens, editor español que había escogido México como escenario de su otra vida, era quien la había rescatado, la había hecho subir de nuevo a los escenarios y la tenía con él en Madrid esos días. Chavela era otra vez una mujer admirada y jaleada por la gente que quedaba de lo que fue la movida madrileña, y el *presidente* de esos fans era Pedro Almodóvar. Y ya no bebía, Chavela ya no bebía.

Le dije a Peter que Chavela estaba en Madrid. Pero no le dije que era más una intuición que una certeza. Estábamos en el Oh! Madrid, y Peter estaba tan feliz con los tragos que pronto dejó a un lado el asunto Chavela para ocuparse de otros temas del mundo o de su oficio. Como suele ocurrir con las personas inteligentes, preguntó tanto de los oficios (el de editor, el de periodista) que parecía que había venido a hacer un reportaje y no a pronunciar una conferencia en un taller donde él era tan experto como Beatriz

de Moura y Jorge Herralde, sus contemporáneos, ambos invitados también a aquel curso organizado por Alfaguara.

Nos despedimos con la alegría común de haber bebido, y desde casa llamé a Manuel Arroyo para confirmar aquella intuición sobre el paradero de la en otro tiempo esquiva Chavela Vargas.

En efecto, no sólo estaba Chavela en Madrid, sino que además estaba en la casa de Arroyo. Y, por supuesto, él estaría encantado de presentársela al día siguiente a nuestro turista accidental. Peter no supo de esta conversación. Sólo supo que al día siguiente yo iba a presentarle a alguien que seguramente le podría interesar.

Fue Chavela quien nos abrió la puerta, y la sorpresa de Peter fue emocionante también para ella. Desde entonces Manolo y Peter se hicieron muy amigos, y Mayer se hizo de nuevo fan de la recuperada cantante de sonidos mexicanos, la que mejor ha interpretado la música y las letras de José Alfredo Jiménez. Peter la acompañó luego a recitales por Europa, y al menos para uno de ellos recuperó a la que había sido su amor cuando la oyeron cantar por primera vez en una cueva del Distrito Federal.

Cuando murió Chavela en 2012, en México, yo estaba en el Teide, escribiendo un libro que es antecedente de este mismo recuento de personas y personajes, y llamé a Peter para cantar juntos sus canciones. Le pedí un artículo para *El País*, pero él declinó la invitación: estaba demasiado triste para recordar.

Ahora, tantos años después, él y yo hemos vuelto a cantar a Chavela Vargas en Nueva York, adonde he ido con el único propósito de verlo. Del mismo modo que durante mucho tiempo no me he podido quitar de la cabeza a Günter Grass, y sentía que debía escribir de sus últimas miradas, de sus pasiones después de la tristeza, quería recuperar a Peter Mayer, escucharle hablar, percibir otra vez aquella energía —la que le quedara— del personaje al que conocí en lo más alto de su carrera, en 1993.

A lo largo de los últimos años lo he frecuentado muchísimo, nos hemos escrito *mails* en los que él, como John Berger, introduce las pocas palabras españolas que sabe (*abrrrazos fuerrrrtes, adióssss, jamón*) y condimenta con sustancia y alegría su conocimiento del mundo. Nunca una carta de Peter, como los mensajes de John, carece de enjundia sustantiva, jamás lo he visto desfallecer como editor, que es quien debe usar la correspondencia para

convencer al otro de que hay que respetar el texto y el contexto. Y nunca he sentido que tuviera, en el lado de allá del mundo, un amigo al que respetara más, no por los oficios que compartimos sino por los entusiasmos que nos unen. Uno de ellos, claro, el que ambos sentimos por Chavela Vargas.

Esta vez le iba a ver porque sí. Porque la amistad me llamaba a su lado, sin que él supiera que ése era el impulso. Porque además ese impulso de la amistad no se puede decir, nace de dentro y se coloca entre las prioridades, como un sentimiento que te marca el rumbo. Algo se quiebra en ti si no te conduces obligado por ese estímulo.

En ese momento Peter Mayer tenía más de ochenta años, yo lo había conocido cuando él contaba cincuenta y siete. A lo largo de los años recientes había sufrido caídas, operaciones, dificultades diversas en su salud y también en sus amores o amistades.

De todo ello fui teniendo crónica o insinuaciones suyas, y de algunos de esos encontronazos con la vida supe indirectamente y también de golpe: una vez, un compañero se encontró con un cuerpo enorme que caía de bruces, en medio de un charco de sangre, al suelo de la Feria del Libro de Londres. Era el cuerpo de Peter.

Peter Mayer era un hombre fuerte, que iba a todas las ferias o eventos literarios con la profesionalidad y la alegría de quien convierte todo lo que hace en una fiesta a la que le añade voluntad de oficio. Durante muchos años, hasta este año 2017, fue agasajado por sus colegas del famoso encuentro de Fráncfort con una cena que tenía su nombre, a la que él nunca faltaba y a la que yo asistí alguna vez, por su amable insistencia.

Como consecuencia de aquel accidente en Londres y de operaciones y dolores posteriores, Peter empezó a sufrir dislocaciones del cuello y otros efectos que le hacían muy difícil viajar, de modo que tampoco pudo hacer nunca el viaje que siempre se prometió a las islas Canarias.

Y tampoco podría ir, entonces, a la cena que en su honor volvía a celebrarse en Fráncfort. Sus amigos anglosajones del mundo editorial, todos ellos siempre tan serios y tan consecuentes con la palabra escrita, señalaban en la invitación que *Peter could not attend*. Y por eso decidí ir a verlo a Nueva York.

En las paredes de su despacho en la editorial, un cuarto piso cuyo ascensor no tiene otro paradero que el de Overlook Press, está la fotografía de su casa en el Soho, puesta ahora en alquiler. Y es, en la imagen, una casa distinta,

ordenada, perfecta, no la casa barroca en la que siempre sonaba un televisor y en cuya cocina había una mesa que era también la mesa de su historia como editor: periódicos acumulados, recortes, gafas de otro tiempo que allí seguían, acompañándolo como si lo estuviera mirando su autobiografía.

En mi memoria, pues, esa casa ahora pulida para el alquiler como si fuera una escultura de Bernini es un sótano desordenado a cuya mesa grande convocaba a sus colaboradores, a quienes dictaba los domingos cartas con sus ideas para libros futuros. Esas ideas provenían de la consulta minuciosa de los periódicos del fin de semana.

Él dormía en el piso superior y trabajaba abajo, junto a la cocina, cerca de otro televisor enorme cuyo sonido ininteligible le servía de música de fondo para el trabajo y para las discusiones domésticas que muchas veces escuché al llegar por la puerta que daba al bullicio que a todas horas hay en esa parte (y en todas las partes) de Nueva York. En su habitación seguían sonando los diálogos de las películas.

Ahora le costaba desplazarse, y vivía por eso en un apartamento, cerca de la oficina en el Soho. Y ya tenía en alquiler aquel piso al que fui tantas veces. Ahí estaba, al fondo de pasillos interrumpidos por pilas de libros, sentado ante un ordenador enorme, la cabeza agachada, sus gafas cortadas. Hablamos del pasado, del viaje que jamás le llevó a Canarias, del dolor y de otras circunstancias. De pronto hablamos de Chavela Vargas, sus encuentros, su amor recuperado gracias a Manolo Arroyo y el azar de aquella mañana, cuando redescubrió a la mujer cuyo recuerdo ahora le devolvía alegría a los ojos...

Entonces él mismo rebuscó en Google hasta que apareció la gran dama. Cantamos, él cantó; fue tan bello el momento que por un instante se iluminó su cara, como cuando se la encontró en la puerta de la casa de Manuel Arroyo.

Luego recibí una carta de Peter. Decía que aquella tarde había sentido sol en su despacho y me anunciaba que pronto vendría a ver esta casa en El Médano para sentir el sol de las islas Canarias. Nunca pasó eso. El sol sigue aquí, pendiente, sobre los cristales rotos.

Carlos Fuentes solo consigo mismo en un rincón del Palace

La vida es un lugar en el que ya has estado. Ahora estoy sentado en el viejo bar del hotel Palace, en Madrid. Estoy ante la barra propiamente dicha, tan bien construida, hecha para estar acompañado pero también para no ser interferido por nadie que ocupe un sitio alrededor. Todo es marrón y verde. Éste es un bar que parece inglés, se oyen rumores de estudiantes que abarrotan este sábado los salones vecinos, y voces extranjeras prolongan en la cercanía la sensación de que éste sigue siendo el lugar más cosmopolita de Madrid, donde he pasado horas muy largas de mi vida.

La barra del Palace. Es una barra en la que han cruzado los brazos, en sus distintas glaciaciones, Lorca o Dalí, Ramón Gómez de la Serna y Julio Camba, Camilo José Cela y su pandilla, Susan Sontag o Frank Sinatra, Nérida Piñón o Carlos Fuentes, Octavio Paz y José-Miguel Ullán, Severo Sarduy o Guillermo Cabrera Infante, Alfonso Guerra o Miriam Gómez, Pedro Almodóvar y Ángeles Mastretta, Carmen Balcells, Arturo Pérez-Reverte, Tomás Eloy Martínez, Antonio Gala, Marcela Serrano, Robert de Niro, José Manuel Lara, Mario Vargas Llosa... Tantas personas dulces, tantos seres difíciles.

Yo crucé mis brazos, por decirlo así, con Susan Sontag, con Carlos Fuentes, con Paul Bowles, con tantos de ellos, y de pronto me han venido a la memoria en cascada, como si la vida me hubiera dejado aquí y de repente fuera yo mismo sucesivamente el que fui cuando cada uno de esos partícipes de mi vida cotidiana y profesional formaba parte de las ambiciones de vivir más, de vivir para siempre, de vivir además siendo cada vez mejores y más queridos en la vida que eligieron, la siempre disruptiva, enriquecedora o mezquina vida literaria.

Muchos de ellos no están y ya su visita es sólo a la memoria de personas que, como yo, están empeñadas en retenerlos en la escritura, este sitio que

combina memoria y ficción, pues en cierto modo toda memoria es un ejercicio de prestidigitación y también de fantasía.

Por eso, entre otras cosas, estoy aquí, para hacer prestidigitación, para atraerlos de nuevo a los sitios a los que a ellos les gustaba venir, por ejemplo, a estas horas. Aquí quiero recordar con ellos algunas de las cosas que pasaron a lo largo de años de oficio de editor o de periodista, o de noctámbulo, o de persona interesada en la geografía humana de los hoteles y de los rostros que van de paso.

Ocurrió que esta misma semana de abril de 2018 vine a la cúpula del hotel, el espacio contiguo, enorme y hermoso, a encontrarme con Orhan Pamuk. Mientras lo esperaba, justo enfrente de donde en un momento indeterminado de 1983 estuve mirando con Jorge Luis Borges las luces amarillas que se filtraban desde los cristales del techo, sentí esa presencia masiva de primeras personas a las que en otro tiempo acompañé por estos pasillos, en estos lugares. Y este sábado de lluvia decidí venir a esperarlos, uno a uno, acompañados o solos, a este bar inglés, cuando ya se ha ido Pamuk con su bella compañera, Ash, y ya estoy solo con mi memoria y con un vaso lleno de agua con gas, ahora frente a la cara cuadrada y feliz de actor de cine que tuvo siempre el mexicano Carlos Fuentes.

Carlos es aún un hombre pletórico, debe de tener setenta años, mi edad dentro de unos meses. Tiene una de sus camisas blancas, o color caqui; está abotonada también donde no haría falta, y recién planchada, parece perfecta, hecha para él y para hoy, no podría haber otra mejor dispuesta en su armario que esta que realza su figura de hombre de morenos recientes.

Sus zapatos son marrones, brillantados sobre sus calcetines a juego, y los veo delante de mí, subir y bajar, haciendo espejo con el equilibrio de elegancias al que somete a su cuerpo. Su nariz es puntiaguda, hace un gesto y en seguida ajusta su apariencia a la exigencia de su labio superior; la nariz ya tiene en su cara el sitio que ha de tener. Se parece la disposición de los huesos de su nariz a la estructura de su dedo curvo de escribir.

Es un hombre en perfecto estado de armonía, el hombre diez de nuestras literaturas. Parece un soldado reciente, enérgico; aún firma de pie, durante horas, libros que él mismo abre con energía, precisamente por la página que debe estar abierta. Abre el libro por esa página, lo dobla, nadie se lo hace, él quiere explicar que está en forma, a veces lo dice. Enérgico y armónico, igual

que firma o palmea al que viene, salta a los atriles y avanza sus manos hacia el auditorio que le aplaude no sólo por lo que dice sino por cómo lo dice. Su discurso transita de Platón a Borges y a Susan Sontag con la ligereza que transmite su evolución por el escenario. Y ante mí, en este bar, convoca nombres propios con la misma abundancia sonora, desde Italo Calvino a Milan Kundera, con quien hace algún tiempo que no se ve en París. No está bien Milan, está tan solo.

Firma y mira a los ojos de quien le pide el rasgo, y escribe hacia arriba, hacia la nariz de quien lo mira. Todo lo hace hacia arriba. Le ayuda en ello la perfecta curvatura de su glotis, Carlos jamás fue un hombre gordo, aunque alguna vez estuviera más repleto de carnes. Es un admirable atleta, cuando va deprisa se adelanta a sí mismo, le gusta sentir el sonido de sus pies en el suelo.

Cuando perdió la voz, en Londres, años más tarde, me daban ganas de ayudarle con la mía a ser el Carlos que fue en días como este en que lo encuentro hoy, gallardo ante los tapices verdes del bar que más quiso entre los varios reductos preferidos de su vida española. En Londres, en 2010 seguramente, Carlos está debilitado, algo dice que ya no va a estar mucho más entre nosotros. Me lastima su silencio, mientras habla el chileno Ricardo Lagos. Luego me dirá, mientras esperamos el desayuno: «Cuando un presidente habla, un escritor espera». Estábamos haciendo un libro de conversaciones sobre el futuro de América.

Cuando estamos en este bar verde y de madera, Carlos está bronceado y es seguro que se ha levantado a escribir a las cinco de la mañana. Ha hecho gimnasia, ha tomado el desayuno, ha escrito cartas, ha leído la prensa, y a esa hora también ha cumplido, como un militar, con su rito. Nunca sin línea, su dedo cayendo implacable, la palabra precisa, un disparo de nieve, a las cinco de la mañana. Con pluma, siempre con pluma, ésta es la pluma, usada, un aditamento más de su cuerpo, como su nariz o su dedo, ambos gemelos. Desde las cinco de la mañana, en plena forma la escritura. La escritura le espera, la imaginación lo habita.

Eso es lo que él dice siempre que te ve: «Me he levantado a escribir a las cinco de la mañana». Exhibe como un triunfo ese dedo curvo, «años y años de estilográfica», que es como el de Camilo José Cela, igual de vencido por el esfuerzo de la escritura, igual de obligado por la fama adquirida a ser aún

más famoso gracias a lo que sale del dedo célebre. El pasado no es el espejo, el espejo va delante, él se dirige a perfeccionarlo con su dedo querido.

En el caso de Cela, que tenía espejo delante y detrás, había algo de gris en su sudor de militante de sí mismo. Fuentes era más atlético, mucho menos ojeroso, siempre estaba pendiente de hacer, además, cualquier otra cosa. Decidido, se levantaba como un resorte, mientras que Cela desplazaba un barco, como Pablo Neruda, cada vez que quería adoptar otra postura en la historia personal que acometía a cada instante. En el caso de Fuentes, le gustaba hacer historia personal de cada cosa, sentir que al tiempo que hacía dejaba huella; por eso escribía y escribía, la huella era parte de él, y ésta debía ser indeleble y, en todo caso, conocida.

Le gustaba hablar de escribir, de contar cómo escribía, con qué frecuencia, con qué materiales. Cuadernos anchos, rayados, hoja a hoja rellenas mientras el mundo alrededor duerme y él se aplica a buscar en las fábulas políticas o en las memorias personales las historias que luego van a vencer a sus adversarios en las listas y en las estanterías. Un libro al año, por lo menos, y artículos, sus queridos artículos en *El País* o en el *New York Times*, sus amados viajes a Nueva York y al mundo entero, sus anécdotas con Philip Roth y con Kundera y con Cortázar y con Gabo. Aquella vez que, en Praga, fuimos a dar a un terraplén junto al agua y de milagro no nos ahogamos, las risas de Milan... El entusiasmo de contar. De contar, por ejemplo, lo que le pasó con Ernesto Sabato en La Coupole de París. «Los mejores escritores argentinos son Borges, Cortázar y Sabato, dije yo.» Ernesto se levantó rabioso («¡Gracias por citarme en último lugar!»), Fuentes lo siguió hasta la calle, explicándole a duras penas: «¡Era por orden alfabético!».

Contar, contar, Carlos era un hombre contando. Contar las familias felices, los años con Laura Díaz, contar los trapicheos políticos que se escondían tras la Silla del Águila, recitar en alto *La muerte de Artemio Cruz*, tararear corridos, hablar de María Félix, recordar amores que luego fueron novela y pudieron haber sido cine, pues del cine vinieron. Contar historias, contando siempre. Lo que le pasó aquella noche con William Styron y con Bill Clinton, y con Gabo, en Martha's Vineyard... «Entonces, dijo Bill, mejor Cervantes que Faulkner, y nos recitó a Cervantes como quien se lo hubiera aprendido por la noche.» O cuando fue con Gabo y con Régis Debray a ver cómo François Mitterrand, su amigo, tomaba posesión del Elíseo. El mundo grande, los abrazos y el poder.

Era tan feliz contando, todos esos nombres propios, todas las familias felices, todas las horas de vuelo de un hombre que estaba aquí, en este bar, tan feliz y recién aterrizado. Lo vi triste también, pero siempre se rehacía. Ahí está, es un segundo nada más, la vida te envía mensajes de dolor, pero él no quiere que esa parte de lo que ocurre alcance la velocidad del espectáculo. Natasha, Carlitos... Un día Silvia Fuentes me empezó a contar esos momentos tan duros de su vida, la muerte de los niños; con una ternura enorme se fue luego callando, como si por dentro estuviera escuchando que el silencio era también una manera de decirlo. Más adelante, ya cuando murió Carlos, le tocó hablarnos de la muerte del propio Carlos Fuentes. Una noche, la sangre, la oscuridad de los fluidos. Belleza de la vida, materia de la muerte. Vi su semblante, el semblante de Silvia, y me dieron ganas de haber llorado con ella en medio de la soledad. La vida contrariada, la energía ya es tan sólo una raya, la última, en un papel pautado.

Pero aquí está Carlos contando. Es aún un hombre con ambición de llegar lejos en sus aspiraciones; por entonces ya había tenido el enfrentamiento con Octavio Paz, su antiguo cuate, que tramó una campaña, se decía, para que sólo uno de los dos tuviera el Nobel, y tendría que ser él, Octavio, naturalmente. Una riña de gallos que duró más de lo que se puede decir. Eran guerras mexicanas, se decía también, pero ellos eran tan mexicanos...

Eran, en realidad, *los mexicanos* que vinieron luego de Alfonso Reyes o de Juan Rulfo. Pero eran mexicanos de alcurnia, obligados por la tradición que a sí mismos se adjudicaron: ser los mejores de la historia. No llegaron a serlo juntos, y por separado tampoco aceptaban el compromiso de igualarse. En medio de la disciplina de enfadarse, que cumplieron a rajatabla, se produjo un encuentro en la consulta de un dentista, o de un cardiólogo, según contaba Silvia Lemus, su delicada, tan educada e inteligente mujer. Fue muy bien el encuentro, nada de reproches, un saludo tan cordial como si jamás hubiera habido entre ellos una brecha que duraría ya hasta la muerte de Octavio y más allá.

Cuando ya había muerto Carlos, y había muerto Octavio, Silvia Lemus convocó un premio que lo prolongara. El primero lo obtuvo Mario Vargas Llosa. En la enorme explanada de las bibliotecas de autor que había dispuesto la que fue ministra Consuelo Sáizar coexistieron por un rato familias que durante años vivieron mundos muy cercanos y luego distancias sin palabra, la

mujer de Mario, Patricia, la mujer de Gabo, Mercedes, la mujer de Carlos, Silvia, la mujer de Octavio, Marie Jo. Hubo varios grados de encuentro (entre Marie Jo y Silvia y Patricia los hubo), pero hubo también grado cero de encuentro. Cabía pensar en esos instantes que se fueron sucediendo mientras a Vargas Llosa le daban el Premio Carlos Fuentes qué habría pasado si nunca entre tantas luces se hubieran producido tan enormes sombras.

Viene Carlos ahora a mi memoria con una carpeta en la mano donde tiene anotados algunos hechos de los que quiere hablar. Su agenda es la de un hombre que no quiere perder el tiempo. Una vez que despacha esos asuntos, que van desde la vida social o política hasta la ansiedad de publicar pronto aquello que acaba de terminar, ya es alguien que pregunta por lo que pasa alrededor. Su agenda de preguntas tiene que ver con los nombres propios, sucesos futuros, conferencias; hay una ingeniería de la energía, para seguir no puede parar. Entre esos nombres propios, el de Felipe González, que ya fue presidente del Gobierno, a quien le gusta frecuentar. La agenda es mundial. Uno de estos días hablará de sus propios paisanos, de Carlos Salinas de Gortari, que ya está fuera del poder, o podrá ir más atrás en el tiempo y recordar los malditos días de Díaz Ordaz, que masacró en Tlatelolco. Maneja las manos con la elegancia de un actor shakespeariano, suave y a la vez enérgico. Atendía moviendo la cabeza hacia atrás y hacia delante, mostrando interés o asombro a la vez, pero no estaba siempre claro que ese nutriente informativo de su conversación tuviera que ver con lo que él mismo fuera a decir a continuación. Sus nombres propios eran habituales, siempre parecidos: Juan Goytisolo, Julián Ríos, Carmen Balcells, Gabriel García Márquez, Tomás Eloy Martínez. Su geografía humana (también su geografía de la novela, por parafrasear un título suyo) era circular, y circulaba no sólo en torno a sus gustos, sino también en torno a los de sus amistades. Éstas fueron invariables, con algunos añadidos que el tiempo le fue aconsejando.

Cuando ya pasó la época de las desavenencias cubanas, pues éstas periclitaron o dejaron de ser dañinas para otras relaciones, empezó a frecuentar a Mario Vargas Llosa, a quien la discusión sobre la isla revolucionaria había apartado velozmente del *boom*. Fue en los últimos tiempos de Carlos, cuando ya habían muerto sus hijos Natasha y Carlitos, y Mario y Patricia, habituales tanto tiempo de este hotel, tuvieron la delicadeza tan humana de solidarizarse con Silvia y con Carlos ante tan prematuras

pérdidas. En este mismo sitio (es decir, en este mismo lugar que ocupó ahora) le dije un día, exactamente un 14 de septiembre, que le iba a escribir un telegrama a Mario Benedetti, que ese día cumplía años. ¿Te sumas? Se sumaba, claro que sí. Pero al cabo de un rato hizo cálculos que yo percibí en cuanto levantó su dedo para advertirme de algo nuevo que había pasado por su cabeza: «Sería mejor que no me añadieras».

No quise preguntarle qué le había hecho cambiar de criterio, pero en el resultado final seguramente había tenido su importancia cualquiera de sus cálculos sociales, o políticos. Un día nos encontramos aquí mismo, sentados ambos, imaginando planes, nuevas ediciones, con quien había sido presidente de su país, Miguel de la Madrid. Pálido aquel hombre que acababa de ser, además, director del muy poderoso Fondo de Cultura Económica. Se paró un instante ante nosotros, Carlos se levantó, le dio la mano. La sensación que produjo el encuentro no la olvidaré nunca, pues me parece que a Carlos y a Miguel tampoco les pasó desapercibida. Simplemente parecía que no se habrían necesitado nunca si no se hubieran encontrado.

Otras veces era fiestero, bailón, conversador hasta que se arruinara el tiempo. Un día los invitó a Silvia y a Carlos su agente, Carmen Balcells, al restaurante Botafumeiro de Gran de Gràcia, en Barcelona. Ellos debían viajar desde Madrid, donde habrían almorzado. A las nueve de la noche, la hora de la cena, era evidente que seguían en Madrid, donde habían quedado a almorzar con Carlos Salinas de Gortari, exmandatario mexicano, aún con poderes extraordinarios. Balcells ordenó que nos sirvieran, que comiéramos y que luego dejáramos la mesa como si nunca hubiéramos comido, para simular, hasta el infinito, que nadie había tocado los platos. Una delicadeza. En un momento de la noche sonó un teléfono, que contesté yo. Era Jesús de Polanco, amigo de todos y de Carlos y de Salinas, que llamaba, resultaba evidente, para hablar con Carmen. Carlos ya está a punto de salir. Llegó a medianoche, con Silvia. Como quería Balcells, todo se desarrolló como si aún no hubieran dado las nueve de la noche.

Las últimas veces de nuestras vidas ocurrieron en Aix-en-Provence, donde a Carlos le repitieron los agasajos de los ochenta años, que en México habían sido una tremenda fiesta. Estuve viéndolo, y ahora lo evoco aquí en este bar de tantas confidencias, en el que desplegaba tanta energía y eficacia. Ya era allí, en Aix, un hombre a la espera, la voz decaída de aquellos días de

Londres. Luego vinieron las primeras noticias, cuyas circunstancias nos relató Silvia con entereza y desgarró, como si se cayera un gigante al anochecer en aquella casa en la que habían vivido, entre paredes rojas y amarillas, desayunando huevos charros y riendo entre viajes y viajes por un mundo que parecía estar hecho para ser visitado por ellos.

Un día de los del Palace me llamó por teléfono. Espérame a la entrada, no en el bar. Cuando llegué él estaba solo, con un paquete en la mano. Era una maleta de viaje. Para mí. Aún la tengo, como tengo, firmados, muchos de los libros que él escribió como si cada una de sus palabras lo fuera a ayudar a cumplir con lo que fue imposible, la energía de la inmortalidad.

Zona de descanso: Patti Smith pide perdón en Estocolmo

Siempre me pareció nerviosa Patti Smith. La vi saltar junto a la tumba de Susan Sontag en París. Por allí estaba una tumba saltarina, marcada por unos dibujos de Julio Silva, su amigo pintor. Era la tumba de Julio Cortázar. Entierran a Susan, está su hijo hablando. Mientras David pronuncia la oración civil y fúnebre, Patti Smith parece un saltimbanqui buscando aposento. Hace un tiempo la vi igual, en Manhattan, brincando como un muchacho, vestida igualmente con el atuendo que luego llevó en París, tan nerviosa con ese traje blanco gastado, como de payaso. Años después, en Estocolmo, le da voz a Bob Dylan, que no ha ido a recoger el Nobel. La canción que elige para dar presencia al poeta ausente es *A Hard Rain's a-Gonna Fall*. Se equivoca en una estrofa, el guitarrista se para y ella pide perdón, «*I am so nervous*». Como no pude abrazarla, he escuchado ya ciento dos veces ese momento en que Patti Smith es ella misma cantando las palabras de otro.

Para entender a Jorge Semprún

Era tan serio Jorge Semprún, tan circunspecto, que cuando lanzaba una carcajada te daban ganas de abrazarlo para agradecersele. Hace siete años que murió. Y lo recuerdo ahora ante los cristales rotos que se posaron por azar sobre el rostro de Günter Grass, al que Semprún abrazó con el tiempo.

En la Segunda Guerra Mundial los dos escritores, el alemán, el español transterrado de todas sus tierras, fueron soldados de bandos distintos. A Jorge lo atrapó Hitler, que lo encarceló en Buchenwald, le hizo pasar el miedo atroz de un campo de concentración cuya historia él escribió en su mejor libro, *La escritura o la vida*.

A Jorge Semprún también lo señalaron porque creyeron algunos biógrafos que en realidad vendió barata su lucha en aquella cárcel de altos hornos.

A Semprún siempre lo visito, y siempre lo veo dolorido, lo vi en la realidad y ahora lo veo en la memoria, a punto de echarse en una cama grande, a reposar quizá para siempre, era tanto el dolor que sufría. El dolor en la cara y en los huesos, el dolor de haber vivido con ese pesar a costas, la irritación de saber que el tiempo acaba y no hay más que dolor, al mediodía, por la noche, no leer por el dolor, no poder ponerse la chaqueta por el dolor. Los últimos tiempos de su vida fueron dolor. Pero la última vez que viajó a Madrid lo fui a recoger al hotel Wellington, el de los toreros, iba vestido con un traje azul claro, veraniego, no podía entrar en el taxi de tanto dolor, y con ese dolor en el rostro y en las manos y en todo el cuerpo me preguntó por libros nuevos. Ya no había tiempo para demasiado, pero me hizo un encargo: «Mándamelos todos».

Jorge Semprún. Poco antes de su muerte lo fui a ver a París, a su apartamento de dos pisos estrechos cerca de la Torre Eiffel. Para llegar hasta su casa caminé un largo trecho, desde la universidad. Silencio en el ascensor y en la casa; una llamada telefónica, «espera, que estoy deshaciendo una

cita», y él le dice a su interlocutor invisible: «No, no me esperes, vete tú a saber dónde estaré en ese momento». Él sí sabía dónde podría estar en ese momento del futuro para el que se le requería, en Mallorca, creo recordar.

La última vez en sus palabras y en su rostro. Era inevitable verlo, en la memoria, abriendo la puerta del Ministerio de Cultura, recién pelado, su pelo blanco había caído sobre la chaqueta azul oscuro, dándole la mano a Juan García Hortelano que viene a verlo para pedirle que ayude a sufragar el entierro de Gabriel Celaya. Felipe González lo hizo ministro para que lo saludara la Guardia Civil que lo buscó, infructuosamente, cuando era Federico Sánchez, el clandestino que burló todas las vigilancias, capaz hasta de preguntar, en un bar atestado de confidentes probables, quién demonios era el Alfredo Di Stéfano del que hablaba todo el mundo. Luego de ese personaje hizo un héroe literario cuya *Autobiografía de Federico Sánchez* ganó un Premio Planeta. Reintegrado a la vida nacional, era varios Semprún, y todos eran esa tarde de sus dolores el Jorge que tenía delante, asustado porque sus huesos no le dejaban conciliar ni el sueño ni el despertar ni la vida.

En ese Semprún que abre la puerta mientras habla por teléfono era inevitable ver, pues, a todos los Semprún. Era inevitable verlo, viejo ya pero juvenil aún, haciendo figuritas de miga de pan (como Gabriel García Márquez en su vejez) en los restaurantes cansados de Madrid. Era inevitable recordarlo en la Residencia de Estudiantes de Madrid rememorando con el poeta Ángel González, que lo resguardó de la policía franquista, sus años de Federico Sánchez, clandestino en España... Hablaban también de la mutua decepción de su militancia comunista, de sus huidas variadas de la casa que compartieron en secreto justo enfrente de donde Franco tenía el busto más vistoso, ante el Ministerio de Obras Públicas donde trabajaban, como funcionarios, tanto Ángel como Juan García Hortelano.

Era inevitable, en fin, verlo hablar, o reír, con sus compañeros de Buchenwald, adonde fue en 2007, para celebrar con sus viejos camaradas la última vez de aquel campo al que ellos entregaron sudor mezclado con humo, desesperación y sangre. Lo vi abrazar y reír, como lo veo ahora cabizbajo y doliente en su casa de París, el silencio y la memoria hablando por él como si estuviera acosado por el tiempo que pasó y por la incertidumbre con la que en este momento lo envuelve la realidad de otros recuerdos que lo toman como rehén de la sospecha.

Él hablaba y caían sobre mi memoria todos esos raros momentos en que era al mismo tiempo todos los Semprún que había visto hasta ese instante. Dolorido por dentro y por fuera, reaccionaba ante una biografía que lo interrogaba sin tregua, pero además su cuerpo le daba avisos igualmente despiadados. En un momento determinado se dispuso a salir para cenar y fue a su cuarto a ponerse una chaqueta; cuando volvió se inclinó sobre la silla más vieja de su sala de estar y de su mirada se desprendió una señal de insoportable dolor. «No puedo, no puedo.» No hacía falta que lo dijera.

Aquel hombre elegante y fuerte estaba azotado por una osamenta que certificaba el resultado de todas sus correrías, que comenzaron cuando era un chiquillo preso y torturado por los nazis en Francia. Luego vendría el campo de concentración en Buchenwald, cuyas heridas están descritas en ese libro, *La escritura o la vida*, un breviario desolado que ahora sirve para entender lo más complejo de su vida y de la vida de la Europa arrasada por la barbarie nazi. En ese momento, sin embargo, no había biografía ni escritura ni nada, sino dolor; lo que queda en mi memoria es ese dolor que se ve también en la fotografía que en otro tiempo le hizo Daniel Mordzinski: Semprún echado en su cama, a instancias del fotógrafo, pero también aliviado de tener que adoptar esa pose, probablemente la única en la que iba a sentirse cómodo. Semprún queriendo desaparecer, no puedo, no puedo. No podía más. Un titán del siglo XX engullido por el dolor y la memoria en el año diez del siglo XXI.

Semprún iba vestido con una elegante camiseta marrón, se acababa de cortar el pelo, ese cabello blanco que era distintivo también de su personalidad, como sus ojos serios, a veces secos, escrutadores. Esta vez le había ido a ver, con el fotógrafo Juan Millás, a fin de hablar para *El País* sobre un libro (Franziska Augstein, *Lealtad y traición: Jorge Semprún y su siglo*, Tusquets) que escudriñaba en venas a veces abiertas y a veces oscuras de su biografía. Aquella conversación tenía ese libro como pretexto, pero en el fondo de todo lo que dijo, a veces desgarrado, nunca distante, yo tenía como objeto regresar, aunque fuera a escondidas, a aquel Semprún que ahora evoco.

Lo tenía delante. Aquel muchacho de *La escritura o la vida* era ya un hombre para la historia, y su dolor no era una metáfora. Así que hablamos de la sustancia de su literatura, la memoria, y aunque ya parecía que el espejo le

devolvía la palabra con la que termina la historia, él hablaba de seguir escribiendo qué le pasó, como si esta memoria jamás fuera a tener fondo. ¿Qué no ha contado nunca, Semprún? «Cosas privadas que jamás contaré.» ¿Cómo se puede escribir memoria siendo tan reservado?, le pregunté. Me respondió: «Si te fijas, mis memorias son un poco victorianas. No hay nada íntimo, prácticamente. Son tan poco íntimas que no hablo jamás de Colette [su esposa, que ya había fallecido], por ejemplo, y he pasado cincuenta y cinco años con ella de compañerismo y matrimonio. La mayor parte de mi vida. Y jamás he dicho nada de ella».

¿Cómo se puede? Siendo Semprún. Nunca había hablado de cómo la conoció, de cómo habían vivido, de los años de clandestinidad, «de qué pensaba ella de mis idas y venidas, de mis salidas bruscas a Madrid, de los regresos tres o cuatro meses más tarde...». No había hablado nunca de las vacaciones en la Unión Soviética con Santiago Carrillo y con ella... Esas cosas forman parte «de los miserables secretos de la vida», como dijo alguien. «Esos secretos no cambian nada. Cambian si haces una biografía de verdad, pero mejor hacerla cuando el biografiado haya muerto.»

Esa reserva es una manera de ser que proviene de la infancia. Siempre había sido muy tímido, ese día (el 10 de diciembre, cuando su amigo Vargas Llosa recibía el Nobel en Estocolmo, «¡cuánto me alegro de ese premio!») cumpliría ochenta y siete años, y en esa fecha seguiría siendo todavía un hombre que huía de la curiosidad ajena, acaso también de la curiosidad propia.

Hay un episodio de la vida de Semprún, cuando fue torturado por la Gestapo, que se cuenta en aquella biografía de manera muy detallada. Él nunca aludió a ello, ni siquiera en *La escritura o la vida*. Ahora le gustaría contarlo, «pero de otro modo». Arranca la confesión de la tortura que sufrió su compañero comunista Simón Sánchez Montero; ese tormento era «para que soltara» dónde estaba Federico Sánchez. Sánchez Montero permaneció en silencio.

Me lo contaba porque las preguntas venían en el libro, pero él, ya otro, no quería avanzar demasiado en la historia. «Ya lo contaré.» Aun así, asumía el trámite de responder. Él sufrió la tortura de la Gestapo, no la de la policía española, «quizá la de la Gestapo era un poco más “científica”, digamos, con muchísimas comillas; y la española eran meras palizas que durante días y semanas constituían una tortura insostenible. Ambas, para hacerte hablar. Si

no hablabas, si no cantabas, eso producía en el que podía haber sido delatado y en ti mismo un sentimiento enorme de fraternidad. Y eso sentí con Simón Sánchez Montero».

La Gestapo lo sometió a «la bañera», un método de tortura que aún andaba en sus pesadillas y del que nunca había escrito. Ahí hizo Semprún dolor hasta de las palabras, la expresión y la palabra al servicio de un recuento íntimo que aún le daba miedo. «Es una experiencia terrible que durante años me impidió ir a piscinas donde fueran jóvenes amigos de las bromas, de las ahogaduras...» Esas bromas lo volvían «literalmente loco». «Una vez estaba yo en la piscina que Yves Montand y Simone Signoret tenían en Normandía», él se lanzó a la piscina, una de las jóvenes que había allí hizo esa broma y nadie entendió que él respondiera con aquel furor. La única que lo comprendió fue Simone Signoret. Ella estaba en una tumbona al lado de la piscina, vio la escena y sólo horas después, ya en el salón, le dijo: «Esa reacción tan brutal que has tenido en la piscina, ¿tiene algo que ver con la bañera de la Gestapo?». Ella conocía muy bien las historias de la Resistencia, porque tenía muchos amigos que habían sido detenidos y torturados por la Gestapo. Y lo adivinó. «Antes de la entrevista con Augstein, probablemente ésa fue la única vez que hablé con cierto detalle de la experiencia de la bañera.»

Tenía Semprún las manos muy pálidas, por esa blancura de la piel nadaban unas pecas insistentes. Muchas veces se tapaba parte de la cara con las manos, desplazaba el flequillo; ochenta y siete años, perseguido visiblemente por el dolor de los huesos, y este que fue Federico Sánchez y también Pajarito (así lo llamaba la hija de Ricardo Muñoz Suay), acaso el tipo más guapo de la clandestinidad comunista en Europa, conservaba mucho del porte airoso de su juventud. Pero esa confesión sobre la tortura había caído sobre su ceño canoso. «Y tendré que escribir de ello; era muy difícil hablar de ello serenamente... Ahora ya no me conmueve tanto. Ya no. Ahora puedo escribirlo con total serenidad. Igual ha sucedido con las primeras experiencias en el campo de concentración. Puede que al contarlo me revuelva un poco, pero es algo pasado y asumido, asimilado, puesto en orden.»

Hacerle el mal a alguien a quien deseas el mal. Ése es el mal absoluto, la tortura, ¿no, Semprún? «Claro que sí». Él tuvo la suerte de que los primeros golpes de la detención fueran meras palizas, sin el propósito sistemático de interrogar; nadie le preguntaba nada. «Me habían cogido, habían descubierto

un arma que llevaba conmigo, y la policía militar, antes de que fuera a la Gestapo, me hizo todo tipo de barbaridades. Pero nadie me preguntaba nada.»

«Me mentalicé: tenía que resistir, no debía hablar.» Decidió contarles un cuento a los policías. «Un cuento que no pusiera en peligro a ninguno de los compañeros del grupo de la Resistencia. Una novelita rosa que esos días era posible leer en la propia prensa de los colaboracionistas: yo era el pobre estudiante que no tenía dinero, que oye una conversación y que es encargado de llevar unas maletas cuyo contenido desconoce. Cree que está metido en el mercado negro y un día descubre que en realidad está metido en el transporte de armas, que no puede dejar porque lo amenazan de muerte.»

No lo contó de buenas a primeras; no le hubieran creído, demasiado preparado. Pero si lo contaba en el momento en que pareciera derrumbarse, entonces le creerían. Así que aguantó días de interrogatorio, palizas, jornadas enteras en la bañera, un día lo metían vestido, otro día lo metían en calzoncillos. «No sé por qué aquel día me metieron vestido... Y ese día, sofocado, mientras me gritaban, me insultaban y me metían una y otra vez en aquella tortura, me dije: “Es el momento”.»

Le creyeron. Le habían dicho sus compañeros de la Resistencia cómo iba a ser la tortura. «¿Sabes lo que es la tortura alemana? —le preguntaron—. Hay una primera fase de golpes, luego te cuelgan por las esposas, y luego te hacen lo de la bañera». «Yo sabía que lo de la bañera iba a ser lo peor.» Él tiene «un miedo congénito» a la sofocación, «a no poder respirar tranquilamente». Ahora, «con este dolor absurdo de la espalda, los únicos momentos de angustia que me provoca este sufrimiento se producen cuando no puedo respirar. Me despierto angustiado por la noche porque no puedo respirar bien. Ese horror a perder la capacidad de respirar es infame».

Es un temor de nacimiento y lo reprodujo, lo puso a flor de piel, la Gestapo. ¿Ése es el trauma que más ha perdurado entre los que sufrió Semprún en ese periodo de cárcel y confinamiento? «Pues sí. Y por eso no he hablado de él.»

Hay un episodio escalofriante en la vida del campo de concentración que se pone de manifiesto en la biografía que ahora me llevó a hablar con Semprún: cuando en Buchenwald se elaboraban listas de prisioneros que debían ser trasladados, y Semprún estaba al cargo de esas listas. «Yo quitaba de las listas. Y quisiera precisar, dar mi versión. Es una discusión eterna que a la gente le cuesta comprender.»

«Había —recuenta Semprún— una posibilidad de quitar prisioneros de las listas de los que habrían de ser desplazados. La posibilidad venía a través de una relación clandestina con la Resistencia. Aquél era un campo comunista, en el sentido de que había sido construido en 1937 para la reeducación de los alemanes adversarios políticos del régimen, y allí estaban concentrados los presos políticos alemanes, primero para construirlo y luego para administrarlo. Las SS quisieron en un tiempo pasar la administración del campo a los presos comunes, para joder a los políticos. Pero terminaron dominándolo los presos políticos, que eran comunistas o socialdemócratas alemanes.»

Entre 1940 y 1941 empezaron a llegar presos extranjeros; primero checos, y después occidentales europeos, «sobre todo franceses de la Resistencia, comunistas de otras nacionalidades...». Cada partido comunista, recuerda Semprún, «aplicaba su política nacional en esa organización clandestina. Era una política de frente abierto, de frente popular, mientras que los comunistas alemanes seguían con la política sectaria de los años treinta. Clase contra clase. Para ellos no había aliados. No había más que los que eran comunistas y los que no lo eran...».

Y la cosa iba así, relata el autor de *La escritura o la vida*: «El jefe SS le dice al jefe comunista del comando de internos: “Mañana o pasado, a las seis de la mañana, quiero tres mil deportados formando filas en la plaza del campo para ir a tal sitio”». Eso no tenía vuelta de hoja. Tal día, tres mil deportados. «¡Parece como si hubiera alguna posibilidad de elegir! ¡Ninguna! Tiene que haber tres mil deportados. ¿En qué interviene la Resistencia? En intentar quitar de esas listas a alguna gente.»

Él cumple esa misión; lo declara con énfasis, no quiere equívocos, su rostro se tensa, y ahora no es el dolor, es la historia. ¿Qué criterio seguía, Semprún, para decir éste sí, éste no? «El que tenía la Resistencia. Tendía a ser gente importante de la resistencia de cualquier país. Podían saltar de las listas jefes gaullistas, oficiales enviados por Londres para la lucha clandestina, comunistas, socialistas...»

Fue una conversación ardiente y opaca, la última que tuve con un micrófono delante, la última en la que nos hicieron fotografías. Como si Semprún estuviera a punto de romper su caja de secretos, el hombre derrumbado por la física del cuerpo, aguantando como un militar mandado

por sí mismo a resistir hasta que el último hueso de su cuerpo lo mantuviera en pie. Hablamos luego de todos los sucesos que se conservaban en su memoria, de sus desacuerdos graves con Dolores Ibárruri y con Santiago Carrillo, de sus desacuerdos con la biógrafa, y a veces de ese Semprún que contradecía lo que se dice de él, lo que dijo Robert Antelme, el compañero de Marguerite Duras, sobre su silencio *¿estalinista?* ante las denuncias que a ellos hicieron caer en desgracia... Y frente a todos esos episodios tenía una respuesta y a la vez una duda: él no estaba allí, cómo no iba a estar en silencio, él no podía desdecirse de lo que hizo, igual que no podía deshacerse de sí mismo... Habló de los cuatro años, de 1941 a 1944, de los que Carrillo no podría hablar porque tenía más que ocultar que decir... ¿Y él no lo diría? No, él no lo diría.

Había en aquel Semprún, el último Semprún de mi vida, un hombre que seguía interrogándose, en cierto modo metido en una bañera simbólica que empezó a limpiar, a quitar de su vista y de sus sueños, cuando escribió *La escritura o la vida*, que fue el prelude de casi todos sus libros siguientes. Era imposible, aquel mediodía, no imaginarlo viviendo las situaciones que describe, desde la aparición de aquel nazi a quien él pudo haber matado hasta la alegría final, cuando sale de Buchenwald y vislumbra en el cielo, desvaneciéndose, el humo de una historia gravemente oscura. A aquel soldado Semprún lo escuchó cantar *La paloma*, una canción que él había aprendido gracias a la institutriz alemana de su infancia. Jorge sintió que esa voz y ese recuerdo eran en ese instante más importantes que la guerra.

Tiempo después supe por su amigo Javier Pradera, que era el espejo español de su historia, que ya Semprún no dejaría más aquel dolor que lo hizo desistir esa tarde de salir a la calle para cenar en su restaurante preferido de la rue de l'Université. Estuve en su despedida, en París. Y cuando iban a enterrarlo en su sitio favorito de Francia, Biriadou, Pradera me hizo un encargo que yo no podía olvidar: «En unos días lo llevarán allí, donde él quería. Te ruego que *El País* cubra bien ese último viaje de Jorge. Por razones que tú sabrás, no estaré allí». Y no estuvo. El propio Pradera, tan importante figura en nuestras vidas, murió cuando ya se había iniciado el viaje decisivo de aquel hombre, Semprún, que huyó del dolor y que no huyó de nada más.

Con Aramburu en Nueva York

Mientras estuve en Nueva York, para ver a Peter Mayer, se produjeron algunos azares, cristales rotos por los que transcurre la vida de un periodista.

Estaba allí para ver a Peter. Pero los cristales siempre salen al paso. Una estudiosa de la vida de Francis Bacon quiso encontrarse conmigo para que yo le contara qué buscaba el artista en Madrid en aquellos días previos a su muerte, por qué me concedió una entrevista (no solía hacerlo) en 1990, quién era el novio a quien Bacon buscaba en el Cock en las últimas noches de su vida en España, qué me dijo que tuviera que ver con esa persona, qué recordaba yo de aquel encuentro con Bacon en Londres, qué impresión me produjo aquel irlandés desastrado y genial. Ya lo había contado todo, en libros, en artículos, no he cesado de escribir de aquel gran asmático, le dije. Ella me invitó a salmón con sus condimentos, y a abundante café. Desde el ventanal yo miraba, como un aliado de mi prisa, la ciudad más nerviosa del mundo. Pero ella insistía. No hay peor entrevistado que un periodista en fuga.

Ella también quería que yo le pusiese en contacto con el novio que Bacon tuvo en Madrid y a quien buscaba incluso usando aquella entrevista como intermediaria. En la entrevista, en efecto, parece que Bacon citaba la sangre en un cuadro de Goya porque esa metáfora de tanto cristal roto podía comunicarle a su amigo en Madrid alguna historia que los juntara. Me lo dijo quien sabía, pero yo no sé qué sabía esa persona de los cristales que se le rompieron a Bacon para expresar así su amor o su condena.

Cumplí con las respuestas diciendo lo único que sabía. Bacon me pareció un hombre elegante y seco, tímido o altanero, poco propenso a las bromas: sólo sonrió una vez, cuando los dos compartimos la exhibición de sendos aparatos contra el asma y a él le hizo gracia esa coincidencia. Se dijo que el artista, por otra parte, buscaba en Madrid a un gran amor de su vida, que por un tiempo no lo quiso ver. Eso era lo que más le llamaba la atención a la citada estudiosa: Bacon en Madrid, ¿qué hacía?

La entrevista que me concedió el pintor la fijó su galerista en España, Maricruz Bilbao, y, según me dijeron años después, en el curso de la preparación de una gran retrospectiva en el Museo del Prado, a él le sirvió para enviar ese mensaje en clave a aquel novio esquivo.

La entrevista había empezado con mal pie para mis propósitos: él llegó a la galería Marlborough de Londres dispuesto a cancelarla porque le había sobrevenido un ataque de asma. Un viaje tan preparado, una ocasión tan importante, y el asma maldita la malogra.

Me asusté. En periodismo el fracaso es una palabra que está llena de subterfugios crueles. Cuando finalmente lo dijo («Me parece que voy a cancelar la entrevista...»), sacó de su bolso, muy elegante, su Ventolín..., pero cuando Bacon mostró el medicamento me sentí salvado.

Todo era elegante en Bacon en ese momento: el gesto de sacar el Ventolín de su bolso oscuro, el peinado, el perfume, la bella camisa de rayas anchas de color malva, su chaqueta negra de tacto tan suave, hasta las pecas en las manos le daban distinción a su piel visible, su boca difícil y dura, sus ojos asimétricos, cada uno a una altura distinta de su cara, como los ojos de sus personajes... Todo, hasta su anuncio de cancelación, parecía diseñado por una mente sin tachaduras, por un personaje que no trabajara —según se apreciaba en las fotos de su estudio— entre tanta basura, capaz de llevar hasta en la mirada el fulgor oscuro de los cristales rotos. Un hombre educado enfrentado a una contingencia natural, no impostada, de su vida: el asma no se disimula. Tenía asma, debía cancelar la entrevista, hecha, lógicamente, con el propósito de hablar, y es cierto, yo lo sé, que el asma enmudece al que la sufre, y además aún era primavera. Metió una mano en el bolso y sacó, pues, su Ventolín, para que yo me convenciera de su argumento. Ante la circunstancia, yo eché también mano de mi propio aliviador del asma, a él le sorprendió, o le hizo gracia, la coincidencia de los gestos, y en seguida nos sentamos, incómodamente, bajo su tríptico de la crucifixión, a hacer la que quizá fue la última entrevista de su vida, pues poco más de un año después murió en la ciudad donde buscaba calores perdidos, cristales que aún esperaba hallar y recomponer.

Bacon a mi lado, hablando, respondiendo una a una mis cuestiones: se disipó el asma. El asma, lo sabemos tantos millones de asmáticos, viene también cuando tienes miedo. Y probablemente Bacon en ese momento tenía

el estómago lleno de vacío, ¿qué hago yo aquí buscando palabras para comunicarme con algo distinto que con la pintura? Luego éramos dos tipos hablando gracias a que ambos padecíamos el mismo miedo, uno a responder y el otro a preguntar.

Una fotografía registra su cuerpo de última hora en Madrid, echado, los pies desnudos, y una inscripción que asegura que allí yace quien fue uno de los artistas más decisivos del siglo XX. La estudiosa me escuchó con atención mientras yo me comía, a mediodía, un sándwich de salmón en un bar lleno de ejecutivos veloces como las caras que pintaba Bacon.

Pasaron otras cosas entre los cristales rotos de Nueva York. Me encontré, en Columbus, con Guillermo del Toro y con Frida Torresblanco, en días separados; ella comió conmigo, él comía solo, esperaba a una familia de amigos, era entonces muy grueso, o eso me pareció, y muy pálido, mucho más grueso y más pálido que en las fotos que le hicieron cuando estrenó *La forma del agua*. Otros días comí solo; y otro día, de nuevo, con Susi, la viuda de Rafael Azcona, y con Frida; una vez estuve en el Instituto Cervantes, dialogando con Jon Lee Anderson y otros periodistas sobre para qué sirve el oficio (luego me llamó Jon para que mediara con Antonio Muñoz Molina, que le había afeado que llamara *grupo paramilitar* a la Guardia Civil. Hice un intento, no parecía que Muñoz Molina quisiera avenirse a hablar con Jon. Hasta que Jon utilizó la palabra *valentía* para reprocharle a Antonio que no se atreviera a mantener ese diálogo. Entonces ya dejé de mediar, demasiada palabra *valentía* como para usarla de arma para acercarse a otro), y otro día entrevisté en público al ya muy famoso Fernando Aramburu, el autor de *Patria*, el libro que levantó acta notarial de los cristales rotos, y rotos para siempre, de la vida en su tierra, víctimas y verdugos en el fondo sucio de una espiral de odio que él contó con sensatez, dolor y ternura. Una novela que mantuvo en vilo la memoria conmovida de los españoles mientras ETA se iba disolviendo en su propia sangre inútil.

Aramburu en Nueva York asistía a su éxito literario y editorial con la perplejidad serena que uno halla en sus ojos cuando te mira al fondo mismo de lo que eres; luego se repliega un poco y empieza a hablar, seguro o entrecortado, sus manos quietas sobre la mesa larga del Instituto Cervantes, sus codos sobre la mesa en la librería Méndez de Madrid, sus codos sobre las

rodillas en La Térmica de Málaga, pues en tantos sitios lo vi y lo entrevisté. Aramburu hablando de los cristales rotos que ha descrito, almas que penaron su pesar en su memoria de adolescente que vio cómo la sangre cubría de dolor los cristales rotos de Euskadi.

Tiene en su semblante marcado por las rayas de pensar la serenidad de quien ha esperado a que el tiempo pase para asentar esa memoria, la violencia en su tierra, y conseguir expresar con palabras lo que sin duda fue, desde la adolescencia, la más extraña de las formas de convivir: desde el desprecio. *Patria* no es tan sólo una novela o un testimonio; en el primer mensaje que le envié sobre su libro le hablé de Albert Camus, que con la experiencia de una guerra había escrito una novela moral, un poema emocionante que apelaba también al sentimiento de los que no lo habíamos vivido.

Desde entonces, desde ese libro, en sus ojos quise ver los de aquel adolescente que se juró a sí mismo contar algún día la experiencia del dolor que no se dice y que se queda para siempre en el semblante de una gente y de un país. En su casa no había libros en aquel tiempo; *Patria* es ahora un libro que está en casi todas las casas.

Durante ese viaje a Nueva York Cataluña ardía, estaba en su apogeo lo que se llamaba todavía *el procés*. En los bares y en las tiendas los dependientes, al saberme español, me preguntaban constantemente por el entonces tan famoso *proceso* catalán. Acababan de ocurrir los incidentes del 1 de octubre de 2017, y aquellas imágenes de las cargas policiales, que tanto daño le hicieron a España, eran objeto de conversación estupefacta. Sorteé esas conversaciones con la tristeza que produce sentirse en un laberinto de lugares comunes en el que habían caído también reputados periodistas anglosajones (España es una dictadura: se repetía mucho esa mentira, fabricada por los ingenieros del referéndum catalán) y regresé al hotel. Allí nunca había luz, aquella habitación estrecha y triste contrastaba con el hermoso sótano luminoso y vivo en el que tantas veces viví en la casa de Peter Mayer. Esta vez estaba en el peor de los hoteles peores del Soho, cerca de Peter Mayer, y en esta ocasión quise estar allí como si rindiera homenaje y tributo a otro de los personajes que hicieron distinta mi vida, en este caso como editor pero también como persona.

Inevitablemente, además, me sentí periodista en la ciudad nerviosa, nervioso yo mismo y solitario en un mundo que mandaba mensajes

implacables sobre la insignificancia de los individuos que andan solos.

Zona de canarios (I): Manuel Padorno, los pies en el mar

Lo veo alzar el vuelo, ya no está, paloma atlántica de la poesía. Pero en la imagen que queda en la tierra hay una metáfora mayor de sus pasos. Los pies desnudos, el calzón arremangado, como de mago canario, las olas chiquitas subiendo, como la caricia de un niño, hasta la pantorrilla. La playa es Las Canteras, en Gran Canaria. Cuando lo conocí ordenaba que el día fuera noche, y en ese tránsito rebuscaba en calderos fríos la comida del día que él tomaba por la noche, desayunaba al revés, su rebelión contra la meseta lo llevó a horarios estrafalarios, igual que a Onetti la rebelión le dio también por romperles la mano a los relojes. Manuel Padorno había nacido para mar y sal y levadura, y fue pan y paloma y verso. Un día se enfadó conmigo porque acaso no di con la palabra justa en una discusión, y se fue de allí como si el mundo se hubiera roto, aquel hombre tan sintáctico, tan vehemente y tan sintáctico. Busqué donde fuera flores salvajes y se las envié al día siguiente a su casa de la calle Portugal, en Las Palmas. Murió en Madrid, su otra mitad de la luna, cuando no hacía sol ni había mar ni jardín sino adiós. Sus pies entrando en el mar, ésa es mi imagen del hombre que hoy está presente en mi vida siempre que me acerco a la orilla, siempre.

Julio Llamazares escribe a la luz de la luna

Julio Llamazares camina como si estuviera viendo en el suelo, o en el aire, la sombra de un antepasado o de un árbol. Le cuesta despedirse, al teléfono o en persona. Su modo de hablar es, ha sido siempre, el de alguien que aún tiene una conversación pendiente. Es radical en sus enfados, y tarda en pedir tregua o perdón, pero es justo y radical como una sombra en verano.

Cuando lo leo, no sólo sus libros, sino sus cuentos, sus artículos, y también cuando lo escucho hablar, pienso que sigue oyendo el gorgoteo del agua que venció la existencia de su pueblo bajo el pantano del Porma, en León. Y entonces dan ganas de abrazarlo como si fuera huérfano reciente, aún los cristales rotos de la soledad asomándole en el pico lloroso de los ojos.

Me parece un árbol, además, sin hojas, seco como el muro que deja la lava, caliente todavía, enhiesto. Y de árbol es la metáfora que le transcribo para empezar a retratarlo.

«Me gusta apoyar la mano en el tronco de un árbol, no para asegurarme de su existencia, sino de la mía.» Hasta esta mesa en la que ahora reposa el libro de conversaciones de Milton Glaser con Peter Mayer, donde en otro tiempo escribí lo que me sugiere la memoria de Günter Grass, donde residen los libros viejos, mis anteriores edades, este tiempo que precede a los setenta, una edad que ya habla hasta por los huesos, ha llegado esa frase que escribió Julio Llamazares en su mejor columna para *El País* hasta la fecha. Y se publicó ayer, 10 de marzo de 2018, cuando volví a sentarme ante esta mesa de madera sobre la que reposan los nombres propios, las primeras personas del verbo total que constituye este libro.

La frase es del poeta Christian Bobin y, dice Julio, «constituye la mejor descripción de la inseguridad y la duda que uno ha leído». José Saramago decía que su abuelo abrazaba los árboles, y él los abrazaba también, para saberse árbol él mismo, parte de la naturaleza que iba a abrazarlo, a su vez, tras el camino quemado por la historia, tras su misma muerte, que ocurrió en

Lanzarote, la isla que fue el ojo de su horizonte, el lugar en el que encontró, con Pilar del Río, el aire que dejó limpio César Manrique, un árbol aún vivo en la isla.

Escribe Julio ahí a partir de otra frase singular, pues una frase es, en definitiva, aquel *Esperando a Godot* de Samuel Beckett, acaso el autor que más he amado, con Albert Camus y con Francis Scott Fitzgerald y Federico García Lorca, a quienes nunca conocí. Lorca era de aire y de tierra, Scott Fitzgerald era sólo de aire alcoholizado y triste, y de sol era Albert Camus, de este sol que cae dubitativo hoy sobre las arenas de El Médano. Aquí habita también el espíritu montaraz del extranjero.

Esperando a Godot viene a decir, con palabras, lo que dicen los caminantes al buscar agua y reposo en medio de territorios de secano; buscan socorro, gritan pidiendo ayuda y escuchan el eco del mar, el eco hueco del mar sin horizonte. El árbol también es el mar sin horizonte. A veces son territorios de secano los mares que surcan para evitar la miseria estos hombres amparados en mantas incapaces de abrigo del frío y del relente. Esperando a Godot ellos, esperando a Godot todos nosotros, pues al final habrá nada, aire impuro de los países que no quieren saber nada del extranjero que viene.

Y en esa frase grande que es tal obra de la espera y de la desesperación y del silencio hay otra obra de arte de la sencillez y del abismo de la noche que Julio subraya: «Carretera de campo con árbol. Noche». «No se puede decir menos y a la vez más, ni describir mejor este mundo de lo que Beckett hizo con seis palabras», dice Julio, y si uno se fija en los alrededores, en estos mismos alrededores de hoy, cuando escribo y es 11 de marzo de 2018 y se conmemoran aquí, como una memoria que se quisiera extinta, los catorce años del maldito atentado de Atocha, casi doscientos muertos, una tristeza una a una, un árbol caído tras otro árbol caído, sombras de la vida y para siempre ceniza y tiempo, temporal de cenizas, tristeza, un pueblo entero sepultado por el agua sucia de la historia y del odio, jóvenes cargando mochilas llenas de muerte y de animadversión que a su vez causan desolación en las familias innumerables de los asesinados, niños, mujeres, mayores, adolescentes, un mundo entero se rompe cuando muere una sola persona, un árbol que arde es equivalente a la humanidad que se desangra... Si uno se fija, pues, este de ahora es el mundo que entonces señalaba Beckett: una carretera, soledad y la noche. Un árbol solo, sólo una sombra.

11 de marzo, 2004. Carretera de campo con árbol. Noche. La ciudad del estupor y de la guerra, maltratada otra vez por el mal destino que el odio procura a los seres humanos, sombra sin árbol, Madrid que aún resiste el olor de cigüeña triste abandonada en el campanario desusado por la guerra.

Y hoy a mediodía la insoportable e intratable realidad devuelve a las noticias otra muerte, la de un niño andaluz que se llamaba Gabriel Cruz y que ha sido arrojado a la nada del tiempo, fuera de la sombra del árbol, por una mujer venida de lejos sobre la que ahora pesarán las más terribles metáforas. Gabriel Cruz, ése es hoy el nombre propio de la terrible nomenclatura de la soledad.

«Carretera de campo con árbol. Noche.» Dice Julio: «No se puede decir menos y a la vez más, ni describir mejor este mundo de lo que Beckett hizo con seis palabras». Y yo lo podría corroborar también con algunas frases espeluznantes de la soledad que alumbra, con una luz cenital muy clara, su novela *La lluvia amarilla*, que parece hecha con el candil poderoso de la luna cuando es luminosa, total, y cae sobre Babia, en su tierra de León.

Julio sabe de lo que escribe, en este caso acerca de la enjundia escueta de Beckett, y también en su caso de la enjundia propia de su tendencia al silencio, a la que da nombre y existencia en el citado texto. Como Juan Rulfo, o como Augusto Monterroso, hasta en sus obras más grandes (*Trás-os-Montes*, *Las rosas de piedra*, el libro de las catedrales, al que ahora añade, con otras reliquias de piedra, *Las rosas del sur*) reside su obsesión por tachar, por escribir borrando, lo que le da ritmo y esencia a *La lluvia amarilla*, su libro mayor y su libro más chico. En aquel artículo, una marca de esta mesa en la que de nuevo escribo, huyendo del silencio que yo mismo he padecido tanto tiempo, ansiedad de callar para que suenen voces que no oigo, he encontrado materia para rehacer su fotografía. Pues en esas palabras Julio evoca, como si se narrara a sí mismo, las distintas densidades del árbol que pintaron y despintaron juntos Alberto Giacometti y Samuel Beckett, dos árboles ellos mismos, ambos crecidos hacia arriba, una cresta que era a la vez el pelo y la cabeza, apuntando al cielo gris de París y, por tanto, del mundo. Y aunque Julio Llamazares guarda un pudor leonés, como si no quisiera que se le oyera más que lo que no dice, explica ahí algo que debe de comerle las tripas: el ruido español, el renaciente ruido español, esta conversación siempre a punto de ser un griterío ensordecedor, de niños gritándose en el

patio triste de un colegio sometido a la incertidumbre o a la memoria de una guerra, y la voz rota de la sangre.

«Últimamente, cada vez más me sucede que lo que ocurre a mi alrededor me interesa poco y que las discusiones sobre la actualidad me producen una gran pereza, salvo excepciones.» España se convirtió, como Internet, en una plaza de discusiones, insultos y jolgorios, y un carácter como el de Llamazares, criado en el silencio de un poblado que ya no existe, sepultado por el agua de un embalse que cambió su región hasta hacerla parecerse al paisaje que él describe en *La lluvia amarilla*, alcanza la plenitud de su hartazgo ante tanta palabrería picuda. Ángel Ganivet distinguía entre ideas redondas y picudas, y entre nosotros, viene a decir Julio, todas las palabras han llegado a ser picudas, discusiones de sabiondos con sabiondos, de engreídos con engreídos; la conversación nacional se convirtió, en estos tiempos, en una amenaza a la razón, o más bien al razonamiento. Y, dice Julio, «puesto a elegir entre la razón y la paz, prefiero la paz», por eso no discute, «aunque eso me suponga guardar silencio cada vez más». Lo que sucede es que la paz ya no existe, porque se quedaron sin amparo las palabras que la constituyen.

En el camino, este hombre que hizo del *Quijote* su compañero durante algunos meses, buscando en esas veredas terrenales la ruta de la locura de aquel español triste y desolado, se encuentra también con Antonio Machado, otro hombre desprendido de la presunta alegría de la historia. «En el camino machadiano, sólo el árbol asienta el horizonte, que es el espejo que nos devuelve nuestra mirada y con ella el alma, que se nos va detrás de él.» Es un artículo de prensa, podría haberse contagiado Llamazares de los huecos que ahora se producen entre los suspiros periodísticos que se convierten en gritos fatuos, cargados de razón pero no de razonamientos. Y sin embargo opta por una confesión singular: ese basta ya que siempre ha estado a punto de pronunciar y que ahí deja como una declaración de hartazgo.

Es lícito preguntarse por qué este hombre que una vez fue un muchacho guapo y fornido, abogado sin éxito, escritor fulgurante, autor de uno de los más bellos libros de su generación, aquella *lluvia amarilla*, desembocó ahora, marzo infeliz de 2018, en ese canto triste a la sombra de un árbol. La justicia, quizá, su sentido de la justicia. Aquel libro, que leí donde ahora escribo, en este desierto médano de Tenerife, tierra en la que ni las edificaciones han sido

capaces de impedir la presencia insolente de la arena, traía dentro la expresión de su soledad.

Aunque siempre ha estado rodeado de amigos, del día y de la noche, y ha hecho viajes para encontrarlos, sobre todo en la enfermedad o en la desdicha, en su manera de ser siempre se ha conservado un rastro como de árbol arrancado, de ser humano que confía ya poco en la luz que encienden los hombres. Y él mismo ha sido ese árbol caminando: lejos de donde nació, y lejos para siempre de aquel Vegamián que lo persigue, es este hombre que ven ahora, sin tierra, ahogado en un país despiadado y hosco, alejado del cenáculo literario, persiguiendo, como se persiguen las sombras, la historia humana de las catedrales, viajando hacia Trás-os-Montes para explicar, también, la soledad agreste de esos territorios manchados de verde que prolongan el Duero en Portugal.

Ya fue, en *Luna de lobos*, un joven que buscaba en las correrías de los maquis la explicación de una lucha por alargar la esperanza de la República. Y en *La lluvia amarilla* también quiso rehabilitar, con el espíritu de su escritura, el descampado en que se estaba convirtiendo la España vacía de la que luego escribió su joven colega Sergio del Molino.

En su modo de recibir este libro de un compañero suyo mucho más joven alcancé a ver, también, un rasgo de la nobleza sin envanecimiento que alberga el alma de este heredero de Machado. Marcado por la inseguridad y por la duda, como si no hubiera tierra bajo sus pies, porque no la hay, conoció al autor, divulgó el libro, y nunca dijo una palabra que no fuera de elogio para aquel que seguía sus pasos.

Del Molino hacía recorrido y ensayo, Llamazares iba hacia el fondo de aquella mazmorra de soledad, tocaba el alma de la pérdida, como si se metiera hasta el fondo de las aguas que sepultan Vegamián. En su oficio vi pocas veces un árbol como el de Llamazares. Por eso, porque ese artículo, «El árbol», lo representa tan bien, me traje el recorte hasta El Médano, y ahora lo glosó al tiempo que lo imagino caminando ya sin Bruna por la plaza Villa de París, en Madrid, recorriendo la huella de aquella perra que fue, con sus padres y con sus amigos, de lo primero que lloró Julio cuando ya se hizo inevitablemente mayor, Julio sin tierra, Julio del árbol y del agua, inseguro hasta cuando más sólidos se hacen los recuerdos de sus convicciones o de sus argumentos.

Mario Benedetti en el territorio ajeno

La casa se ha llenado de la escritura ajena, libros y más libros sobre la mesa, en las estanterías, libros y salitre y arena que se cuelan por debajo de las puertas y ocupa su lugar en la estancia, mis pies descalzos golpean arena, en mis ojos hay arena, vivo en el país de la arena, y hasta aquí me siguen también las fotografías, los cuadros, las imágenes que no poseo sino que van conmigo, en mi imaginación y también en mi retina, aun cansado veo imágenes y las cuento, la casa está llena de memoria, y paulatinamente ésta se coloca en los dedos que teclean desde la madrugada hechos o rostros o sentimientos, retratos que son también parte esencial de mi autorretrato.

Todo es arena, y la memoria también. Fotografías que el tiempo dibujó muy a su manera; en cierto modo, ni siquiera intervengo, sopla en el oído el ventarrón que las atrae, como atrae a la arena, y las pone a mi disposición sobre este tablero, en El Médano. Y yo escribo, escribo y escribo, como si en la escritura estuviera el aliento y como si, al acabar en el teclado y fuera sonido e imagen, todo se acabara también, y también se acabara el recuerdo. Escribir para que no se acabe el recuerdo, eso es lo que hago.

El mar acompaña en su sosiego repentino estos redescubrimientos, la mesa los acoge, pero luego se cuelan por donde quieren. Hay un plan establecido: contar lo que ha sido principal entre esos rostros que me acompañan y que van surgiendo como si irrumpieran desde su soledad y desde su silencio y se convirtieran en palabra y después en imagen, y finalmente en las primeras personas del verbo de la vida.

Ahí está, esperándome, entre las arenas que cubren su rostro ya sin tiempo, sin otra resurrección que la que se produce en el recuerdo ajeno, el rostro de Mario Benedetti. Por un tiempo creí que el marco de su retrato era de plomo, o de color plomo, y sin embargo es negro, y combina con su camisa oscura, aquellas camisas humildes del uruguayo triste. La chaqueta es gris, jaspeada, todo es simétrico en el rostro que se prolonga en ese saco, la nariz hacia

abajo, la mirada, aquellos ojos orlados de blanco, el cansancio de los ojos del expresidiario que huía de los militares que tomaron por asalto y con sangre el Uruguay de sus sucesivas edades, el pelo entonces negro, peinado como se peinaban los hombres en la época de Elvis Presley. Sus ojos son retraídos, como el humor que él mismo alberga, pero Mario sonríe en la fotografía, mira hacia abajo, está leyendo un poema o simplemente cumple con una de sus misiones en la vida: impedir que los fotógrafos le dañen los ojos. Siente terror ante esos fogonazos y se escuda en nosotros, sus ayudantes, para que no haya más *flashes*, hasta que, aliviado, se sienta en un butacón o en una silla o huye al excusado para maldecir la luz que tanto le hiere.

Ahora respira con dificultad y se cuida el asma con un nuevo medicamento, de envoltura blanca, que me enseña como si hubiera descubierto el aire del mar, un amor tan viejo.

Hubo otro gesto así, en el hospital, una de esas veces que lo internaron por distintos motivos de sus males. Ya está recuperándose, pero tiene miedo y se descuida, como los viejos que ven cerca la destrucción y ellos mismos quieren precipitarla. Le digo que se cuide, que si no lo hace ya no vendré más madrugadas con los periódicos del día. Que se afeite, la cara es el espejo del cuidado, no puedes andar despeinado, no te puedes convertir en un viejo que lo parece más aún. Él me escucha atentamente, yo le leo los titulares. Y al día siguiente vuelvo con los periódicos. Lo observo, pero no le digo ni una palabra de su aspecto. Hasta que él me agarra por un codo y pronuncia las palabras tuyas que más me emocionaron en toda nuestra vida juntos: «Juancito, ¿no viste que me he afeitado?».

Y ahí está Mario Benedetti. Reside ahora, como fotografiado, en una esquina de la mesa, mirando algo que se escapa del papel. Pobre imagen nuestra, ya es sólo papel en la memoria una vez que ha concluido el tiempo. Su rostro es, por decirlo así, de entretiempos; no está enfadado ni triste, ni puede decirse que sea alegre su semblante, nunca lo fue del todo. Disfrutaba de las firmas de los libros, anotaba, uno a uno, el número de los que había firmado, de pie en la caseta, junto a un cuarto de baño, tenía terror a la incontinencia; y siempre iba con su maletita de mano, tan humilde, llena de cosas por hacer, encargos para sus editores, papeles sueltos en los que escribía, con unción de colegial, recados de los que él mismo se encargaba. Miro la fotografía y siento que este Mario que mira hacia abajo es el Mario

que fue, hasta el final, pero sé que al final no era Mario sino una sucesión de Marios que terminaron siendo tan sólo el fantasma de lo que había sido, gritando contra todos en una residencia en la que ya no volvió a imaginar ni a escribir ni a leer ni a sentir la luz o la esperanza.

Lo pongo ahí, sobre la mesa, mirándome desde la esquina, fotografiado, porque no puedo nunca quitarme de la imaginación de mi memoria aquel momento más triste de su vida, cuando habitaba sin rumbo en una habitación de hospital, en la ciudad de Montevideo. Y yo fui a verlo el mismo día en que en otro lugar de la ciudad Daniel Viglietti y otros amigos le decían adiós a Idea Vilariño, una de sus grandes amigas. Y aquí está Benedetti, el marco que contiene su retrato incluye el bigote que se fue haciendo gris, habitando como un espacio poblado y natural de su labio superior. Benedetti en su estado natural.

Con esa fotografía quiero borrar a aquel Mario sin bigote que se preguntaba quién era, a gritos, mirándome sin conocerme, en el agujero más oscuro de los últimos años de su inconsciencia.

Pero esa tristeza que lo acompañaba a ferias y almuerzos tuvo otro punto sin retorno el día en que su mujer, Luz, aquel junco débil, sumamente miope, de la casa, empezó a perder la memoria y a Mario se le rompió la brújula quizá para siempre. Entonces, cuando supo que ya Luz no tenía entendimiento para saber que sonaba el teléfono, hizo poner sobre el aparato una luz roja de tamaño grande para que ella supiera que algo raro pasaba cuando se encendía así aquel pasillo.

Estábamos en su casa de la calle Ramos Carrión, en Madrid, y ellos se iban —¿ya para siempre?— a Montevideo, y ella, la cabeza ida, la desmemoria, se había dejado las llaves en su cuarto. Las maletas dentro, los cuadros, la terrible soledad de esas maletas, la ropa, quizá ese traje gris que está en la fotografía, todo lo que fue un hogar encerrado ahora en sí mismo, la vida acabada y prisionera, y las llaves dentro.

Mario buscaba en sus bolsillos, incluso nosotros buscábamos en nuestros bolsillos; adentro, la butaquita desde la que veía los partidos de fútbol, los cubresillones humildes, bordados inútiles en una casa vacía, ellos se iban a Montevideo. Al final vino el portero, él se lo recelaba, dijo, se abrió la puerta y al instante empezó a sonar una alarma en el pasillo mediano de la casa, que daba a su cuarto de trabajar chiquito, donde guardó cartas de grandes amigos

muertos, las críticas y las libretas, que ahora están otra vez guardadas camino del avión y de otro destierro, el último destierro, esta vez a su propia casa, en Zelmar Michelini, Montevideo.

Ya no volvió más Mario, y Luz tampoco volvió a saber quién era ni dónde se había dejado las llaves. La luz roja que brilló por última vez en Ramos Carrión señalaba la última llamada de teléfono que Mario atendía allí, y no quería perdersela. En el pasado reciente Luz debía advertir, por la luz, que alguien llamaba. Todas las precauciones eran inanes, porque al final Luz no se acordaría tampoco de los recados. Y esta vez sonó el teléfono, se encendió la luz, atendió Mario y anunció que no había nadie en el otro lado. La última llamada vacía de su larga vida en España.

Esa imagen última de Luz y Mario en Madrid fue antesala de otros sucesos tristes. Mario rompió con su hermano, éste violentó la confianza entre ambos, y lo que había sido una amistad ejemplar y fraterna terminó en odio común, tan común como la ruina. Fui a verlo a veces, desde Buenos Aires, y lo entrevisté cuando ya Luz no estaba, se había muerto, y él lloró desde la primera pregunta; yo mantenía mi bolígrafo en alto, incapaz de anotar nada de lo que dijera en ese trance, pues ver llorar así a un hombre, imaginar que es niño otra vez y tiene miedo, es algo radicalmente serio y te deja para siempre el aire caliente que sientes cuando tú mismo te imaginas en situaciones así, sin saber dónde están las llaves de la puerta.

Zona de catástrofe: Grossman mira en Jerusalén

El mundo estuvo loco antes que nosotros. La oscuridad baila alrededor sobre peores noticias. Ahí miro a David Grossman en Jerusalén observando la ventana cerrada de lo que fue su estudio, ante un jardín bellissimo. Quietud en una de las ciudades más nerviosas del mundo, tan nerviosa, más dura que Nueva York; él vive su herida más reciente, la muerte de su hijo, soldado israelí; trabaja para que el odio no sea el paisaje de su alma. Y lucha para que los palestinos y los israelíes no sean enemigos sino vecinos del mismo aire. Sonríe. Le resulta difícil hablar de sí mismo. Explica en su libro *Escribir en la oscuridad* cómo le afecta la catástrofe a su pueblo. Y en cuanto a lo que esa catástrofe le afecta a él mismo, cita una frase de Natalia Ginzburg: «Para nuestra alegría personal o nuestra desgracia, las contingencias de la realidad tienen una gran influencia sobre lo que escribimos». Grossman cita luego «Una pequeña fábula», un cuento de Kafka sobre un ratón al que encierra un gato. Exclama el ratón encajado: «¡Ay! El mundo cada día se hace más estrecho».

Tomás Eloy Martínez rescata la luz que se apaga

Lo veo llegar con una chaqueta verde, de bolsillos grandes, quizá de pana, y yo estoy sentado en el hotel Palace. Él lleva en la mano un libro blanco y es aún un hombre joven al que otra persona, Javier Pradera, alto como una palmera, me presenta como «uno de los mejores escritores que tú habrás conocido en tu vida», eso me dijo. Ahora que lo recuerdo ya hay otro libro en sus manos, pero él no está, se fue yendo como se apagan los instantes que duran o la felicidad o la fama. Él retrató a mucha gente, a algunos de los cuales vio al final de sus vidas, escritores cuyo cuerpo ya se había vuelto transparente y a quienes él reconstruyó con su memoria minuciosa de periodista que también fabulaba.

Ese hombre fue Tomás Eloy Martínez, y el volumen que recoge esos retratos en los que la memoria visita el azar o los encuentros es *Lugar común la muerte*, un libro compuesto de memorias y de rostros de primeras personas. Lo conocí cuando ya era muy popular y caminaba sobre la espuma de esa fama, herido aún por la reciente matanza de argentinos organizada por militares que también lo persiguieron a él, hasta que se hizo errante como un caballo que huye con la cabeza alta. Se refugió en Caracas y desde allí siguió haciendo periodismo, su forma de burlar la literatura.

Como en otras ocasiones ocurrió con latinoamericanos, a Tomás Eloy también me lo presentó Pradera, editor de Alianza entonces y, desde que lo conocí personalmente, puntal decisivo de las páginas de Opinión de *El País* y del periódico propiamente dicho. Él me encargó una vez la custodia de Jorge Luis Borges, cuando el argentino ciego pasó unos días solo en Madrid. Y luego me encomendó otras misiones. Por ejemplo, que cuidara de Jorge Semprún cuando éste ya había muerto e iban a hacerle un homenaje en Biriattou, su retiro de los veranos. Él murió antes de que se verificara ese homenaje. Y él sabía que eso era lo que iba a pasar.

Otro encargo que me hizo Javier Pradera, entre muchos más, fue que

cuidara de Tomás Eloy Martínez cuando éste vino a Madrid a promocionar el más conocido de sus libros, *Santa Evita*. Tomás Eloy era un hombre elegante y retraído, vestía ropas cómodas, hechas de tejidos tan nobles como su percha. Pero esa timidez le duraba poco. Era un narrador oral formidable que contaba las historias con la precisión memoriosa de Funes: jamás dejaba atrás un dato ni contaba algo de distinta manera. Era eficaz y fiable, y tenía ritmo, como si cantara contando. Como si tuviera un calco en la mente, todo lo que decía era preciso y notorio, corpóreo, todo estaba lleno de imágenes que en seguida entraban en tu cerebro y te abrían el apetito de seguir oyendo. Y lo mismo pasaba con su escritura. Su modo de describir el peinado de Evita muerta, su cadáver tendido en la casa de Perón, en Puerta de Hierro, desprendía un magisterio excepcional, un gusto sin desvelo por la prosa. *El vuelo de la reina*, la novela con la que ganó el Premio Alfaguara en 2002, partía de un hecho real: un periodista a quien trató en Brasil hizo todas las diabluras posibles para hacerse con las mujeres que quería, y él contaba ese viaje sin fin del sinvergüenza como si lo estuviera leyendo en un *teleprompter*, siempre con la misma cadencia y con iguales anécdotas.

Lugar común la muerte es una palabra mayor de ese periodismo que él protagonizó para lujo y envidia de nuestro tiempo.

Escribió mucho periodismo, en el exilio y en Argentina. En Venezuela fundó un periódico; en Guadalajara, México, fundó otro, tuvo alumnos en todas partes, y yo también fui alumno suyo. Le iba a ver, le llamaba, le atendía en Madrid cuando ya no era nuestro autor (se había pasado, por un tiempo, a Planeta; en cierto modo, yo seguía atendiendo el mandato de Pradera: «Ocúpate de Tomás Eloy», debía de sentirlo un hombre solo).

Tras la muerte de su primera mujer, en un accidente que ocurrió en New Jersey, donde enseñaba Literatura, pasó algún tiempo sonado como un boxeador triste, hasta que emparejó con una compañera que había trabajado con él en periodismo; con ella lo vi en Madrid varias veces, ya en mis tiempos de editor en Alfaguara. Antes había sido jurado del premio de la editorial, que habrían de ganar, en su primera edición, el cubano Eliseo Alberto y el nicaragüense Sergio Ramírez. Él paseaba por el hotel Palace, donde nos reuníamos, como si estuviera en otra parte, y la otra parte apareció luego, cuando ya se hizo presente en la ciudad aquella joven que al final también dejó de estar cerca. Su enfermedad, en los últimos días, pudo más que su fuerza, y aunque fue capaz de escribir casi hasta el último minuto de

su vida, como si ése fuera el alimento de su ilusión por seguir, ya le era imposible mantener la vista en el camino. Iba de su sillón de enfermo al ordenador con el sigilo que da el dolor; ese recorrido se interrumpió un día del invierno europeo, calor tórrido en su casa de Buenos Aires.

Ese día que se supo la noticia de la muerte de Tomás Eloy, el 31 de enero de 2010, estábamos por casualidad en la casa de Gabriel García Márquez en Cartagena de Indias. Mercedes Barcha mandaba en la casa, siempre mandó, y Gabo, desposeído desde hacía tiempo de la facultad de coordinar lo que ocurría con lo que recordaba de lo que había ocurrido, se paseaba por aquel balcón interior ofreciéndose para hacer tareas útiles. Mercedes le encargó hielo. Y nos pusimos a hablar allí, delante de él, de Tomás Eloy, de sus libros y de su modo de ser, y en un momento en que creyó oportuno intervenir Gabo se acercó a mi oído y me preguntó de quién se trataba, qué persona había muerto. Cuando pronuncié el nombre, él dijo algo que siempre decía entonces para sentirse parte del conciliábulo: «Era el mejor de todos nosotros».

Era verdad el dictamen escueto de Gabriel García Márquez. Tomás Eloy Martínez era *de lo mejor* de la generación que ahí se estaba diezmado, aquella en la que él, como Sergio Ramírez, entre otros, figuraba como uno de los hermanos menores. La última vez que lo vi reír fue en México, camino de Guadalajara, donde su amigo Carlos Fuentes iba a recibir uno de los múltiples homenajes que coronaron sus ochenta años, antes de que el propio Carlos entrara en una cuesta abajo que parecía no estarle reservada, tales eran su genio físico, su vigor, su capacidad de combate. En aquella última vez de tanta risa, ya Tomás Eloy viajaba con alguno de sus hijos, con Ezequiel sobre todo, seguía siendo divertido y minucioso en sus recuentos de sobremesa y contábamos anécdotas de su tiempo y de los suyos en la librería más bella de La Condesa, la Rosario Castellanos. Lo recuerdo de pie, con pelo escaso, entre el gentío, riendo como un niño todas las ocurrencias. Después, en su casa de Buenos Aires, fui a verlo y ya él no estaba ni para caminar ni para reír, pero hicimos una entrevista sobre nuestro oficio común tan querido.

Cuando recuerdo esa visita y esa entrevista, cerca del ordenador al que hacía esforzadas excursiones, viene a mi mente su asombrosa descripción de los últimos días de la vida de Saint-John Perse, el poeta y diplomático francés que fue (según dijeron T. S. Eliot y Giuseppe Ungaretti, sus iguales) el mejor poeta de su tiempo. Tomás Eloy escribió ese perfil («Saint-John Perse

desaparece») y luego lo incluyó en aquel libro impar, *Lugar común la muerte*. Siempre que hablo de periodismo, a principiantes y también a veteranos, les aconsejo ese texto como modelo de crónica, por su ritmo, por su delicadeza, por la información que contiene, por las dotes de observación que mezcla con avances hacia el alma de la persona cuya respiración contempla... Y en la Feria del Libro de Buenos Aires de 2014, convidado por su hijo Ezequiel, tuve ocasión de decirlo, cuatro años después de la triste despedida final. Y lo hice recordando precisamente su descripción de Saint-John Perse, que de pronto se convirtió en un texto que servía de retrato, también, de esos últimos tiempos de Tomás Eloy Martínez.

Escribía Tomás Eloy: «Sólo sé que de pronto, como en el interior de un relámpago, vi a Saint-John Perse envuelto en luz sobre la cama, inmóvil, con esa paz perfecta que sólo fluye de las estatuas; vi también su voz levitando sobre la vajilla de porcelana; oí el aliento de una sangre que estaba más viva que la mía. Y sentí que debía callar, que el estrépito de cualquier palabra podía convertirnos en polvo».

La emoción que hay en ese texto no es ajena al libro mismo, ni tampoco a las descripciones que alguien que estuvo muy próximo a él, su discípulo y compañero Jorge Fernández Díaz, novelista autor de *Mamá*, hizo de los momentos fatales de la escapada final, del último suspiro de Tomás Eloy Martínez. Decía Jorge, en textos que escribió por aquel entonces y que resumió en aquel encuentro en la Feria del Libro, que Tomás Eloy lo convocó a su casa quince días antes de su muerte. Ya era un hombre al que sólo le funcionaba el cerebro (eso me lo había contado Jorge y lo recogí yo mismo en una crónica) «y se arrastraba literalmente hasta la mesa de escribir». Lo que Tomás Eloy escribía entonces, hasta esos últimos momentos, era *El Olimpo*, una novela que ya no acabó. Tomaron el té y él le confió un secreto, una caja que Jorge aún no se ha atrevido a abrir.

Quién sabe qué hay dentro. Pero sí se sabe qué hay en ese cofre publicado en 1979, *Lugar común la muerte*. Hay un tesoro periodístico de oro, compuesto por ese resplandor que cae, de su mano, sobre Saint-John Perse, el asma aireada de Lezama Lima, la fragilidad de cristal de Murano de Manuel Puig o la lucha inmortal contra el insomnio de Ramos Sucre. Y están Borges y Macedonio Fernández, riendo juntos mientras hablan de Leopoldo Lugones, y Augusto Roa Bastos, y tantos otros que, como el propio Tomás

Eloy, rompieron la frontera que había entre literatura y periodismo y los mezcló tanto que los convirtió en una sola cosa de la que ahora viven lectores que no saben todavía si *Lugar común la muerte* es un libro o el poblado álbum de metáforas del genio que en ese momento previo a su despedida le entregaba a uno de sus discípulos ese cofre en el que quizá esté su propia crónica titulada «Tomás Eloy Martínez desaparece».

Acaso sea Jorge Fernández Díaz el único que ahora podría reescribir ese gesto final, la entrega del cofre, la luz de la casa, el semblante de Tomás Eloy, como éste relató la misma pulsión de despedida en el aire habitado y deshabitado por Saint-John Perse en su casa grande de la Riviera francesa: «Sé que algo ocurrió entonces en el dormitorio: algún desplazamiento de luz, el fortuito paso de otro velero que se reflejó en la ventana, el té que volvió a verterse en las tazas. No reconozco el orden en que ocurrieron las cosas aquella tarde. Sólo sé que de pronto, como en el interior de un relámpago, vi a Saint-John Perse envuelto en luz sobre la cama...». El resto ya lo saben.

Unas semanas antes de su muerte, aquel enero, Tomás Eloy invitó a toda su familia a ver por última vez el mar. Su hijo Ezequiel me describió, cuando supo que estaba retratando ese momento final de sus despedidas, el instante en que también se despidió del mar: lo llevaron sus hijos «a Mar de las Pampas, un pequeño balneario turístico del Atlántico argentino en la provincia de Buenos Aires, a ver el mar. Él quería ver el mar antes de morir. Ya no caminaba, así que lo llevamos entre los hijos hasta la orilla, sentado en una reposera, como a un faraón. Y ahí estuvo una tarde contemplando el mar». Ahí se despidió también de la ardiente luz de Buenos Aires. Y del mundo, de la luz que fluye de las estatuas y también de los hombres.

Gabo, el mal despedido

Se acaban de cumplir, hace seis días, los noventa y un años del nacimiento de Gabriel García Márquez, y lo recuerdo, aquí, en marzo de 2018, en el sótano de los libros viejos y de los cristales rotos, con los ojos grandes o asombrados de cuando ya no sabía a quién dirigía su afecto o sus saludos, cuando vivía ajeno a su fama, repartiendo abrazos a aquellos grandes amigos a los que desconocía. No lo recuerdo sólo como el gran fabulador de América, sino también como el genio que se hizo muchacho en lo más arduo de la vida, el camino de la desmemoria y de la muerte. Gabo murió el 17 de abril de 2014, en México, rodeado de sus flores amarillas, que ahora tienen el color de las mariposas de sus cuentos. Ya el coronel no tiene quien le escriba. Ya su memoria era un cristal roto, como lo eran las cartas que esperaba el coronel.

Estuve en su despedida. Entre militares y presidentes, en un mausoleo civil que de pronto me pareció un cuartel de lujo. Pensando en él, en lo que hizo y en lo que pasó el día que él ya no puede contar, se me ocurrió con dolor este título: «Gabo, el mal despedido». Estuvo mal despedido, seguro que porque ya él no estaba allí.

Pero antes de asistir a esa ceremonia triste y decisiva de la muerte es mejor que lo visite de nuevo, en su casa de la calle Caponata número 6, en el invierno de 1970, cuando él acaba de probar las mieles de los superventas con la impar *Cien años de soledad*, su libro más extraño y extraordinario, el que más crédito le dio, pero no el que mejor lo representa: *Cien años de soledad* es un compendio de lo que había en su cabeza cuando lo escribió, la luz del recuerdo de Aracataca. Pero Gabo no era ese narrador, era más bien el altavoz de las extrañezas que se viven en el Caribe con la naturalidad con que se asiste a las tormentas que estallan en la realidad de los sueños.

Cuando fui a verlo, Gabo ya era el escritor más famoso de América Latina

y sobrepasaba en España el estruendo de Camilo José Cela. Hacía frío en Barcelona, ese frío seco de invierno, sin neblina, el sol caliente en las aceras, las casas acogedoras de la ciudad con la que soñé toda mi vida, hasta que la conocí. No vestía mono azul, eso vino algo más tarde.

La casa de Gabo, de Mercedes y de sus hijos estaba en un bajo, y a ras de tierra estaba él cuando entré a saludarlo esa tarde. Su mano me pareció gruesa y fría, pero sus ojos eran cálidos, inquisitivos, los ojos de alguien acostumbrado a preguntar, y también a preferir ese silencio interrogante a hablar de cualquier cosa con visitantes que venían alertados por una fama excesiva o cegadora. Se mostraba esquivo ante los discursos —esa aversión se convirtió en costumbre tras el Nobel—, y tampoco parecía proclive a hablar de sí mismo, hasta el punto de que durante algún tiempo sus amigos de Barcelona ignoraron que aquel Gabo que bailaba en Bocaccio era el autor de tan famoso libro. Un día lo escucharon hablar de ese suceso literario y corrió la noticia como la pólvora. «¡Gabito es García Márquez!» Pero le siguieron diciendo Gabo o Gabito a Gabriel García Márquez.

En ese primer encuentro en la casa de Caponata supe pronto que era tímido, que toda la carnavalería hablada de su libro más famoso era un torrente que fluía de su imaginación y de su cabeza, pero de esa facundia no se había contagiado la lengua. Era hijo de un telegrafista y de miles de libros que le habían brindado sintaxis y música, y era también hijo del vallenato del Caribe; de hecho, él mismo dijo que aquellas historias de los Buendía eran en realidad un largo vallenato que escribió porque no sabía cantarlo. Él no era *Cien años de soledad*, esa enorme invención. Lo representaba mejor, digo ahora, *El coronel no tiene quien le escriba* que *Cien años de soledad*. Su fama vino por la palabra, pero su mundo era el silencio, como el de aquel coronel cabreado que respondía con monosílabos ante la insistencia de la vida por hacerse presente con sus exigencias de dinero o de pan. Y aunque hablara, Gabo tenía en su cabeza, incluso en su aparente altanería, una habitación llena de silencio. Una herida debía de haber por alguna parte.

La verdad es que pronto supe que era ese tímido de realidad y de leyenda, por las señales que emitió. Un aparato de broma estaba colocado sobre la puerta de la casa, y en cuanto entré se oyeron unas carcajadas metálicas en aquel domicilio de músicas tranquilas, las que él prefería para vivir y para escribir. Él, en efecto, estaba sentado en el suelo; recogía algo, o bien ésa era la postura que le gustaba mantener. Y ya no recuerdo si yo también me senté

en el suelo y le ayudé a armar el juguete.

Lo cierto es que el recuerdo de ese encuentro en el suelo me ha perseguido siempre, como si se hubiera prolongado luego en cada episodio que viví a su lado: Gabo y yo sentados en el suelo, hablando de su novela más famosa y, probablemente, de lo que en ella hay de las islas Canarias. Las islas fueron siempre para él una referencia, Colón y las islas, y ese día me lo dijo. Luego vi en algunos de sus libros, también en *Cien años de soledad*, citas que remitían a hechos ocurridos mientras el descubridor pasaba por La Gomera. Cuando conocí Aracataca, muchos años después, siendo ya Nobel el hijo del telegrafista, me di cuenta de que todas las referencias, incluidas las de La Gomera, tienen que ver más que nada con Aracataca. Allí está todo lo que vio Gabo antes de escribir la invención de Macondo.

Ése fue el primer encuentro con Gabo. Lo vi luego muchísimas veces, le hice entrevistas, lo vi preguntar en las sobremesas de Carmen Balcells, yo mismo le pregunté a él en esas ocasiones, y supe de sus anécdotas y de sus andanzas, y siempre, aunque lo tuviera delante, vestido con sus chaquetas jaspeadas o con sus guayaberas, lo imaginé sentado en el suelo armando no sé qué juguete.

Otra imagen que no puedo quitarme de la memoria es la de Gabo sentado ante su mesa de trabajo en Barcelona, con los pies descalzos, con una mano domando el pelo desgreñado y una primera edición, abierta, de *Cien años de soledad* junto a su codo incómodo. Y a esa imagen se encadena la de Gabo, como en un cuadro gris, fabricando figuras de miga de pan sobre la mesa blanca. Fuera hace frío, él lleva su chaqueta jaspeada y no sabe que en torno hay ruido.

La imagen que hubo siempre de él, por las fiestas, por Cartagena de Indias, por el carnaval por el que parecen discurrir sus historias personales, como hombre rodeado de farándula y alegría, es la de que Gabo era un hombre alegre. Siempre me pareció lo contrario, y siempre me ha dado pena esta impresión que expreso. Como si yo estuviera traicionando su modo de ser, yendo a contracorriente de lo que se ha dicho en tantos perfiles y en muchas de las crónicas.

Las últimas veces que lo vi constituyeron para mí una continua ascensión de esa sensación, la de un hombre solo rodeado de amor, el amor de Mercedes, y de ruido. En una de esas ocasiones, en Cartagena de Indias,

estaba sentado junto a Almudena Grandes, en una *boîte* de salsa caribeña. Había cerveza y mojitos y tequila, y por todas partes sonaba la música enlatada. Aún no había empezado la orquesta a tocar, Gabo ponía en orden sus dedos, que miraba en silencio, como si les buscara quehacer. Y entonces se dirigió a Almudena: «¿Ya empezaron a tocar?».

No, aún no habían empezado a tocar los músicos.

Luego apareció en fotografías, ya al final de su vida, celebrando cumpleaños o volviendo de fiestas en las que él tendía a simular que estaba al tanto sin decir nada. Dos años después de su muerte, en Cartagena de Indias, quise saber de esos tiempos en que Gabo estaba y a la vez no estaba, y lo hablé con Juan Gossaín, uno de sus mejores amigos. Estábamos ante el Caribe, la tierra que es mar abierto, y Juan, como si lo estuviera escribiendo en el aire azul, me confesó así aquel último o penúltimo recuerdo: «Me hizo así con la mano, me llamó, y cuando me tuvo delante me dio un beso».

En el mismo viaje quise conocer lo que de esos tiempos de silencio de Gabito guardaba su hermano Jaime en su memoria. Si yo cerraba los ojos y tan sólo lo escuchaba, sabía lo que iba a ocurrir: oiría la voz de Gabo, nítidamente, pues Jaime hablaba como él, con su ene y con sus pausas, con su ironía y con su desgana, con su suficiencia de hombre apropiado de una sintaxis que, en el caso del Nobel, verdaderamente no tenía tacha. Así que no cerré los ojos, y escuché la historia de Gabriel García Márquez en la voz gemela de Jaime.

«Era —dijo, como Gabo decía de casi todos— el mejor de todos nosotros».

En toda esta evocación del escritor que cambió radicalmente la manera de contar Colombia (y de contar América, y de contar) cae como peso de hielo el entierro, la ceremonia de los adioses a Gabriel García Márquez. La noticia de su muerte había llegado a *El País* tarde en la noche; la confirmó, compungida, Carmen Balcells, su agente, y parecía increíble, como todas las noticias de las muertes, aunque éstas se esperen o no sean prematuras. A nosotros nos llegó en mal momento, por razones también tristes. *El País* había tenido la desgracia de publicar antes de tiempo la gravedad mortal de Hugo Chávez, y ese incidente mayor de la historia de nuestros defectos convirtió en altamente susceptibles a los responsables del periódico ante cualquier noticia mayor que se produjera y tuviera esos contornos tan delicados de la muerte. «¿Murió o no murió, joder?!» Tiempo atrás se había

producido un aviso que fue mentira: se había muerto Gabriel García Márquez. Cuando se supo, al día siguiente, que se había muerto Carlos Fuentes (y era verdad que se había muerto Carlos Fuentes), nadie lo creyó hasta que desde la oficina Balcells se expidió la certificación, por decirlo así, del fallecimiento del autor de *Aura*. Y en esta ocasión, en el caso de Gabo, fue Carmen la que dio la señal de alerta mortal: murió, murió Gabo, esta vez es verdad.

Es el lugar común, la muerte, y en ello iba a coincidir también la vida extraordinaria de Gabriel García Márquez. No hay salvación, no se salva ni Dios, lo asesinaron, decía Blas de Otero; mi madre lo decía también, lo dicen todos, nadie volvió, ni el coronel volvió, nadie vuelve desde el telón que ya no se abre más, ese ruido atroz, y actual, de las cortinas correderas detrás de las que no hay nada, ni siquiera el sonido insoportable de un clavo.

Por su historia, por los colores de esa historia, se hubiera entendido una ceremonia de rosas amarillas y de vallenatos, y sin embargo hubo discursos, desfiles militares, presidentes (el de Colombia, el de México) mandando como coroneles en las exequias, en torno a la suposición pétrea de una presencia simbólica, Gabo ya sin estar, desfile de señores y señoras que saludaban al aire, conciliábulos al atardecer de México como si estuviéramos despidiendo a un militar de alta graduación, a un héroe retirado de una batalla sin supervivientes, a un viejo olvidado de la historia. No despedían a un escritor, sino a una figura de miga de pan que tuvieran urgencia en tener en la mesilla de noche para pintarle de color rojo el pelo.

Como dice José Hierro de otro entierro ocurrido en la soledad de un tanatorio en New Jersey, no le he dicho a nadie que estuve a punto de llorar.

A aquel entierro cuya solemnidad (y soledad) deploro fui con un compañero muy joven de *El País*, Juan Diego Quesada. Circunspecto granadino sonriente, siguió aquellas ceremonias como yo, con una libreta en la mano, abriendo los pies como quien señala las diez y diez con las puntas. Mientras escribía el recuento de aquel escenario cuya memoria no se me va de la cabeza, me encontré a Quesada en la redacción del periódico, en Madrid, y le pedí que rememorara en doscientas veinte palabras, más o menos, lo que sintió allí, lo que vio y lo que sigue viendo tantos años después. Me envió este texto por *mail*. En su escritura se encuentra de alguna manera a Gabo dictándole la soledad y el estilo:

«Por el azar absurdo de la memoria, cuando pienso en el día que murió

Gabo me acuerdo de un señor de uniforme. Del bolsillo de la camisa le colgaba una placa: capitán Cantellano. Era el oficial de policía a quien le habían encomendado levantar un perímetro alrededor del número 144 de la calle Fuego, la casa en la que un ratito antes había muerto el chingón que hizo grande este oficio de escribir una palabra detrás de otra. En la puerta se había levantado un altar improvisado en el que los lectores dejaban libros, flores, velas, dulces colombianos. Cantellano y sus muchachos, expuestos a una lluvia cabrona que les calaba el uniforme, eran los encargados de que aquello no se fuera de madre. A las pocas horas la calle estaba atestada. Le oí al capitán arengar a sus muchachos, recordarles que tenían la delicada misión de preservar el decoro y el orden público en los minutos finales de un señor muy importante. Sin ánimo de querer distraerle, le pregunté al oficial si conocía al premio Nobel. “No sabía del señor, pero ahorita me pongo a leerlo”, dijo. No me pareció casualidad que un personaje sacado de una de sus novelas fuera el encargado de escoltar a García Márquez hasta el Purgatorio.»

En aquel funeral sólo tuve memoria para recordar a Gabo haciendo figuritas de miga de pan en una sobremesa que hubo cuando ya recordaba poco en la casa ahora vacía que fue de Carmen Balcells. El pan roto y reconstruido, figuras que el azar hace desaparecer y que la memoria pone en orden, aunque duelen los dedos de poner en orden los cristales rotos.

Zona sagrada: en busca de la Maga

Vivíamos buscando a la Maga en todos los rostros de las chicas, no sólo en aquel libro tótem que leíamos por las noches como si el libro mismo fuera la propia Maga de los sueños. Un día me presentó mi amigo Guillermo Schavelzon a la mujer que hizo el viaje por los puentes de París, junto a Julio Cortázar, creyéndose también la Maga. Era Edith Aron. Vivió aventuras que deletreaba mostrándote capítulos de *Rayuela*. Estaba con Julio en los puentes discutiendo sobre los colores de Mondrian. Había ido con Julio a las distintas etapas que se contaban en el libro cuyo protagonismo se arrogaba. Tantos habíamos querido tanto a la Maga que llegamos a creer que en efecto esa mujer existía con algún nombre propio fuera de las páginas que fueron mi alimento, el alimento de tantos que hicimos un himno del capítulo 7. Luego supe que la Maga está en el libro y no está en ninguna otra parte.

Carmen Balcells de todos los ángeles y demonios

Ésta es Carmen Balcells, con ella me encuentro. Ella está a punto de venir, vestida de blanco nube o niebla de mar.

Parecía que se iba a parar el mundo al irse Carmen Balcells, y sin embargo pasó como sucede siempre cuando se rompen los cristales en la casa: la historia se fue recomponiendo, vinieron otros nombres, de aquella agencia literaria se ocuparon otras personas, entre ellos Lluís Miquel, su hijo, Glòria Gutiérrez, Carina Pons, que habían sido preteridas en el último periodo de la Gran Dama, y la sombra omnipresente de aquella mujer insustituible fue poco a poco dando acomodo al porvenir. La sombra no desaparecerá jamás del todo, porque tomó en seguida la forma de una leyenda. En realidad, fue leyenda ya antes de morir. Y una vez hechas las leyendas, ya se sabe que son intocables.

No estando Carmen Balcells, estaba, pero no podía estar siempre. Y quienes quisieron aprovecharse de su ausencia real para hacerse con la agencia literaria más codiciada de la literatura española se quedaron con tres palmos de narices. Ése fue el mérito de su hijo, y de su equipo, que desde la adivinación errónea de que iban a dejarlo todo en manos ajenas pasaron a la certeza de que el asunto quedaba en manos seguras.

Hasta que pasara a ocupar tan sólo un sitio en el recuerdo con sus ejemplos fértiles o con sus anécdotas de diverso tono, o blanco o negro, Carmen estuvo ahí dando guerra desde la trinchera que hay más atrás de la vida, «desde los luceros», como dice Manuel Vicent.

El porvenir sin Carmen parecía imposible, pero en la vida hay que esperar siempre que los hechos te desmonten un lugar común. El único lugar común que prevalece es la muerte, ya lo dijo Tomás Eloy en su tan bien nutrido título, y después de la muerte la memoria difícilmente cambia el curso de las cosas. Ya todo es como viene; nadie desde el otro mundo tiene el valor de manejar nada de lo que sigue, ni nadie es tan idiota como para hallar

inspiración en los muertos para hacer que el mundo maree de distinta manera a como está previsto en las líneas del destino. Los muertos no están ni son esperados procedentes de mundo alguno. Ellos ya no son culpables de nada. Carmen se hacía la carta astral con frecuencia, y esa relación con el destino se la sabía al dedillo.

Los autores de Carmen eran gente del imperioso sonido de Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, ambos premios Nobel en su tiempo de vida, para su gloria bendita. El último premio, el de Mario, llegó en una época muy triste para ella, pues Luis Palomares, su marido, murió en Barcelona mientras ocurrían aquellas ceremonias en Estocolmo, y Carmen tuvo que irse como se iba de los lugares, sin ruido, dejando todas las indicaciones precisas para que no se moviera nada de manera distinta a lo previsto; en situaciones así ella parecía mandar, no sólo en lo que le atañía, sino también en lo que tuvieran que hacer u organizar los reyes de Suecia en su fiesta más famosa.

A ella le hubiera gustado ser Houdini tantas veces; y en esa ocasión se fue a Barcelona sin ser vista, a llorar por el compañero muerto, el ser humano con el que más discutió en público entre todos aquellos a quienes tuvo cerca.

Con respecto a aquellos dos santos de su calendario, Gabo y Mario, ella había sabido superar la época fatal en que ambos amigos se hicieron para siempre desamigos, no diría que enemigos, y eso ella lo logró a base de diplomacia y parsimonia. A ninguno culpó de la famosa riña de cuyo origen tampoco dijeron nada ni uno ni otro; de esa riña no se hablaba en casa, era tabú. Y fue tabú hasta que la vida la dejó en silencio, cumpliendo además lo que siempre anunció: una mujer que guardaba tantos secretos jamás debería escribir memorias. A los dos, a Gabo y a Mario, los trató siempre como si fueran hijos descarriados, pero al menos en público jamás tomó partido, ni siquiera sobre la naturaleza de sus libros, de los que fue excelente lectora y crítica. Si acaso de la conducta de ambos lamentaba la impetuosidad, que por otra parte era también defecto suyo (o virtud, según se mire). Pero ella sabía refrenarse, o al menos eso demostraba en su abundante carrera pública. Un día le pregunté qué hubiera querido ser en la vida. «Ministra de Justicia.» Le habría venido mejor el encargo que se da a los papas: preservar secretos. Pero ella hubiera querido ser ministra de Justicia. Si hubiera podido, lo habría sido para decretar la Ley de la Eternidad.

Era, en las artes de la recepción, lista como el demonio, y nunca la vi, en

esos trances, dar otro traspié que el que yo mismo sufrí en el alma de otra persona.

En aquellos años (1992-1998) en que fui editor de Alfaguara tuve con ella una relación más que estrecha, filial incluso, y ella me correspondió con afecto siempre que ese amor a partes desiguales no chocara con sus intereses (los míos, que eran los de Alfaguara, para ella no importaban tanto). Por eso me invitaba con frecuencia a sus cenas, tan concurridas de gente de mucho humor y envidia. O me llamaba a sus almuerzos, de conversación ligera (cuando ella quería), o divertida (si estaba Eduardo Mendoza), o melancólica (si estábamos solos). En privado podía lamentarse, amargamente, de la ambición mezquina de algunos de sus autores, del dispendio sin freno de otros, de la malversación del talento de la mayoría; y a veces señalaba el suelo, donde estaban los manuscritos recibidos, para explicar cómo algunos escribían sin freno tan sólo para que ella sufriera vendiendo textos que para su gusto (un gusto bien educado) no eran tan interesantes. Cuando acababa el encuentro, no era imposible asegurar que no te ofreciera, también, esos manuscritos para ser publicados por tu editorial.

Tuve la suerte de que la primera de esas invitaciones públicas fuera a la cena sorpresa que le preparó a Juan Marsé, uno de sus mejores amigos entre los autores que representó casi desde el principio de su era, cuando el autor de *Últimas tardes con Teresa* cumplía sus sesenta años, el 8 de enero de 1993.

Fue una de las buenas noches en la vida de Carmen Balcells. Vivían casi todos. Vivía Luis Palomares, su marido, un hombre encantador que la hacía rabiar, aunque no tanto como lo que ella era capaz de hacerle rabiar a él; vivía Manuel Vázquez Montalbán, vivía Mario Lacruz, vivía Ana María Moix, vivía Ana María Matute... Vivía el mundo entero, al menos el mundo entero de Carmen Balcells. Quienes ya no vivían eran dos patrones del pasado que llegaron, casi, a ese tiempo: Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma. Carlos la empleó, pero ella luego se revolvió y resolvió por sí misma, montó una agencia y se puso al frente del mundo, a bordo de un barco que tenía los andares del *Titanic* pero aguantó las tempestades aun cruzada la frontera más allá de la cual ya no hay regreso.

En aquel ambiente tan propicio al alcohol y a la celebración de la vida Carmen juntó mundos distintos, jóvenes y veteranos, y cuando ya nos estábamos riendo de cualquier ocurrencia de la época apareció Juan Marsé,

mirando hacia dentro, desde el ascensor, y de reojo. ¿Qué hace aquí este gentío, si yo venía a pasar una noche de cumpleaños con Carmen y con su gente y con Joaquina, mi mujer? Pues toda aquella gente estaba concentrada allí por él, por sus sesenta años, y lo supo en seguida cuando Mario Lacruz, el editor más viejo del lugar en aquel momento, comenzó a tocar al piano *As time goes by* tal como se interpreta en *Casablanca*. La noche fue eficaz, fresca y bella, y nos fuimos de allí Dulce Chacón, mi amiga poeta, novelista, y yo mismo a las tres de la madrugada, temprano para los hábitos de la época. En el hotel observé que Dulce lloraba. ¿Por qué? «Por lo que me ha dicho Carmen. Me ha preguntado si yo era tu acompañante de este mes.»

Alguna vez lo conté. Años después de ser impreso, Carmen me reprochó que lo hiciera. Lo sé; quizá ahora tampoco debo decirlo. Si sale de nuevo de mi memoria esa anécdota áspera de sus bromas es porque, junto con sus numerosos ejemplos de envidia quizá bondadosa, ese rasgo de humor no la desmerece. Ella estaba siempre al quite de lo que adivinaba, y en este caso le advertía a Dulce a qué se exponía en un mundo como el nuestro, en el que los afectos no son tan duraderos como quisieran espíritus nobles como el de la muy querida poeta. *As time goes by*, tristemente.

Era un corazón lleno de amistad, por otra parte. Viví una anécdota muy bella y a la vez estrambótica. Venía a verla con la frecuencia de las corazonadas Nélida Piñon, su querida amiga brasileña. Y lo hacía los inviernos. En la Navidad más nevada que se recuerda en el norte de España, Nélida debía volver a Río de Janeiro. Y se quedó varada en Soria, en el camino de Barcelona a Madrid para tomar el avión. En una de esas manifestaciones de magia a las que Carmen era tan aficionada, quiso sacar de cualquier forma, aunque fuera por aire, a su amiga. Y me llamó. Yo estaba en Tenerife, como ahora, ante el mar, ni rastro de nieve, algo de frío. «Tienes que ayudarme a sacar a Nélida de Soria.» Ella sabía cómo, naturalmente. Para ello, yo tenía que buscar uno de los helicópteros que siguen las vueltas ciclistas. Para ella era sencillo: a través de la Cadena Ser, la radio de nuestro grupo, que se dedica activamente a seguir la Vuelta a España. Cuando resolví el asunto, algunas horas más tarde, Nélida llamó: estaba feliz, con el chófer de Carmen, en un hotel de carretera que también se dedicaba a acoger a mujeres de vida disipada, y al día siguiente seguiría feliz (Nélida, siempre tan feliz) hasta Barajas, camino del regreso a Río.

Antes de que el porvenir tomara las riendas, Carmen era el mundo entero. Nada se movía allí, en aquella hermosa casa (en aquellas hermosas casas) sin su intervención, sin su consejo y sin su grito. Lloraba con frecuencia (y algunos de los libros de sus autores más queridos, José Luis Sampedro, Gabriel García Márquez, llevaban dedicatorias alusivas a esa explosión que incluía su carácter fuerte), pero también era implacable, a veces porque sí. La ocasión en que, estando yo presente, este exabrupto que adornaba lo peor de su carácter, la imprevisibilidad, alcanzó su punto álgido de desconsideración impetuosa fue cuando echó a un desprevenido peruano que le vino con zalamerías. Impertérrita, le soltó tales insultos sobre su ineptitud que pensé que, dado que yo estaba en ese momento, además, haciéndole una entrevista, el próximo en abandonar la estancia sería yo mismo. Y me lo anunció, mientras apostrofaba al peruano: «Y por lo que a ti respecta, creo que no vamos a seguir con la entrevista. Pero sigue aquí, ya te diré». Pero cuando aquel hombre demasiado abrigado dejó la habitación y se fue a la calle, seco y sucio como el palo de un gallinero, ella se dirigió a mí para decirme:

—¿Cómo seguimos, Juanito?

Cuando acabamos la entrevista le pregunté por qué lo había hecho, por qué había echado así a aquel caballero peruano.

—Porque era un pesado. ¿Tú no te diste cuenta de que era un pesado?

—¿Y por qué luego seguiste con la entrevista?

—Eso era lo que estaba previsto.

Sería enormemente injusto que no dijera que amé siempre, también por sus defectos, a la señora más importante que tuvo el oficio de relacionarse con los escritores y con los editores en lengua española. Y no es verdad que no esté. Está, y de qué manera, nadie la podrá olvidar, y no sólo por sus exabruptos. Era a la vez previsora y audaz, conservadora y revolucionaria, mandamás y tierna; decía al teléfono que estaba a punto de morir, pasando los días como si fueran noches, pero de algún lugar de su mala leche sacaba una energía atronadora con la que hacía temblar no sólo a los más débiles de sus conocidos, sino también a sus cómplices más poderosos. De su discreción habría que hacer un monumento para que ante él se confiesen los que algún día aborden el vano intento de imitarla.

Zona de canarios (II): Félix Francisco Casanova vuela sin ser visto

Enero del malestar, 1976. Muere en Santa Cruz de Tenerife el mejor de todos nosotros, no es metáfora sino espada en la lengua, estupor de la isla a mediodía. Surrealista trasplantado a una ciudad que lo desconoce, niño que en casa busca mimo o solaz y en la calle asusta a las palomas con palabras como labios de origen desconocido. Félix Francisco Casanova, adolescente aún, poeta que ríe, y ese mediodía un rayo de gas cae sobre su nombre y ya son leyenda el hombre y el nombre, no estará más, aquellos mediodías ya no recibirán su verbo adolescente, su fuego. Jugaba a las palabras y a las canciones, y era música y ojos azules detenidos sobre ti como un interrogante. Lo veo llegar al bar de la esquina, trae versos de memoria, está acabando de escribir una música, todo lo que toca es Rimbaud y Cortázar a la vez, él quiere ser el mundo entero. Su entusiasmo no llega nunca a la carcajada, es un muchacho que vuela sin ser visto por la ciudad quieta. A este lado del barranco encuentra sus asuntos, de ellos habla, pero se ve que es de otro mundo, como si levitara con él un alma desconocida, la bebida de un poeta como no había habido antes, y no habría después, en la isla. Félix Francisco Casanova. Su memoria no duerme.

Mario Muchnik, bienvenido e inesperado

Veo venir a Mario Muchnik por la vereda de un restaurante, él ríe y grita mientras anda, le esperamos en la mesa. Esa risa sólo puede ser la suya. Detrás de esa carcajada con la que subraya hallazgos (un vino viejo que descubre, una medalla extraña que hay sobre una mesa, cualquier cosa que él considera un accidente que le produce asombro y ha de contarlo a toda la concurrencia) hay otros quebrantos, naturalmente. En ese momento ya no puede desplazarse con la agilidad de siempre, por eso va parándose en los sitios, contando historias asombrosas mientras golpea con su bastón las paredes: disimula el dolor que sufre para andar, para acortar el tiempo que ahora le cuesta ir de un sitio a otro, así que habla y habla y cuenta para estar antes de que se agoten él y el tiempo.

Su vitalidad legendaria, con la que arrostró ruinas y otros peligros, ya sólo pervive en su voz, en esa risa con la que entretuvo noches de Barcelona, Madrid o Fráncfort, los lugares donde vivió una vida llena de libros y de autores, de contratos y de renunciaciones, una historia que él reescribió en libros que se hizo editar en su propio taller o en editoriales por las que también había pasado.

Sus piernas no le ayudan, estamos cerca pero para él estamos lejos, y él acorta la distancia interviniendo, desde el tortuoso camino, en la conversación a la que se dirige. Cuando llega devuelve a la mesa su modo de ver la vida. La vida es un asunto en el que ha intervenido publicando libros, acompañando a autores, explicando el oficio al que lo llevó su padre, don Jacobo, librero audaz, judío longevo que hasta el final de sus días cultivó la elegancia como un modo sublime de sobrevivir, con sus trajes de mil rayas, apasionado por las mujeres y, como su hijo, por las anécdotas y los libros.

En un alto determinado de sus vidas, Mario fue el hijo, naturalmente, pero en algún momento yo lo veía como el padre de su padre, acompañándolo a los sitios, ayudándole a recordar historias comunes, ensalzando su memoria

para que ésta no decayera, quitándose mutuamente la palabra para mejorar el recuerdo o disimular los olvidos. Eran padre e hijo una pareja feliz que en algún momento se neutralizó los años hasta el punto de parecer hijo e hijo, y luego, naturalmente, el hijo fue padre de su padre. Y en este momento en que sólo él se dirige a nosotros, riendo por la vereda del restaurante, Mario Muchnik es él y su padre a la vez, la cara, los ojos. Esas gafas parecen ya propias de padre e hijo, como si las hubiera heredado, y cuando lo veo llegar y sentarse siento que sólo le faltan el chaleco y la leontina para ser, además de Mario, don Jacobo. Cuando se sienta del todo, su cuerpo suspira, cansado del trayecto, pero su voz ríe, Mario no se rinde, no se hubiera rendido don Jacobo.

Lo vi otras veces, muchas veces. En la editorial que fundó, después de sus trabajos en Difusora Internacional, y en la Seix Barral que había dejado atrás Carlos Barral. Sentado en la mesa grande de Anaya & Mario Muchnik, de la que acabó saliendo para montar su propio Taller, el Taller de Mario Muchnik. Además de un físico y de un editor, este hombre inesperado fue realmente un activista en la ceremonia de acompañar a sus autores. Con la lista que se fue haciendo, si no se hubieran ido arrebatados por el dinero o por la mala fortuna propia, se habría hecho una nueva editorial extraordinaria, llamada seguramente El Gusto de Mario Muchnik. Fue el descubridor para el lector hispanohablante de Susan Sontag, de Kenizé Mourad, de Peter Berling — aquel hombre grande y gordo de pelo blanco alborotado a quien hizo *best seller*—, su ídolo editorial fue Giulio Einaudi, con Carlos Barral trabajó en amor y odio, se enamoró de él, «como todos nosotros», pero entendió su desalojo, «que tenía que haberse producido en una cena de amigos», fue el editor de Primo Levi y de Elias Canetti, trabajó para Robert Laffont, e hizo de su vida y de las de otros fotografías minuciosas, en blanco y negro, entre las cuales yo destaco una que hice usar cientos de veces como periodista: la muy lánguida pose del más alegre de sus amigos, Julio Cortázar.

Nicole Thibon, su segunda esposa, artista como él, pintora, y el propio Mario acogieron a Cortázar en su casa de Segovia, un molino, cuando el gran cronopio acababa de perder a su mujer, Carol Dunlop. En el último trayecto de aquellos dos novios, enferma ya Carol, Cortázar la llevó en su famosa furgoneta por la autopista del sur, de París a Marsella, parándose en los descansos de todas las vías, hasta completar una excursión literaria que ellos llamaron *Los autonautas de la cosmopista* y que Mario publicó como un

abrazo. Fueron amigos muy buenos, inseparables al final, necesitados cada uno del otro para que no decayera la conversación que tanto necesitaban. Y en el transcurso de esos días, que ya serían los últimos del viaje de Julio Cortázar por este mundo, le hizo Mario esa fotografía en la que se ven en el rostro vencido del autor de *Rayuela* las pecas numerosas y, tras las gafas de montura negra, los ojos llenos de la tristeza final de la historia. Es la fotografía de la paciencia, la del fotógrafo que espera a que la realidad se asemeje al alma y dispara en el momento preciso en que Julio está diciendo ya no se puede más.

En su despacho, cuando lo vi ejercer, se mostraba pletórico y eficaz, tenía en la mente soluciones para todas las cosas, pero muchas de esas cosas que él tenía muy claras también se fueron torciendo porque él proponía y Dios se encargaba de disponer. Dios, en este caso, era la empresa, el dinero, que al no ser suyo, al no disponer de él, hizo con él lo que le dio la gana. Pero, como al personaje femenino de Ernest Hemingway, a él tampoco lo vi triste una mañana. Discutidor hasta con el lucero del alba, me resultaba extraordinario, en esos tiempos de plenitud física, ver cómo iba disminuyendo las energías del desacuerdo hasta acordar contigo, por muy poco coste, quizá un vaso de vino, la paz y la armonía. Y a reír otra vez.

La risa de Muchnik me salvó muchas veces de la soberbia solemnidad que rodea el oficio. Y aunque él mismo también llegaba a ser solemne, cuando le dio la gana liberó el freno y escribió memorias editoriales en las que no dejó títere con cabeza. Ya era libre y pobre, no tenía ni el dinero ajeno ni el dinero propio, pero gozaba de una libertad de la que presumía a carcajadas. Por ese sendero lo veo llegar, riéndose del lucero del alba, con el que hace un rato lo vi discutiendo.

¿Cuál es ahora la línea de sombra?, le pregunté en 2013, cuando publicó sus «memorias inesperadas». «La gran línea de sombra de mi vida —me dijo— es haber dejado de ser el hijo de Jacobo y de Elisa y que ellos fueran los padres de Mario... Ésa es la gran línea de sombra, la verdad que se abrió paso. Ahora no sé dónde está la verdad. En la compañía, en los amigos. En el amor. En eso estaría la verdad.» ¿Y el mundo editorial, Muchnik? «La tormenta es perfecta, no sé si nos vamos a recuperar. Las ventas van mal, la gente tampoco compra el libro electrónico: tienen la cabeza llena de los últimos juguetes. Un día no será necesario hablar, ¡te pondrán un disco en la garganta! Pero no voy a discutir, ¡yo era muy fogoso, pero ya no voy a

discutir!» De eso va la vida de Mario Muchnik, de las maneras de cruzar la línea de sombra y de alcanzar el sosiego. Riendo.

John Berger guarda silencio

Impone el silencio de John Berger. Da miedo el silencio de John Berger. Es inolvidable el silencio de John Berger. La literatura, las palabras, el ser humano que fue John Berger, estaban llenos de silencio, y es un silencio inolvidable que da miedo, te envuelve, es un silencio perfecto, hecho con sus manos, una escultura es su silencio. Me intimida, me estimula, me siento tan pequeño delante de este silencio.

Me siento ante él, sus ojos son silencio habitado por mares azules, tormentas perfectas son sus manos poderosas aún, su pelo enmarañado, sus puños, la cabeza girando para decir no. Como si la edad, el tiempo, las palabras se detuvieran en su pelo revuelto, en la experiencia física de los dolores, en sus ojos azules y vivos, inquisitivos y adolescentes, para ser sólo pensamiento y mirada. Ésta es la crónica de la última vez que lo vi. Acababan de fallar el Nobel. Y se lo habían dado a Bob Dylan. Él ignoraba, dijo bromeando, que hubiera Premio Nobel de Música. En otras visitas había vino y queso y otras viandas, John no estaba con apetito y estaba viejo, él decía que estaba viejo, le dolían los huesos, como a Semprún, todos los huesos, y le dolían los huesos y el alma que alojan la facultad o las ganas de hablar.

Ésta es la crónica más difícil de mi vida, o al menos la que se ha quedado en mi memoria como si durante su escritura, ahora mismo, sintiera que estaba subiendo a una montaña, desnudo, en busca de un hombre cuyo dolor decía más que sus palabras.

Está John echado en su *chaise longue*, en la casa en la que vive, cerca de París, frente a la claraboya abierta al patio, donde escribe o pinta, y no está echado porque quiera reposar de una noche larga, sino porque este atleta de la carretera, que hace nada se cruzaba Europa a bordo de una moto, tiene dolor de espalda, lo vence ese dolor. A veces se levanta, viaja por la casa como un pájaro mudo, y luego vuelve ahí, al lecho y al dolor, y al dolor, también, de

las palabras. Ha escrito muchos libros en los que están el dolor, el placer, el descubrimiento, la pasión del arte, y se remite a ellos cuando le hablas de lo que pasa en el mundo, de lo que piensa del fin de la historia que proclamaron antes de tiempo, de la inmigración, de la que también ha escrito, de lo que supone vivir, y de la memoria, de la orfandad que siente y que está detrás de todas sus líneas autobiográficas, en *Siempre bienvenidos*, por ejemplo, y que ahora vuelve, en un libro recién editado en Inglaterra y del que él lee unos párrafos, otra vez, sobre esa orfandad.

De todos esos rasgos rabiosamente humanos y despiertos de este hombre de noventa años, escritor, pintor, ensayista, poeta y huérfano, destaca el silencio que distingue el comienzo de cada una de sus palabras, como si las pronunciara a golpe de cincel. Cada una de sus sílabas, podría decirse, es el brochazo de un autorretrato, y no necesariamente a pluma o a lápiz, sino a sangre, como si arañara con su uña de obrero sobre la piel de su vida.

En *Siempre bienvenidos*, de 1991, escribe Berger sobre la orfandad: «Ahora, la verdad es que no tengo miedo a la oscuridad. Mi padre murió hace diez años, y escribo lo presente un mes después del fallecimiento de mi madre a los noventa y tres años. Quizá sería un buen momento para iniciar una autobiografía. La versión de mi vida no puede alejarse de ambos, ni de mi padre ni de mi madre. Y el libro, cuando lo acabara, sería en consecuencia una especie de familiar. Una autobiografía se inicia cuando uno tiene la sensación de encontrarse solo. Es la resultante de un sentimiento de orfandad».

Eso que parece escrito, como todo lo suyo, con la facilidad de la música y de la poesía, es el resultado de horas de tachaduras y revisión; relee un texto nuevo como si estuviera observando las palabras como piedras, o esculturas, o cuadros en los que vierte el ruido de las flores, su esplendor diverso y también la soledad a la que remiten las flores desnudas. Por eso, porque escribe relejendo y tachando, como Rulfo, Brecht o César Vallejo, sus poetas, se resiste a hablar de lo que ya dijo en sus libros. «Escribo cada página tres o cuatro veces, cambiando palabras para intentar llegar a la precisión de la lógica y el pensamiento que el lector puede agarrar. Porque vivimos en un mundo rodeado de palabras, bla, bla, bla... Si alguien quiere saber qué he dicho de cada cosa, que vaya a los libros.»

Que vaya, por ejemplo, al libro que escribió sobre la inmigración, *Un séptimo hombre*, «un libro que quizá es más relevante hoy que cuando lo

escribí; si quiere saber qué pienso de la inmigración ahora, que lea ese libro, que mire esas fotos [de Jean Mohr]... Y si quiere saber qué pienso de este siglo que comienza y sobre el supuesto fin de la historia, que lea el último libro que escribí a partir de Baruch Spinoza [*El cuaderno de Bento*].»

En su auxilio, como artista, acude la pintura. ¿Acaso hay cosas que no pueden decir las palabras, y que tampoco puede decir ese imponente silencio que precede a lo que dice? Berger, de nuevo en silencio, como si tuviera una mano levantada, un muro de aire a través del que ve viniendo lo que querría decir. Es un hombre orando en medio de un desierto al que de pronto se asoma, otra vez, el verbo, como si lo estuviera pesando en relación — precisamente— con el aire a través del que se ha abierto paso. «Creo que la pintura nos muestra cosas que la escritura no puede. Igualmente, la escritura nos cuenta historias y pensamientos que la pintura no puede.»

Sus libros son él mismo; el que está aquí, reposando el dolor, es sólo la dimensión física de esos libros. «Cuando escribo un libro imagino una obra en construcción, llena de constructores, de personas a las que estoy leyendo, de mis amigos. Para cada libro, la obra es diferente. Allí trabajamos tal vez durante años, y luego, si en esa zona de obras aparece un edificio, ya estoy solo yo en ese edificio, y salgo de él y simplemente me siento como un superviviente.»

Esos amigos que lo acompañan pueden ser amigos cercanos o gente que no conoció, «y pueden ser del otro lado del mundo o de hace siglos... Hace poco tuve la increíble oportunidad de bajar a las cuevas prehistóricas de Chauvet, de hace treinta mil años. En los muros hay animales pintados, y también huellas de manos. Cuando contemplé una de esas manos estaba casi a solas. Me sentí como un vecino». Sus libros, también los de ficción (como *G.*), están en efecto llenos de gentes, de amigos reconocibles (como Juan Muñoz, escultor, que aparece con su genio creador y con su humor súbito) y de golpes de vida, «porque yo no entiendo la ficción como categoría. Si quieres contar una historia, no te vas a una categoría llamada ficción. Lo que haces es escuchar a la gente. El contador de historias es ante todo uno que escucha. Y lo que busca son historias que cuentan los demás, normalmente sobre su vida o sobre la vida de sus amigos. Para mí de eso va el contar historias, no la ficción».

Son golpes de vida. «Cuando estoy escribiendo un libro, todo lo que pasa está, de una manera u otra, tocado por mi vida en ese momento. Pero cuando

acabo el libro, bah, me olvido, lo borro de mi mente para hacerle sitio a otra historia.»

—¿Cuál es su estado mental cuando empieza a escribir, John?

Silencio.

Y la respuesta:

—Me vuelvo consciente de que hay algo que necesita ser dicho. Puede ser algo grande sobre el mundo, o algo sobre el aspecto de una flor en un jarro, por una razón o por otra. A veces me digo: quizá lo diga otro. Y a veces la respuesta es: no, si no lo dices, no será dicho. Y entonces tengo que escribir.

En el libro que aparece en Reino Unido mientras hablamos en París, al cumplir sus noventa años, *Confabulations*, Berger regresa a su infancia. Lo relee cuando sale la niñez, otra vez, en las preguntas. Ésta es la traducción de lo que él lee, el libro aún no ha sido vertido al español por su traductora de siempre, Pilar Vázquez. «Hace poco releí el maravilloso libro de Albert Camus *El primer hombre*. En él busca en su infancia aquello que le convirtió en lo que es hoy. Y lo hace sin rastro de egocentrismo. Es un libro sobre el mundo en aquel momento, y sobre la historia. Después de leerlo me empecé a preguntar qué me ha convertido a mí en el contador de historias que soy. Y di con una pista, nada comparable a lo que encontró Camus. En cuanto tuve memoria he tenido la sensación de ser una especie de huérfano extraño, porque mis padres me amaban, no había nada patético en mi condición. Algunas circunstancias materiales, sin embargo, hacían posible esta situación e incluso la animaban. Veía poco a mis padres. Cuando estaba en casa me cuidaba una institutriz de Nueva Zelanda mientras mi madre hacía pasteles y caramelos para venderlos en el mercado. Esto era en los años treinta, y a mis padres les costaba llegar a fin de mes. Y en las dos habitaciones en las que vivíamos la institutriz y yo había un armario enorme y cuando venía me metía allí. De vez en cuando mi madre subía a vernos y a traernos caramelos recién hechos. Desde pequeño me mandaron a internados, y mis padres venían a visitarme una vez al trimestre y me sacaban por ahí un sábado. A los dieciséis años me escapé del internado y encontré la manera de vivir de forma independiente, con amigos, en Londres.»

Se hace el silencio. John prosigue:

«En Navidades íbamos a visitar a mis padres y a celebrar, y mi padre me regaló mi primera moto. A mis dieciocho años le pedí que posara para mí y le

hice un retrato que tengo aquí. Cuando era niño él había querido ser pintor, pero no le dejaron, y guardaba como recuerdo un cuadro que había hecho sobre un plato de metal como una especie de talismán. Y como huérfano uno aprende a ser autosuficiente, y los trucos de los oficios que eso requiere. Uno se hace *freelance*, un *freelance* desde los cuatro o cinco años más o menos. Trataba a los demás como si también fuesen huérfanos como yo, y creo que eso lo sigo haciendo. Propongo una conspiración de huérfanos, rechazamos toda jerarquía, damos por sentada la mierda del mundo e intercambiamos historias sobre cómo, a pesar de todo, sobrevivimos. Somos impertinentes. Más de la mitad de las estrellas del universo son huérfanas, no pertenecen a constelación alguna y arrojan más luz que todas las estrellas de constelación. Sí, somos impertinentes, y yo me acerco a los lectores de la misma manera, como si ellos también fueran huérfanos.»

—¿Qué sentimiento tiene releendo ese párrafo sobre la orfandad?

—Creo que pensé en mi madre. Cuando era muy anciana, como a la edad que tengo yo ahora, me dijo que, cuando estaba embarazada de mí, su primer hijo, sintió que esperaba que ese niño fuera escritor. «Y nunca te lo dije para no influir en ti.» «¿Y por qué nunca has leído mis libros?», le pregunté. «Porque quería que siguieran siendo tan buenos como yo imaginaba que eran.»

—Igual usted los borra de su mente por la misma razón.

—¡Síííí! ¡Ja ja ja ja!

—A esa edad que usted tiene ahora, su madre le dijo a Katya, su hija, su nieta: «Cuando seas muy vieja te darás cuenta de lo difícil que es convencer a los demás de que estás feliz».

—Estaba contenta, la recuerdo decir eso. La tomé de la mano y me dijo: «¿Me das la mano para consolarme? Es muy agradable, pero puedo vivir sin ello, y así estarás más relajado...». De niño, cuando venía a darme las buenas noches, ponía el sonido de su voz bajo la almohada para que estuviera conmigo toda la noche.

—En sus libros están la soledad, la ternura y la fuerza. Parece aquello que decía Ernesto Guevara, hay que endurecerse pero nunca perder la ternura...

—Sí, me acuerdo de esa cita del Che... Qué razón tiene. Eso estaba en mi cabeza. Es un pensamiento hermano... ¿Le cuento una historia? Me convertí en escritor porque quería ser pintor. Estaba en la escuela de arte. Una amiga me llevó a la BBC para que describiera cuadros. El primero que escogí fue

uno de Van Dyck, en la National Gallery. Cinco minutos de radio, y así me fui haciendo escritor.

Mira como un pescador; dice con los ojos y con la palabra. «Sí que miro como un pescador, al interior del agua, a ver lo que hay bajo los bancos del lago, a ver si hay un pez o si esas burbujas muerden, ¡ja ja ja ja!»

El mundo es ahora, dice Berger, una carga de la caballería de los especuladores, las decisiones las toman ellos, los políticos sólo hablan. Tal vez ocurra que una nueva política se abra paso, «seguro que yo no viviré para verlo».

Berger echado en su *chaise longue*, el periodista preguntando. Le pregunté cuál es el valor del silencio:

—El silencio no miente.

Tuve la conciencia de estar ante un hombre cuyo testimonio carecía de cualquier artificio. Cada palabra era un cincel martillando sobre las ideas hasta hacerles respirar su pensamiento.

Luego se levantó para decir adiós, su mano poderosa sobre la puerta, los ojos azules de pescador impecable. El abrazo fue también un beso a un niño huérfano en sus ya tan innumerables años. No sé si fue sudor o lágrimas lo que quedó en mi rostro al separarse su cara de la mía. Ya no lo vería más, eso lo supe nada más llegar, cuando fue lentamente hasta la puerta aquel hombre que te recibía gritando tu nombre como si celebrara el amanecer y la luz de los días.

Zona de extravío (I): naturaleza del grito

Abandoné por unos días este sótano en el que escribo estos retratos y me fui a Girona, a hablar de niñez y de literatura. La niñez cruel, el sol de la infancia, la memoria de la felicidad interrumpida cuando después de la inocencia y del desprecio y del esfuerzo y de la generosidad y de la duda ya sabes que hay desesperación, hastío o muerte. A la intemperie es grito, un rasguño, una herida del aire. En el trayecto, paisaje y nube, la vida misma. La gente se despereza. En el avión los viejos se apoyan unos en otros para tratar de dormir lo que no pudieron dormir antes, la madrugada aún explota en los muelles duros de los asientos, la violencia de viajar en los aviones, todo es apresurado y despiadado, la estrechez de las filas convierte en inhumana la cortesía. Un muchacho se dirige a sus hermanos gritando con la voz espantada de los perros. No, no bromea; su grito rompe los cristales, como aquel grito de Oskar en *El tambor de hojalata*. Me aterro. Un francés pregunta si es el ladrido de un perro. Me fijo mejor: el chico ha tenido un problema, lo tiene, jamás podrá desprenderse de él, y se comunica así. Tengo la tentación de decirle al vecino: «No, no es un perro, es un chiquillo, ésa es su voz, él no la simula». El muchacho ha entrado en silla de ruedas, creí que bromeaba con quienes lo acompañan, sus hermanos seguramente. Me aterra el sonido, me da vergüenza desear que el vuelo termine cuanto antes, no lo soporto, es pena y a la vez es deseo de que no sea cierto, ese destino envuelto en grito toda la vida.

Juan Marsé: *As time goes by*

No porque vuelva de Barcelona, de visitar a Carmen Balcells, reina entre platos blancos y cristales rotos, está conmigo en este párrafo Juan Marsé, al que imagino ahora en el patio de su casa de la calle Bailén, un atardecer soleado fuera, tan gris dentro en este instante. Juan siempre aparece, todos los días, a alguna hora, como aparecen algunos de sus compañeros más viejos, los que lo llamaban Juanito.

Juan Marsé en su casa, junto al perro grande y blanco, sus pies descalzos, sobre la mesa una tónica. El alcohol ya pasó a mejor vida. Él mira echado hacia atrás en el sillón, algo hay en él aún de joven, de muchacho que camina por Barcelona con un papel en una mano, buscando la dirección donde le han dicho que está la joyería en la que va a pedir trabajo. Ese mismo muchacho viaja luego a París, y sucesivamente va teniendo encargos y premios, y sigue teniendo, en medio de las rendijas de sus arrugas de hombre que ya cumplió más de sesenta y más de setenta y más de ochenta años, la mirada perspicaz o desconfiada del escritor que retrató el mundo como si éste fuera un barrio de Barcelona, el Guinardó.

Ya ganó el Cervantes, en su generación no hubo tantos. Cuando tenía que subir a recogerlo, vestido de limpio como exigen los cánones, le sobrevino una hemorragia nasal y tuvieron que ponerle todos los remedios posibles para que no tiñera de rojo las manos de los reyes, don Juan Carlos y doña Sofía, y para que tampoco tiñera así, de ese color de la sangre, el discurso que debía pronunciar en tan alto estrado.

Muchos años antes Juan había recibido el Planeta (por *La muchacha de las bragas de oro*) vestido de excursionista; días después se encontró con Tarradellas, *president* de la Generalitat, que también había estado en aquella ceremonia: «Parece que ahora le veo a usted *més arregladet...*».

Tras el Cervantes me pidieron que lo entrevistara para *El País*. Él se iba a Andorra, frío y vino, el nieto y Berta, Joaquina; allí debía hablar, quizá

porque le habían dado otro premio, esta vez en el Principado, y yo venía de México, de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Quedamos y fuimos en coche. Fue una entrevista como de escaladores: a él le apetecía que habláramos tan lejos de su casa, yo quería que la entrevista fuera íntima, como de familia, y no hay mejor manera de hacer eso que alejándote de donde está la claridad de la propia casa, a un hotel y tan a las afueras. La nieve es mi recuerdo mayor de aquellos días. Guille, el nieto, jugando con los muñecos helados.

Fui a verlo muchas veces a Calafell, su refugio, el nieto, la máquina de escribir (el ordenador), la piscina, Marsé pensando, su mano en la frente, bajando a los ojos, como si se estuviera quitando siempre de la vista una mosca pesada. Está sentado también en L’Espineta, donde sirven platos los descendientes de Carlos Barral, por los alrededores está Yvonne, ya no está tan bien Yvonne, pero sonrío como una muchacha. Ha pasado tanto tiempo, ya sólo quedan ellos en Calafell, lo demás son fotografías y la vieja casa de Carlos, el barquito *Capitán Argüello*, todo se parece ya a las memorias. La gente recuerda a Carlos, entrando en el bar de Mario, las mejores pizzas de la costa, vestido con un harapo, flaco como la esperanza. La última vez que estuvimos fuera de la casa fue con Joan Manuel Serrat, en un restaurante vasco, es tradición vernos juntos, comimos bien, y comimos tanto. Berta se me acercó al oído. «¿Y qué va a pasar en Cataluña?» Estábamos en el momento más picudo del *procés*. Su pregunta me conmovió, como cuando alguien del propio sitio no encuentra la huerta en la que jugó en su infancia.

Marsé es la vida cotidiana, los recuerdos pequeños, su risa moviendo sus manos. Tuvo un infarto y un *bypass* y de vez en cuando se lo tiene que reajustar o reponer. La salud es un género principal de sus conversaciones. Ahora no está bien, te lo dice, sus sandalias, su andar es juvenil aún, camina como un futbolista mientras trota, su estudio lleno de recuerdos de cine, la rendija de la ventana siempre abierta, sus papeles ordenados en un escritorio que le espera. «Ahora no estoy escribiendo nada.» Pero de pronto el ordenador seca la espuma.

Ahora estoy con él en su casa, ya lo dije; se agarra la cabeza como si le pesara. Juan no está contento con su país. Viene de un tiempo duro, y su propia autobiografía de ayudante de joyero, de adolescente extrañado, es la de un niño extraviado que no ha cesado de buscar, en el pasado de sus apellidos, la razón de su encuentro consigo mismo, y eso lo halló en la

escritura, como si estuviera escarbando la tierra, sin una lágrima pero con el corazón montaraz, perdido en lo alto de un montículo desde el que veía hormigas. Siempre se ha buscado, y en algunos de sus libros recientes, en sus conversaciones privadas, en sus recuentos públicos, ese niño ya parece reconstruido. Y él es los dos, el adoptado y el que hizo su vida lejos de sus padres biológicos. Esta parte de la vida se reconcilió consigo misma, y tengo la sensación de que eso lo hizo más feliz, menos reconcentrado. Pero después vino la vida a traer en bandejas grises ciertas enfermedades de la carne que, indefectiblemente, son también del espíritu.

Juan está sentado ante una bebida sin alcohol en el salón contiguo a su terraza, cerca de la cocina. Ya no quiere salir a la calle y he ido a verlo porque sí, a saludarlo tan sólo. Mi primer recuerdo de su rostro aún juvenil, en la sobrecubierta de un libro imborrable, *Últimas tardes con Teresa*, está marcado con barro en la estantería de esta casa de El Médano, adonde hace tantos años vine a purgar el llanto que me causó el primer amor roto. Lo lancé lejos de mí, sobre un charco de agua empozada, cuando supe que aquella muchacha quería a otro, y yo aquella tarde estaba leyendo en un bar de La Laguna, en Tenerife, ese libro de amores contrariados o azarosos. La adolescencia se acabó ahí, y no resucitó hasta que no me enamoré otra vez. No es posible estar siempre recordando el primer amor, pero la huella que deja, en este caso, es el barro que sigue pegado a *Últimas tardes con Teresa*. En cierto modo, yo me hice hombre leyendo a Marsé, y me di cuenta en El Médano.

Marsé está ligado por eso al recuerdo difícil (lo difícil deviene rutina cuando el tiempo lo pone todo en su sitio) de mi primer amor, pero no sólo por eso voy a verlo. Lo voy a ver porque sí, porque mi vida está hecha de las visitas que hago a personas que son también inolvidables mientras están aquí, tangibles, riendo en Calafell, o tristes porque ha perdido el Barça un partido menor, o rabiosas porque ha vuelto a ganar la derecha en España.

Ya no quiere salir a la calle. Una vez que salió fue al bar de abajo, regentado ahora por unos chinos, y entró un escritor de *best sellers*, Ildefonso Falcones. «He leído todo lo suyo, don Juan. Lo último que leí fue *Campos de Níjar*.» Aquella primera literatura de Juan Goytisolo. Le hice ya muchas entrevistas en el pasado, y en este momento no tiene ningún libro suyo que exija una conversación periodística. Así que hablamos de cualquier cosa. Le

he traído algunos libros que creo que le pueden interesar. Él está convaleciente de algunas enfermedades, está rabioso, como es habitual, por lo que se hace con la política en España, y está indignado también con los que dominan en su tierra, Cataluña, el manejo del futuro, lleno de oscuridades de astracán. No me corresponde, pero yo lo animo a tener más fe en el futuro, también esto pasará, como dice la joven escritora Milena Busquets. Él es escéptico, y yo siento que también lo soy, y me da vergüenza decirlo.

Está sentado ante mí, dolorido y pálido, y mientras lo miro vuelven a mi cabeza algunos momentos de su vida. Por ejemplo, aquella noche en que aparece con su chamarra roja por la puerta blanca de la casa de Carmen Balcells; entonces él tenía sesenta años justamente cumplidos. Dos años después lo veo hablando junto al pub Dickens de Madrid, vecino de Alfaguara, donde conocí a Juan Benet, tomándose un whisky con Bernardo Atxaga después de presentar, con una docena de jóvenes escritores de entonces, hace más de veinte años, una colección de cuentos que la editorial había hecho con *El País*. Él ya no era tan joven, pero si se repasan los nombres de los que figuran en la contraportada (y en las fotos que tomamos, en un restaurante de la calle de Juan Ramón Jiménez de Madrid) podríamos decir que estuvo en el núcleo de lo que en ese momento era la joven crianza de la literatura española. Manuel Rivas, Julio Llamazares, Rosa Montero, Almudena Grandes, Juan José Millás, Antonio Muñoz Molina, el propio Atxaga...

Ahora ya han pasado los años y aquí estoy con Juan Marsé, tomando una bebida cero cerca de su aparato de diálisis, y a mí me duelen las rodillas. Marsé viene de otro lugar del mundo, cuando escritura y amistad ocupaban horas separadas. Él es el superviviente, así es aunque no lo parezca, de un grupo atónito de escritores felices. Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma, Ángel González, Juan García Hortelano, Ana María Moix, Josep Maria Castellet. La generación del 50 y la Nena, la querida Ana María, que me iba avisando uno a uno de la salud quebrada de sus mayores. «Estate atento, que Castellet se nos muere.»

Los recuerdo a todos ellos, y cuando voy a ver a Marsé es porque los busco a todos. En él encuentro, además, una inteligencia descarnada, el fulgor del escepticismo. Un hombre que sigue asombrado de estar encerrado con un solo juguete y de no quererlo para sí mismo. Expuesto en la vida a imaginar, se ha pasado el tiempo contando qué le sucedió a su país y a una persona que

sigue buscando y que quizá se llame como él mismo. En este instante en que lo recuerdo suenan al fondo las olas tremendas del Atlántico, en la estantería está la vieja edición de *Últimas tardes con Teresa* y ahora entiendo que casi toda mi vida he tratado de aliviar heridas que conocí mientras leía ese libro. Decía Vicent que le resultaba terapéutica la poesía de Ángel González. Debo decir que ver a Marsé, leerlo, pasear con él en busca de una dirección que no halla en la gran ciudad donde reside, es encontrarse también con la parte de Pijoaparte que él debió de tener y que tenemos todos los que en los fríos años de la posguerra buscábamos acomodo en un país triste. Marsé, *as time goes by*, descalzo en su casa de Barcelona.

Zona de extravío (II): pánico en el vagón

Tomé el tren. Gritan los jóvenes en el vagón contiguo. El trayecto es largo y oscuro. Madrid-Girona, y las estaciones que hay en medio. Obligado por alguna razón ilógica, en Barcelona me dirigí en seguida a lo que yo pensaba que debía de ser otro tren que me llevara en transbordo hasta Girona. Eso decía el ticket, tan sagrado papel. Pero ése era el mismo tren que venía de Madrid. Mi memoria, como mi sentido de la orientación, es uno más de mis cristales rotos. Al llegar a Barcelona, mientras recogía los demasiados libros que iban conmigo, decidí desprenderme del envoltorio en el que iban los billetes. Era un plástico basto, pegajoso, y era mejor dejarlo en el suelo, que alguien lo recogiera luego en la limpieza general de aquel vagón silencioso. Pero yo dejé allí la funda de plástico, para qué me sirve ese maldito envoltorio. Y salí del tren, en busca de la conexión a Girona desde la estación de Sants. Hice lo que suelo hacer, pregunté varias veces para que alguien me indicara la ruta por la que debía seguir, y me vi volviendo a las mismas vías del AVE de las que procedía. Pensé que los trenes a Girona (*Avant*, decía el billete) partían de los andenes de Cercanías, pero ahora resultaba evidente que el tren cubría también la ruta del AVE. Al intentar pasar por el control de seguridad vi a un hombre muy apurado con sus numerosas maletas, y me apresté a ayudarlo. El hombre, cuya edad debía de rozar la mía, me agradeció el gesto y, acercando la cara, muy serio, como angustiado, me dijo, con los ojos muy fijos en los míos: «No envejezca usted nunca». «Pero si debo de tener su edad», le respondí.

Seguí camino a la vía que me había sido adjudicada en el billete, tenía poco tiempo para llegar al coche que me correspondía y decidí meterme en un vagón cualquiera, hasta llegar, qué casualidad, a un vagón idéntico al que me había traído a Barcelona. Y ahí advertí con pavor que no sólo estaba en el mismo asiento que me había correspondido en el viaje anterior, sino que en ese sitio, simétrico al del otro viaje, había también depositado en el suelo un

envoltorio como el que había dejado yo antes. Sentí el abismo del *déjà-vu* y le pregunté a un muchacho que leía un libro ruso en el asiento contiguo cómo era posible que se hubiera producido esa simetría. Sentí un mareo, como alguien que hubiera suplantado la identidad de otro y se estuviera metiendo en la boca de un lobo de tiempo que allá burlón ante tu impotencia. Ante mi angustia, el lector de ruso me aclaró las dudas: «Usted se fue del mismo vagón, y este al que vuelve es el que ya ocupó al venir. No tendría que haber abandonado el coche».

Hortelano, Aldecoa, noticias y avisos de los inolvidables

Encontré a Andrés Barba, novelista joven, autor de *República luminosa*, y a Carmen Cáceres, escritora también, uno español, la otra argentina, esperan un hijo. Les conté: creí ser otro en el tren, alguien suplantado por otro, un impostor en mi propio lugar. Viví con ese estupor hasta que se hizo mi cuerpo a Girona. Ya podía conversar o callar, había pasado el abismo y me encontraba bien, pero tenía hambre.

En medio de esas conversaciones que me fueron situando en la vida real nombró Andrés Barba a Juan García Hortelano, muerto el 3 de abril de 1992 en Madrid, después de una enfermedad que lo llevó del miedo a la esperanza espantada de quien intuye que tras el primer trastorno ya todo es vano, también la lucha, y un día habrá en que no serán posibles ni más palabras ni más *gin*, y todo habrá sido un viaje cuya huella será un asunto que resolverán los otros.

Hortelano, todos sus días de golpe en mi memoria. Y su día final, ese 3 de abril. La cabina de teléfono del aeropuerto de Sevilla desde donde confirmé la noticia. Hay un titular de una crónica de Carmen Martín Gaité cuando se murió Ignacio Aldecoa. «Un aviso: ha muerto Ignacio Aldecoa.» Un aviso: murió Juan García Hortelano. El tiempo pasa y las simetrías terribles se reproducen. Es la inevitable desaparición de los huérfanos.

Juan tenía sesenta y cuatro años, como mi madre al morir. Aldecoa tenía cuarenta y cuatro. Debía de ser, no pude conocerle, un hombre como Juan, lucidez y memoria, un faro al que acudían sus compañeros más jóvenes, como pasaría con Juan después, jefe de una pandilla de muchachos heridos por la literatura. Publiqué en Alfaguara los cuentos de Aldecoa en 1995, muchos años después de su muerte. Esos cuentos, acaso su mejor prosa, daban noticia de un escritor minucioso y tranquilo, concentración para hacer de cada historia un monumento a la sencillez y, también, a la poesía. Un

escritor radical, la prosa más diáfana de su tiempo. Aldecoa y Hortelano, continuidad de las simetrías.

Y cuando murió Ignacio, repentinamente, el espanto de Josefina, su delicada mujer, y la estupefacción de su hija, la pequeña Susana, concentraron como una metáfora el impacto de esa noticia, el aviso del que escribió Carmiña. El mundo literario de Madrid fue el eco de una conmoción formidable. Ese texto de Carmen y la prensa de la época fueron los altavoces del estupor.

Algún tiempo antes de la muerte de Aldecoa su amigo Ángel Fernández-Santos y él habían estado bebiendo en una de las tabernas vecinas del barrio de Vallehermoso, como tantas veces. Ángel me contó que Ignacio se dejó en la acera donde brindaban el manuscrito de *Parte de una historia*, uno de sus mejores libros, que transcurre en La Graciosa, la isla canaria en la que buscó la felicidad que siempre encontró esquiva. Un libro entero abandonado a su suerte en una ciudad sin tantos transeúntes como hoy. El libro volvió a las manos de Ignacio y ahora forma parte de la historia de la literatura y de la propia isla, adonde de vez en cuando lectores extraviados o escritores primerizos se acercan para buscar las huellas de tan espléndido narrador.

Aldecoa, minucioso en la escritura, perdedor de manuscritos y acaso perdedor sin más, como Francis Scott Fitzgerald, su prosa como aérea y aun así tan cerca del hueso y de la carne. Un amigo suyo de Tenerife, José Arozena, lector y abogado, tenía sobre la mesa vacía de su despacho un retrato enmarcado del escritor desaparecido. Ignacio recién afeitado, peinado minuciosamente. Está en el recorte en el que aparece aquel obituario que firmó Carmiña: «Un aviso: ha muerto Ignacio Aldecoa». Portada de luto de *La Estafeta Literaria*.

Y cuando murió Juan, el amigo de todo el mundo, eso sintieron aquellos contemporáneos suyos que seguían vivos. Una conmoción general, un aviso, los jóvenes y los viejos que alguna vez habían requerido su asistencia o su consejo se quedaban sin su voz de piedras rompiéndose contra un río chiquito de Gredos. No hay que explicar demasiado de dónde parte y dónde se aloja la desolación. No ocurría tan sólo en su casa, pasó en cualquier sitio, donde trabajó de funcionario, donde publicó como escritor, hasta en aquellos lugares menos domésticos donde sirven ginebra o whisky o luz para que dos o más extraviados conversen. Juan paraba el tiempo. Tenía esa facultad de contar detenidamente, por escrito o en persona; esa convicción suya para

hacer que la noche no viniera nunca lo hizo narrador imprescindible de las noches de Madrid y de sus libros. «Espera, espera, yo lo cuento mejor.»

Un aviso, pues: ha muerto Juan García Hortelano. La noticia congela el teléfono en el aeropuerto de Sevilla, noche de mediodía. Todo eso pasó por mi mente en Girona cuando Andrés Barba dijo de pronto el nombre de Juan. Un reclamo contra el olvido, la venganza eficaz del tiempo. Este joven que tiene la edad de mi hija, cuarenta y tres años, recuerda a Juan, así que el escritor no está muerto. Un aviso: Juan García Hortelano no ha muerto.

Volvió esa imagen. La camisa blanca, el traje gris, los labios abultados, en el aire de su boca se traspapelan las palabras y no salen hasta que no son perfecta consecuencia de lo que quiere decir. Su voz tan densa, historias a las que no faltan ni las digresiones ni los detalles. Él degusta lo que dice, lo regala. Las manos gruesas, sus dedos anchos, cómo los introducirá en las máquinas eléctricas, Juan escribiendo como si estuviera dictándose a sí mismo oraciones perfectas. Hojas inmaculadas en las que quedan, perfectos también, sus textos, ni una letra fuera de su sitio. La perfección tenía un nombre, el de los textos de Juan García Hortelano. Juan con amigos, la risa yendo de un lado a otro de la cara, que no se escape nadie de mi risa, la regalo para todos ustedes. Y releo mentalmente *El gran momento de Mary Tribune*. Como me sucedió con *Rayuela*, con *Últimas tardes con Teresa*, con *Tres tristes tigres*, no quiero que se acabe el libro, siento que estoy sentado en el chéster en el que dormitan los personajes, que ante mí están la bebida y las conversaciones, que todos los que forman parte de la novela son también parte de la familia amistosa de Juan y yo soy un entrometido en los bares y en la noche que él nos hace compartir. Me siento parte de esos diálogos que él maneja como si yo mismo fuera a la vez cada uno de los que hablan. La eternidad ocurre leyendo libros así.

Lo que dijo Barba fue precisamente eso, y luego lo escribió, escribió, él también, como había hecho Rafael Reig, *El gran momento de Juan García Hortelano*. Es difícil que haya nuevos momentos como el de compartir la vida con Juan García Hortelano, un regalo para los otros. El gozne entre varias generaciones, el más simpático de todos ellos. Ahora, cuando escribo las palabras *todos ellos*, lo veo en su casa, con María, con Jaime Salinas

quizá, esperando noticias sobre Carlos Barral, el editor acaba de morir en Barcelona en el otoño de 1989. Él era también *todos ellos*, y cuando ya no estuvo él mismo el vacío fue concreto, no se moría una metáfora sino un hombre sin el cual ya los demás no iban a tener tanto interés en encontrarse. Era 1992, 3 de abril, en Sevilla el sol rompía las piedras. Por un instante, en la calle Gaztambide de Madrid se juntaron la sorpresa, la desolación y el hielo.

Madrid y Juan, una simbiosis. En sus cuentos, en sus historias. Los bombardeos, él y otro amigo van por las calles jugando a la pelota, una de aquellas como bolas de juguete es una bomba. El miedo es la ciudad, la adolescencia no percibe el peligro de los objetos perdidos. Él escribió de ese resplandor oscuro. En la vida de más tarde, lo veo al anochecer esperando a Ángel González en cualquiera de aquellos bares, y lo imagino, él lo citaba tanto, en el hotel Tirol tomando gin-tonics como se bebían los gin-tonics en *El gran momento de Mary Tribune*. Él inventó aquella frase famosa que se convirtió en refrán. La dijo una vez que volvió Ángel de Albuquerque, Nuevo México, donde el poeta enseñaba Literatura Española: «Están los camareros contentos en Madrid. Ha vuelto Ángel González». Los amigos encontrándose. Cuando murió Juan, Ángel dijo aquello que ya marcó su debilitada agenda: «Se me adelgaza el futuro».

Hortelano cronista de todos ellos, amigo intranquilo ante la falta de noticias de los otros, vigilante de la salud ajena, aquejado luego por una enfermedad que lo puso en manos de la medicina, de la esperanza y de la melancolía.

Y ahora es cuando lo nombra Andrés Barba en Girona, notoria ciudad del *procés* catalán, caliente otra vez porque al exalcalde Puigdemont, expresidente también, lo han detenido en Alemania viniendo de Finlandia camino de Bélgica, para volver a una casa en un pueblo que se llama Waterloo. Con toda esa combinación de topónimos, qué cuento no hubiera hecho Juan. Qué digo cuento, qué historia real no nos hubiera trasladado en cualquiera de aquellas sobremesas ocurridas cuando aún no habían venido para él las peores noticias. Hubiera recordado, por ejemplo, cómo Alfonso Grosso, sumido ya en las primeras brumas de la desmemoria, inventaba la noticia de que Juan lo había perseguido en Estocolmo al mando de un pelotón de comunistas que amenazaban con fusilarlo.

Dice Andrés Barba la palabra *Hortelano* y ya se escurren por mi memoria todos esos accidentes de la vida. Lo veo, por ejemplo, ante los manteles de un restaurante, El Horno de Santa Teresa, en la calle Santa Teresa de Madrid. Ha invitado a nuestro amigo el cirujano José Toledo, quien meses atrás lo ha operado en la clínica Ruber. Al salir de aquella cirugía el médico no oculta que el futuro va a traer otras noticias no tan halagüeñas, pero la operación ha salido bien, tenemos a Juan dormitando aún, pronto estará en forma. La palabra *pero* se queda en el aire, y los que la captamos sabemos que el tiempo lo despejará alguna vez. Es sólo un aviso.

Veo a Juan mientras Barba habla, de pie en la parada de autobús, su sombra cae sobre el suelo, deambula, es un hombre cuya figura sigue imborrable en mi cabeza. Tiene en la mano izquierda, la que le veo desde el taxi, una carpeta azul. Puedo describir su boca, traspasando suavemente sus salivas, sus labios gruesos como sus dedos. Caen un sol implacable en el Madrid del verano, el tránsito es fluido, pero lento, todo es azul en Madrid en ese momento, un día tan feliz, lleno el cielo de ese metal combustible que se irá con la tarde y ya no será fuego sino la suave luz de los atardeceres de la ciudad. Juan lleva un traje gris, sin rayas, y corbata granate. No hay en él, a pesar de que es grueso, de complexión más bien contundente, la sensación de pesadez que despiden personas así en periodo de espera y en la calle. En este momento en que lo veo aguardar con su carpeta azul de gomas el autobús que seguramente le llevará a Gaztambide, a su casa, es tan sólo un hombre importante, todavía no es un amigo. Lo fue luego, y de eso se llenó mi memoria cuando Andrés Barba lo nombró en Girona.

Ni entonces ni ahora ni nunca olvido la sombra que este hombre hacía pesar sobre el suelo aquella vez que lo vi en Madrid, en la soledad precisa del verano de la ciudad que conoció en medio de la tormenta de la guerra, en las noches gozosas y bajo el sol de mediodías como este en que deambula solo mientras aguarda el autobús al que va a subir para seguir mirando, solo, los paisajes que pinta en sus libros y en sus conversaciones.

Una primera persona del singular, su estatura bajo el sol de mediodía un día del cual tengo ya el recuerdo.

Zona de extrañeza: la edad de Mafalda

Nunca supe la edad de Mafalda. Ahora imagino que tendría siempre siete años, que es la edad de Oliver, mi nieto. Entrevisté a Quino, creador del personaje que trajo sentido común desde América del Sur al mundo entero. Quino había ganado un premio, fui con mi admiración en la punta de la lengua. Fui devoto, como de la Maga, de aquella niña que era a la vez Nietzsche y Oscar Wilde. La seguí en todos los volúmenes que salieron a la venta, viví gracias a Mafalda muchas de las etapas oscuras de mi vida, y no era risa ni sonrisa ni filosofía, era la vida misma. Era un ser que había nacido conmigo y compartió conmigo la juventud. Cuando conocí a Quino le expresé mi rendición incondicional, y le hice la entrevista que tocaba en uno de los entramados mágicos de la Casa de América, donde hubo fantasmas. Tiempo después me lo encontré en un restaurante de La Recoleta, en Buenos Aires, comiendo bife con papas fritas. En aquel momento me recordó que en la citada entrevista, que había salido hacía tanto, yo no había puesto bien su edad. Me lo dijo de tal modo que pensé que para él la edad era la singularidad de su vida, el rasgo que no podía ser sino exacto para culminar su cara. Ahora me encuentro con una fotografía en la que yo le hablo muy emperrado, casi asustado, y él sonrío. Me aturde siempre que veo ese retrato en el que está también, asomando, mi amigo Ricardo Kirschbaum, director de *Clarín*, que me mandó la foto. Es como la más cruel fe de errores de mi vida. Y tuve tantos otros fracasos de los que me alivió Mafalda...

Sergio Ramírez no se queda solo

He cambiado de escenario. Ya no está ante mí la puerta cerrada del sótano, en El Médano, no hay la oscuridad que allí me ampara, el sonido del mar, esa caldera fría que no para de sonar, siempre esa caldera viva y subterránea y submarina. Estoy en Madrid, donde vivo desde hace cuarenta años, y a mi ventana llegan pájaros, en Pozuelo de Alarcón, en una calle que se llama Neptuno, vecina de Marte, de Venus y de Júpiter. Silencio absoluto, aquí no hay olas.

En este escenario me viene la imagen, entre muchos otros, de Sergio Ramírez en Managua. Mira desde sus ojos cansados y me quiero acercar, no quiero que esté solo. Al verme sonrío, está solo pero hacia dentro, no hay que preocuparse por este hombre, vive tranquilo, fuera de los abismos, a la espera de una multitud que nunca va a darle sombra ni a quitarle la luz de la soledad que busca.

Cantan desordenadamente, se cuelan por las rejillas de la casa, estos pájaros arbitrarios. Tendría que ser una persona feliz escuchando pájaros, pero escribo con miedo, siempre tengo miedo cuando escribo.

Miedo a fracasar, miedo a no saber decirlo. Samuel Beckett aconsejaba el fracaso; yo rozo la presunción de fracasar, por eso me rodeo de primeras personas que alguna vez me estimularon a sentir que la escritura, o la costumbre de leer, o la costumbre de vivir, es un modo de afrontar o de sobrellevar la derrota que inevitablemente se va a producir. Me pregunto qué elimina del aire de Sergio esa sensación de miedo que produce la escritura. Por qué está tan seguro ante la máquina desde el amanecer, mientras oye sus propios pájaros en Masatepe.

Siempre explico en qué lugar me encuentro cuando escribo libros, acaso porque nunca pensé que sería tan paciente como para vencer el miedo a escribir, a proseguir ante el papel y la nada. Este paisaje ante el que ahora estoy es un conjunto de casas blancas, el cielo está nublado pero hay rasgos

azules que convocan la belleza del mar, aquella caldera fría.

Y están sobre mi mesa ahora, como venidos sobre las alas grandes de un pájaro formidable, todos los libros de Sergio, el hombre acompañado de Tulita y de sí mismo al que acaban de otorgar el Premio Cervantes de 2017. Esta obra completa del más destacado autor nicaragüense vivo es una colección que él ha ido construyendo casi en silencio, pues aunque hable mucho, cuando le hacen hablar, en su voz de indio sencillo hay cierta tentación de callar, de simular sueño, de andar siempre en otra cosa, hasta que le estalla algo en la mente y entonces se agarra las rodillas, se incorpora un poco y, echado hacia delante, hace alguna reflexión, sorprende con su conocimiento de las personas, de la historia y de las cosas, y después regresa a un sueño quizá habitado por sus bisabuelos, a los que no conoció.

Aquí está Sergio, todo lo que ha escrito hasta ahora. Es un peso lleno de letras y de cuentos, narraciones de lo fugaz que él ha atrapado hasta hacerlo metáfora; hay, incluso, memoria y broma, y hay, y esto es lo más significativo, ausencia de rencor, para referirse también a lo que tendría que haberle dejado la horrible huella de los odios y de la guerra.

Él no está preparado para esas singladuras que incluyen envidia o resquemor por el daño recibido, no está dotado para el desamor de la venganza, y a lo largo del tiempo he ido creyendo que esto se debe a que tuvo una niñez buena. Y aún podría decirse que es un niño de ojos apagados, un pájaro enorme cuyas alas no hacen ruido sino que se posan para acariciar y recibir caricia del muchacho que fue. Eso ocurre cuando ríe. Se acaricia las manos, las contempla. ¿Pero éstas tan enormes son mis manos, dónde se quedaron las manos chiquitas, qué se hizo de quien fui? Hay textos en los que responde a esas preguntas Sergio Ramírez.

Todo lo que escribe o dice Sergio, lo político incluso, lo que no tiene que ver con él aparentemente, proviene de un ancestro que se convierte en actualidad perentoria y que se mezcla, en su discurso apagado y brillante, en parte de la narrativa que va escribiendo. Es fábula y es cercano, escribe para el porvenir pero se asienta en el presente, está dominado por la actualidad pero escribe como un pájaro silencioso, posado ante su ordenador o ante el papel, un escolar tomando apuntes del natural y del cielo de Masatepe. Siempre lo imagino pájaro, no es metáfora dedicada a estos pájaros que pían mientras narro su cabeza o su voz o su escritura, él es pájaro mayor, vuela

como una persona.

Hay en su lentitud una voluntad de posarse, como ese pájaro grande al que se parece. Habla escribiendo, como hacía Walt Whitman, como hacía Rubén Darío, que es uno de sus padres más alegres. Una noche con Gabriel García Márquez, con Carlos Fuentes y con Tomás Eloy Martínez —y con Tulita, naturalmente— se convierte en sus letras unidas en una especie de fábula que no tiene otro fin que hacer justicia a las noches: convertirlas en metáforas extraordinarias de la lucha contra el amanecer, que es el final de las conversaciones y el principio de todas las muertes. Y ya ninguno de esos amigos están con él, no están sino en los libros; pero en ese relato, como si se lo dijera al oído a los bisnietos, están como seres inmortales cuya pasión por permanecer depende del hilo que Sergio les ha prestado para que no se vayan nunca. En este sentido, su manera de hacer memoria me recuerda a Tomás Eloy, que poseía esa agilidad sentimental de contar, como si todo lo que sucede tuviera ritmo, música, o importancia, si él lo narraba.

Le pasa a Sergio, en ese relato de la noche con sus amigos (y con Tulita), y le pasaba a Tomás Eloy Martínez, tan buenos amigos, cuando narra otras desapariciones en *Lugar común la muerte*. Ahora que todos sus libros están junto a mí, sobre esta mesa de Madrid, frente al sol de la primavera de 2018, coleccionados como si fueran cartas que me fue mandando al menos desde 1994, lo escucho, no hace falta que esté ni que me llame. Algo raro sucede con sus libros: no hay impostación, hablan como él y como él se posan en la mesa, uno a uno, *Catalina y Catalina*, *Castigo divino*, *Adiós muchachos*, *Juan de Juanes*, *Cuentos completos*, *Flores oscuras...*

En *Cuentos completos* (la edición de Alfaguara) está él de medio lado, sentado bajo un árbol, probablemente en el jardín de su casa, en Masatepe. Se agarra una rodilla, está en una mecedora como las de John Fitzgerald Kennedy, el árbol tiene un hueco del tamaño del puño de un animal terrible. El árbol está descarnado, es un hueso enorme que contrasta, en su evidencia de sangría, con las plantas limpiamente verdes que rozan la piel de Sergio Ramírez, en su mirada se transparenta ese verdor esperanza, es un hombre joven todavía, aún no pesa bajo sus párpados ese lamparón que ha oscurecido más el tiempo. Él mira cuidadoso, como miran los escritores aún jóvenes a las cámaras de los retratistas. Lleva un pantalón más bien blanco, y una camisa de manga larga remangada, azul cobalto, de *sport*.

En los surcos suaves que se van formando en sus mejillas no están aún las

huellas que luego, consecuencias de las despedidas, las enfermedades o las muertes, se han ido haciendo en su cara, con la que recibirá el Cervantes en Alcalá de Henares. El portadista ha conseguido que su pie izquierdo, el que lo posa sobre el suelo, repose como de milagro sobre las hojas de las enormes plantas de la jardinería. Él podría contar un cuento sobre esa circunstancia: los pies pisando el aire cubierto de plantas en su patio casero de Nicaragua. Vuela sobre su país el pájaro que se llama Sergio Ramírez Mercado.

Si abres los *Cuentos completos* y buscas en el prólogo de Benedetti, a aquel hombre entristecido incluso por las historias felices, verás que Mario dice algo que tiene que ver con las heridas que exhibe ese árbol. Y tiene que ver con esa herida en concreto, la herida de Nicaragua: un país por el que él y otros lucharon para que lo que se llamó Revolución no se llamara Daniel y Rosario, una pareja agarrada ahora, en los carteles electorales, a la Iglesia y a la Revolución que deshicieron. Una pareja que manda matar a los nietos de aquella gesta que les dio a ellos la bandera revolucionaria que ahora deshonran.

Pero es seguro que el poeta uruguayo del exilio y del desexilio no se fijó en eso, no podía, ya había muerto, antes de describir la esperanza ahora del todo deshecha: «Sergio Ramírez nos da, a puro talento, una visión descarnada, aleccionante y (algo nada desdeñable) muy amena, de una comunidad latinoamericana que buscó a tientas (y mucho más tarde encontró a sabiendas) un lugar en la historia».

El lugar es en este momento el sitio del mundo de Rosario y Daniel, muchachos que fueron de la partida de Sergio Ramírez cuando Nicaragua se sacudía de la espalda a Anastasio Somoza. Es curioso leer cómo esa visión de Mario sobre Sergio traslada sin quererlo a la tremenda herida que muestra el árbol en una de sus raíces más evidentes; ahí está el pie dolorido de una persona descomunal, como un país que es a la vez un continente y que se duele de ahí precisamente, de lo que lo tiene en pie y es, asimismo, una herida que lo amenaza, una descarnadura. Un país rabiosamente triste después de haber sido violentamente dulce. El árbol triste.

Un árbol dolorido acompañando a Sergio en la fotografía, como si el pasado persistiera en hacerse presente a su lado. No es una vena, ni es una vena abierta, pero es el espejo de un dolor que Mario y Sergio vivieron de distintos modos. América Latina, un árbol tantas veces dolorido, incluso cuando parecía más revolucionariamente alegre. Y ahí está el árbol, estará

siempre, como si América estuviera destinada a ser ubérrima y bella y a padecer, siempre padeciendo la mordida de la que se duelen los hombres, los niños y los árboles.

Esa portada me dice todas esas cosas. Otra versión de esos *Cuentos completos*, publicada por Fondo de Cultura Económica, traslada la visión a lo que Benedetti hubiera querido decir en esas últimas palabras del prólogo: América Latina está en marcha y feliz, un joven en bicicleta porta un guitarrón bruñado, conduce con una sola mano hacia lo que debe de ser un océano limpio. Al costado del guitarrista se suceden colores alegres de casas humildes, y hay en el contenido de esa imagen como la sensación de una alegría en marcha.

En la otra portada, la de Alfaguara, es evidente que se ha producido una composición con distintos materiales, el árbol herido, Sergio, las plantas que él pisa, la mecedora, sus manos de pájaro grande... En esta edición del Fondo la imagen es una fotografía sencilla, tomada en un país sencillito de América Latina. Las dos convocan la esencia de todos sus cuentos y de todos sus libros: la fantasía de lo posible, la realidad que combina ensoñación y herida.

América Latina en los ojos y en las letras y en la escritura y en la memoria de un autor que exhibe, en la fotografía que nos deja entrar en *Adiós muchachos*, la síntesis de la alegría, el sueño y luego la decepción en la que se disolvió aquel viaje a la alegría que fue la Revolución Sandinista. Unos jóvenes guerrilleros (algunos portan fusiles) celebran el triunfo del espíritu de Sandino sobre Somoza. Levantan el puño, señalan con el dedo, despliegan la bandera de la Nicaragua liberada. Era 1979. En la solapa de la historia de América Latina, ésa es una fecha atada con tallos de rosas. Después pasó lo que se cuenta en *Adiós muchachos*.

Cuando Sergio abandonó la política, tras su derrota electoral, en 1996, decidió volver a la literatura. Después me vino a ver a Alfaguara y me dijo: «Quiero publicar una novela, que la gente no me perciba ya como un político». Le dije que para eso tenía que despedirse de la política y de sus amigos, pero no de Nicaragua. Al cabo de un tiempo escribió ese libro, que publicó en 1999, y tuvo la deferencia de ponerle el título que yo le había sugerido, *Adiós muchachos*. Fue un libro audaz, generoso e incluso feliz, porque narró en él una decepción y no hay en esa escritura ni un gramo de rencor, un libro de una generosidad excéntrica, inesperada en los mundos por

los que él ha debido transitar.

Cuando lo escribí, aquella Nicaragua *tan violentamente dulce* que había saludado Julio Cortázar era del tamaño de un fracaso, del que Olof Palme, el primer ministro sueco, le había advertido a él mismo cuatro años después del triunfo del sandinismo, tras su última visita a Nicaragua. «De vuelta en Estocolmo —cuenta Sergio—, después de tres días entre nosotros, nos envió un mensaje muy breve: “Cuídense, se están alejando del pueblo”».

Ese libro es una crónica de los efectos mortales de ese alejamiento. En la página 27 hice esta anotación, cuando lo releí en Managua: *La quiebra*. Y subrayé estas nostalgias que el propio Sergio enumera en su prólogo: «En un fin de siglo poco heroico, vale la pena recordar que la revolución sandinista fue la culminación de una época de rebeldías y el triunfo de un cúmulo de creencias y sentimientos compartidos por una generación que abominó al imperialismo y tuvo la fe en el socialismo y en los movimientos de liberación nacional, Ben Bella, Lumumba, Ho Chi Minh, el Che Guevara, Fidel Castro; una generación que aún presencié el triunfo de la revolución cubana y el fin del colonialismo en África e Indochina, y protestó en las calles contra la guerra de Vietnam; la generación que leyó *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon y *¡Escucha, Yanki!* de Stuart Mill, y al mismo tiempo a los escritores del *boom*, todos de izquierda entonces; la generación de pelo largo y alpargatas, de Woodstock y los Beatles; la de la rebelión de las calles de París en mayo del 68, y la matanza de Tlatelolco; la que vio a Allende resistir en el Palacio de la Moneda y lloró por las manos cortadas de Víctor Jara, y encontró, por fin, en Nicaragua, una revancha tras los sueños perdidos de la República española, recibidos en herencia. Era la izquierda. Una época que fue también una épica».

Se había roto la música. Otro visitante de esa Revolución, Hans Magnus Enzensberger, lo cuenta en *Tumulto*. Los dos escriben de las decepciones que sepultaron las revoluciones. En el caso nicaragüense, así lo sigue diciendo Sergio, esta vez con la ayuda de Dickens, al terminar el prólogo de *Adiós muchachos*: «Yo estuve allí. Y, como Dickens en el primer párrafo de *Historia de dos ciudades*, sigo creyendo que “fue el mejor de los tiempos, fue el peor de los tiempos; fue tiempo de sabiduría, fue tiempo de locura; fue una época de fe, fue una época de incredulidad; fue una temporada de fulgor, fue una temporada de tinieblas; fue la primavera de la esperanza, fue el invierno de la desesperación”.»

En 2016 él me llevó a su Masatepe y pude ver por mí mismo que los tallos ya no daban fruto, era el invierno de la desesperación, la pareja presidencial estaba sonriendo en los carteles electorales y el paisaje bellissimo era una mueca del tiempo, una tristeza.

En ese libro está, sin escocedura, pero con melancolía, la evidencia de lo que les pasó a las flores que habían constituido, tantos años atrás, las ilusiones que a tantos nos hicieron felices, incluido a Mario Benedetti. El fracaso final de aquellos sueños es ahora parte de nuestra propia melancolía.

Me gusta tenerlo aquí, aunque él no sabe que está. En este momento estamos juntos, mirando hacia el pico del Teide, en Tenerife, hacia el año 1998. Sube en un automóvil que nos llevará desde ese lugar mítico de nuestra geografía insular hasta mi casa, donde están mis hermanas, mi hermana Carmela está, lo recibe como ella recibía a los amigos, como si hubieran nacido en el mismo patio, y mi hermana Candelaria lo saluda con la timidez que la alejó de las fotografías, y por allí anda la sombra de mi madre, la huidiza sombra de mi padre, los diversos árboles de la casa están todavía dando luces intermitentes sobre el patio.

En ese patio le enseñé a Sergio Ramírez los helechos que siempre hubo y que la vida (o los sueños) ha mantenido intactos; él dice en algún momento de esa visita al Puerto de la Cruz que éste es su Masatepe canario, y que vaya a Masatepe, allí veré yo también mi casa.

Él lo cuenta en *Juan de Juanes*, donde hace bromas con la ubicuidad de mi nombre propio, que corresponde a tantos personajes, poetas o curas, de la historia de América: «Eso de que la casa de la infancia de Juan y la mía se parecen lo comprobé la vez que me llevó a conocer a sus hermanas, Candelaria y Carmela, durante un viaje que hicimos juntos a Tenerife, una casa de la que los niños habían desaparecido hacía tiempo, como desaparecieron de la mía, o eran niños ya adultos, que viene a ser lo mismo que desaparecer, y la suya y la mía olían lo mismo, en la verdad y en el recuerdo, a la ropa húmeda en los tendederos, a las cacerolas de la cocina que siempre tienen la huella de ajo y grasa de los almuerzos que se sirvieron en la mesa familiar hace tiempo, a las sábanas guardadas con bolitas de alcanfor en los armarios, entre las que mi madre metía frutas a madurar, mangos y aguacates, a las plantas en los tiestos...», y así seguía, como si su vieja casa se prolongara en la mía.

Asombrosa mirada del pájaro grande que sobrevuela las metáforas de la infancia del otro y lo sitúa en un marco que se parece, a la vez, a una vieja fotografía.

Luego pasaron algunas tormentas, para él también, se nos murieron hermanos (murió su hermano mayor, murió mi hermana mayor), se nos fueron haciendo más sombríos los porvenires, y no fue más feliz la vida sino en algunos acasos que fueron placenteros y que alguna vez vivimos juntos, como ese premio grande que le han dado. Cuando se le concedió ese galardón mayor de nuestras letras me acordé de las cosas del pasado, y esa visita, mis hermanas, la casa, los árboles que ya no están, las luces que ya se han apagado, vinieron a mi mente con la melancolía que se produce cuando algo terminante ocurre en la vida. Pero sobre todo sentí que lo que había ocurrido no había sido sólo consecuencia de un sueño o de un deseo, sino de una trabajada carrera literaria que no ha tenido ni una mañana de desmayo. Minucioso, terco, voluntarioso como un niño que habitó la infancia con muchos otros que le hacían competencia, doblegó el recuerdo malo de la política y de la gestión gubernamental, se quitó de encima (gracias a *Adiós muchachos*) la fábrica de odio que es la vida pública, y ha sido capaz de crear ficciones notables, sobre todo sus cuentos, que son perfectos, como cajas de música.

Y ahora que tengo los libros de Sergio sobre mi mesa, tan lejos de nuestros respectivos Masatepes, abro uno de ellos, el más querido, *Flores oscuras*, y ahí dentro encuentro la dedicatoria que me hizo entonces: «Para Juan, este cuento que le gusta tanto, y que nos une. Sergio. Tenerife». Su letra es la de un muchacho ilustrado que desde chico se estuviera fijando no sólo en la geografía física de las letras, sino también en la forma que deben tener las comas, como cejas depiladas de mujer, los espacios limpios, el cuidado de orfebre que al amanecer descubre el día en que aprendió a escribir y se sitúa ante el papel para repetir la primera hazaña. Y añade, además, un dibujo que es una geografía física muy querida por él, Masaya, la montaña doble que da sombra a los alrededores de su Masatepe.

Yo no recordaba que estaba ahí esa dedicatoria, debajo del título que anuncia uno de sus cuentos más queridos, por eso lo dice, pues habla de esa casa en la que habíamos estado en Tenerife y habla, por supuesto, de aquella

casa que me ofrecía en Masatepe.

En el cuento, «No me vayan a haber dejado solo», hubo en otro tiempo decenas de subrayados, palabras o afectos que parecían trasladarme a mí mismo mensajes de lo que he vivido en aquella casa del Puerto de la Cruz a la que fue para ver el espejo en el que yo me sigo mirando allí, bajo una montaña, el Teide, a la que él se acercó como si repitiera ahí visiones antiguas. Esa edición de *Flores oscuras* se quedó perdida en un hotel de Managua, y este ejemplar lo firmó más tarde, en el otro viaje que hizo a Tenerife. Cabe preguntarse qué imán retuvo ese libro en el hotel con piscina fría de Managua.

Ante las montañas de Masaya, tiempo después, sentí por qué, a pesar de la grave desavenencia política que lo desprendió de Daniel Ortega y de las ilusiones perdidas, Sergio no se fue jamás de Nicaragua. Samuel Beckett dejó dicho que un isleño jamás deja la isla, y aunque Nicaragua es un continuo ligado al continente centroamericano también tiene algo de isla, con sus colores guardados entre sus fronteras precisas, con su soledad en los huesos de andar, y en ese accidente telúrico, ese volcán duplicado que es Masaya, está la raíz que lo mantiene pegado al suelo, siempre cerca de la tierra y de la madre y de la casa que en este momento me está enseñando en la calle vieja donde nació. Las piernas abiertas para sostener su cuerpo excesivo para el niño que es de pronto, va señalando con el dedo, ante una vieja fotografía, a cada uno de los integrantes de esa casa que ya no están, no volverán jamás sino en su corazón y en esta escritura que parte de un verso cansado o triste de César Vallejo.

Es la casa que se refleja en «No me vayan a haber dejado solo», y entro en ella con el sigilo melancólico con el que abordé su lectura, como si estuviera escribiendo de mi propia casa, el cuarto de mis padres, donde yo también dormía, el cuarto de mi hermano y de sus herramientas, el cuarto en el que mis hermanas guardaban la intimidad acechada por los hermanos adolescentes, el patio de las helechas (mi madre llamaba así a los helechos), el espejo ante el que se afeitaba mi padre, el retrete, la cocina oscura, el banco de madera sobre el que alguien, a lo largo del tiempo, fue martillando clavos hasta convertirlo en un banco de acero, la puerta de la calle, verde y luego marrón y luego inolvidable puerta de mis años con todos.

Y mientras él y Tulita me iban contando qué había antes en esa casa vieja

de Masatepe, yo me la sabía de memoria porque también era mi casa, la casa de mis padres, y la casa de sus padres también.

Ahora que miro la dedicatoria me viene ese verso, *No me vayan a haber dejado solo*, y entiendo que el verso también lo escribió César Vallejo para que un día evoque a los Sergios y a los Juanes, y a las Carmelas y a las Tulitas y a las Juanas, cultivadores de la melancolía que hay en lo verde y en lo azul y en los bordes de esos libros que ahora habitan la mesa grande de mi buhardilla en Madrid, a mediodía. Abajo, cuando lo escribo, tan lejos de nuestros Masatepes, gasta la batería del móvil mi nieto Oliver. Mi hija entra a este cuarto lleno de sol para saber qué hay de nuevo en esta vida que lleva su padre allá arriba donde los recuerdos son empujados por la literatura. Sobre la mesa me deja un recado. Es bueno oír la entrar. Es la vida.

Entonces, como si tocara en la puerta que una vez golpeé en Masatepe, abro el cuento y me estremece de nuevo como propio ese latido lleno de añoranza y de preguntas, fechado en Managua y en Bellagio, Italia, entre 2010 y 2011. Y dice, al final de su trayecto: «En la tienda cerrada no hay nadie, como tampoco hay nadie en la sala, ni en la cocina, ni en los aposentos que recorro de nuevo, ni en el traspatio, ni en el jardín. No queda más que regresar al comedor desierto donde el almuerzo continúa servido. Si mi abuela viuda sigue tan triste está bien que mi madre la visite, y que se haya llevado consigo a todos mis hermanos, pero mi padre, ¿para qué cerró las puertas de la tienda si no viene a almorzar, y adónde se fue? ¿Y la Mercedes Alborada? ¿Y Luisa? ¿Y Rogelio?».

Sé que esas preguntas las podría haber hecho yo iguales, ¿y mi padre?, ¿y mi madre?, ¿y mi hermana Carmela?, ¿y su hermano Lisandro? En el patio están las helechas, la puerta está abierta, como en Masatepe, por ella sale este pájaro formidable que es Sergio Ramírez, en la puerta hay la huella de un desgastado poema, *If*, de Rudyard Kipling. Pero eso pasa en mi casa, se mezclan ahora no sólo los versos sino las infancias.

Al despedirme de él en Masatepe supe que ya éramos hermanos, y no sólo porque leí en silencio su historia condensada en los versos que hizo cuento en «No me vayan a haber dejado solo», esa historia que me gusta tanto y que nos une.

Juan José Millás ordena el insomnio

Juan José Millás no necesita protección, acaso no necesita nada, se vale por sí mismo, no te pide nada. Pero toda mi vida, desde que lo conozco, he sentido la necesidad de estar a su disposición; incluso en épocas en que cruzó nuestras vidas el tiempo administrativo que padecen las amistades, por los malentendidos, siempre estuve a punto de llamarlo por teléfono: «Estoy aquí. ¿Necesitas algo?».

Ahora he sentido esa pulsión. Con ella escribo esta tarjeta de visita.

Es por la tarde ya, hace un sol perfecto sobre Madrid y siguen los pájaros incansables expresando su amor a la primavera, que acaba de venir. En el almanaque es Jueves Santo, Día del Amor Fraternal.

Es curioso este imán literario o imaginativo, lleno de azares obligados por la inconsciencia, que hace que a Sergio Ramírez lo haya asociado, también aquí, a la voluntad de los pájaros de traer cuentos en el pico, y que ahora me haya entrado la necesidad de escribir el retrato de Juan José Millás, que acaba de publicar esta temporada un libro de metáfora inquietante y tan surrealista y tan Millás en el que habita una mujer taxista que a sí misma se ve como pájaro. Esa mujer colorida de su libro (*Que nadie duerma*, con el que volvió a Alfaguara) es en efecto un pájaro que viaja por todo el mundo detrás de un hombre desde cuyo retrete contiguo sonaba el aria «Nessun dorma», de *Turandot*, la ópera de Puccini.

A Sergio ese pájaro enorme al que suplanta le da paciencia, lo hace pesar sobre el suelo, maneja su escritura y la conduce hacia periodos largos, como si todo el volumen de su cuerpo escribiera al mismo tiempo y fijara en el suelo que es el papel una fértil metáfora de cemento verde.

Desde hace años, sin embargo, el pájaro de Millás tiene urgencia, no para de correr, inseguro o audaz, viaja desde el escritorio a la calle urgido por un enigma que seguramente no va a resolver jamás. En ese enigma está el valor

inquietante de su literatura, donde la imaginación es como el bisturí que inventó su padre: sangra y sutura a la vez, pero las manos se quedan manchadas del líquido más grave de la vida.

En ese río de enigmas, que han visitado su cara y les han ido dando tonos distintos a todos sus órganos de expresión, antes hubo ahogados, vacíos, mojados, muertos, personajes que se hundían sin respiración, sudorosos en un universo excesivo y húmedo, asfixiante, probables habitantes del abismo y del suicidio. Hasta en su dicción, impedido para decir bien la erre, hay un encanto especial, una carencia, y eso hace que en este hombre adulto pugne un adolescente que aún no ha sabido desprenderse del cuerpo que lo lleva. O del alma, vete a saber. Un niño, un adolescente, un hombre. Todos esos sonidos hay en su música, también cuando calla.

De ahí, de ese cuerpo y de esa historia, salió Juanjo siendo otro una vez que se sintió morir, por una lipotimia, y le arregló el cuerpo finalmente el aire del barrio de las Letras, en Madrid. Se desprendió de sí mismo, se quedó traspuesto, y de pronto volvió a vivir, y exclamó «¡Ya está!», y fue como si se quitara de encima los pesos que trae la vida. «¡Ya está!» Es otro Juanjo.

Pero ha sido leal con el que dejó atrás; a veces lo he visto volver, en la vida y en las entrevistas, y ese que fue se queda con él durante un rato, hasta que comprueba que el adulto que es ahora puede seguir manejándose solo. También lo he visto asustado, incapaz de articular palabra para explicar los sucesivos habitantes nerviosos de su imaginación y de su cuerpo. Un día reciente, cuando dio la primera entrevista por *Desde la sombra* (Seix Barral), me respondió así, muy de mañana, a la primera pregunta. ¿Es lícito creer que es usted el fantasma que se esconde en las sombras de este libro?

«Chico, no sé qué decirte», me dijo, confuso, como si lo hubieran soltado solo en el infierno. A veces, me dijo, para explicarse, «lo mejor para los escritores es estar muertos».

Había ahí, en su rostro de Buster Keaton, quieta su mirada, una pregunta como amarilla en sus ojos asustados de pájaro, un Juanjo sudoroso pidiéndole auxilio a este periodista y también a sí mismo. Le hacía falta la sombra para escapar de la respuesta.

Y ya no se pudo reponer hasta el final, ni más allá, pues luego me dijo que le perdonara, que él no sabía qué pájaro se le había metido en el gáznate. ¿Cómo se siente —le pregunté al final— habiendo hablado por primera vez

de este libro suyo tan delicado? «Muy incómodo. Tengo la impresión de que no he hecho más que titubear, que no soy capaz de decir nada medianamente inteligible. ¡Que me perdonen los lectores de *El País*, la he cagado!» ¿El fantasma lo hubiera explicado mejor, Millás? «No, ni siquiera lo hubiera intentado. No se habría presentado a la entrevista.»

Y es que él había escrito ese libro, tan dramático, para hablar de un escondido que quizá es él mismo, y entonces aún no había despertado del lugar donde habitaba, oculto, su incómodo inquieto.

Quedan en Millás algunos síntomas de aquel ahogado que habitó alguno de sus primeros libros, como habitante fantasma de los universos que transita en carne mortal.

Él inventó una fórmula para hacerse invisible en periodismo, su «Proyecto sombra». Se situaba dentro de lo que ocurría, hasta en una mosca habitó, pero procuraba no ser visto. Esa práctica le sirvió también para las novelas en las que reinventó su estilo.

Como él, también su estilo cambió de cuerpo y de alma. Disimuló de ligereza lo que antes era denso, y, aunque no lo pareciera, eso que parecería no pesar es lo que ahora le pesa en los párpados del espíritu de sus letras.

En las novelas es ahora sombra de sí mismo, es y no es, pugna por ser uno y su espejo o su contrario.

Esa mañana en que le pregunté por *Desde la sombra* no se había ido aún de la novela.

A veces es él mismo del todo, con él se puede cantar y reír, hasta que lo viene a visitar la incertidumbre, y entonces desaparece detrás de su agenda, entre sus compromisos, y escapa como si él mismo fuera a perseguir su sombra.

Desde hace años, al menos desde 1995, cuando publicó *Tonto, muerto, bastardo e invisible* (novela con la que volvió a Alfaguara desde Destino), ese pájaro salió a la calle, a buscar en el vocabulario, en el desorden alfabético, la naturaleza que fue variando en el alma de su dueño. Lo llenó todo de diálogos y de preguntas, del pudor pasó al atrevimiento, empezó a soportarse a sí mismo con un humor que le permitió ser el periodista más ingenioso y divertido del panorama español e hispanoamericano, y fue una

persona pública, lo es aún. Secreto y público, las dos cosas es Juan José Millás. Quien diga que lo conoce es que no se ha detenido a leer su mente, y su mente está debajo de la piel de sus libros.

Su alma, en todo caso, sigue siendo variable, y la presenta o la oculta según estés para entenderla.

Ahora este Millás más reciente, el de *Que nadie duerma*, parece que va más seguro de sí mismo, libre por las barandillas que lo defienden del abismo de su propia literatura. Pero alguien lo vigila, es el otro Millás, el que no es pájaro sino Juan José. Éste sigue trabado de alguna forma en las alfombras chiquitas de su casa de la adolescencia, en el barrio madrileño de Prosperidad, donde su padre le enseñó la maña de fabricar de la nada el mundo entero. Acaso él es, escribiendo, lo que su padre llegó a ser gracias a las herramientas.

Un día nos enseñó a unos amigos, en su casa de las afueras de Madrid, cerca del aeropuerto, una fuente que se había hecho instalar. Personajes de piedra, pequeños peces, un juguete para convocar una edad que quizá no tuvo, o al menos no tuvo así. Me dio la impresión de que nos llevaba a la frontera privada de otro mundo que necesitaba para seguir siendo él y a la vez el otro, el que nunca dejó esos universos húmedos en los que habita o habla su adolescencia.

Este personaje de ahora, el que me mira preguntarle en el despacho que fue de Manuel Azaña en el Ateneo de Madrid un día de invierno de 2018, es el Millás renacido en *Tonto, muerto, bastardo e invisible*, en *El orden alfabético*, en *No mires debajo de la cama*, y sobre todo en *El mundo*, donde respiró solo, mirando hacia atrás, contando cómo fue su vida, con sus padres y con su familia, en Valencia y en Madrid, cómo se fue haciendo la persona que es, cómo es el Millás que viajó de lo cotidiano a las nubes o a las sombras. Y es, de nuevo, el hombre de *Desde la sombra*, buscando para otros seres de ficción identidades que él mismo necesita.

Es un personaje en reconstrucción total y permanente. Cada libro es, para Juanjo, un avance en la misma dirección: busca sus diversas identidades, no se queda con ninguna. Por eso es continuamente, también en sus artículos, otra persona, otro nombre, habitante de otro oficio; trata de tacharse para hacerse de nuevo. Él es una sorpresa para él, su armario está lleno de disfraces.

Como pasa con esa mujer que se inventa a partir del sonido de «Nessun dorma», él no escribe sabiendo hacia dónde viaja, le salen de dentro las incógnitas. Por eso hay que tener mucho cuidado con juzgar como anecdótico lo que hay por fuera de esos libros: quien toca estas ficciones en realidad está tocando a un hombre que no sabe, de veras, quién es. Un ser de tantas sombras como miedos que pretende seguir volando con los pájaros que halla por el camino, con su nariz de pájaro, oliendo las mañanas de Madrid o de cualquier parte. Oliendo la vida y las fuentes infantiles con esa nariz que un día de este último invierno apareció en una foto de prensa con una inquietante nariz... de pájaro.

A él mismo le debió de dar miedo esa aparición súbita, en su propio cuerpo, en su mismo rostro, de la metáfora que había inventado, la taxista que es pájaro, pegada a su propia cara, mirando hacia delante, de pie, ante uno de los pupitres de la biblioteca del Ateneo de Madrid, donde en un tiempo escribió, por ejemplo, *Visión del ahogado*.

Quién sabe qué Millás es Juanjo Millás.

El mundo lo ayudó a separar los mundos, aquí está Juanjo, éste es Millás. Es un libro recomendable sobre todo para quienes quisieran ver en los escritores como Millás una pieza única bailando en una baldosa. Juanjo es complejo o ruidoso, inquieto como un niño atemorizado, inseguro como los adolescentes. *El mundo* fue para él una gran respiración, una apuesta por hacer un autorretrato y que el personaje que se quedara en el espejo no tuviera miedo o pudor al mirarlo. Ahí dejó de ser un enigma y pasó a ser un compañero de escuela del muchacho que fue, confiado y confidente. Daba gusto abrazarlo.

Pero no ha dejado nunca de estar compuesto de enigmas. Unas veces el enigma está debajo de una cama o reside en un zapato, otras veces se aloja en un armario, y esta vez vive dentro de un taxi, pero busca alas para irse a otras ciudades, a geografías que parecen sacadas de la fuente que ahora tiene en el jardín de su casa.

En esa novela, *Que nadie duerma*, parece que Millás está contando una historia (en efecto, la de una taxista que recorre la ciudad de Madrid con el mapa de Pekín pegado en su mente), pero en realidad cuenta su historia propia. La de un hombre que viaja con la imaginación hacia territorios en los

que espera encontrarse. Y como no está seguro nunca de haber sido lo que espera ser, se asusta de las entrevistas, como si en el trayecto entre su casa y el lugar en que van a preguntarle a él se le hubiera olvidado todo lo que había visto de sí mismo en el espejo de la ficción.

Muchas veces cantamos juntos canciones viejas. Yo no sabía entonces que los dos padecíamos a la vez la misma cantidad de soledad. Ahora, cuando lo veo, sé que sus sombras son reales, que Millás es en sí mismo una novela en marcha.

Zona de memoria: mira esta fotografía

Miro a veces algunas fotografías. Esta que está ahora en mi memoria y en mi imaginación me tiene junto a compañeros de la escuela, en el barranco de mi barrio. Ocupo la portería en el campito de tierra. Alguien ha lanzado un balón hecho de trapos y yo me he tirado a agarrarlo, soy el portero. Tengo los pantalones largos, pero aún soy un adolescente. En mi casa mi madre me tiene dicho que vaya siempre así, con pantalones largos, por el frío y por el asma. Se ve que he parado el balón adecuadamente, porque hay unos que aplauden al fondo del viejo retrato, son mis compañeros, me alivia que estén contentos. Todo está quieto en la fotografía, pero si activara la memoria y ésta hiciera mover las fichas de ese antiguo dominó que son los recuerdos fijos vería que en algún sitio hay alguien que aplaude también. Está escondida. Siempre estaba allí, aunque nunca fuera a verme jugar a la pelota.

Necesidad de Antonio Muñoz Molina

Estoy visitando casas, personas, estaciones, paraísos perdidos, lugares de la memoria, ahora desde este escritorio de Madrid, rodeado de libros que no están aquí para que tome de ellos otra cosa que sustancia o recuerdo.

Voy de visita a mí mismo también, pues muchos de estos que aparecen aquí son seres que se convirtieron en primeras personas mientras yo publiqué libros suyos y los vi sufrir o alegrarse por el clima que hallaron cuando aparecían sus textos. Ese del escritor a la intemperie es un oficio arriesgado, como decía Franz Kafka que eran las mañanas. Y algunos de estos personajes a los que visito fueron autores tremendamente expuestos a la intemperie. En algunos casos, como editor que fui, yo hice el papel de paraguas.

Así pues, los libros que me rodean mientras cuento estos recuerdos me sirven aquí para anclar a sus autores en esa nebulosa en la que se convierte la vida propia cuando uno se obliga a hacer memoria.

En este recuento salta por todas partes un nombre propio, el de Antonio Muñoz Molina. Ahora, cuando me enfrento a su nombre, él acaba de publicar un libro que lo representa como al Robinson que siempre fue, *Un andar solitario entre la gente* (Seix Barral). Y junto a ese libro he situado *Sefarad*. No sólo por tener esta compañía doble de lo que me parece más significativo de su modo de concebir la vida con otros. *Sefarad* es una obra decisiva entre las suyas, quizá su libro más querido por mí, el que de una manera más íntima se asocia al mundo que lleva descubriendo desde que se declaró Robinson en la prensa de su tierra.

Sefarad pesa como él mismo pesa en mi vida y en mi memoria. Lo conocí y lo traté en los momentos mejores de mi vida como editor, y también lo frecuenté, cuando él ya vivía con Elvira Lindo, en tiempos en que las corrientes de aire eran, de nuevo para mí, duras o peligrosas, y siempre he mantenido una sensación que ya hubo en mí en los primeros tiempos, como si

ellos hubieran crecido pero en ambos siguiera presente el nexo común, la perplejidad, esa mirada que te transmite a la vez seguridad y desamparo, preguntas que no se llegan a formular, asombro, incomodidad ante el mundo presente, necesidad de soledad común para entender, entre ellos, lo que de veras ocurre. Por eso escriben, para saber qué ocurre dentro de ellos. Y esa manera de estar que Antonio expresa escribiendo es como una carta que yo mismo recibo a solas.

En Antonio vi siempre, en su mirada, lo que observé muy de cerca cuando murió su padre y yo fui temprano a darle un abrazo de mañana. En sus ojos vi la necesidad y el desamparo, y no fue la única vez que los he visto en sus ojos, como una quietud revuelta, aquellas preguntas que hace en silencio, como Elvira. Un solitario que, en *Sefarad*, se rodea de vidas ajenas a las que ofrece la solidaridad, un impulso que proviene de su propio sentimiento de solitario en un mundo demasiado grande como para ser comprensivo.

Como este último que publicó, *Un andar solitario entre la gente, Sefarad* contiene, a mi juicio, al Robinson que fue y al viajero íntimo al que lo ha llevado la vida. Lo es en sus artículos, en sus declaraciones, en su propia disposición natural ante la vida: es un paseante perpetuo, no se está yendo de un sitio, se está yendo de todos los sitios, aunque en algunos se ancle provisionalmente. Nunca dejó de hacer excursiones, alegres o dramáticas, por el mundo que transita, como si jamás estuviera realmente anclado en otro lugar que no sea lo que hay en su memoria, en su lectura o en su mente.

Minuciosamente dedicado a saber de otros, ejerce esa función consigo mismo, y en todos sus libros, desde *Ardor guerrero*, su sintaxis siempre ha ido arañando de la experiencia lo que de categoría tienen las anécdotas o los azares. Leer a Muñoz Molina es estar delante de un pentagrama que él mismo sigue descifrando.

Si en *Sefarad* busca en las historias íntimas de personas que sufrieron el desastre de las diásporas más terribles del siglo XX, en *Un andar solitario entre la gente* contempla en tiempo real qué sucede en estas primeras décadas del siglo XXI, cuando todo conduce a la rapidez y a la inconsciencia. En los dos está el filósofo contemporáneo, con su aire camusiano, su empeñamiento para ajustar la vida a la justicia.

La primera vez que supe de él fue cuando publicó *Beatus Ille*. Lo había

enviado como se hacía entonces, en un sobre, envuelto, pues, en el anonimato que correspondía a un chiquillo de provincias que hasta entonces sólo había publicado una recopilación de sus textos en el *Diario de Granada*, *El Robinson urbano*. Y había enviado el sobre a Seix Barral, la editorial que fue de Carlos Barral y en la que Pere Gimferrer continuaba tareas de riguroso descubrimiento.

Tiempo después de ese envío, el poeta llamó al joven escritor jienense. Él ha contado muchas veces ese contacto telefónico, que tuvo varias fases que acentuaron sin duda la incertidumbre y ayudaron luego a la incredulidad y a la alegría. Ése fue, digamos, su primer premio, y después ya casi todo lo que ha escrito ha recibido plácemes y galardones. También ha sufrido mala voluntad y desdén, a veces con una saña que él empezó a tomarse con filosofía muy pronto, pues muy pronto comenzaron esos ataques cuya mezquindad resulta tan común en la parte de atrás del escenario de las letras, donde la intemperie hace más daño.

Poco tiempo después del éxito de *El invierno en Lisboa* envió un texto al departamento de Colaboraciones de *El País*, donde yo trabajaba entonces. Pasado el tiempo decidió reclamar lo escrito cuando había pasado demasiado tiempo desde el envío. Creo recordar que Juan Luis Cebrián, el director, me dijo que le respondiera, que aceleráramos la publicación y que, además, fuera a Granada, donde Antonio había estudiado, donde trabajaba, a pedirle perdón por la tardanza y a entrevistarle.

Todo eso se hizo. Desde entonces hubo alguna sombra en la continuidad de su colaboración con el periódico (porque a Muñoz Molina no le gustaron ciertas posiciones de *El País* sobre lo que pasaba en Euskadi), pero esas cosas las arreglaron el tiempo y la vida de los periódicos. Entretanto a mí me hicieron director de Alfaguara y le propuse que viniera a publicar con nosotros.

Su primer libro en la editorial fue *Ardor guerrero* (1995), su crónica del servicio militar, ejemplar documento literario en el que, con un ritmo que ya representaba la música de su escritura, Antonio daba la explicación de cómo se puede trascender una experiencia personal para hacerla metáfora de una época y de un país. Era un libro duro y divertido a la vez, hecho no sólo para recordar sino también para fijar el ambiente que se vivía en los cuarteles poco después de que en España se cambiara la dictadura por la democracia. Él venía de Seix Barral y para nosotros en Alfaguara aquella incorporación era

una fiesta. Mi entusiasmo me llevó, incluso, a insertar publicidad de su libro en televisión. Aparte de ser caro, supe muy pronto que esa publicidad era superflua o inútil, pues ya se supo qué pasó con *El invierno en Lisboa*: el boca a boca lo convirtió en un libro muy vendido y muy apreciado. *Ardor guerrero* sigue siendo para mí uno de los grandes documentos de esa literatura de contemplación y de paseo, de viaje interior, al alma de las personas y de las cosas, que distingue toda la obra de este joven cuya voz y cuya paciencia me siguen recordando las de aquel muchacho al que fui a entrevistar en Granada cuando era sólo el autor de *El invierno en Lisboa*.

Antes de que fuera popular, conocido o famoso, observé que volvía de Granada al mismo tiempo que yo, una mañana de principios de los noventa, cuando iba a recibir el Planeta por *El jinete polaco*. Cuando lo divisé, al final del viaje, ya era imposible alcanzarlo, pues aceleraba el paso con urgencia y no me pareció adecuado llamar su atención de lejos. Luego vi que tomaba un taxi antes que yo mismo. Iba en la parte de atrás y abrazaba, era evidente, a una joven de cabello rojo. Días después los vi juntos. Durante mucho tiempo Elvira siguió teniendo de ese color la melena.

Luego volveré sobre ese encuentro, hablando de Elvira Lindo. Ahora añado a este retrato de Muñoz Molina una memoria personal. Una noche de aquellos primeros años paseamos solos por bares de la ciudad de Madrid. Él debió de entender, lo que era cierto, que yo estaba especialmente solo, que algo pasaba en mi vida que se parecía al abismo al que se asoma la soledad cuando sólo es estimulante el sueño y éste se esconde o muere como una mariposa.

Entonces me acompañó a mi casa, allí estuvo conmigo hablando de libros y de personas. Y cuando parecía que la conversación dejaba de ser ya menos necesaria que el sueño se sentó ante mi máquina de escribir, colocó en ella un folio en blanco e hizo con la velocidad de su exactitud un soneto de amor, perfecto, lleno de la pasión susurrada de sus libros. Siempre que lo leo, cada vez que lo encuentro, imagino en Antonio Muñoz Molina a aquel muchacho que escribe para que ninguno de nosotros se sienta solo. Al final del folio que escribe siempre hay una dedicatoria no escrita. Por eso este retrato es también un abrazo de gratitud por regalarme palabras en el abismo de Madrid aquella noche y muchas noches y días después.

Pamuk en Madrid cuando no era famoso

Al llegar a Madrid, en 1998, Orhan Pamuk quería ver el mundo y para él el universo estaba entero y en todo su esplendor en el Museo del Prado. Luego ha vuelto muchas veces, y ese lugar sigue siendo Goya, Velázquez, El Bosco, el lugar en el que reside su concepto de la ciudad. Lo demás poco importa, si acaso las tiendas de plumas, los escaparates, las grandes cristalerías del Palacio, la calle que fotografía. La imaginación le va por dentro, así que mira a los dos lados, al interior y al exterior; no le importa el silencio, lo busca, él está compuesto de arte y de literatura. También hay vino, pescado, conversación, incluso chismografía. Y risa. Él se ríe con los ojos, la boca cerrada, la pasión de centrarse en sí mismo, buscando dentro. Es un artista. Da la impresión de que si se pierde en la gran ciudad, solitario o ciego, siempre girará la vista hacia donde esté un museo como el Prado y allí se quedará a vivir, quizá dentro de una imagen concreta, quizá de El Bosco. Y si no, se quedará solo, nunca triste si tiene papel a mano. O móvil con datos para retratar y enviar noticias de su paso por la tierra. Así es su literatura, lenta pero móvil, un ojo mirando por la cerradura del mundo, una puerta a la intimidad.

En Madrid Pamuk buscaba pintura, la retrataba, preguntaba por ella, vestido de oscuro y de blanco, a sus cuarenta y seis años era a la vez un muchacho y un veterano, educado y gentil pero distante, un estudiante que se fue pronto de casa.

Su sonrisa se concentraba en sus ojos añejados, su mirada era la de un diplomático surgido del frío, hasta que pasaban unas horas y ya era parte de la conversación que se creaba alrededor. Cálido y aun así distante, derretía su primera frialdad con el calor de sus ojos. Así fue después, no sólo esos primeros días de nuestro encuentro en Madrid.

A pesar de su juventud tenía ya una enorme obra detrás, elaborada concienzudamente desde los veinte años, cuando dejó la pasión por pintar

para abrazar el oficio de contar con palabras las imágenes de su país y de su vida. *Estambul*, el libro de su ciudad, es, como sus novelas, un relato minucioso de su pueblo, su historia y su gente en el que no faltan ni los detalles ni las respiraciones, como si el mar hubiera subido a su mesa mientras escribía, como si las calles abigarradas, felices o tristes, le llevaran de la mano. El Bósforo es el aliento de belleza que se traslada a ese libro y a sus novelas, donde esa lengua de agua baña y limpia los momentos difíciles o incomprensibles de ciudad tan compleja.

En su escritura, en la vida misma, la de Pamuk es la mirada ardiente de los solitarios capaces de devorar sin ser vistos los recovecos de la gran ciudad. Buscaba cuadernos, plumas, objetos de escritorio, postales viejas, quería hacer de Madrid un mapa chico, no era un escritor prendido de sí mismo pero le gustaba hablar de sus obras, cuando tenía con quién. El resto le importaba poco; le importaba tan poco que no percibió la indiferencia con la que la prensa trata a los escritores, a los artistas, a cualquiera cuando aún no son famosos, sobre todo si son extranjeros. Sucedió con Héctor Abad Faciolince y con tantos escritores a quienes traje a la ciudad cuando no eran tan conocidos y viajaban a tierra extraña, Madrid en este caso, para encontrarse con un periodismo hostil o desdeñoso.

Pamuk era ya un escritor importante cuya prosa desvelaba una vida cotidiana amenazante, desasosegada, a juzgar por sus libros, que amanecían apacibles y entraban muy pronto en un drama que, como ocurrió luego en *El Museo de la Inocencia*, desbarataba por completo esa inquietante paz doméstica que iba describiendo. Era ya un testigo veterano de la vida en Turquía; vistos de cerca el país, Estambul, la noche turca, ese aire pueblerino y a la vez desconfiado de sus calles, no cabe duda de que la escritura de Pamuk era ya entonces un relato fiel de lo que él mismo vivía en aquel país bello y difícil, como hecho para ser siempre un país antiguo, oscurecido como su edad de nacimiento. El Bósforo oscuro, las calles oscuras, y a la vez todo luminoso o iluminado.

En aquel momento, 1998, Pamuk tenía cuarenta y seis años y yo era su editor en Alfaguara, que tuvo durante años los derechos de sus libros. En esa ocasión venía a Madrid a presentarles a los periodistas españoles su libro más reciente, *Me llamo Rojo*. ¿Un turco? Los periodistas culturales expresan sin pudor su pereza ante los extranjeros que no son famosos, y esa displicencia tú

la tienes que guardar en secreto ante el escritor, porque al fin y al cabo ese oficio de publicar a otros requiere generosidad y secreto: al autor sólo se le pueden dar buenas noticias. Rebusqué, entonces, entre amigos, entre conocidos letraheridos del periodismo o la cultura, gente que quisiera encontrarse con Pamuk, un autor que además es una promesa mundial, eso les decía, ya lo verán.

Al final no conseguí entrevista alguna, o no lo recuerdo, sino una cena de seis, entre ellos cuatro comensales que me evitaron el trance de tener que decirle a Pamuk: «Nadie quiere cenar contigo».

Orhan se comportó como un profesional acostumbrado a tales desplantes. Nos hicimos amigos. A él le encantaron la ciudad y sus museos, sus bares viejos, los adoquines, Estambul tiene calles así, la memoria de la antigüedad de su pueblo viaja con él, siempre será de Estambul, las calles estrechas, los recovecos, la geografía humana, incluso mezquina, del enamorado obsesivo que ahora está retratado en el museo más extraño del mundo, el Museo de la Inocencia. Esa relación con Madrid se quedó ahí prendida, fue un pequeño fuego que el tiempo avivó después. Y le dieron el Nobel años más tarde, en 2006. Los que habían cenado con él aquella noche (en el Bar Hispano, desaparecido ya) se regocijaron mucho por haber estado con el premiado, y los que habían desdeñado su compañía tuvieron que conformarse con los perfiles extranjeros sobre la figura aniñada, o más bien adolescente, de este hombre cuyas ficciones eran retratos de las pasiones íntimas u oscuras de su país en construcción y en destrucción sucesivamente. Ahora ya era un hombre famoso, quién lo iba a decir.

Tras el Nobel ya fue fluida su presencia en España y en todo el mundo, pasó a ser un extranjero de todas partes, sometido desde entonces a la curiosidad de los lectores y de los periodistas. Le hice yo mismo algunas entrevistas, en Estambul y Nueva York, en cuya universidad de Columbia gozaba ahora del privilegio de un despacho holgado... que compartía con otro Nobel o con alguien que aspiraba a serlo.

Una de esas entrevistas que le hice fue sobre *El novelista ingenuo y el sentimental*, resultado de unas conferencias que dio en Harvard. Después de las preguntas y las respuestas caminamos por la ciudad, como aquellos días de Madrid, y él me llevó a un bar de su predilección, Luka, cuya fama procede del hecho de que allí nació la famosa canción *Luka*, cantada por Suzanne Vega. A Pamuk le gustaban, y le gustan, esas coincidencias: hallar

en las ciudades vestigios de la historia del arte, ya sea clásico, moderno o pop, lugares físicos que llevan a otros lugares de la memoria. Sorprenderse es su tarea de paseante. La entrevista fue muy bien, me encantaba entrevistarle, tan dedicado, tan insistente en sus convicciones como puede serlo un niño en la defensa de sus juguetes, tan serio. Es de esos escritores acostumbrados a responder por su oficio. Terminaba las respuestas en pico, un abismo que se abría a la siguiente pregunta, y ya el riesgo era tuyo, él seguía sonriendo como aquel diplomático que surgió del frío.

Lo cierto es que esa amistad fue creciendo naturalmente, ya sin razones literarias o editoriales que la ampararan. Se hizo mayor, más humana, no tan editorial o periodística, cuando publicó la que para mí es su mejor novela, *Una sensación extraña*, aparecida en Literatura Random House en 2015, a la altura de la extraña y abrumadora *El Museo de la Inocencia*. Para entrevistarle me desplazé a Estambul a principios de agosto de ese año. De esa ciudad peligrosa y bellísima partí a Büyükada, donde escribe en verano, y donde estaba en ese momento. Él tiene dos casas: aquella oscurecida ante el Bósforo, en Estambul, en la que escribe delante de un hermoso ventanal que deja ver el mar y los barcos y del que viene la luz que permanece gris a sus espaldas, y esta de la isla, un ventanal enorme al infinito, cielo, mar y árboles. Una postal que a él le sirve de puerta a una imaginación paciente. Alrededor de su casa de Estambul hay callejuelas antiquísimas en las que una de esas veces que lo fui a visitar, tras el Nobel, había un grafiti que lo insultaba. Orhan pasó por delante de él como quien no se llama Pamuk.

La luz de su casa ante el Bósforo es de una oscuridad como novelesca, tamizada, él mira al ventanal que se refleja en sus gafas para animar sus ojos distantes, encerrados en el marco de su escritura. En la casa que tiene en la isla de Büyükada, a una hora de Estambul, la luz es total, no hay tamiz posible, todo está a la intemperie. No hay coches sino burros, la gente lo reconoce como el niño que pasó allí muchos veranos de su vida soleada, y él entra en los comercios como si aún viniera de parte de la madre. Allí escribe ante un paisaje lleno de aire y de bosque. Sales de la casa, una vivienda señorial que fue para el veraneo de sus antepasados, y ya tienes abajo los restaurantes y las pescaderías. En esos sitios él es también popular; pero lo es desde la niñez, el Nobel no cambia la mirada de los transeúntes en los pueblos.

Era temprano en la tarde y él compró en un mercadillo viandas para entretener el tiempo. Hablamos luego de su último libro. Como había ocurrido siempre, entre las preguntas y las respuestas había la sensación de que no iba a decir nada, hasta que empezaba a responder y entonces producía la impresión de que todo lo tenía escrito en la mente para ser reproducido, hasta el último suspiro, por una voz que no tenía descanso hasta el punto final. Echado hacia delante en su silla, con los codos en las rodillas, parecía un confesor recomendando prudencia al pecador. Sobre la mesa el calor derretía los quesos, y la fruta se calentaba en el atardecer de Büyükada.

Era entonces, más que en otras ocasiones, un hombre feliz. Me dijo pronto por qué. Y a la cena vino ella, Ash, comimos pescado como en Canarias, platos desordenados; bebimos vino blanco, y la conversación fue igualmente diversa. Luego nos fuimos a tomar café al bar que hay junto a las oficinas de los barcos y él me preguntó minuciosamente por algunos de los escritores que ya conocía, como Mario Vargas Llosa o Javier Marías. A éste lo había asignado él mismo entre los aspirantes serios al Nobel de Literatura, y de Vargas Llosa en ese momento lo quería saber todo.

Tiempo después publicó *La mujer del pelo rojo*, otra historia de amor y contrariedad. Comienza como si fuera su propia historia, la de un muchacho que quiere ser escritor y la vida lo lleva a trabajar de pocero, uno de los empleos más oscuros a los que uno se pueda arriesgar. Pensé, leyéndola, que tuvo que escribirla aquí, en Büyükada, feliz y enamorado, con las notas que fue tomando ante el Bósforo, en aquel universo entorpecido por la fiebre húmeda de la ciudad. Cuando leí el libro me imaginé a Pamuk, en efecto, como el protagonista de sus historias. En Madrid le pedí que me explicara cómo llegaba a esos personajes. Respondió: «Preguntando».

Lo fotografiaba todo todo el tiempo, su amor le decía que no hiciera más fotografías. Bebimos vino otra vez, comimos pescado. Al regresar a Estambul me envió una de esas fotos en las que estábamos juntos. Él al lado de Ash, entrecerrando los ojos, sonrío. En los libros las historias acaban mal, generalmente, pero en su vida había sonrisa, constancia de que uno no debe sentirse amenazado por «el suave paso del tiempo».

Como su personaje Mevlut de *Una sensación extraña*, Pamuk contempla el suave paso del tiempo. Sonríe. Vive enamorado. Un hombre feliz que mira el Bósforo como si el mar fuera un museo.

Hace dos años, cuando asistía en Madrid a un coloquio con Mario Vargas Llosa, cuando éste cumplía ochenta años, le pregunté por eso, por el tiempo y por la felicidad. Aún no había publicado *La mujer del pelo rojo*, que también persigue ese ideal que él ahora ya cifra en la mujer del pelo rubio que se llama Ash. Fue así el diálogo:

—Sus libros, sobre todo los últimos, *Estambul*, *El Museo de la Inocencia* y *Una sensación extraña*, miran a la felicidad... ¿Es usted una persona feliz?

—Soy un novelista feliz, pero ¿una persona feliz? No estoy seguro. He llegado a un punto de mi vida en que la razón para la vida no es la felicidad, al menos para mí. Sé que hay una motivación, un deseo por mi parte, de ser feliz, sé que es una contradicción; creo que lo más profundo es buscar un sentido, un algo perdido, una búsqueda de una verdad escondida. Tal vez yo traslade esa psicología a la escritura de mis novelas. Para mí, una buena novela es un lugar donde los valores más importantes de la vida se presentan en un tono mayor. Cuando acabas *Ana Karenina* tienes una idea de lo que realmente es la vida. La felicidad es importante, claro, pero ¿con qué se compara? La amistad, la lealtad, tener un futuro, educación..., estas cosas son valores importantes de la vida, y cuando lees una novela esos valores saltan también, están ahí enseñándote de qué va la vida. Y las novelas son los mejores lugares para hablar de ellos según vas leyendo.

La última imagen que tengo de él es entrando en el hermoso *hall* del hotel Palace, en Madrid, sin nada en las manos, vestido de gris, camisa blanca, buscaba con los ojos algo que fotografiar, una luz o un entretenimiento. Arrugó la nariz, alegre, cuando me vio en un sillón lejano, esperando para hacerle otra entrevista. Cuando cenamos, después, había en él, y en ella, tanta alegría, había tanta luz al salir, tantas ganas de vernos otra vez, que parecía que Pamuk ya no era aquel escritor que vino a Madrid a encontrarse con la frialdad que el periodismo reserva a los desconocidos. Era, simplemente, Orhan Pamuk, un transeúnte que gracias a lo que observa en los otros ha escrito novelas que son pinturas de la soledad, del alma y del desamor.

La memoria que mira escribir

En las paredes del altillo de la casa de Pozuelo donde vivo desde hace algún tiempo coloqué algunas fotografías imprescindibles para enmarcar mis recuerdos.

Entre esas fotos está el retrato de un mediodía preciso de mi infancia. Toda la familia (menos mi hermana Candelaria, que desaparecía de las fotos) se ha juntado ante la cámara. Es imposible olvidar de dónde vienen nuestras respectivas sonrisas o dudas o ausencias o prisas.

El sueco Björn Malmeström, pintor, nos retrata a mi madre, a sus hijos, a mi hermano Paquillo, a mi hermana Carmela, a mí mismo y a mi padre. Siempre la hemos llamado «la foto de los suecos». Está al lado izquierdo de donde escribo, iluminada por la marca de los días. Junto a ella hay una pintura de mi madre de cuerpo entero, que también hizo el sueco entonces. Hay a sus pies una especie de cactus que se inventó el pintor, a ella no le gustaban esos pinchos. El muro blanco coronado de plataneras que está a las espaldas de mi madre sí es de aquel paisaje.

Aunque en la fotografía es todavía muy joven, mi madre muestra una mancha que siempre marcó su pierna izquierda. Ella nunca se quejó de dolores que vinieran de esa parte del cuerpo, ni en realidad de ningún lugar. Lo decía Hemingway hablando de un personaje suyo: «Conoció la angustia y el dolor, pero nunca estuvo triste una mañana».

Hasta que un día fue todo dolor, y yo no me olvido.

La niña a la que mi madre sostiene en el brazo derecho se llama Tamara, debía de tener dos años. El niño que mi madre tiene en el otro brazo se llama Gofio. Gofio Taoro Sebastian Malmeström. Mi madre está ahí con el vigor de una muchacha, su cuerpo le da sentido a su risa, está muy feliz. Estamos todos, eso era suficiente para estar contenta. Hasta que con el tiempo la armonía de la fotografía se hizo añicos.

Cuando aún vivía mi madre, Anne, la madre de los niños, le hacía llegar obsequios desde Suecia. Un día le envió un volumen de fotografías en las que Tamara aparece visitando a su abuela. Fue el primer libro que llegó a casa, yo me aprendí de memoria su título, *Trulsa ös mormor*. Trulsa en la casa de la abuela. La niña desnuda, la niña bailando, la niña orinando, la niña arropada por su madre, la niña leyendo. Era la felicidad tal como se vivía en el extranjero.

En esta fotografía mi hermano es el más alto. Está subido al escalón que da paso al vetusto automóvil que sirvió de marco para el retrato que nos hizo Björn, una vieja ambulancia de la Primera Guerra Mundial. Mi hermana Carmela agarra mis hombros y yo hago malabares con las manos, una costumbre de entonces. Mi padre mira como si el sol lo cegara (aquel sol de luz opaca de mi pueblo). Lleva una chaqueta muy humilde, beis, arrugada, caída como quiere sobre su cuerpo flaco y apresurado, nervioso.

Por delante de mis piernas, cubiertas con pantalones largos, pasa una perra que llamábamos la Perrucha.

Esa sonrisa que mi madre muestra en la fotografía se fue desvaneciendo, aceptación del temporal tan terrible que fueron las sucesivas pérdidas.

En un rincón lejano de la fotografía hay un chiquillo, quizá de mi edad, seis años, que ahuyenta una mosca que le hurga y le molesta en la comisura de los labios. Ese chico se llama Mario, está mirando hacia nosotros a la vez que ahuyenta la mosca. Tiempo después acabó con él una rueda de fuegos, nosotros mismos ayudamos a fabricarla en el taller de pirotecnia. Fue la primera en irse de esas vidas que están en la foto de los suecos y que se convertirían en pasado tan pronto.

Viendo la fotografía de nuevo, sé más de mí. Y siento que yo también formo parte de la música de despedida que interpreto.

Cristales rotos, la vida devolviendo siempre lo que no será nunca contenido del olvido.

En el sitio en el que trabajo en Madrid, ante un concierto de pájaros que desafían el silencio, hay un óleo al aire libre. Representa a don Domingo Pérez Minik, mi maestro. Los cuadros de mi madre, de mi familia, están,

como el de don Domingo, a la intemperie. También me acompañan otras fotos o cuadros que siguen con sus cristales intactos, conservan ese milagro después de tantas mudanzas.

El tiempo es un cristal que se va rompiendo con las mudanzas. Aquí mismo, en esta casa, hay un cristal roto sobre el retrato que hizo de Kafka Nicole Muchnik, pintora, escritora, la mujer del editor Mario Muchnik. Siempre veré a Kafka con esa rasgadura cerca de su rostro, mirando asustado como un perro humilde, el cristal roto al borde de su gajate, sus ojos desamparados o ilusos soportando el peligro de la cicatriz o de la herida.

Ese óleo que resalta la figura de Domingo Pérez Minik fue pintado por el artista Pedro González. Pedro me pidió que le facilitara una fotografía hecha por el sobrino de don Domingo, el arquitecto Carlos A. Schwartz. Pérez Minik solía fumar medios cigarrillos, y en aquella foto que usó Pedro él estaba haciendo ese gesto, alza la mano, le llega el humo, eso es lo que quiere que pase, tan sólo que le llegue el humo, nada más, y mira fijamente al objetivo, lo desafía. Lo que hacía en ocasiones se convierte así en lo que hace siempre en ese óleo que me acompaña y que me mira. Ahora la imagen de don Domingo es la que me devuelve a diario ese cuadro.

A Pedro le gustaban esas extravagancias domésticas, retratar la anécdota, precisar lo que se olvida. El alma de don Domingo. Agudo, sincero y educado, un hombre de su tiempo atravesado por la guerra y por el miedo de la paz, hombre en la cárcel y en el descampado, perseguido en su propia tierra.

Aquí, junto a mi ordenador, tengo su *Facción española surrealista de Tenerife*, que le publicó en Tusquets Beatriz de Moura, en 1975. Trata del paso de André Breton por la isla, en 1935, cuando Pérez Minik y Eduardo Westerdahl eran los atrevidos popes del surrealismo en Tenerife. Era la seña de identidad del cosmopolitismo de don Domingo, pero ese viaje interior del que disfrutaba jamás lo retrajo del amor a la isla. Siempre yéndose, siempre en su sitio.

Ahí me mira don Domingo.

Un hombre libre que sufrió la cárcel al principio de la guerra fascista, pero la cárcel no se fue con él al salir de Fyffes, el almacén donde estuvo cautivo

con otros compañeros, algunos ahogados adrede por los secuaces de Franco. No le regaló a la cárcel ni un átomo de su espíritu, su alma se fue volando de allí, sin peso alguno. Sólo una vez lo vi darle la espalda a un hombre, un fiscal de Franco que había condenado a muerte a amigos suyos. Hasta muy tarde en su vida no me contó que en el altillo de su vivienda modesta había una pistola llena de polvo. Fue socialista.

Ahí está don Domingo. Los cuadros son grandes miradas, te miden desde el extrarradio del pasado, y tú has de asumir que estás solo ante miradas así: son tu medida. Un hombre comprometido con el tiempo en el que vivió, cuando la libertad era una palabra rara que había que guardar entre cuatro paredes o en el altillo donde resiste inútil la sombra de una pistola.

Ese medio cigarrito que le dibuja Pedro González, esa mirada inquisitiva que espera del otro una respuesta adecuada pero importante, la rebeca beis, su pelo blanqueado, la camisa inadecuadamente abrochada hasta el último botón, su cabeza hacia ti, deseando que aciertes.

Y ya no está. Por eso escribo. Para que esté.

Escribo para que esté don Domingo y para que esté Rafael Azcona, presente aquí en ese retrato que parece el del perro de Goya, hundiéndose (o ascendiendo) de un cuadro rodeado de luces oscuras, al final de un acantilado o en el fondo del mar, hundiéndose o sobresaliendo.

La fotografía proviene de un folleto. Lo hice cuadro, lo coloqué ahí. Mira con su nariz gruesa y respingona. Alguien debió de decirle: «Ponte ya natural, Rafael, no es para tanto».

En la foto, Rafael tiene la edad de nuestro encuentro, unos setenta años, era 1995. Se ajustaba las gafas con eficacia y nerviosismo, como si ese gesto lo obligara a buscar, con el tacto, la palabra que le faltaba para seguir contando una anécdota. Cualquier traspié en la conversación lo salvaba con el relato de un suceso que podría hacer menos penoso el diálogo. Convertía siempre la conversación en una excursión por su genio.

Hablaba lo preciso, y esperaba que tú estuvieras contento de estar con él. Era ingenioso, pero no abusaba, y era culto, pero no necesitaba alardear de ello; al contrario, inventó una mayéutica propia para simular que no sabía nada.

No había en él ni un gramo de egocentrismo, o trataba de no exhibirlo.

Debía de tener el ego en algún sitio, pero a buen recaudo. Siempre fue igual o parecido a como era cuando estuve con él aquella primera tarde veraniega de Madrid. Y lo fue hasta en los momentos más difíciles, y finales, de su vida. Una vez lo abandonó todo para traerme a casa un poema de Pablo Neruda que yo había extraviado. Estuvo un año coleccionando un álbum de fotos retrospectivas de la historia del Barça, mi equipo. No mostraba el esfuerzo de sus hallazgos, daba las cosas como quien las acaba de encontrar. Aquí hago recuento de la mejor época del hombre que tengo ahí, retratado, en el álbum virtual de mis primeras personas.

Lo conocí por casualidad. Lo quise conocer. Fue un viernes de verano, a las seis de la tarde; desde ese momento hasta la hora del telediario, las nueve de la noche, estuvimos bebiendo whisky bajo el sol de junio. Al día siguiente lo llamé para ver cómo había llegado a su casa. Desde ese sábado, lo llamé todos los sábados de su vida, excepto al final, cuando ya se había quedado sin voz y sólo nos escribíamos mensajes. Era un tipo alegre y formidable.

La última llamada fue por accidente. Yo estaba en la playa de Las Canteras, en Gran Canaria; el atardecer se parecía a aquellos atardeceres de la Ibiza que él amó, y quise enviarle un mensaje explicándole el momento, la luz al fondo, yéndose. Mira el sol. El dedo erró y le llamé directamente. Su voz ya no sonaba, Rafael parecía rabioso al otro lado de la línea y colgué de inmediato para aliviar un sufrimiento que ya fue de los dos.

Él nos había avisado: «Un día ya no hablaré». Y es curioso lo que ocurre con las cosas que pasan, concurren en su desarrollo hechos que son a la vez imponentes y sencillos y su recuerdo, hasta en los más mínimos detalles, ya te acompaña siempre, incluso con su localización, dónde ocurrió, cómo ocurrió, qué estabas haciendo mientras lo supiste. Cristales rotos, ese cristal que nadie rompe pero se rompió.

Todo empezó, pues, con aquella llamada, cuando Azcona dice: «Un día ya no hablaré». Sonó el móvil, ahí estaba su número y su voz. Por si no lo sabes, vino a decir, estoy en un hospital, me van a hacer una prueba, es posible que tenga cáncer y habrá un día en que ya no hable. Para que sepas. La luz de Las Canteras fue testigo de la última vez.

Me habían dicho que era un misántropo que prefería estar en su casa,

escribiendo guiones o novelas, a departir con sus colegas o sus iguales. Ya era un hombre famoso por lo que escribía, y también por ese rumor de lejanía que le atribuían todos. «Azcona es invisible.»

De vez en cuando venían rumores: se le ha visto con su compañero Luis García Berlanga, con quien hizo varias películas importantes, tomando el desayuno en El Corte Inglés. Y un día llegó a mis manos una entrevista que le hicieron para un periódico italiano. No debía de ser tan excéntrico. No era un misántropo, no se escondía: se resguardaba. Le pedí a su amigo Fernando Trueba que me aclarara el misterio.

«No hay ningún misterio —me dijo Fernando—. Llámalo».

Lo llamé.

Él se desplazó al otro lado de la ciudad. Rafael Azcona llegó vestido con una camiseta granate, dispuesto. Hubo whisky, conversación. Energía para compartir la alegría. A partir de ahí se inició una larga amistad que sólo truncó la muerte. Su huella perdura. Un día me dijo de él su amigo Manuel Vicent: «Su tiempo pasó, pero su genio sigue». Así es.

Desde aquella tarde a Azcona le hice entrevistas, le hicieron entrevistas, vivió una relación de amistad duradera con los medios y nos hizo reír a la cabecera de las mesas en las que prodigó su ingenio hasta en silencio. Se ponía a la primera llamada, cantaba al teléfono, te recordaba coplas de tu tierra, mostraba su memoria sin nubes, no colgaba hasta que tú no expresaras deseos de acabar la conversación. Un ser de otro mundo trasplantado a una tierra de maleducados.

Pero es cierto que cuando se recluía era un monje, y resultaba raro que en ese tiempo supieras algo de él.

Uno de aquellos amigos comunes que hizo tertulia con él, y también películas, José Luis García Sánchez, nos llamó uno por uno a todos al mediodía del 24 de marzo de 2008. «Tenías un amigo que se llamaba Rafael Azcona.»

Luego me hice amigo de su mujer, Susi, a quien él conoció en los años aventureros de Ibiza, y también conocí a sus hijos.

Su salida a la luz y a los medios aumentó el radio de su conocimiento. Parecía que para muchos aquel Azcona resucitado era una novedad, así que recurrían a él en festivales y otros saraos. En un tiempo no acudía a cumplir esos compromisos, mandaba a alguien en su representación, lo que ayudó a

creer que su cara era la de otros, sus sucesivos representantes. Pero luego ya fue un hombre reconocido, socialmente importante.

Él desdeñaba esa importancia. En un lado de su ego sintió la punzada del prestigio. La elegancia natural de su modo de ser hizo parecer que nunca le había picado de veras ese aguijón. Pero tenía esa picadura, quién no; igual que tenía genio e ingenio tenía también su egolatría. Lo cierto es que cuando llegó a la vida en la que yo estaba hizo que el mundo fuera mejor.

Por eso está Rafael en esa pared, junto a Pérez Minik, debajo del retrato de Isabel Polanco en el que ella posa vestida de azul, su cara es confiada y alegre, algo bueno está pasando, o va a pasar. Algún tiempo después, sin embargo, la vida la sometió a noticias tristes también, y murió casi al tiempo en que nos avisó García Sánchez de que teníamos «un amigo que se llamaba Rafael Azcona».

El retrato de Isabel es una fotografía que sirvió de portada póstuma para una revista que hacía el Grupo Santillana para sus empleados. Era la hija de Jesús de Polanco, trabajó en sus empresas, desde las categorías inferiores, y fue consejera delegada de las divisiones literarias y educativas. Viajó por América como si no hubiera noches, desde Brasil hasta México. Ante tanto viaje, que podía ser perjudicial para su salud, su padre le dijo: «Un día vas a enfermar con tanto trayecto».

Su padre murió un año antes que ella, en 2007. Y ella enfermó, en efecto. De ella dijo Carmen Balcells: «Era Isabel Polanco, no la hija de Polanco».

La veo enflaquecida, maquillada y triste, junto a una de las puertas rojas de la planta ejecutiva de las oficinas del Grupo Prisa. Se ha maquillado para una reunión. Pero ya la estaba abandonando su energía. Su aspecto no venció a su carácter, la enfermedad no la hizo agria o distante, pero en aquel rostro de aquel día en concreto, cuando ya su padre había muerto, se traslucía la tristeza de quien ve más allá del momento en que vive.

Recuerdo el instante en que recibí la noticia de la muerte de Isabel, un sábado así, mientras esperaba para entrar a una exposición en el Museo Thyssen-Bornemisza, exactamente a la una de la tarde.

Ahora se cumplieron diez años del suceso, y creo que en todo este tiempo no he vuelto a entrar en el Thyssen, pasara lo que pasara, como si aquella

noticia también hubiera clausurado un modo de ser, del grupo donde trabajo, del universo de afectos que Isabel Polanco creó en ese mismo lugar, y también en los lugares que frecuentó en el extranjero. Ella fue un modo de ser. Y todo lo que hubo alrededor se contagió de ese carácter. Una mujer que mandaba mirando.

Y en ese recuerdo, de sus afectos, de su manera de mandar, de su modo de ser, siempre sobresale aquel vestido alegre que lucía Isabel Polanco poco después de la muerte de su padre, mientras esperaba a que empezara una reunión en la sala roja del Grupo Prisa. Su rostro era el reflejo de un cansancio que contradecía el resplandor de su ropa.

Diez años más tarde, la familia quiso que recordáramos a Isabel. Y nos juntamos una tarde calurosa, en el Círculo de Bellas Artes. Ante mí lloraba su madre, Chispa, disminuida por la fatalidad de la salud y del tiempo, y lloraba su hermana María Jesús, venida de Girona, donde hace vino, y estaban sus hijos llorosos, y su marido, y sus hermanos, y reconocí en la sala rostros que habían trabajado conmigo, todos los cuales podían expresar, como yo, los recuerdos. Quisieron que preparara palabras, y no preparé nada, me resistí incluso a preparar con los chicos y con el padre y con quienes iban a intervenir (Pilar Reyes, Pilar del Río, Isabel, la hija, Alfonso, el marido, Sergio Ramírez, Miguel Barrero...) la sustancia del acto. Hice un bosquejo mental y empecé a hablar como si quisiera que la memoria buscara los sustantivos. Ecuanimidad, rigor, trabajo, naturalidad, pudor... En realidad, fueron mensajes suyos cuando asumió el trabajo que nos juntó, y que desarrolló con gente que luego, al morir, resumió su legado.

De ella dijo José Saramago, cuando supo de su muerte, que era inteligente y sencilla, y añadió: «Nadie es insustituible, pero hay personas que marcan su espacio con tal intensidad vivencial que difícilmente podemos imaginar a otra en su lugar». Mario Vargas Llosa: «Todos la vamos a extrañar». «Estaba siempre preocupada por el autor —dijo Millás—, por que nos sintiéramos cómodos. Creo que esa vocación editorial la había heredado de su padre, también esa cercanía.» Juan Goytisolo dijo lo que quizá luego podría haberse dicho ante su propia despedida: «Sabía que estaba enferma, y admiré el coraje moral con que mantenía su actividad a favor de la cultura». Javier Marías me dijo: «Se dedicaba más a escuchar que a opinar, preocupada por los intereses de los autores. Su labor al frente de Alfaguara, mi editorial, ha

sido de una delicadeza absoluta». Manuel Vicent la relacionó con «el gran resplandor de su padre» y se refirió también al coraje que fue el resplandor propio de su vida: «No abandonó nunca el barco, y el éxito nunca le alteró el carácter». Manuel Rivas citó un verso de René Char: «Apresúrate a dejar tu parte de maravilla, rebelión y generosidad». Ella dejó esa maravilla.

Ahora está ella ahí, su blusa azul clara, su sonrisa confiada. El tiempo le estaba dando buenas noticias. Luego vinieron los temporales. De aquel día en Prisa, donde la veo con su traje floreado y su sonrisa triste, no hay foto, sino mi memoria. La vida es mucho peor sin todas estas primeras personas que salieron de la vida pero que nunca podrán abandonar la lealtad de mi memoria.

Zona de poesía: Leonard que vestía de Lorca

Paseaba solo por el hotel, aún se fumaba en los recintos cerrados y él llevaba en la punta de los dedos un cigarrillo humeante. Al verlo pasar observé su apostura, su nariz curva, sus gafas cortadas, la vista al frente. Iba vestido de oscuro, como si llevara encima la tinta de la poesía. Me acerqué, le di la mano y él me miró con el aire de un águila tranquila, en su mirada había el sosiego que hay en algunas de sus canciones. Estaba no estando, sus ojos distraídos en la humareda de su propio tabaco. Y entonces le evoqué a Federico García Lorca. En ese momento aún no había grabado *Pequeño vals vienés*, pero llevaba años entrañado en esa poesía que luego fue, gracias a él, ritmo y baile, descenso a los infiernos y alegría. Cuando murió Leonard Cohen yo estaba en las afueras o en el extranjero, quizá en Cuenca; en todo caso, estaba lejos y hacía frío. En webs vi su rostro final, la carta póstuma a Marianne, y sentí que aquella tarde en el Palace había visto también a Lorca saludándole de lejos, cantando para él la melodía que luego fue el sustento, el alma de aquel triste vals vienés que finalmente cantaron juntos.

Dulce Chacón: canción con otros

A Dulce Chacón la oigo cantar y reír en casi todos los recuerdos que marcan su cara y su voz y su baile confiado en mi memoria. Desde que la conocí en el pasillo central de un café de Madrid que en un tiempo fue el tren de la música para todos nosotros.

Aquí viene, con la estación, y la veo escribiendo un libro en mi casa, Dulce Chacón. Tan ingenua persona, tan violentamente dulce. Tan sobradamente buena. Estamos en este momento, eso es lo que dice el recuerdo, con Ángel González y con Pedro Ávila y con Paco Otero, en un café que se llama Libertad 8 y que está en ese número de la calle de ese nombre.

Yo estoy solo y ella está sentada de espaldas y su pelo me atrae. Le acaricio el pelo, inadvertidamente, y ella sonríe, no se ha molestado. Y entonces sigo caminando hasta el escenario donde cantábamos con Ángel y con Pedro melodías extraviadas del folclore mexicano o del folclore español o del cancionero francés o árabe, pues Pedro domina esas lenguas. Yo traduzco falsamente lo que Pedro canta en tales idiomas, y todos coreamos bromas que ya se conocen porque aquí actuamos cada jueves, y Dulce, que está abajo este jueves, canta también.

Dulce. Recuerdo canciones tuyas, amigos que la acompañan a la guitarra, noches que duran hasta después de la borrachera, el Chicote, los juegos de bolos en la madrugada, los bailes peligrosos en aceras donde cantábamos *La Internacional* o sacábamos dinero en medio de ladrones que en ese momento desvalijaban la caja.

Ángel estaba triste o nos hacía reír. A veces ingenuo, anotaba en su libretita, que hacía las veces de agenda, los nombres y los teléfonos de los amigos que ya no vendrían más, aquellos a los que buscaba sin esperanza después de sus viajes anuales desde Albuquerque. «Se me adelgaza el futuro.» Ángel solo a mi lado viendo partidos de fútbol los sábados azules de

nuestras vidas. Mientras bebíamos whisky con hielo en vaso bajo y él se observaba hacia dentro, yo iba al teléfono rojo del Cock y le dejaba mensajes que le auguraban alegrías, mejoras, le anunciaba años mejores que aquellos que provenían, quizá, de la tristeza de ver a su madre sola llorando la guerra en su sala de estar de Oviedo. No soportaba ver a Ángel triste.

No puedo recordar a Ángel sin esa imagen de su madre, a quien sólo vi en sus poemas. Un día lo vi en una plaza de Gijón, muy de noche, abrazado a un poste de la luz, estábamos los dos borrachos y de pronto sentí el impulso de abrazarlo como si fuera mi hermano y los dos estuviéramos bajo los efectos de aquel bombardeo que asustaba a la madre.

El poeta era nuestro amigo, un hombre dulce sorprendido por la noche mientras tomaba whisky con lentejas en un bar de la calle Héroes del Diez de Agosto. Dulce era la sonrisa que vino en nuestro auxilio, la compañera que nunca dejaba que decayera el espíritu de camaradería que nos acompañó a mitad de los noventa, cuando el alcohol parecía prolongar las ganas de noche hasta el infinito. Ángel tarareaba sueños en El Sol, donde se hacían peligrosas las noches y los besos, un universo poblado de golfos y de risas donde coincidían lo sexual y lo heterosexual y lo homosexual hasta que el desvarío se convertía, en la mente o en la realidad, en una orgía a la que le faltaban tan sólo el atrevimiento o las ganas.

Un día tuvimos que llevar a Ángel a rastras, ya no podíamos más, y entonces nos fuimos a Valentino, como siempre, a comer otra vez lentejas con cerveza fría. Esa noche lo llevamos Dulce y yo, fue la primera vez que salimos juntos de los bares y de las noches para adentrarnos de nuevo en las noches de los bares.

Nuestro lugar intermedio era el Cock, donde una vez Juan Benet me contó su enfermedad como si me estuviera dando un recado para el día siguiente. Algo me señaló en su frente, y luego, cuando lo vi por última vez en su casa de la calle Pisuerga, entregándome un libro que había corregido —*Saúl ante Samuel*— para que lo publicara en una colección de bolsillo, vi que su pelo oscuro, aquel que caía justamente allí donde me había señalado como el lugar de su mal, era gris y decaído, una guedeja descolorida que advertía del final del tiempo. Aquel hombre grande tan entristecido agarró un posavasos y escribió en letras rojas, aquella noche en el Cock en que me anunció el futuro, una expresión por cuyo origen no le pregunté cuando me entregó el

cartoncillo: «Gris marengo». Fue un hombre principal, una primera persona de esta autobiografía llena de gente. Cuando se murió Juan su casa de Pisuerga se llenó de gente, yo estaba allí, creo que también estaban Ángel y Dulce y Manuel Vicent y Vicente Molina Foix y los hijos de Juan y Blanca Andreu, su mujer, y Antonio Martínez Sarrión, que en su casa tenía, cuando yo lo vi allí, una fotografía de Juan en su esplendor pasado.

La despedida fue tan multitudinaria que a mí me dio la impresión de que estábamos despidiendo un tiempo y no sólo a un hombre, no sólo a un hombre. Cuando lo enterraron pasó igual, y por supuesto vino la misma sensación a mi espíritu y a mi cuerpo. Pero como la vida te empuja, exaltante o dura, nos fuimos Dulce y yo hasta la casa de Juan Carlos Onetti, y yo le hice una entrevista al gran uruguayo, él estaba echado en la cama, como solía. Luego se perdió la cinta en la que lo habíamos grabado y Dulce la encontró años después entre los devaneos en que se quedan las cosas que suceden en medio de los terremotos.

Dulce otra vez. Ahora está sentada ante la ventana de la casa que yo tuve en la calle General Díaz Porlier, cerca de donde vive Fernando Savater, encima del Dickens, donde vi por primera vez a Benet y a Juan García Hortelano. Marcos Ricardo Barnatán me los presentó. Entendí el nombre de Hortelano, pero cuando pronunció el de Juan cometí el desliz de preguntarle: «¿Antonio qué?». Benet, en contra de lo que dice la leyenda sobre su altanería, repitió su nombre: «Juan», y ya no hubo más. Así lo recuerdo.

Ante la ventana tiene Dulce el aire de una muchacha que espera algo del cielo o de la calle y acaso es una palabra nada más, un rasgo del tiempo, una memoria. En realidad está pensando en las cárceles de la guerra. En ese instante quizá estaba haciendo acopio de material para la que fue su novela más arriesgada y potente, *La voz dormida*, o escribía versos. Dulce siempre cantaba o escribía versos. Presas de la guerra, recuerdos asesinados por la maldad de la contienda. Estaba en marcha su carrera, cuya alegría sólo pudo interrumpir la prematura muerte. La publicó Alfaguara, cuando yo ya no estaba allí. Me preguntó qué me había parecido, ya no estábamos juntos, ella se cansó de mí, de aquella ausencia en la que yo vivía, mecido por recuerdos que no me dejaban estar en otro sitio que no fuera el pasado; y a veces me reprochaba que yo no la recordara, que ni siquiera le dijera qué me parecían sus libros, y ese libro en concreto.

Entonces le mandé un ramo de rosas rojas que me salieron del alma, subiendo por la Gran Vía la recordé y dije: «Le voy a mandar rosas rojas a Dulce». Era tal su ternura que eso tan sencillito la hizo feliz y olvidó mis descuidos, o eso dijo. Una noche oscura en mi casa, aquella en la que ella había pensado su novela más grande, vino a verme y a decirme que estaba enamorada. Al fondo estaba la mesa en la que ella había escrito versos, donde Benjamín Prado había entrevistado a John Berger, escribiendo sobre la mesa que fabricó Pedro Ávila, junto al salón donde Susan Sontag se encontró con Charo López y con Pedro Almodóvar y con tanta gente, estaba también Javier Alfaya, que luego se dejó las gafas de ver de cerca. En esa misma casa, en el rincón oscuro donde estaba el tocadiscos, Dulce me comunicó que se había enamorado. Olía tan limpio su pelo cuando nos despedimos en la puerta.

Algún tiempo después alguien me dijo que la había visto, mirando al frente, por la acera de Correos, en Cibeles. Llevaba un sobre en una mano, iba deprisa, con el mentón levantado, despavorida y pálida. Días más tarde ella misma me llamó y me contó la causa de su mal. Yo estaba junto al mar, en Tenerife, y de esa impresión devastadora nació un libro propio, *Retrato de un hombre desnudo*. Sentí como un golpe seco. Me volvió a llamar otro día. Hospitales, medicinas. Le dije a un director andaluz, Benito Zambrano, interesado en llevar al cine su novela, que la llamara ya. Y la llamó. Coleccionábamos alegrías para Dulce, como si así fuéramos a detener el veloz, despiadado trabajo de la enfermedad y del tiempo. Íbamos a verla Julio Llamazares y yo, alrededor le habían organizado sus hermanos, su gemela Inma, que luego sería su continuadora en la escritura, su marido, Miguel Ángel, sus sobrinos, una especie de fiesta para vivir siempre. Desde el lecho ella asistía a esa esperanza con la alegría dulce que distinguió su vida también en momentos violentamente oscuros, de los que estaba inundada cuando la conocí en el verano de 1993. Era 3 de diciembre de 2003 cuando acabó su lucha. Hay perfumes que no se acaban, ni nombres, ni seres tan dulces.

Ángel González. Un hombre dulce sorprendido por la noche

Ángel González era el último soldado de la noche, a la que fue fiel hasta el último suspiro. Sólo la enfermedad lo recluyó, le evitó la postrera visita a las veredas que transitamos juntos. Quise estar con él recién ingresado en el hospital. «No vengas», me dijo, así que lo recuerdo vivo y en los bares, o en mi casa, viendo fútbol, hablando como si fuéramos pájaros de invierno.

La última vez que lo llamé él debió de notar mi ansiedad: estaba en el hospital, con su mujer, Susana Rivera, yo no había podido ir a verlo y esa tarde viajaba a Tenerife. «No te preocupes, estoy bien, saldré pronto, no vengas, no hace falta que vengas.»

Durante algunos de los últimos años de su vida fui acompañante de sus noches y de algunos mediodías, lo vi subir escaleras de aeropuertos y de barcos y lo vi caminar, tan enflaquecido, por las calles de Madrid, sus ropas cálidas, su fular immaculado, alegre los veranos en que también estaba aquí Susana, los whiskies lentos en el Cock, y en tantas partes, su medio huevo frito en la Kontiki.

En la comida era mínimo, mimoso, un niño, y en la escritura era lento y escueto, como un soldado de las tachaduras. Y era músico, era profundamente músico hasta en silencio.

Era de varias nacionalidades distintas, pero era asturiano, seguía el rastro de la madre y no hablaba del pasado sino en los versos. Tampoco hablaba de su vida personal. Su autobiografía cabía en un poema, quizá tan sólo en aquel que empieza así: «Para que yo me llame Ángel González, para que mi ser pese sobre el suelo...». Y no pesaba, pesaban sus versos, sus bromas, su *Final conocido* que tantas veces le hice recitar, pero él pesaba cada vez menos, su cuerpo se fue haciendo más un suspiro de huesos que entrechocaban al levantarse de las mesas donde no quedaba sino cristal y madera. Vasos vacíos

tras su vida de poeta. Y extrañamente, cuanto más flaco fue más grande se hacía la sombra que proyectaba por las noches, como un fantasma que derramara luz y a la vez la huella fantasmal de un hombre abrazado a sí mismo o a una farola.

Aquella tarde se preparaba, sin saberlo, para hacer su último viaje, para subir la última escalera; comió, contó Susana, una cena frugal como las suyas, lo imagino en casa dejando uno a uno todos los platos que Pilar le ponía para tentar su hambre innecesaria, el fútbol sucediendo en la pantalla verde sin ganas de seguirlo, su rumor de tos a lo lejos en su pecho golpeado por el tabaco y por la espuma del pesar sin ganas sobre el suelo.

Este hombre era ya entonces el párrafo final de una autobiografía, una línea en el horizonte que andaba firme, sin simular ni salud ni convencimiento, siguiendo el ritmo de otros y diciendo sí también a lo que no le apetecía. Quizá una ensaladilla rusa viendo fútbol en la casa de Almudena Grandes y de Luis García Montero. Una vez se nos perdió en los vericuetos de su casa, como si no supiera salir, y asistimos inquietos (Pepe Caballero Bonald, Pepa Ramis, Pilar) a su reaparición como si a la vez viniera con él la premonición de que una vez sucedería que Ángel no aparecería de nuevo por la puerta nocturna que lo acogía o lo despedía en la plaza de San Juan de la Cruz, al lado de su Kontiki.

Y sucedió. Cenó frugalmente y al rato murió en el hospital mientras yo dormía en Tenerife. Al amanecer había en el teléfono todas esas llamadas que decían lo mismo. «Ángel González.»

Me volví a Madrid esa misma mañana y luego siguieron los ritos, las amistades, y también las rupturas, porque después de las muertes de los amigos las amistades que deja se van rompiendo como los carteles anuales del Amor Fraternal. Pablo Neruda lo dejó dicho, el hombre nace para despedirse, y ya no queda sino el recuerdo esquivo, nadie recuerda lo mismo de los amigos muertos. Y también dijo Neruda que las cosas se rompen y que nadie, nadie sabe ni quién las rompió ni cómo se rompieron.

En mi cofre de vidas, en mi historia de primeras personas, Ángel está ahí amarrado a la luz como un árbol reciente y también roto e inolvidable.

Zona de canarios (III): clase de Fernando Delgado

Lo encontré ante un instituto donde los dos nos examinábamos de lenguas muertas. A él lo acompañaba un amigo que se atragantó allí con un helado. No recuerdo quién aprobó entonces el examen. Se fue de la isla muy pronto, a Madrid, para seguir siendo poeta y periodista, su voz en la radio era la huella que seguí para saberlo despierto por la noche. Su casa en la ciudad fue la mía durante la mayor parte de mis desvaríos, dentro y fuera de mí; me dejó estar, con su amigo José Luis Toribio, en el primer sótano que ocupé siendo periodista de *El País*; desconectaban el teléfono para que yo no me distrajera con la pasión de hablar a cualquier hora. Vivíamos noches separadas, ellos para un lado y yo para el otro, siempre buscando lugares a los que mudarnos, ciudadanos de una plaza desde la que no se veía el mar, peces fuera del agua. La vida, y el amor, lo llevaron a Valencia, a Faura, donde cuidó libros y amigos, cuidó a Pedro, su marido, y cuidó a Francisco Brines, y a sus poetas fuera del agua, y nos cuidó a los isleños descarriados. De alguna manera fue nuestro hermano mayor, pero en alguna parte de su paso por el mundo es el que de todos nosotros mantiene más entrañada la idea de la madre buscada siempre en la niebla de vivir y de escuchar el llanto del niño que va con él sin avisarle.

El reposo de Almudena Grandes

No es cierto que Almudena Grandes, tan entusiasta, tan comprometida, tan audaz, no tenga reposo jamás. En este momento, el 23 de abril de 1994, está sentada, con la cabeza en reposo, mira al techo en un taxi que se la lleva el día de Sant Jordi de Barcelona. La acompaño porque los dos vamos a tomar el mismo avión que nos devuelve a Madrid al caer la tarde, ya ella firmó libros, yo acompañé a autores, y ella se recuesta en el asiento como si tuviera una melancolía o una miseria. Yo la dejo reposar.

La había conocido años atrás, cuando era una celebridad con un libro sólo, *Las edades de Lulú*; trabajaba en una editorial de fascículos o algo así y ya era, cuando volvía de Barcelona esa tarde, famosa por otros libros, algunos que rozaban ya la experiencia de la Guerra Civil, de la que haría una serie, contada por ella bajo la advocación o la sombra de don Benito Pérez Galdós. Un día me reprochó, con su cariño de gazzate fumador, que yo defendiera a James Joyce, pero la sangre no llegó al río, estábamos los dos en la radio, la Ser, con Gemma Nierga, hablábamos cada semana de libros, y ahí se armó la de San Quintín, una guerra chiquita y sin muertos, pero guerra al fin. Literaria, rabiosamente literaria, como es ella.

Alza la voz para la ternura y la riña; viene siempre alegre, da un abrazo con todo el cuerpo, viaja contigo por los pasillos, urgentemente, y cuando ya se sienta en los sitios su cara dice que todo está bien, que al fin reposa y puede hablar, ir por los pasillos se convierte para ella en un torbellino del que sale para airearse o para fumar.

Me gusta verla llegar a los sitios, abre los brazos como si quisiera abrazar a todo el mundo a la vez, y de pronto ve que su mirada va de un lado a otro hasta fijarse finalmente en la persona justa, aquella que quizá no ha levantado los brazos para saludarla pero que para ella es la que más afecto o ayuda necesita.

Está acostumbrada a ser como la madre de una familia numerosa de

amigos y parientes a quienes acoge como si fueran huérfanos y necesitaran de un aliento familiar que ella incita y regala. El afecto es la puerta de entrada a su espíritu, parecería que jamás está sola, que está hecha para la compañía. Te enseña, sin embargo, el escritorio donde escribe sus novelas, y lo presenta como si ahí, en ese santuario, esta mujer que en público habla sin freno tuviera su venganza de silencio, su altar de imaginar a gente muy distinta haciendo cosas que sólo se cuentan en la realidad más dura de otro tiempo o en otras novelas.

De tanto transitar en la realidad de otro tiempo para hacerla ficción, ya ella parece una persona de todas las edades, las edades de Almudena y su gente.

Se hizo famosa y popular con mucho trabajo y muy pronto, todo a la vez, y como muchas mujeres y hombres de esa generación a la que pertenece, la que nació a la escritura ya amaneciendo la democracia en España, protagonizó y protagoniza pregones, conferencias y coloquios, la gente la quiere y la aplaude y la jalea, en España y en América, yo lo he visto. Ella va caminando por todos esos sitios como si todos fueran su casa de Rota, o la abigarrada casa de Madrid, en la calle Larra, donde tiene ese cuarto sólo para escribir sus novelas, yo la he visto entrar ahí como quien va a misa.

Escribe lo que muchos no sabrían escribir, pone de pie a personas y personajes que existieron de veras o a los que ella da forma, minuciosamente, sabe, o inventa, qué fueron a comprar ese u otro día, los ve caminar y los describe, como yo la describiría a ella, dando pasos con un pie excéntrico que le ayuda a marcar la hora, esas doce y diez que muchas personas señalan aun corriendo en busca de un taxi o en la soledad inmensa de un aeropuerto ajeno.

Esa Almudena es también la anfitriona de muchos amigos, su casa es una sucesión vespertina, en Rota y en Madrid, de seres humanos a los que ella ama o admira, o que en todo caso agasaja, como si fueran sus hijos o sus sobrinos o sus primos, esos primos que al fin y al cabo constituyen una generación literaria a la que ella es afín y en la que funge como madre o tía, siendo acaso más joven que ellos en muchos casos. Como si fuera también la propietaria de un botiquín de milagros para tardes vacías de amor. Almudena Grandes ayuda a ser más Mendicutti a Eduardo Mendicutti, siguiéndole como si sus libros necesitaran su vacuna de amor, que también reparte, en dosis intensas pero desiguales, a Chus Visor, a Rafa Reig, a Ángeles Aguilera, a Benjamín Prado, a Joaquín Sabina... Quien se le acerca tiene en ella una risa

y una broma, una bendición laica, un consejo, que da como si fuera una monja sin hábito dedicada a tiempo completo a levantar el ánimo.

Ella lo sabe desde que ocurrió: todo ese ánimo benéfico y convencido con el que la describo proviene de ese día que ambos tomamos el taxi en Barcelona y ella se recostó en el asiento de atrás, le vi los ojos melancólicos como los de un niño volviendo de una excursión en la que al fin halló otros ojos igual de propicios. Entonces le dije:

—Estás enamorada.

Y ella me dijo:

—Sí.

Al cabo de un rato, antes de llegar al aeropuerto de El Prat, me dijo que su amor era el poeta Luis García Montero.

Siempre que la veo encuentro en ella la misma mirada, aunque esté echando pestes de James Joyce.

A veces la llamo porque sí, alguien la precisa en algún sitio, sus numerosos entusiastas la requieren. Jamás le vi un gesto de fastidio, de arriba abajo de la sociedad su gesto es el mismo, porque no se ha enamorado ni de ella ni de sus libros, porque en su cuerpo grande, como su alma de almudena, no habita Narciso sino Almudena.

La edad inmóvil de Manuel Vicent

Hay personas a las que llevo viendo muchos años y sin embargo parecen siempre las mismas o parecidas, detenidas en una determinada edad, en su peso, en su cutis, en su rostro, en su mirada, y una de esas personas es Manuel Vicent. Él ha contado cómo llegó desde Valencia a Madrid, a comerse el mundo, siendo además tan guapo como Marlon Brando. Eso ya obliga a pensar que ahora sería también como Marlon Brando, y no es así.

No es Marlon Brando, tampoco lo fue seguramente, pero es Manuel Vicent todo el rato, el mismo o parecido desde que lo vi por primera vez, es probable que como consecuencia de nuestro trabajo común en *El País*, donde él ha hecho todas las tareas, una de las cuales, la más continuada, es la de columnista de la última página del periódico. Hoy es domingo, y ahí está esa columna, que es como una medalla de oro en la contraportada de la edición dominical, y lo es desde hace tanto tiempo.

Ha sido entrevistador de jóvenes y de viejos, contador de historias verdaderas que parecen falsas y viceversa, ingeniero de versos que constituyen una prosa hecha con sal y con aceite y con pimienta, arrojado al mundo para llenar de prosa sin tropezones lo que se escribe en los periódicos. Como novelista es un transeúnte de paraísos peligrosos, entre ellos el de la memoria, del que sobrevive siempre con una sonrisa coronada de espinas.

A veces escribo sobre él y él cuenta las palabras que le dedico: siempre piensa que voy a escribir de él mucho menos que de Arturo Pérez-Reverte o que de Mario Vargas Llosa. Ahora me regocija sentir que está presto a acometer esa diligencia.

Tiene mucho humor, acaso por eso es invariable su carácter, y su físico también parece haberse detenido en el tiempo que a él le da la gana. ¿En qué reside esa apostura tan eficaz en la que se mantiene un hombre cuyas biografías lo declaran como nacido en Villavieja, Castellón, en 1936, y a quien sin embargo no se le podrían atribuir a ojo los años que tiene? En su

manera de caminar, quizá, o en el hecho cierto de que jamás lleva cartera, ni tampoco —si el tiempo lo permite— chaqueta o saco. Viaja, además, como un monje budista, con una maleta que podría ser de cartón y es ligera como la ropa con la que se presenta tanto a una celebración solemne como a una partida de cartas.

Los tejidos que usa, las camisas, los pantalones, le ayudan a tener ese aire aligerado por unos ojos claros, quizá azules, esa barbita de chivo con la que evita el descenso que hace la cara hacia el gaznate, a veces tan abrupto que llega a llamarse papada. Él ha evitado esa catarata con un simple aditamento capilar en el que uno se fija para observar, también, que apenas parece que tenga canas en esa parte tan visible de su rostro. Cuando te señala con el dedo es que está a punto de definir un punto de vista, y si tú evitas esa flecha te perderás, seguramente, algo que te conviene saber. Tiene la virtud de los que se fijan mucho, como los búhos, acostumbrados a ver en la oscuridad el destino de tu suerte.

Físicamente, pues, se mantiene recto, firme frente al tiempo, y como escritor, como columnista de periódicos, como ciudadano que acude al quiosco o al cine, que toma bebidas alcohólicas o sin alcohol pero en todo caso bebidas ligeras, parece no haber tocado aún el tiempo en que la edad se convierte en un muro que ya sitúa al sujeto cansado de ir hacia la orilla. Escribe libros como si estuviera rememorando tiempos presentes, cuando en realidad sus excursiones son al pasado, a su niñez incluso, o a su adolescencia, o a sus años jóvenes o levemente maduros, en la Transición española, pero siempre tiene la facultad de hacer tan cercano lo que pasa, el ruido de las épocas, el amor que se practicaba, incluso las comidas o el movimiento de las olas en los barcos que usó o que usan sus personajes, que parece escribir de la actualidad, aunque su asunto tenga los años del Partenón o del descubrimiento mismo del tomate o el aceite de oliva.

Escribe arrullado por el mar, y eso hace que su sintaxis parezca leve, pero cuando desenvaina la espada de escribir se ve sangre ahí, virtud de la carcajada, el eco de un bofetón bien dado contra el tópico. Mientras escribía sobre él, uno de estos días, me encontré con dos frases que no se refieren a Vicent, pero que cercan su estilo como una definición que parece haber sido escrita teniendo en cuenta el poder de su prosa hecha de sal y de Mediterráneo.

La primera dice así: «Una página de buena prosa es aquella donde uno

puede oír la lluvia». Es de John Cheever. Y la segunda es de Jean Cocteau, pero la cita Cheever como la mejor definición de la literatura: «La literatura es una forma de la memoria que no recordamos». Todo eso va por la senda que transita el marinero de Villavieja, trasplantado a la tierra de Castilla cuando él se creía Marlon Brando.

Junto a esas virtudes que lo mantienen cerca de la eterna madurez, ya que no de la adolescencia, Manuel Vicent tiene una facultad que pocos alcanzan a esa edad en la que está detenido: habla de igual modo con representantes de las distintas generaciones, y lo puedes ver con actrices o actores, con políticos, funcionarios o periodistas que le median la edad. Se encuentra igual de comfortable, parece, en los sillones en los que comparte recuerdos de películas pasadas con viejos compañeros de su tiempo, jueces o pintores, que con esas muchachas a las que entrevista para *El País* sin tomar una sola nota. ¿Lo hace de memoria? Probablemente. De memoria cuenta su encuentro, real, pero no sé si verdadero, con la Virgen de Fátima, a la que vio un atardecer luminoso en el café A Brasileira de Lisboa.

La mujer se desvanecía de tan blanca entre las brisas morenas de aquel público, y un fotógrafo le dijo a Vicent al oído que esa que se iba era la que una vez se presentó ante los niños asombrados, empapados de lluvia, de Cova da Iria. En su relato están todos los elementos que el periodismo exige para que tú al final creas que lo que se cuenta es cierto. Y si ustedes no se lo creen se perderán lo mejor de la historia, incluido en sus relatos completos, de ficción o de periodismo, pues no se sabe en este hombre ni su edad ni su género, él inventó un género para él solo, igual que inventó un tiempo, el género y el tiempo que se llaman Manuel Vicent.

Una vez reinventó de tal manera una historia que yo había contado en su presencia (la del padre del rey Juan Carlos saliendo de un cine porno londinense) que yo mismo sentí que lo suyo era más verdad, siendo inventado en algunas circunstancias por Vicent, que lo que yo mismo viví sentado en una butaca mientras pasaban los créditos finales de *Emanuelle negra* y yo me disponía a ver *A bigger splash*, un documental con desnudos explícitos del entonces tan joven David Hockney pintando la limpísima piscina californiana de Christopher Isherwood.

Pasa con sus propios textos o con sus propias historias; lo que cuenta de otros, lo que cuenta de sí mismo: siempre está afilando un lápiz mental con el que dibuja como si estuviera haciendo una ensalada verde para la cual no ha

necesitado ni lechuga ni tomate ni aceite ni nada, pues con cuatro palabras, o con trescientas cincuenta, que son las que caben en una columna, es capaz de describir el mundo que él se ha comido previamente a lo largo de los años que no parece tener encima de su cuerpo.

Vicente Verdú escribe en tecnicolor

Verdú fue de mis primeros amigos en Madrid, un afecto que venía de Tenerife, donde lo conocí cuando él era un joven nervioso. Quizá no lo conocí, sino que leí su libro *Si usted no hace regalos le asesinarán*.

Lo leí en tiempos muy duros, la verdad, mientras mi madre se debatía contra una enfermedad que entonces parecía cruel y única, porque por aquel entonces yo no sabía qué era perder la esperanza de que vivieran eternamente las personas queridas.

Ese libro, su humor, me ayudó a sobrellevar la angustia, y no sólo por eso sentí amor por esta persona que me abrió, como Juan Cueto, almanagues nuevos de la vida y de la cultura.

En el periódico *El País*, donde fue mi jefe, escribía y describía con enorme vigor, siempre enamorado, de lo que escribiera y de la vida, inventando números especiales que sólo él podía conseguir que se hicieran en un periódico tan circunspecto. Sobre el porvenir, sobre el alma, sobre la carretera como lugar sentimental y no sólo como ruta del viaje, que también era una de las obsesiones a las que dio curso.

A media mañana, aquel espíritu puro, libre y tan enamorado me sacaba de mi pupitre y me llevaba al bar porque quería comerse un bocadillo de chorizo. La vida le fue dando malas noticias: en la familia, murió Alejandra, su mujer tan querida, murió su hermano Manolo, médico, y yo siempre sentí que debía estar a su lado, no sólo porque en mi juventud más desamparada aquel libro suyo me ayudó a sobrellevar el dolor de ver a mi madre debatirse en guerra y sin esperanza.

En un momento de su vida Verdú se dedicó a pintar, con colores alegres, como los que buscaba Borges, y yo creo saber por qué lo hizo: para burlar el dolor de vivir, para recuperar en la belleza de la pintura la rara honra de sentirse feliz.

Durante los últimos años, desde que a él mismo se le presentó un cáncer que parecía un límite superable, estableció con la vida una competencia sensual. Fue un combate a favor de la belleza. Sus poemas fueron cada vez más personales, más extraordinariamente propios, más desgarrados, al tiempo que su pintura se hacía más clara, más alegre. Sus columnas en *El País*, de las que jamás decayó, representaban un espíritu cultural y complejo; aunque todas ellas, hasta la última, hablaban de sí mismo, de sus circunstancias, acosado por la enfermedad y por esa palabra, final, que tantas veces acudió a su escritura, siempre daba la impresión de que estaba utilizando metáforas para referirse a los otros, a la cultura, a los hechos cotidianos que combinaran metáfora y arte y vida común.

Había que leerle por dentro, como había que leer por dentro sus mensajes privados, muchos de ellos referidos a ese horizonte que había de aquí al día del que ya nada se espera. Ese día llegó cuando este libro ya estaba entregado; la esperanza era, siempre está esa esperanza, que ese día final no llegara nunca, pero está esa vez última siempre acechando.

Él había dejado libros vibrantes, como los que surgieron de sus viajes por Estados Unidos (*El planeta americano*) o por China (*China superstar*), que lo habían convertido en uno de los ensayistas más rápidos e incisivos de Occidente, pero en esas fechas finales ya todo en él fue poesía, reflexión sobre el tiempo que le quedaba; y esto lo hacía con una ironía fuera de lo común, como desprendiendo su cuerpo y su circunstancia de la propia coyuntura inapelable a la que se enfrentaba.

En este sentido, fue el más hondo de los periodistas que conocí, un periodista del dolor, y un poeta del dolor, que es lo que en definitiva era también cuando escribió aquel libro (*Si usted no hace regalos...*) que yo leí mientras mi madre enunciaba los sonidos de su propia despedida.

La última presentación pública de Vicente Verdú fue la de sus poemas penúltimos, en los que mezclaba la mente y la muerte como quien establece relaciones entre el mar y las nubes, y de ellos hizo lectura o comentario en La Casa Encendida de Madrid.

Aquel Vicente ya sabía todo lo que dice el cuerpo, y allí estaba luciendo su modo de ahondar en sí mismo, en la cultura, en los signos y en los símbolos que fueron parte indisoluble también de su constancia de lo que es el cuerpo, de cómo éste se va evaporando y mientras se evapora desprende lo que de verdad somos: memoria y dolor, extravío y esperanza, suspiro y grito.

Su pintura siguió siendo la materia con la que se defendió de la estética de la depresión del cuerpo; a veces me mandaba fotografías de cuadros recién terminados. En todos había verde, rojo, blanco, azul, nunca vi un cuadro triste de Vicente Verdú. Y sus poemas tristes, que lo eran, por su lenguaje y por lo que representaban, nunca fueron verdaderamente tristes. Escribía de otro, pintaba siendo otro, y a la vez esas dualidades lo reflejaban a él, remitían al primer Vicente a quien conocí, cuando él era aún un muchacho que extrañaba en las redacciones.

No era un periodista común, porque tampoco era un periodista: era un hombre desplazado del tiempo, una anomalía en la vida habitual de alguien que trabajaba en periódicos. Daba la sensación de estar atento a las reuniones y a los temas, prestaba oídos a lo que se le decía, pero había un momento del día, generalmente por las tardes, en que prefería sentarse frente a la máquina, ajeno a todo lo que ocurriera en las distintas plantas de *El País*, para contarles a sus libros lo que le pasaba por dentro, ya fuera esto la naturaleza de sus enamoramientos, sus dudas o su imperiosa necesidad de dejar de fumar.

Era entonces cuando lo observaba escribir y describir con una velocidad de vértigo en el propio ordenador del periódico, en cuyo fondo verde destacaba la decisión y la indecisión, todo a la vez, de sus escrituras y de sus descripciones. Cuando su hijo Eduardo me comunicó que su padre había muerto yo tuve en seguida esa imagen, Verdú escribiendo y describiendo, Verdú ante el ordenador verde, y de ahí nació que dijera de él, de su manera de abordar la escritura, que era también su manera de abordar la vida, que sus textos le salían en tinte.

A la vez me vinieron de golpe la mayor parte de las imágenes que vienen atrás en este texto que ahora le dedico. Verdú y su obsesión por la ropa, Verdú inventando palabras para referirse a la realidad y para burlarse de ella, Verdú perdido en geografías ajenas como si encontrara en esos viajes a algún otro que fuera él mismo y lo sucediera en el resto de la vida, donde encontraría la eternidad del cuerpo.

Esa tarde en que sus hijos me convidaron a estar con ellos para despedirlo como si aún siguiera entre nosotros yo supe que en realidad me estaba despidiendo de una esencia de mí mismo y del periódico, se manifestaba en ese momento un punto y aparte de nuestras vidas como personas que participaron atolondradamente en un proyecto que incluía la felicidad de mirar para contar.

Lo recordé el primer día en que entró en la redacción, en 1981, para hacerse cargo del empleo que le ofreció Juan Luis Cebrián, la dirección de Colaboraciones del diario. Iba con un jersey blanco de cuello alto, hablaba con todos como si estuviera pidiendo permiso para estar en un sitio que se había ganado desde hacía mucho, y ya el periódico, lo que publicó de otros, no pudo ser sino una mezcla de lo que ya era y de lo que él inventaba cada día para hacerlo diferente.

Cuando ya no hubo más remedio que aceptar que no estaba Vicente Verdú, al día siguiente de su muerte, tras la despedida en el tanatorio, sentí algo que es intransferible, íntimo, que siempre pasa una vez que la despedida es fatal, final, cuando ya no hay más que decir, cuando ya no hay voz al otro lado de los mensajes. La evidencia de que mientras esa ausencia es terminante la vida sigue, las señoras rebuscan en la fruta de los mercados, los niños gritan en los columpios o en las playas, la luz sale en los cuadros de Vicente aunque él no esté, y la vida sigue también sin él, y el sol saldrá sin otros y saldrá siempre como el primer sol que alguien dibujó para que fuera la vida en la pintura o la muerte en la poesía.

Todo lo que recuerdo de él es en tunicolor, hasta ese suéter blanco de cuello alto que llevaba cuando llegó para ser paisaje decisivo de la redacción en la que compartimos la parte más animada de nuestra vida en común.

Juan Cueto, que reinventó la curiosidad

¿Cómo está Juan Cueto?, me pregunta Manuel Vicent. Muchos me lo acaban de preguntar en Oviedo, donde nació, y de donde vengo ahora de hablar de otro ovetense, Ángel González.

En los últimos tiempos, ésa ha sido una pregunta que nos hacemos y nos seguimos haciendo sus amigos. ¿Cómo está Juan Cueto? Como se pregunta de alguien del que nos hemos desprendido, de un amigo sabio y esquivo, pero real, existente, a quien hace tiempo que no vemos, y sentimos culpa de haberlo dejado atrás, en medio de la faramalla de nuestros asuntos. ¿Cómo está Juan Cueto? Como si preguntáramos cómo está Platón.

Es mayo de 2018, tiempo de ferias del libro en Madrid, diluvia a veces, y el polen retrocede, la humedad cunde en el aire y siento el peso del tiempo y de los recuerdos, y yo me he ido a la vieja ciudad del norte, a hablar de un amigo de todos, Ángel González, que ya no está, en la ciudad del que fue también amigo de todo el mundo, Juan Cueto, que está, o debiera estar, en Gijón.

Un imán para tantos, un imán para mí. Una brújula que entonces, en aquellos años ochenta de nuestra era, aligeraba la solemnidad del tiempo cuando éste iba a trancas y barrancas, en un país que no conseguía desprenderse del todo del padrinazgo de los padres terribles. El franquismo era como la humedad, invadía el terreno y las mentes, nos llevaba al hundimiento, ya sin sangre, pero con plomo en las alas.

En medio de aquella humedad tremenda él era el tiempo, alegre y veloz, anunciaba lo que vendría, era un profeta que miraba el porvenir a través de los libros y de las antenas y nos decía que quizá con el pesimismo que habíamos heredado no seríamos nunca nada. «Nunca llegarás a nada», como titularía en su día su primer libro Juan Benet.

Estábamos, pues, a principios de lo que en seguida se llamó Transición, aquella primera vez que lo vi en Asturias, y desde entonces me deslumbró no

sólo su modo de ser, y de saber, sino su manera de estar, la casa de Somió, donde todo estaba hecho para que anocheciera y se encendiera el tubo catódico y él empezara a mirar el mundo a través del rectángulo de la televisión, ante la mirada estimulante pero más apagada de los diccionarios. En el cuarto de baño el imaginativo propietario había dejado, dibujada en cerámica, una cruz gamada, que era tan sólo una de las excentricidades de semejante vivienda.

Al tercer día nos dijo que se iba, a alguna parte, o hacia dentro, y dejó atrás un reguero de celebraciones y de bailes, de almejas con arroz, o viceversa, y de conversaciones que hubieran servido muy bien para completar una carrera de filosofía. Hablaba como si fuera un mago que deslumbrara a sus nuevos amigos con la inteligencia y el misterio de sus sabidurías, y nosotros escuchábamos embebidos de una inteligencia de la que no caía caspa alguna.

Desde entonces fui alumno de Juan Cueto, hasta el tiempo presente. Desde su casa de Somió me alentaba los sábados, siempre los sábados, a seguir sabiendo, a desentenderme, como periodista, de los lugares comunes, a buscar en las estanterías extranjeras argumentos para mejorar las páginas que estaban a mi cargo en *El País*, y a cabalgar por todos los campos, los campos de fútbol y los de la filosofía.

Hace muchos años, cuando él estaba en la cúspide de la práctica de sus saberes, al frente de Canal Plus, en Madrid, sentí que lo había picado un aguijón pesado, el síndrome del ejecutivo, porque lo vi nervioso o angustiado, comparando su poder con los poderes ajenos, y con frecuencia noté que se sentía amenazado, alguien intentaba romperle su propia silla en la cabeza. Y entonces por primera vez observé en Cueto que, en efecto, el poder es un ave de rapiña de la que hay que huir como alma que lleva el diablo, precisamente para que el diablo no te contagie de sus implacables afanes.

Luego Juan se fue con sus prácticas de lo moderno en televisión a la Telepiù italiana, y allí se hizo el rey del mambo. Pero un día se rebeló contra todo aquello que significaba luchar montado en un caballo loco, el de las empresas, y regresó a Asturias, a Somió, a la sombra de un manzano, para vivir leyendo y viendo, pero ya sin la responsabilidad de trabajar detrás de papeles o contratos. Siguió escribiendo, eso sí, pero en mi periódico, abruptamente, lo aparearon de la columna. Como a él, a mí tampoco me gustó aquello, y conviví con ese disgusto como si al periódico también le hubieran amputado memoria inteligente, ritmo, el rincón de curiosidad que mantenía

abierto, hasta entonces, el campeón del arte de combinar sabiduría y música para contarla.

Hace algunos años fui a Gijón (donde Juan vivió desde que dejó Oviedo para los ovetenses) para convencerle de que hiciéramos, para Anagrama, un libro que recopilara algunos de sus textos. Logré vencer su resistencia, y finalmente Herralde pudo publicar esa antología. Pero me costó muchas visitas, llamadas desde cualquier parte, monosílabos cansados, aquella llamarada no era ya la de los sábados de otro tiempo. Ya Juan no tenía sabor para el saber, ni para comunicarlo. El tiempo había cansado su curiosidad, había vivido felicidad y espanto, y ahora tenía menos ganas de seguir contándolo, e incluso de recordar que lo había contado.

Accidentes de la salud le habían detenido el tiempo e incluso las ganas de hablar, y no sólo rechazaba las propuestas, decepcionado de un mundo que él creyó más grande y le resultó más que mezquino, y ya vivía en una casa como las de los demás vecinos, en lo alto de un edificio desde el que se veía la espléndida playa, el Atlántico al que otros se empeñan en llamar Cantábrico. Comimos cerca de ese apartamento luminoso, ambos sin apetito, era imposible reavivar en nosotros el tiempo en que ambos éramos ágiles conversadores de cualquier hora, y me fui con la constancia de que todo era más viejo que lo que pensábamos que podía ser el mundo al que fuimos conducidos precisamente por su modo de inventar universos inéditos.

Insistí, de todos modos, con la idea de su antología, una manera de compilar lo que dejó dicho para que se supiera en el futuro quién fue trazando, entre nosotros, con columnas vibrantes y ágiles, lo que se avecinaba en el mundo de la imagen que valía más que mil palabras.

En una de aquellas insistencias me convocó a verle otra vez. Para convencerle lo invité a comer donde quisiera, y él me llevó a almorzar a La Pondala, el restaurante en el que pocos años antes habían cenado fabada los Rolling Stones. A él le hacía gracia la coincidencia: y es que Juan Cueto, como Julio Cortázar o como su amigo Jorge Luis Borges, se hizo a la vida sabiendo que las coincidencias han de hallarte despierto o trabajando. Y quizá en ese ambiente, vino y arroz con almejas, como nuestra primera comida de los ochenta, podría surgir el libro.

Esa recopilación que le fui a proponer es el libro *Yo nací con la infamia*,

siendo la infamia la televisión, de cuyos avances imparables él fue apóstol, responsable primero y último de la modernidad catódica en España y en Europa, pues por todas partes se divulgó que en un oscuro rincón de España, en un caserón enorme de Asturias, alguien sabía más que nadie de lo que todavía no se sabía tanto.

Fue un profeta que se quitaba importancia, el campeón de la curiosidad, el inventor de un estilo para explicar qué debe hacerse con la sabiduría cuando ésta se mezcla con el ritmo de contar. Él hizo que el campo de fútbol se pareciera al rectángulo verde de la televisión y lo hizo casi jugando, primero desde aquel caserón, que le sirvió de catapulta para sembrar de palabras sus intuiciones concretas, y luego desde un despacho enorme que parecía el territorio dibujado por Ray Bradbury para albergar las ventajas y los inconvenientes del futuro.

Lo vi en ambas encarnaciones. Pero lo primero que hizo fue ponerle nombre a la televisión como la concebía, la consecuencia de las enseñanzas imparables de Platón: la cueva del dinosaurio, que así titularon sus columnas más célebres, las inaugurales.

En Oviedo, pues, me contaron de Cueto. Supe entonces que el más moderno de los ovetenses, el que reinventó la curiosidad para regalársela a los españoles de su tiempo, y a los italianos y a los que quisieran acercarse a su mente de velocidad increíble, estaba sometándose a una cura de reposo en una residencia de Madrid.

Antes había pasado, en un hospital, por el asalto que hacen los médicos a las personas cuyo motor se va ralentizando. Y lo trajeron aquí, para reponerse, otra vez en la meseta donde aceleró, en aquel tobogán de los años noventa, su ritmo vital, su ansiedad impaciente, el implacable conocimiento de que fuera del Atlántico todo es más frío. El hombre que nos alertó a todos de los inventos de su memoria y de su inteligencia en una prosa que era una joya encerrada en la sobreabundancia de ritmo y de cultura estaba reponiéndose de casi todo.

Y fui a verle. Le esperé al pie de un ascensor por donde aparecería, contemplé los alrededores de la sala y yo mismo me vi allí, rodeado de aquellas personas que se reponían del tiempo pasado, como uno de aquellos transeúntes. Hasta que apareció Juan. La alegría fue de los dos, y él dijo muchas veces esa palabra, que por otra parte ya nos había regalado desde que

lo conocimos. Alegría.

Nos sentamos en los sillones rojos del salón. Nos cogemos de las manos, él sujeta fuerte y yo siento que esa corriente de la amistad tiene el vigor de cuando nos vimos aquella vez en Somió, y él dice otra vez alegría como si no hubiera pasado tanto tiempo. Una orquesta anima a los residentes entre boleros y pasodobles y eso nos hace gracia a los dos, como si el prontuario musical, decimos, hubiera sido diseñado por el Manuel Vázquez Montalbán que reinventó a Concha Piquer. Por nuestra conversación, marcada por esos ritmos de *Y viva España*, desfilan uno a uno todos nuestros recuerdos, que forman parte, a la vez, de lo que él nos enseñó desde las tribunas periodísticas que dominó —*El País, Triunfo, Los Cuadernos del Norte, Asturias Semanal...*—. No hay nada de lo que juntó en sus columnas que no aparezca en esta nueva conversación madrileña, sólo los ritmos o la luz o el sitio son diferentes. Y, naturalmente, somos diferentes los dos, sólo que es igual la emoción de encontrarnos. Es lo que le digo:

—Tú has sido un maestro para todos nosotros.

—Anda ya —me dice.

Y entonces hablamos de nombres propios que me han mandado recuerdos y que también tienen memoria de ese magisterio.

Fue un maestro del arte de digerir información, la más diversa, la más atrevida, de compaginar saberes (desde lo ultracatódico al Covarrubias, pues en la casa se juntaban esos diccionarios viejos con las antenas parabólicas que lo conectaban con más de medio mundo). Le digo hasta el miércoles, y él repite lo mismo. Hasta el miércoles, Juan. Hasta el miércoles. Desde entonces hasta hoy es como si reiniciáramos nuestras conversaciones de los sábados, cuando el mundo —y *El País*— aún se estaban haciendo. Alegría de Juan, su inteligencia mirando.

Zona de Pavese: un amigo en agosto

Desde que leí *Las pequeñas virtudes*, de Natalia Ginzburg, regalé ese libro como se mandan postales. Hay ahí una crónica honda sobre la amistad. No hay ningún nombre propio, nada de lo que se escribe tiene una encarnadura real, tangible, y aunque el texto, una reseña periodística, es sobre una persona concreta, puede adjudicarse a cualquiera de aquellos que nos han acompañado a lo largo de la vida y que en un momento dado desaparecieron en las sombras y nos dejaron más solos, por sorpresa o tras una enfermedad grave y larga. La persona concreta de la que escribe Natalia Ginzburg, en este caso, es su amigo Cesare Pavese, que había decidido suicidarse en el tórrido agosto de Turín, perseguido por la soledad, ese abrazo tortuoso del destino que el poeta juzgó adverso como el difícil oficio de vivir. No hay en ese texto, quizá cinco mil palabras, ni una sola que no pueda servirnos para recordarnos a nosotros mismos diciendo adiós, o sintiendo que nosotros somos los así despedidos. Tantas veces he necesitado escribir a amigos que ya se fueron, primeras personas sin las que ahora no escribiría ni siquiera la palabra *amistad*. Y tantas veces he vuelto mentalmente a ese breve ensayo radical sobre lo que queda cuando ya los abrazos sólo pueden ser palabras, ni siquiera suspiros.

Amaya Elezcano, esencia de editar

El oficio de publicar a otros exige una enorme responsabilidad, además del ejercicio de una generosidad limitada sólo por el presupuesto y, a la vez, de un rigor electivo por encima de cualquier compromiso. O así debe ser. En Alfaguara, cuya dirección me confiaron en 1992, yo no estaba preparado para eso, y en ese sentido fui un impostor que tampoco sabía lo que era publicar libros. Hoy puedo decir que sin Amaya Elezcano la Alfaguara que pusieron en mis manos hubiera sido un barco a la deriva. Ahora Alfaguara no es sólo «la fuente que mana y corre», que es lo que significa su nombre en árabe en traducción de su fundador, Camilo José Cela, sino que es varios océanos y los continentes en los que se escribe, se habla o se lee en español. Gente como Amaya la hizo posible entonces, y editores como Jaime Salinas fueron responsables de que discurriera por senderos que la hicieron literaria y global, que era lo que quería uno de sus más bravos puntales, Isabel Polanco.

El de editar es un oficio que demanda rigor, porque en su desarrollo uno arriesga el dinero de la empresa, su reputación y su empleo. Y lo arriesga para satisfacer la necesidad que otro tiene de dar a conocer lo que imagina y lo que escribe para sobresalir en el atropellado mundo de las urgencias literarias. Y no siempre el otro, o la otra, entiende que tú estás asumiendo tales riesgos, sino que lo toma como obligación propia del oficio. Así que cuando sale el libro, el éxito, si se incurre en él, es del autor, mientras que el fracaso, en el que a menudo se cae, te lo llevas siempre tú. Explicar esto es muy fácil cuando te encuentras con quien te trae el manuscrito, y es imposible cuando éste se estrella con la realidad de las ventas y las devoluciones. El fracaso es tuyo, el éxito no te pertenece.

Amaya Elezcano era a la vez hosca y dulce, preocupada y desdeñosa, radical y serena, tormentosa y justa, la intérprete de unas leyes que consistían en dilucidar qué era bueno para Alfaguara, qué no era bueno que publicara

Alfaguara, qué mandaba el estilo que marcaba su catálogo, qué se desviaba de éste...

Vasca también de carácter, al decir de los vascos, traía a la editorial, cada mañana, profesionalidad y silencio, capacidad de trabajo, autoridad. Allí compartíamos rudimentos de un oficio del que yo sabía apenas lo que había aprendido tratando a escritores mientras estuve en *El País*. Lo que era verdaderamente un libro, cómo se hacía, lo aprendí de Amaya Elezcano; a veces me lo enseñó a gritos. La suavidad e incluso la ternura fueron su modo de zanzar las discrepancias.

Ella tenía un despacho luminoso, ante la calle Juan Bravo, en la tercera planta del edificio Aguilar; desde allí miraba a un infinito que le duraba segundos, para regresar a papeles en los que anotaba signos de aprobación o interrogantes, notas para los autores o para los impresores, bocetos de cubiertas o mensajes que se daba a sí misma para no olvidar citas con escritores con los que mantenía no sólo una relación de editora sino la corriente de simpatía que no interrumpía la reserva de su carácter.

Estaba allí, había almanaques en los que desplegaba la complicada arena de las fechas de entrega o publicación, y era el lugar más sagrado de toda la planta. «El despacho de Amaya.» Allí estaba, rodeada de libros, de papeles y de notas que tomaba con tinta verde o de otros colores, códigos que manejaba con una destreza discreta y eficaz. A veces levantaba la mirada, si entrabas a destiempo. «No habíamos quedado, ¿no?» Su puerta era una cancela tras la cual había esencia de editar, recogimiento. Una iglesia laica en la que ella desarrollaba razones para decir no o para recordar las obligaciones que tenía que atender una oficina. «¿No teníamos una reunión ahora?» Su concepto del trabajo excluía por completo la tentación de la frivolidad de incumplir con los horarios.

A mí me infundía un respeto imponente. Y lo hacía sin que su pulso fuera menos firme que su palabra: no o sí. Su pasión, y su obligación allí dentro, era leer y decidir. Emitía su opinión con un candor implacable. Lo que se puede hacer se puede hacer, y lo que no se puede hacer es imposible. Si soy sincero y por tanto estadístico, creo que en los cinco años en que estuve a su lado, ella como editora jefa de aquel espectáculo que era verla revisar galeradas y originales y yo como director editorial, pude imponer mi criterio por encima del suyo generalmente porque ella estaba cerca de lo que yo pensaba o de los gustos que llegamos a compartir. La lealtad fue aliada de su

firmeza. En eso quise igualarla, pero seguro que no siempre fue posible.

Era radical y justa. Su firmeza se basaba en argumentos y en el conocimiento del oficio. A mí me podían vencer las ganas de salvar manuscritos. Para qué sirve salvarlos, si luego vuelven de las librerías y ya no hay quien los avale. Aunque fuera preventivamente, ella trataba de limitar el apego que yo tuviera a los textos de quienes ella presumía que eran mis amigos, y me ataba corto en nombre de la realidad, del estilo y de la empresa. Trabajó para Alfaguara, jamás trabajó para Amaya. En una editorial manda el estilo que marca su catálogo, y ella era como el Libro de Estilo de Alfaguara. Era constante y enérgica, decisiva. Esa energía se interpretaba como mal carácter. Era carácter, el carácter de Amaya.

Cuando ya era perentorio decidir quién iba a ser el próximo director de Alfaguara, Isabel Polanco me preguntó por un nombre propio. Amaya había dicho muchas veces que ella no quería serlo de ningún modo. Pero una tarde, cuando ya era la hora del nombramiento, Arturo Pérez-Reverte, su autor, su amigo, me llamó a la editorial. Quizá Amaya ahora querría serlo. Y lo fue. Los primeros años en que ella estuvo al frente (y yo estaba en la Oficina del Autor, encargada de ocuparse del bienestar de los autores que ella publicaba, sobre todo) tuvo la sensación de que desde ese otro lugar de Prisa yo prolongaba mi sombra en Alfaguara. Quizá era así, aunque no fuera voluntario. Lo cierto es que un día fui a verla con Manuel Rivas, a quien yo ayudaba desde la mentada oficina. Amaya le reprochó que se retrasara en la entrega de un manuscrito. Él se marchó inquieto, yo lo tranquilicé luego. A Amaya le parecía que yo estaba interviniendo en una relación sagrada: la editora y su autor, y en ese juego de afectos yo era un entrometido. El editor y su forma de marcar el territorio que, por otro lado, le corresponde en plenitud. Ella sólo cumplía la regla del oficio: en la oficina del editor sólo hay un diálogo posible, y un tercero casi nunca es bienvenido.

Ya fuera de las obligaciones de ambos, en Alfaguara o en Prisa, fuimos tan amigos como confidentes. Su juicio hace de su consejo una ayuda que compromete. Y aunque esté lejos, dedicada a meditar o a mirar sin ser vista, siempre asoma por algún lado su modo de ser, su consejo o su silencio, que dice más de lo que parece que calla. Un día quiso hacer *coaching* conmigo, tarea en la que estaba empeñada, en su jubilación sin ruidos. Para saber de mi carácter, de mis sentimientos y de mi estado de ánimo en aquellos tiempos, se sentó ante mí y me hizo escribir un texto sobre mis miedos. Cuando lo acabé

de escribir, me conminó a leerlo en voz alta. Nadie había sacado de dentro de mí toda la verdad de la que soy capaz, y fue en folio y medio. Comprendí que acaso de esa manera había hecho de su mirada en silencio un arma de afecto y de autoridad, con la que también había construido los apelativos del oficio de editar y de los apegos feroces e imprescindibles que condicionan la amistad. Aquel día comprendí del todo por qué aquellos que entraban solos en su despacho, a hablar con ella de lo que habían escrito, salían sabiendo más de sí mismos o de sus propios libros. Les había hablado una editora, una editora que cumplía su oficio de acompañar al escritor a la salvación o al abismo.

José Saramago ante los cristales rotos de Lisboa

De lejos, José Saramago no parecía un hombre simpático. Su voz era opaca, a veces dubitativa, como si las consonantes chocaran contra las vocales y en la punta de la lengua se le hiciera un batiburrillo, leve pero detenido. No había nacido para el grito, sino para el susurro. No resultaba simpático hasta que no estabas cerca; había en sus ojos una chispa pícara, de ironía callada, sabía por dónde venían las tormentas, y antes de que estallaran ya había encontrado palabras para hacerlas relativas o inexistentes.

La primera vez que hablé con él fue por teléfono, mientras se estaba quemando el Chiado, en Lisboa, en medio de un pavoroso incendio que él me fue narrando casi al minuto. Yo estaba al teléfono en Madrid, en la redacción del periódico, y él era ya el punto de referencia de la literatura portuguesa, para los españoles y para el resto del mundo. Le estaba llamando para que me contara ese incendio, y yo tomaba notas mientras él hablaba con esa cadencia que le llevaba a decir las cosas como si las cantara en medio de una iglesia triste. Un lamento que parecía una pregunta, por qué, acaso es también la esencia de su literatura.

En ese momento me dijo que estaba mirando por la ventana de su casa de Lisboa, y que en esa posición, de pie ante el ventanal, melancólico como su voz y como sus ojos, estaba asistiendo a la destrucción de la ciudad que tanto amaba.

Muchos años después, en la despedida de su cuerpo, junto al Chiado, busqué un rato para mirar la ciudad como si sus ojos me estuvieran guiando. Ese día de verano, el 20 de junio de 2010, hacía en Lisboa un sol extraordinario; me senté en los escalones que dan al río y contemplé la más bella de las puestas de sol que he visto en mi vida. Y, cómo no, me vino a la memoria aquella estampa que yo no vi pero que siempre he asociado a la manera de ser y de estar de José Saramago: el novelista narrando en directo la voluntad devastadora de las llamas. Tras los cristales de su ventana, marcada

por el vapor del fuego, los cristales rotos de Lisboa.

Habíamos ido hasta Lisboa, desde Lanzarote, con Pilar del Río, su mujer, y con algunos de sus mejores amigos o parientes en la isla. Después de aquella conversación por teléfono lo había conocido en Madrid, fui su editor por accidente y fui su amigo. Saramago fue amigo de tanta gente, todos los cuales recibieron de él solidaridad y aliento, los artistas, los trabajadores, los represaliados, los tristes, las mujeres, los poetas. Cuando le dieron el Nobel de 1998 hubo un tumulto de afecto en Fráncfort, a cuya feria él había acudido; la noticia de que era Nobel lo halló a punto de regresar a casa, en el aeropuerto, donde coincidió con la responsable mayor de su editorial, Isabel Polanco. De vuelta en la feria, la editora Amaya Elezcano se estaba abriendo paso entre el gentío para llegar hasta él en la abigarrada atmósfera de ese lugar alocado. Le dije a uno de los que impedían el paso: «Es la editora del Nobel». Amaya, al quite de lo real, aclaró: «Soy su amiga». Lo era, lo fue hasta el último instante.

Aquella voz opaca que escuché cuando se estaba quemando el Chiado se fue haciendo grande, fuerte, imperiosa incluso, y habitó entre nosotros desde aquel 1993, cuando acompañó a Pilar del Río en la aventura ya definitiva de Lanzarote. Fue una historia de amor que empezó para Pilar mientras leía un libro del que luego sería su marido, al que entonces le hizo una entrevista y a quien luego hizo español e iberoamericano. Lo llevó a todas partes, le hizo visitar revoluciones y ferias, y tras su muerte lo levantó aún, recordando lo que dijo en vida contra todas las injusticias a las que él había puesto palabras con el deseo de que fueran diques. También descubrió nuevos textos que él había dejado medio escondidos en sus ordenadores, y, en fin, le dio luz de Lisboa y de Tías, no dejó nunca que sobre la obra de su compañero cayera la oscuridad o el olvido.

Saramago dedicó esa voz opaca a arremeter contra la barbarie del mundo, las guerras chiquitas y las guerras grandes, en Irak y en Israel y en cualquier parte. Se hizo, en cierta manera, ciudadano español, pues a España, a través de Pilar, le dedicó una enorme energía civil y sentimental: fue un junco ante las diversas tempestades, o incendios, que aquí se vivieron desde entonces.

Y como vivió en Lanzarote desde 1993, a esa isla Saramago dedicó poesía y trabajo, por esa tierra caminó como si volara sobre la lava, buscando

metáfora de su compromiso, como si también ahí estuviera viendo cómo se quemaba, por obra del delirio de la construcción y de las autopistas, un patrimonio que estaba hecho del fuego y de la lava y de la voluntad de los hombres para hacer de un erial el paraíso.

En cierto modo, pues, Saramago prolongó allí las alertas que había hecho César Manrique contra esas amenazas. Manrique murió en 1992, Saramago no lo pudo conocer, pero se hizo altavoz de sus convicciones de respeto por aquella belleza ante la que se arrodillaron, entre otros, Günter Grass, Susan Sontag y Carlos Fuentes, que fueron tras la voz de Saramago y admiraron la isla a la que César le prestó la inteligencia, la pintura, la alegría y las manos.

En ese espacio que construyó en gran medida con sus propias manos, A Casa, en Tías, estuve con él en momentos luminosos y en momentos tristes. Uno de estos momentos tristes fue cuando en su país lo persiguieron sañudamente por su *El Evangelio según Jesucristo*, que las entonces muy reaccionarias autoridades portuguesas pusieron en su particular índice de libros indeseables. Ante el horizonte diáfano de Lanzarote, mirando hacia Fuerteventura, donde podía verse, diminuto, el monumento a Miguel de Unamuno, que fue desterrado allí en los años veinte del siglo XX, le escuché decir a Saramago: «Nadie me quitará nunca el aire que aquí respiro».

De nuevo Saramago ante los cristales rotos, de pie ante un horizonte que estaba habitado por las ruinas de la humanidad, que él trató de comprender en libros como *Ensayo sobre la ceguera*, una metáfora de todo lo que se rompe o se incendia en el mundo.

Cuando se estaba muriendo fuimos a verle algunos amigos a A Casa en Tías. Junto al ventanal que dejaba pasar el aire que nunca le iban a quitar le dije adiós, hasta mañana. A él le quedaba el eco de la voz que tuvo, y con ese hilillo me dijo, en portugués: «*Até amanhã*».

No he dicho aquí cuántas veces escuché reír a Saramago; aquel hombre que de lejos parecía seco o antipático, como un junco que sólo se movía en las tempestades, era en realidad un músico de las palabras, que escribía escuchando música, que en las conferencias y en los debates tamborileaba con los dedos como si escuchara ritmos que le hacían ser, entre la multitud, un árbol conmovido por el silencio. Él hablaba de los abrazos que su abuelo les daba a los árboles de su casa en el Alentejo. Heredero de esa pasión, pronto supe que cuando me hablaba ante el incendio en realidad estaba

usando sus palabras para abrazar los cristales rotos de Lisboa.

El hombre que no alardea de ser Manuel Longares

A Manuel Longares lo asisten grandes virtudes diversas, pero de ninguna alardea, ni siquiera de llamarse Manuel Longares.

Él querría vivir en silencio, fuera del mundo, escribiendo, o no haciendo nada, en silencio, viendo la nieve o las sombras del sol, riendo de las ocurrencias ajenas, resguardando su genio como un tesoro que él tampoco conoce o al menos no desea revelar. En silencio. De esa noble materia está hecho Manuel Longares. «No digas nada de mí. Yo no existo.»

Es el primero en llegar a las citas, el que advierte en los amigos desfallecimientos que él cura con inteligencia y discreción, y es en el universo literario un tipo extraño, una rara avis, que además tiene de ave una cualidad mayor: sobrevuela, no se le nota, pero en todo se fija, como un búho cuya aparición, además, te va a dar buena suerte. Si hubiera un medicamento totalmente benéfico, éste se llamaría Longares y habría que prescribirlo para todas las enfermedades, incluidas las del alma. Es difícil encontrar a alguien tan bueno, tan especial y, por eso, tan raro o único.

Mientras llega a los sitios (y tú lo adivinas de lejos, sin que él llegue a verte) parece reconcentrado, como ausente de sí mismo, porque forma parte de la calle y de sus escaparates, alentado por lo que ocurre más que por lo que le ocurre. Generalmente va solo por los sitios, no se le ve acompañado sino cuando llega y está contigo, y entonces ya empieza a actuar como persona que habla y se fija en el otro, hasta que se asegura de que ha dejado clara su manera de abrazarte, de darte ánimo, aunque no lo necesites, tan sólo por si acaso. Su bondad no es blandengue sino utilitaria: siempre te dará una salida para tus atolladeros. Para él no pide nada, ni alpiste, su ejercicio ante el otro es el de dejarle mejor de lo que éste estaba al recibirlo. Cuando te alejas tras una conversación con Longares, puedes preguntarte, legítimamente, si ha venido a verte un médico de almas, pues quedas curado hasta de espanto. Y él se va por la calle, buscando de nuevo escaparates de la vida que luego

hallan residencia en su obra.

La vida literaria no suele dar personas así, pues en la naturaleza de esta especie prima generalmente el egocentrismo, la lucha del hombre y de la mujer escritores por mostrar lo que saben y lo que han hecho sin tener en cuenta qué hicieron aquellos que tienen enfrente, mientras que Longares procura que no se sepa ni qué ha escrito ni qué está escribiendo. No llega a ser Samuel Beckett, quizá porque al fin y al cabo esa generosidad que lo habita es netamente transitiva.

Está acostumbrado a hacer revivir en el otro la autoestima, y a él no le importa no exhibirla. Un encuentro con él asegura, pues, noticias de los otros: de cómo está Juan Eduardo Zúñiga, qué está pasando con el buen amigo que es Luis Mateo Díez, por qué tiene en tanta estima el trabajo (y la persona) de Elena Ramírez, qué necesidades tiene tal amigo o tal otro, ¿por qué no llamas a Fulano, qué sabes de tal otro?... Lo que es contingente (la política, incluso la política cultural o editorial) le importa mucho menos, él es un hombre de personas, y en la literatura es un hombre que cuenta qué les pasa a las personas.

Siendo tan ascético y solitario, un hombre que no alardea ni de estar presente ante su espejo, es raro que tenga noticia de tanta gente como la que aparece en sus libros, que son en general legiones de vecinos, extraños a veces, o asustados, a los que él mueve con la maestría que le enseñaron, a estos efectos, Miguel de Cervantes y don Ramón María del Valle-Inclán.

Para llegar a mover esas multitudes anónimas que reverberan con personalidad en sus obras hay que fijarse mucho en lo que pasa en la calle. Y para eso Manuel Longares camina como si no se dejara ver, pendiente tan sólo de la sombra de los otros, ajeno al escaparate ante el que funciona su propia sombra.

Su mejor libro (hasta el momento), *Romanticismo*, llegó en silencio a la editorial Alfaguara, en silencio se hizo, y pudo pasar en silencio a mejor vida, es decir, a la vida de los libros retirados pronto de las estanterías, olvidados en las cuevas de los libros rotos. Pero fue un éxito editorial, un resplandor en las librerías, un regocijo para la crítica, un redescubrimiento del hombre que no alardea de ser Manuel Longares. A él le dio igual, tenía que hacer otras cosas mientras iba creciendo, a su pesar, la multitud del elogio. Si por él

hubiera sido, *Romanticismo* no habría mostrado su nombre en la portada, ni su foto en la solapa. Un anónimo del siglo XX sobre una tragedia contada como comedia por un escritor secreto que se acuesta cada día a las nueve de la noche para que no lo tientes ni la televisión ni los bares.

Pero fue imposible el silencio para *Romanticismo*. En este caso se impuso, sobre su voluntad de desaparecer de cualquier parte, la calidad de las materias de las que está hecho también Manuel Longares, un verdadero especialista en la picaresca, que esconde adrede esa facultad de reír que tienen los golfos que hacen diabluras y luego se carcajean de las víctimas de sus baladronadas.

El resultado de esas combinaciones es literatura. En *Romanticismo* cuenta qué pasaba en el barrio de Salamanca, el barrio pijo de Madrid, cuando se estaba muriendo el dictador Francisco Franco, Caudillo de España, negra sombra de un país en el que entonces hasta los perros estaban tristes. La sociedad mediocre que lo había soportado alabándolo sentía miedo de los que estaban abajo, en las porterías. Y ese arriba y abajo que está en tantos libros de Longares empezó a compartir miedos y regocijos en un fresco narrativo de perfección pura, escrito en el silencio en el que ora y labora este genio tranquilo de las letras españolas.

Ese libro me devolvió en plenitud a aquel Manuel Longares a quien yo había entrevistado muchos años antes, en 1972, en la presentación de un libro. Lo recuerdo recostado en una pared blanca, como si se quisiera confundir con ese soporte, pálido de no vivir bajo el sol de los veranos. Lo escuché reír entonces, hizo alguna pregunta circunstancial, su huida hacia el silencio es su manera de andar y de expresarse, como hacía Rafael Azcona, de quien es involuntario epígono social. Luego de ese encuentro me pareció verlo en la casa de Vicente Verdú, cuando éste acababa de instalarse en la Ciudad de los Periodistas. El propio Longares dice que nunca estuvo allí, pero como yo lo vi ya puedo colegir que está y no está cada vez que lo ves. Ese encuentro no se produjo nunca.

Pasaron los años, vinieron el conocimiento y los libros, y siempre me pareció Longares una figura que miraba sin ser vista; a veces daba un salto y se le veía como autor de nuevos libros, pero pronto se recluía de nuevo sin hacer siquiera una pirueta. Todo esto que digo de él, de la extrañeza de ver a alguien que no alardea de nada, no lo convierte en un raro contemporáneo, porque es un hombre normal, educadísimo; lo que tiene de raro,

precisamente, es que no es un hombre extraño, sino cordial y bueno como un samaritano.

En sociedad es como aquel niño republicano que aparecía en silencio, con el pelo verde, en una película yugoslava de los años noventa, *Viva la República*. El niño era la República. Saltaba en los planos como si fuera una ola verde; me fascinaba ver a ese muchacho que era un saltimbanqui y una metáfora a la vez. Longares se deja ver con cuentagotas, siempre tiene algo que hacer, quizá está en el médico, eso dice, aunque en apariencia su salud nunca ha mermado. Hubiera sido un médico en la selva, un samaritano en la guerra. Y es escritor sólo porque una de las materias de que está integrado, la generosidad, no quiere privar a la gente cercana de las historias que están en su imaginación y en su experiencia, y las cuenta tan sólo para dar noticia de sí mismo antes de volver a acostarse para que no lo perturben temprano ni los panaderos ni los gallos.

Es, como escritor, ligero y audaz, verosímil y andariego; las novelas de Longares se escriben andando, y se leen como si tú lo estuvieras acompañando en ese viaje por la entraña de un sitio que él conoce como nadie, la ciudad de Madrid. Su literatura es una celebración de Madrid, de su callejero más tradicional y más cotidiano, es el Madrid que habla en las puertas y en los bares y que aún grita ¡agua va! o se enorgullece de las más minúsculas de sus pertenencias.

Aquel Madrid pobre e ingenuo que aún habita en corralas y en rastros y que se sube a las novelas de Longares como si estuviera esperando que alguien como él fuera a recoger un testimonio oral que aún no ha diluido del todo su antigua ingenuidad. Un Madrid hablado que además habla sin cesar. Longares es un monumento de Madrid; a veces siento que no se mueve tanto porque él también sabe que los monumentos no deben agitarse demasiado.

Este Longares que está y que se va es una metáfora de Madrid caminando. La ciudad en silencio. La ciudad que respira en el Retiro y que en los mercados huele a pescado fresco. La ciudad que grita hasta para decir agua. La ciudad de Longares es el silencio, ajeno a todo lo que recuerda a disonancia o a ruido. Él es el oído absoluto.

Zona de Onetti riendo

Fui a ver a Onetti de mañana, un día de enero de 1993. Acababa de morir Juan Benet y nosotros le íbamos a publicar el que sería su último libro, *Cuando ya no importe*, en Alfaguara. Conmigo iba Dulce Chacón. Estaba echado en la cama, no porque sintiera que así estaba más cómodo, más cerca de la cuna que tuvo al nacer, sino porque, decía, si se levantaba lo mordería su perra, Bicha. Bromas aparte, él siempre estaba de broma. Esa fantasía de que era un hombre seco, distante y triste es tan mentira como las que se dijeron y se dicen acerca de Jorge Luis Borges. Esa vez lo fui a entrevistar franqueando la amable disponibilidad de Dolly, su mujer tan bella, inspiradora de algunos de sus libros, compañera y cómplice de su alegría y cuidadora de su espíritu cuando caía en memoria de desgracias. Años atrás había entrevistado a Juan Rulfo a su lado. Los dos bebían en ese momento coca-colas, y estábamos en Gran Canaria, rodeados de borrachera. No sé con qué artes, Rulfo, que no quería ser entrevistado, consiguió que desapareciera la voz de la cinta que le grabé. Reapareció luego, en otro magnetófono. En esta entrevista, Onetti me contó de todo, también hizo risas o dijo maldades sobre los dientes de Vargas Llosa («¿Sabes? —le dijo a una periodista francesa—, tengo una dentadura perfecta, pero se la he prestado a Mario Vargas Llosa») y me contó por qué le resultaba odioso lo que Julio Cortázar le había dicho al peruano José María Arguedas para zanjar una polémica: «Usted toca la quena en Perú y yo dirijo una orquesta en París». Luego, durante años, esa grabación no apareció por ningún lado. Como si también él se borrara. Reapareció mucho después, la encontró Dulce Chacón. Onetti fue mi vecino, un tipo formidable. Cuando ingresó en el hospital yo estaba en Los Ángeles. Y el día que murió yo seguía allí, vendiendo libros. Lloviznaba, salí del hotel, sin rumbo, no pude decirle a nadie que estaba a punto de llorar.

Elvira Lindo cambia de voz

La primera vez que vi a Elvira Lindo ella estaba de espaldas, viajaba en la parte de atrás de un taxi. Luego la vida me la puso delante, recordé aquel pelo rojo, le puse caras al encuentro y supe, la memoria me lo dijo, que en ese taxi ella viajaba con Antonio Muñoz Molina, que antes de encontrarse con Elvira en Barajas, tras su vuelo desde Granada, ya era el amor de su vida.

Lo supe casi en seguida: Elvira Lindo era una presencia viva, risueña y retraída, todo a la vez, capaz de memorizar novelas enteras, entrevistas completas, escritora hacia dentro y hacia fuera, voz propia y voz de otro (Manolito Gafotas), amante y amada, parte de una pareja que desde aquella mañana en Barajas siempre me pareció que nació y vive para estar junta.

La primera vez que la vi ya de frente le daban un premio a Antonio Muñoz Molina. Luego los vi en momentos muy distintos, y Elvira fue siempre ella, la misma, en la salud y en las contrariedades, en los premios y en sus reversos. Una presencia vital, estimulante compañera de los gozos y las sombras. Personalidad única a la que hay que prestar mucha atención porque callada habla, con esos ojos grandes, alegres y a la vez tristes, con los que escruta hasta los silencios, y con esos ojos escucha como si retratara. Ver mirar a Elvira Lindo es escuchar, sin oír, un millón de preguntas. Eso intimida o estimula, pero es difícil que te deje indiferente.

Los vericuetos nocturnos —y diurnos— de Madrid nos hicieron contradizos primero y habituales después. Y sucesivamente conocí a toda su familia, fui a su boda con Antonio, a los homenajes que recibieron juntos o por separado. A Elvira la vi muchas veces en las tardes y en los mediodías y en las noches, y como editor que fui de ambos no hubo un solo día en que no me preocupara por lo que a ellos les estuviera preocupando. En un breve lapso de tiempo fue porque mi trabajo me dictaba esas normas, pero muy pronto fue porque sí.

En aquel tiempo en que supe ya muy bien quién era Elvira Lindo a ella la movían la literatura, la vida y la radio. Antonio era entonces un escritor de una seriedad esencial, y ella era lo que es, una mujer vivaz que a veces detiene sus ojos en ti para seguir pensando en silencio. Ella ha caminado de la voz al silencio, su alegría no oculta ya su otra voz, la que escribe de sus insomnios y de su rabia civil, ciudadana perturbada por un país (y por un mundo) que agrede. Anota los cristales rotos que suenan alrededor y sobre esa herida que sufre la sociedad construye mundos, relata avisos que dan noticia de su compromiso vital con los asuntos serios. El humor no lo ha perdido; nace de la infancia y está en algún ángulo de su cara, donde tiene alojada la risa, pero hay otra parte del rostro en que se ha instalado una preocupación adulta que pugna por ensombrecer su aire adolescente.

Esa mirada que tantas veces se detiene me resultó durante mucho tiempo un misterio. Una vez me contó que es capaz de registrar con la memoria entrevistas larguísimas, y ahí entendí ese detenimiento de sus ojos sobre quien le habla: está llevándose a casa no sólo una voz sino una radiografía. Se acuerda de detalles mínimos, y ha desarrollado una impecable memoria asociativa que le hace describir con todo lujo de detalles, también en sus libros, aquello que vio un día con lo que ahora mismo ocurre. Su escritura es veloz, como si se le ocurriera al instante, pero se advierte pronto con qué detenimiento le va del corazón a la mano.

Una vez desapareció de mi vista cuando estábamos hablando. Era en su casa junto a la plaza de las Salesas, en Madrid. Habíamos cenado y conversábamos sobre cualquier cosa, estaba también Dulce Chacón. Elvira dejó la reunión y de pronto en la radio se oyó una voz que yo conocía de otras noches, mientras escuchaba Radio Nacional de España. Esa voz aligeraba las noches de los viernes, tan sometidas a la sensación de que sólo el alcohol nos podía librar del ruido. A medianoche escuchábamos la voz de ese niño ruin y tierno a la vez, un chico de barrio sometido a la vida cotidiana como las aceras o los bares o los lavaderos, y entonces nos reíamos. Era Manolito Gafotas. En casa nos hacía reír, en la soledad o en la compañía. Y en casa de Elvira y Antonio sonaba, como en la radio, el querido niño ruin que se llamaba Manolito Gafotas.

Y en esto, cuando acabó de contar Manolito sus andanzas, reapareció Elvira, como si hubiera ido a cortar el pan. No sé quién de nosotros, si Dulce

o yo, se dio cuenta de pronto de que aquella voz no había salido de la radio, pues la radio no estaba puesta. La voz de Manolito era la de Elvira Lindo.

De esa voz se hicieron muchas cosas. La rescató Fernando Delgado para su programa de radio *A vivir que son dos días*, en la Cadena Ser; la lanzamos como serie de libros en la editorial Alfaguara, y lanzó a Elvira más allá de esa voz, hasta completar el ciclo de Manolito y alcanzar ella su viva voz, la de sus libros, sus novelas, sus guiones, sus artículos, su presencia pública, su opinión propia, su estatus vital, la voz de Elvira. Manolito fue un escalón, ella ya domina toda la escalera.

En su cara y en su alma sucedieron cosas desde entonces: Elvira y Antonio pasaron el tiempo de las preocupaciones y otras ocurrencias en este país difícil, viajaron a Nueva York, donde se hicieron ambos a otro mundo y a otras ambiciones, literarias, humanas; ella se hizo colaboradora habitual de *El País*, de la Ser, él fue como director del Instituto Cervantes, profesor en Norteamérica, escritor a tiempo completo, columnista habitual de *Babelia*. Vivieron mundos más abiertos que el de nuestras callejuelas, y Elvira Lindo, en concreto, dejó de ser una escritora de las afueras de la vida y, sin abandonarlas, abrazó otros asuntos, y se hizo una escritora de interiores, en los libros y también en los periódicos.

Sus estilos difieren, pero ambos constituyen una pareja que comparte convicciones sobre lo que pasa aunque las cuenten de distintas maneras. Me gusta escucharla reír, como si estuviera descubriendo antiguas voces, entre las cuales están la suya, la de su madre, y esa voz interior que jamás la abandona: la voz de la niñez.

Aquella noche en su casa supe, escuchando a Manolito Gafotas, por la casualidad de estar allí, que no sólo la movía la radio, sino que a la vez la movía la capacidad de la literatura, la creación de personajes, la facilidad para modular la voz para crearlos, para ser ella y a la vez otra, u otro, gracias a lo que habitaba en la ductilidad de su garganta pero, antes, de su alma. Al cabo de los años fui conociendo detalles de su infancia, de su adolescencia, conocí a su padre, don Manuel Lindo, y a su hijo Miguel, que heredó de ella la capacidad para hablar en silencio, y conocí tantas cosas de ella que repasó en mi memoria todo ello y siento que Elvira Lindo era también Manolito y de alguna forma lo sigue siendo, aunque aquella voz se instalara en el pasado

como un programa de radio. Si uno rebusca ahí encuentra casi todos los asuntos de la vida —la ruindad, el amor, la ligereza, lo complejo, lo duro y lo difícil, lo bueno y lo arriscado—, en los que sigue fijando sus ojos quietos cuando algo pasa y ella quiere entenderlo para contarlo como si se hubiera quedado asombrada o ausente.

Ahora Elvira y Antonio viven también en Lisboa, lejos de Nueva York. Como si el tiempo los llevara a buscar el silencio de los sitios, la dimensión humana del paseo que al fin y al cabo es la vida de quienes quieren vida, conversación, y no quieren ni aglomeraciones ni otros aspavientos.

Un instante en los ojos de Ángeles Mastretta

Esta mujer de ojos grandes, Ángeles Mastretta, se sentaba siempre al lado de Gabriel García Márquez o de Carlos Fuentes en las cenas mexicanas que nos ofrecían, en Ciudad de México o en Guadalajara, cuando íbamos en manada a los actos en los que ella era la estrella de la que se esperaban risas o boleros.

Su novela *Arráncame la vida*, sobre todo, invocaba desde el título la ambición por hacer música de la literatura, o literatura de la música, y yo la vi bailar ese corrido, muchas veces, con gloria y con alegría. No era sólo alegría lo que comunicaba su rostro. Ese rostro de Ángeles Mastretta era una de las caras de la melancolía. Pero la vida social es un velo que a ella le poníamos los otros, los que la esperábamos oír cantando. Ella simulaba estar dispuesta, pero pocas veces se arrancaba, yo no la vi. Lo que ocurría, únicamente, es que le pusimos nombre de corrido. «¡Arráncame la vida!», le decíamos, como si fuera un seudónimo.

Como si ella fuera habitada por un corrido perpetuo, esperábamos de esa cara risas y fiestas, y no nos dábamos cuenta de que las grandes cenas, los bailes, los saraos, le resbalaban por un rostro más hecho para la seriedad de las lágrimas que para la abundancia del jolgorio. Ella no decía nada de todo eso, pero era lo que yo veía en su rostro. A veces me daba rabia no decírselo, pero es que ese rostro suyo no se veía siempre, y en todo caso era tan privado como un diario íntimo que, pensaba yo, a lo mejor desvelaba algún día y no era como los que publicaba.

Esa novela no era ella, naturalmente, ni la historia le sucedió, ella estaba felizmente casada con Héctor Aguilar Camín, aventurero melancólico en busca de su padre asturiano, y ella era la hija feliz de doña Ángeles, que a veces la acompañaba, como su hermana Verónica, tan contentas de estar juntas, en México y en otros paraderos, Madrid incluido, donde las vi bailar

también con la madre, aquel monumento de alegría.

Felicidad, pues, era su entorno, entonces y siempre, los hijos eran bellos y estaban bien preparados para una vida de grandes éxitos, y ella se veía colmada de elogios por sus acompañantes e incluso por los que no tenía cerca de su alma; y su casa, en un rincón bellísimo del Distrito Federal, era una especie de palacete hecho de madera suave y cristaleras limpias y transparentes, mirando a un mundo de verdes frondosos. Había flores frescas, y plantas, y aguacates, y naranjas, y helados variados, de modo que uno podía pasarse allí el día y la noche y siempre habría algo allí que ayudara a conservar la esperanza por la vida y el apetito de vivirla.

Era una atmósfera tal de felicidad la que había que sólo un cataclismo podría romperla.

De ella se esperaba, pues, la risa, que se arrancara a cantar o cualquier cosa, y lo único que hacía, cuando ella misma se daba cuenta de lo inútil de esa expectativa, era reposar su cabeza chiquita pero bien puesta, acomodada en un pelo largo y bien peinado, sobre el hombro de quien estuviera a su lado. «Ay, no me dejes.»

Se esperaba de ella la risa, pero de su alma salía esa sonrisa que parece adivinar el futuro de todas las cosas que, como la vida, alguien va arrancando a pedazos, rompiéndolas como se rompen los jarrones hechos nada de los que escribía Pablo Neruda. Había, y hay, en su rostro, pues, un «ay, no me dejes» que no acierta a decirse, pero ahí está, prendido entre su pelo o realzando en su pecho algún broche que no dice nada pero que algo de eso dice: ay, no me dejes.

Esa sospecha tuve siempre de su tristeza, y a veces ella misma la emite, por Twitter, que es una red que domina, o por teléfono, o en sus escritos más descarnados. Es una mujer que añora. Ahora añora a su madre, que tantas razones da para ser añorada, y añora a su amiga española, Piluca Navarro, y añora al Gabo y a su amigo canario como Piluca, don José María Segovia. Tiene un altarcito sin santos en el que están todos ellos, y a veces surgen en su blog o en sus libros autobiográficos, donde cuelga medallas como recordatorios.

Esos recordatorios son los argumentos de esa melancolía por la que transitan sus ojos grandes. Nunca me he atrevido a decirle esas cosas, pero para eso están los libros, para mandar cartas sobre los ojos desamparados y bellos de las personas que sufren la existencia de la lejanía.

Ahora me la imagino, por ejemplo, junto a Gabo, en la cena en la que él no podía saber ni quién era Ángeles Mastretta, el pelo de esta mujer se posa sobre el hombro del Nobel, y una mano ya desvaída y pálida cae sobre la mano de la Mastretta y hay un instante mágico en que los dos sonríen como si ambos estuvieran interpretando un sueño de los que Gabo hizo novelas de amor o de mal de amores.

Cuando ella se alza y mira alrededor, sólo yo estoy mirándolos. Ha sido un instante, y ése es el instante que he contado aquí, como si el tiempo, ese segundo mágico, hubiera congelado en los ojos grandes de Ángeles Mastretta lo que lleva dentro y aún no ha escrito. La melancolía con la que recoge del suelo los infinitos cristales rotos que le arrancan la vida.

Sergio Pitol. Raro. Clásico. Secreto

Durante años tuve pena de este hombre. Y no había por qué. Sólo que una vez lo vi triste, caminando solo, y ya para siempre, desde entonces, sentí que le debía asistencia o compañía.

Fue en todo tiempo, cuando lo vi en México, o en Barcelona, o en Madrid, un ser especialmente afectuoso, con los ojos de una dimensión entre infantil y animal, de los animales elegantes que proliferan en las selvas. Era sencillo al saludar, desde lejos y de cerca, y me gustaban mucho sus chalecos. La lectura de sus libros hablaba de alguien que tenía sueños provechosos, muchos de los cuales se convertían en metáforas que a él mismo lo hacían reír, seguramente.

Leí muchos textos de Enrique Vila-Matas y de Juan Villoro sobre ese hombre y sus sueños, sus viajes extraños por el mundo entero, su estancia en Varsovia como enviado cultural de su país, su ironía, su capacidad para burlar convencionalismos, su afición por el alcohol y por el secreto, y siempre quise tener una conversación que nunca tuvimos. Como si estuviera pendiente de pararse ante mí, o de que yo me parara ante él, para escucharle en una entrevista o en una conversación corriente. Escuché su voz muy pocas veces, y la ocasión en que hablé con él durante un rato más largo fue cuando ganó el Premio Cervantes en España y acerté a marcarle su número en México para contentar a su amigo Carlos Monsiváis, que iba conmigo por Ciudad de México en un coche que habíamos alquilado.

En aquella ocasión tan especial Monsiváis se burló de él, por el galardón, le hizo esa clase de bromas que se hacen los escritores, sobre el limbo feliz en el que entran los premiados, y sobre el infierno de envidia de los que no llegan a obtener nunca galardones así, y luego me pasó el teléfono. Estaba confundido Sergio, tantas llamadas, tantos parabienes, él estaba solo en su casa de Veracruz y no veía la hora de que acabara tanto ajetreo para ponerse a hacer las cosas de la casa, eso dijo. Cuando le quise pasar el teléfono a Monsiváis otra vez se cortó la línea. Y para siempre se cortó ese día.

Tiempo después lo vi varias veces en la Feria Internacional del Libro, en Guadalajara, México. En aquel lugar sin fin en el que se convierte la feria, donde todo el rato se pasa por el mismo sitio saludando a las mismas personas, me encontraba siempre, caminando deprisa, y como de medio lado, a Sergio Pitol, su chaleco tan hermoso, verde y blanco y marrón y de otros colores, sus pantalones beis, sus ojos de otro mundo. Yo también lo saludaba. Pero ya él no hablaba entonces. Como si aquella vez que se quedó sin voz su teléfono (nadie le pudo llamar más para felicitarlo por el Cervantes recién obtenido) fuera también la última vez que habló este admirable señor mayor en que se había convertido ahora quien tan travieso resultaba de joven. Me daba pena verlo andar tan solo y yo hacía además de seguirlo o de darle la mano, hacer que sintiera cobijo en mi lugar, acercarlo a las estanterías o al bar del hotel Hilton. Pero él seguía como en una cinta sin fin, sin pararse en ningún sitio. Su vida era tan circular como su despiste.

Poco tiempo atrás, cuando ganó el Cervantes y aún hablaba, a mi compañero Pablo Ordaz se le había ocurrido hacerles a él y a sus amigos Monsiváis y José Emilio Pacheco una fotografía que remedara la que se hicieron años atrás los tres. La diferencia estética entre unos y los mismos tanto tiempo después era la que va de la juventud a la vejez, o a la madurez, y no sólo producía ternura ese retrato, sino que además aumentó mi sensación de que de una manera u otra yo le debía al trío una visita, una crónica, algo que fuera un regalo íntimo que a mí me aliviara de dejarlos solos. A Monsiváis con sus gatos tan queridos, tan perjudiciales, que inundaron su pecho de la pelusilla que, decían, le causó la muerte. A José Emilio, tan delicado y sutil, tan extraordinariamente poeta, hecho para ser feliz con las palabras y finalmente Cervantes también, con los pantalones caídos mientras viajaba de la solemnidad del atril en Alcalá de Henares a los pinchos de tortilla que aguardaban en el patio real a sus majestades y a los invitados.

Los tres estaban tan vivos y risueños en la última fotografía, posaron porque Pablo les pidió que se hicieran eternos otra vez. Y ahora, ya sin ellos en este territorio de acá, los miro otra vez como si estuvieran vivos, y como hizo Carmen Balcells el día que enterraban en Barcelona a Manuel Vázquez Montalbán, muerto en Bangkok unos días antes, yo levanto una mano y los saludo como si les debiera un abrazo o una palabra o la alegría de llamarlos de vez en cuando para pedirles un verso, una opinión o un tequila.

Cuando murió Pitol me vinieron todas esas imágenes a la cabeza. Me sentí culpable de no haberlo tratado, y me puse a leer sus libros, su autobiografía, sus cuentos, a leer sobre él, a Villoro, a Vila-Matas, a escuchar su voz en grabaciones, como si lo quisiera atraer hacia mí para pedirle perdón por no pararlo en su ruta de la feria. Debería haberlo hecho para decirle que me gustaban sus ojos grandes, sus sueños, sus chalecos de ajedrez, su modo de levantar la mano, ya mudo, para pronunciar al aire palabras que no se decían con la boca.

Clásico, secreto, raro Sergio Pitol.

Zona de adioses: recuento de las últimas veces

La última vez que vi a Miguel Delibes estaba triste, furioso, por no saber manejar su cuerpo. Los años, esa tiranía. A Gonzalo Torrente Ballester se le quedaron pálidas las manos. Rafael Alberti quería seguir conversando hasta el infinito y más allá; la muerte, decía, será eso. A María Zambrano le colgaba la ceniza del cigarrillo a través de cuyo humo creía ver las playas de Málaga. No quise ver el último instante de José-Miguel Ullán. No quise ver los últimos instantes de nadie, pero una mañana el azar me puso ante la obligación de ser consciente de que la vida es muerte también, el último instante que no eliges. Y desde entonces no entiendo ni el desamor ni la vanagloria.

Fernando Vallejo y David Antón. Devastación en La Condesa

Esta convivencia de amor sólo la podía romper un cataclismo o la muerte. Y tuvieron que ser las dos cosas las que separaran a David Antón y a Fernando Vallejo.

El primero era un caballero español, nacido en México, habitado por celuloide y teatro, escenógrafo sobrio o barroco, según fueran los requerimientos. Fue cultivador del arte de vestir de María Félix y era un hombre feliz que un día encontró la otra mano de su sensibilidad para amar en un colombiano de Medellín, un trueno que se llama Fernando Vallejo, el autor de *La Virgen de los Sicarios*, dulce y duro como una piedra del mar.

La casa de la pareja en La Condesa, en el Distrito Federal, estaba en una séptima planta a la que no llegaban los ruidos de la calle y en la que estaban almacenados, sin embargo, los sonidos de Kina, ilustre perra de ojos glaucos, y también los de otros perros que fueron viniendo para saciar la pasión que Vallejo, sobre todo, tuvo siempre por todos los animales a excepción de las mujeres y los hombres.

Los dos vivieron juntos cincuenta años, poseídos por el arte del amor y de la riña, pues discutían como dos muchachos que encuentran cualquier motivo para pelear y reconciliarse. Ese amor era al fin también una rutina de hermanos, siendo David el mayor, el conciliador, la fuente de serenidad que mantenía aquella casa en orden, y Vallejo el adolescente que se reía mientras incomodaba indómito con ruindades que luego su dulzura borraba. Esas contradicciones lo convirtieron en un ser esquivo que amaba al mismo tiempo que reñía.

Hasta que llegó el terremoto y acabó con todo. El terremoto de México, en septiembre de 2017, rompió el edificio donde vivían, y su casa se quedó allá arriba, colgando. La aventura fue angustiosa para los dos, también para la última perra, Brusca, que ladraba contra la desolación, como Fernando. A

David este episodio del azar que de vez en cuando sacude México lo halló en estado de extrema debilidad, a sus noventa y cuatro años, perjudicado no sólo por el tiempo sino porque a esa edad ya son mortalmente frágiles y vulnerables los enfermos.

Quise ir a verlos, como solía, desde la Feria Internacional del Libro de todos los años, pero Fernando me lo desaconsejó, cómo vas a venir, no hay ni ascensor ni portero, estamos acá arriba, en el aire, no vengas. Poco después murió David. Llamé a Fernando, parecía entero; las procesiones van por dentro. Estaba tan solo, ya allí no se podía seguir. Repartió todo lo que tenía y se fue con una maleta a Medellín. Atrás dejó su piano, pero sobre todo la música contradictoria y feliz de toda una vida con David. Y dejó su casa colgada del precipicio al que la había sometido el terremoto, sus ventanales anchos, su cama ancha, su cocina aireada, sus fotografías, los diseños que guardaba David como en un museo, los retratos de ambos en Italia y en cualquier sitio, el suelo que tiempo atrás surcaron sus pasos despiertos desde la primera hora de la mañana, la perra llorando y sola ya en cualquier perrera de La Condesa.

Hablé con él unas horas antes de irse. Los que tan sólo leen a Fernando Vallejo desconocen el ámbito de ternura en que se desenvuelve su voz enrabiada, la que se oye en sus libros y en sus diatribas, la que pronuncia como si estuviera escupiéndole a Dios. En aquel momento, mientras le decía adiós a La Condesa, era un chiquillo sin padres a quien le faltaba también la voz de su amado llamándole al orden o a la mesa.

Fui tantas veces. Siempre ellos preparaban para mí y para los amigos que quisieran acercarse, de todas partes, y en cualquier cantidad, arroz con camarones. El mejor arroz de México, quizá del mundo. A un lado estaba el piano, en el que a veces Vallejo exhibía sus antiguas destrezas. El piano estaba como un lujo en el salón, donde había un cuadro muy hermoso de la casa que tuvieron en San Miguel de Allende y varios chésters de color negro, bajo un ventanal que daba al cielo lechoso de este barrio tan comfortable.

No me pude imaginar sin un escalofrío cómo fue que ese barrio se fue al suelo, marcado por la maldición telúrica que atormenta a la ciudad, y cómo uno a uno se fueron cayendo al suelo los cuadros, las fotografías, los enseres de la casa. El símbolo final, el estropicio último, ya adivinado por los médicos, temido por Fernando y aceptado como una maldición más de la

naturaleza por David Antón, fue la muerte de éste, tan debilitado ya, tan roto como la naturaleza en que habitaba.

Aquella casa fue para los que los visitamos el orden y la armonía, el confort de la rutina de vivir. Parecía que a sus habitantes sólo los podía separar un cataclismo o la muerte. Y sucedieron las dos cosas.

David era armónico y tolerante con las fallas ajenas, pero era, como Juan Ramón Jiménez o como Luis Cernuda, intolerante con la estupidez, de la que huía como gato escaldado. Cultivó la armonía y el arte, y también cultivó el amor y su par más excelso, la filantropía. Hace tres años tradujo para Pablo de Llano, corresponsal de *El País*, una inscripción que tenía en su casa: «Lo único que necesita uno es amor y un perro». La casa terminó siendo un reflejo de esa relación fructífera. Como si en ella dominara el afecto David sobre el efecto Fernando. Los visitantes, que fueron siempre constantes y numerosos, esperaban ver allí lenguas de fuego, ateniéndose a los libros de Vallejo. Pero esas lenguas estaban en los libros, no en la voz pausada de Vallejo, ni por supuesto en la muy ponderada lengua de David Antón. Las paredes eran la expresión de sus amores y de sus amistades. Fotografías de ambos viajando en feliz compañía por la Europa que Antón adoraba. Retratos de personajes que fueron esenciales en la vida de éste, Greta Garbo, María Félix. Y de los perros. Kina, decían, apareció como para reencarnar los ojos de una amiga que había muerto. Y Brusca, el torbellino que la sucedió, era el movimiento perpetuo, una amenaza para la fragilidad de ambos. Aun así, Fernando la llevaba a trotar, y trotaba él mismo, como si la perra brusca lo condujera a la juventud que ya no va a volver. Cuando se fue de México ya no le seguía ese ladrido que en Medellín será el eco que los perros dejan en la memoria de los dueños más allá del sueño, del cataclismo y de la muerte.

Después de completar un recorrido que lo llevó al amor y a México Fernando volvía a la raíz, a la esencia de sus amores contrariados, Colombia, Medellín, la cuna de sus metáforas y de sus desprecios. Y, seguramente, la habitación mayor de su escritura, de lo que deplora en ella, de lo que en ella ama. Contra esto y aquello, este unamuniano descreído va a habitar ahora en la cuna de la que se llevó desprecio y rabia. Eso está ya en los libros. Es difícil pensar que el regreso a Colombia, precipitado por el cataclismo ocurrido en México, no será al fin un modo de restituirle la paz que merece el ímpetu de su algarabía.

Fernando Savater, las nubes y la velocidad de la luz

Sólo una nube negra ha nublado la alegría de Fernando Savater: la muerte de su mujer, mi paisana Sara Torres, arriesgada mujer que en Euskadi fue capaz de estudiar euskera para enseñarlo y que, además, con esa lengua y con su propia valentía, se hizo fuerte contra la barbarie que infló el terrorismo en la tierra en la que su marido había nacido en 1947.

Ella siempre tuvo conmigo una actitud que disfruté de varios modos: podía ser dura, exigente, y luego podía ser dulce y cercana. Una extrañeza. Un mediodía de domingo juntó esas dos características y decidió llamarme por teléfono. A Fernando («Fernan», decía ella) le habían retenido (en *El País*) una entrevista sobre un libro reciente, y eso era altamente perjudicial para la difusión de la obra.

Me rogaba («Juanito, por favor») que intercediera; Fernan no sabía nada de esa llamada, pero ella la hacía porque era de justicia. Además... En él, me dijo ella, estaban también agravios que a veces cometen los periódicos con aquellos colaboradores más frecuentes, que por serlo son relegados u olvidados no por obra de una actitud perseverante o perversa, sino porque ya se sabe (y eso lo decía también Javier Pradera, maestro común) que donde hay confianza da asco...

Hice aquella gestión, y debo decir que, siendo domingo a mediodía, el redactor jefe de Cultura de ese momento fue veloz en el cumplimiento del deseo de Sara y el lunes mismo fue publicada aquella entrevista pospuesta. Fue sólo una de las ocasiones en las que Sara y yo hablamos por cosas así. A veces ella me llamaba preocupada por los destinos de su revista de cine, o por otras cuestiones que Fernan no debía conocer pero que expresaban su ansiedad por la felicidad y el bienestar en los que debían desarrollarse su trabajo y su obra, y también los de sus comunes amigos. No sólo era un amor del alma: era un amor que se extendía a la obligación que uno tiene de velar por la hacienda y los valores del compañero, y ella lo hacía con la voluntad

delicada de que sus desvelos no llegaran a los oídos de Fernando. Por distintas casualidades, otras veces escuché a Fernando comunicarse con ella con tal dulzura y exquisitez que, al tiempo que me producían pudor sus palabras, su actitud me llenaba de alegría por ver tan enamorado y feliz a aquel amigo tan querido.

Algunos años después murió Sara, tan joven, y murió de la más ruin y duradera de las enfermedades. Algunos amigos y el propio Fernando me habían alertado de la inminencia sin remedio del desenlace. Él me había enviado ya una nota necrológica que yo debía utilizar para publicar en *El País* en cuanto ocurriera el óbito, y la consigna que utilizó para dar vía libre a esta triste lápida fue: «Murió Sara».

Era fácil imaginar en qué estado de tristeza escribió Fernando esas dos palabras decisivas. Y era previsible imaginarlo a partir de entonces, arrastrando la soledad como si le pesaran los párpados de mirar, de leer o de escribir. Los párpados y el alma. De pronto, les dijo a sus amigos, y lo escribió, nada merecía ser vivido, entraba la vida en ese túnel incomprensible que se abre a la oscuridad con la muerte de alguien a quien has querido. Él comenzó a cancelar viajes y asuntos, ya sólo podía vivir en función de aquella memoria, y de las cosas que hicieron juntos, crónicas, viajes, programas de televisión, libros. El amor.

Aquel hombre que era la alegría sin freno de las reuniones y de las clases y de las cenas y de los mediodías, el autor más veloz que la luz, y la luz él mismo, por su saber y por su entendimiento, se negaba a seguir, ya no habrá más Savater, o al menos ya no va a haber más Savater tal como ustedes lo han conocido.

Fue un tiempo muy triste. Un día me dijo, en medio de una depresión que seguía por dentro aunque por fuera se disimulara, que eso, disimular, lo mantenía en pie, que por dentro seguía usando el tiempo, y el recuerdo, esa cuchilla, para tratar de llegar a un territorio claro en que estuviera ella, la respiración de su memoria. Será así, y seguirá así, hasta el último suspiro, pues los amores son eso, suspiros con otro. Y cuando el otro no está, esos suspiros son ya la nada hecha pedazos.

Por dentro estaba lo oscuro, en todo caso, pero por fuera Savater consiguió volver a ser aquel a quien conocimos en los años setenta de nuestras vidas

respectivas: el más audaz, el anarquista veloz, capaz de abrazar todas las causas que tuvieran como fin derribar las fauces burocráticas del Estado y de las patrias, contra las que se manifestó igual que se manifestó contra la viscosidad de los lugares comunes.

Aquel Fernando, y este Fernando que resucitaba de los peores momentos de su pérdida, son la alegría de combinar palabras con un ingenio que hubiera divertido a la vez a Chesterton y a Cabrera Infante. Implacable polemista, unas veces te irritaba y otras irrigaba tu cerebro de una inteligencia sutil o salvaje, siempre presto a hacer de la ironía una cuchilla llena de carcajadas pero no de sangre. A veces, cuando le leo cosas con las que no puedo estar de acuerdo, pienso en su risa, y también en su soledad, y entonces vuelven las ganas de abrazarlo.

Su otro drama, un drama civil pero también del alma, fue Euskadi, la violencia inútil, la burla de la libertad de los que no compartían el ADN criminal del patriotismo armado. Lo persiguieron en la universidad, lo amenazaron con la muerte y con el destierro, lo acribillaron con invectivas de las que él se recuperaba con riesgo e ironía. Un día le avisé a Jesús de Polanco del peligro que corría Fernando en su propia Donosti, y entonces el presidente de Prisa decidió colaborar para que fueran más seguros esos movimientos del intelectual que vivía en el exilio en su casa. Le publicamos en Taurus un volumen de sus memorias, *Mira por dónde*, y lo acompañé a su pueblo. Por la mañana, en la rueda de prensa, no se formuló una sola pregunta. Savater era un apestado moral, un sicario del régimen. El hombre que defendió la libertad de todos no tenía en Donosti libertad de existir. Por la tarde se presentó el libro en el hotel Londres. Pensé que la oscuridad de la sala ocultaba el gentío que, inconsciente, yo esperaba. Fueron muy pocas personas, como si Fernando hubiera ido con su libro a las catacumbas.

Fueron malos tiempos. Como aconsejaba Bertolt Brecht, él los arrostraba cantando, escribiendo, viajando a Inglaterra a seguir las carreras de caballos, y en aquellos momentos, además, vivía Sara, y todo era más llevadero, hasta las amenazas de muerte. Ni siquiera eso nubló su alegría de sentir, de pensar, de escribir. Tuvo que venir la fatal noticia de la muerte de Sara, su mujer, para que este hombre, que era la misma velocidad de la luz, sintiera que dentro de sí empezaban a romperse los cristales de vivir.

Por muchas de esas razones, es una de las personas que han hecho sería o

alegre mi propia vida.

Marías contra los ruidos del mundo

Javier Marías hacía volatines de chico, en el paseo de Recoletos, en Madrid, donde nació en 1951, en la España que encarceló a su padre, el filósofo cuyas enseñanzas estudiábamos en el instituto. En su juventud, todavía casi un adolescente, entretenía a los transeúntes y ponía en peligro su cabeza por menos que nada. Maneras que había entonces de divertirse en Madrid.

Sus amigos veteranos, Juan Benet, Juan García Hortelano, tutelaban esa exposición pública de Javier Marías. No estoy seguro de que sea verdad que incluso pensaran en cobrar por el espectáculo que daba el chico. En aquel entonces, cualquier cosa era posible con tal de tener diversión fuera de casa. Hasta que Javier Marías se hizo mayor, y eso fue muy pronto, y comenzó a parecerse a este que vemos hoy caminando por las calles de Madrid.

A él le gusta andar todavía, y lo hace siempre por parecidas rutas, de su casa en la plaza de la Villa a Felipe IV, donde está la Academia. Su paso es decidido, no va distraído sino a lo suyo, no busca en los ojos de la gente reconocimiento o desdén, sino que va como juegan los niños en el recreo, detrás de la pelota, concentrados en un objetivo: llegar. Lo que me extraña es que de noche no tenga miedo de andar de un sitio para otro, si uno se atiene a lo que cuenta en sus ficciones, donde en cualquier esquina hay un peligro latente, un hombre que quiere eliminar a otro por placer o por disgusto o por encargo. En las zonas oscuras de sus libros suele acechar el demonio, iluminado por su prosa pero oscurecido por la maldad y por otros desafectos feroces de la raza humana. De ese miedo que me ha dado al leer algunas de sus invenciones nacen las sensaciones con las que tomo en las manos cualquier libro suyo nuevo.

Cuando no tenía más que dieciocho años empezó a escribir novelas, y a publicarlas, y se dejó de volatines y otros modos de entretenimiento. Es un

escritor de cuna, por así decirlo. Su madre, Lolita Franco, y su padre, Julián Marías (don Julián Marías), eran gente de alcurnia cultural muy celebrada, dieron de sí historiadores, músicos, profesores, y Javier resultó escritor muy pronto. Como si así hubiera sido parido y los volatines hubieran sido tan sólo un modo de decir ya estoy aquí, no soy ningún niño... Desde entonces tomó impulso y se hizo adulto a pesar de su edad. Hoy, sin embargo, a veces lo veo juvenil, coleccionando aún soldaditos de plomo, fumando como a escondidas en su propia casa, un piso de techos altos y de suelos que soportan el noble peso de sus numerosos libros. En esa casa hay varios monumentos al pasado del escritor que es: el fax, la máquina de escribir eléctrica, las muchas plumas. Ahí están las diversas medidas de su peso de escritor. Cuando lo voy a ver me abruma la densidad de escritura que emite tan sólo la visión de tales artilugios. Es un escritor de dieciocho años aún, a juzgar por sus innumerables fetiches.

De escritores se rodeó para hacer aquellos juegos adolescentes en las calles de Madrid, como un saltimbanqui. Y de ellos siguió siendo amigo hasta sus respectivas muertes; les rinde culto, aunque la verdad es que no se parece a ninguno, pues tampoco se parece a nadie, tampoco a Shakespeare, al que lleva en un pin en todas sus chaquetas. Ni siquiera podría decirse que se parece a nadie de su familia, aunque sucede en la vida que es tarde cuando uno empieza a ser su propio padre.

Quién diría ahora que aquel chico es este que escribió *Mañana en la batalla piensa en mí* o *Los enamoramientos*, cuyo final leí mientras mi hija daba a luz a Oliver, un muchacho que ya tiene siete años y es bilingüe como Eva y como Marías. Acaso esa coincidencia, y el libro mismo, naturalmente, ligaron mis sentimientos a la vida de Marías como prosista, pues leer un libro de alguien mientras nace un nieto siempre marca. Se convierte, quizá, en una fecha fetiche en la que cabe casi todo lo que estabas haciendo entonces.

Todo lo que escribe Marías, aunque sea ficción, parece que le ocurrió a él mismo y no sólo a sus entes imaginados, de modo que sufro cuando sus héroes están en peligro, o cuando sus personajes perversos atentan contra las criaturas que yo he decidido que en el libro representan la vida verdadera de su autor. Tengo tendencia a protegerlo, como lo protegían aquellos viejos amigos que lo miraban hacer volatines, para qué, se diría, es tan autosuficiente... No es cierto: me parece que esa sensación la produce el

ejercicio radical de su timidez, a la que es adicto. Pero por alguna razón que yo no le sabría explicar a nadie, a Marías, tan seguro y tan solitario, tan sólido intelectualmente, tan independiente y tan adulto, siempre lo he sentido como si fuera un huérfano que precisa amparo. Y es perfectamente visible que no lo necesita. Él se protege solo, su daga es también su pluma. Pero así es la vida: fui editor y padezco esa tendencia innecesaria: proteger, aunque no me lo pidan, a los escritores. No es una maldición, sino un destino.

Lo que ocurre también es que su ficción, tan cercana a la realidad, aunque ésta se halle envuelta en circunloquios dubitativos, en una metáfora poderosa, llena de cultura interior, no exhibida, me afecta como si yo mismo estuviera dentro de sus novelas, padeciendo lo que él o sus entes irreales sufren cuando salen a la calle, en Madrid o en La Habana. A mí en concreto me ha sobrevenido la sensación de que yo soy también, por ejemplo, el hombre que lucha por conservar su vida mientras otro trata de matarlo en una esquina de la Puerta del Sol.

Su modo de escribir es envolvente y fascinante, y aunque algunos estiman que es reiterativo, e incluso aliterativo, a mí me ha llegado a fascinar o intrigar como si él fuera un mago que hipnotiza al lector que soy. A mí me ha salpicado, por ejemplo, la sangre que hay en *Corazón tan blanco*, igual que me han salpicado las abundantes olas que hay en *La Reina del Sur*, la novela de su amigo Arturo Pérez-Reverte.

Ahora lo leo con frecuencia escribir en defensa de su padre, a veces en la ficción y a veces en la escritura en prensa, directa o indirectamente. A su padre le fue bien y mal en la vida, fue delatado para que sufriera, durante la Guerra Civil y más tarde, y la perversión con la que lo atacaron debió de permanecer larvada de tal manera en su corazón, en el corazón de Javier, que al cabo del tiempo ese terror a la arbitrariedad que sufrió el padre se ha manifestado como una herida del hijo. Esa escritura mayor de sus novelas, donde el padre aparece como personaje escuchando su propia historia, forma parte de lo que yo he aprendido para entender el amor que él le debe y que todos debemos a los padres tristes.

Sé de Marías cosas que no son verdad. Por ejemplo, que escribía para *Cuadernos para el Diálogo* unas cartas en las que explicaba, desde París, su pasión por el cine. Él me aseguró siempre que no fue así, que él no escribió

esos textos, pero yo puedo señalar, con mi memoria, hasta el sitio de la página donde leí esas cartas. Soy capaz, incluso, de verlo escribir, con su pulóver verde, su camisa blanca de cuellos picudos, su cara pulimentada, recién afeitado, como en alguna de sus fotografías. No es verdad, nunca lo vi así. Pero por alguna razón de mi memoria lo situo ejerciendo esa actividad, los volatines, que hoy parece excéntrica, en un espacio concreto de Recoletos, ante la Biblioteca Nacional, e incluso tengo la tendencia a sentirme uno de los que lo observan, y en este caso veo a mi lado, con la mano derecha en el bolsillo, alto como era, a Juan Benet, a quien él y sus amigos igualmente jóvenes siempre llamaron don Juan, y a García Hortelano, a quien llamaban Juan, sencillamente, paseando nervioso, fumando un cigarrillo y riendo y jaleando a Javier. Y a éste lo veo también culminar con éxito su proeza ante los aplausos de la concurrencia, temerosa hasta entonces de que el chico diera un traspie malo y se matara.

Y no es verdad: yo no estaba, no los vi nunca atender a ese espectáculo de riesgo circense. Pero lo escuché contar eso tantas veces que mi composición mental ya ha dado por cierto que así se comportaba el coro que aplaudía a Javier Marías hacer lo que ahora resulta tan extraño en un hombre así de formal, serio e incluso circunspecto. Tampoco es cierto, además, que yo leyera lo que nunca escribió, era imposible. Pero sí sé que Javier, que de chiquillo tenía ya la costumbre de acariciarse el mentón mientras explicaba, está lleno de ficción, y por tanto la desata en otros, nos hace lectores de sus fantasías y nos contagia de la facultad de aplicársela a él.

La literatura, las clases (en Oxford, sobre todo), sus traducciones, sus incursiones, entre rabiosas e irónicas, en la prensa, han sido las materias a las que entregó la energía que en otro tiempo le sirvió para entretener a aquellos maestros suyos. Fue el más precoz de los novelistas de su generación. Nunca ha dejado de ser exigente consigo mismo. Por eso, sin duda, lo es también con los otros, tan esquivo ante los tópicos y tan irritable ciudadano. No le gusta que lo incomoden ni que lo interrumpan cuando explica. Algunos que no lo conocen del todo encuentran en él a un hombre tendente a la pedantería. Pero no es pedante sino explicado, alguien que sabe de muchas cosas y no se rinde hasta que no lo entienden. Para eso hay que utilizar argumentos, y eso es lo que tiene: argumentos. Y le gusta darlos hasta hacerse entender. Los que no terminan de escucharlo estiman que lo suyo es pedantería. Y es simplemente que han preferido no entenderlo.

A veces lo veo de lejos avanzar por la carrera de San Jerónimo, ante las Cortes, camino de la Real Academia Española, junto al Museo del Prado. Lleva siempre consigo algún sobre de cierto volumen, en el que suele esconder libros ya dedicados, seguramente para algún compañero de sillón en esa docta casa o quizá para algún comensal con el que habrá quedado al anochecer en el restaurante de siempre, Julián de Tolosa, en la Cava Baja, muy cerca de su casa.

Pasó el tiempo, y aquel joven muchacho de ojos profundos y pelo tupido y como excesivo ha perdido aquella luz añorada de sus poses adolescentes, que le duraron tanto, aunque jamás podremos apearle el ahora tan viejo tratamiento, «el joven Marías». Ahora es un hombre maduro, un académico de la Lengua, alguien a quien la escritura revela un ser como aquel Nabokov de opiniones contundentes, dispuesto con un sable contra los tópicos que maneja la sociedad para entretenerse en el desdén. Es un escritor a tiempo completo, hasta cuando calla.

Zona del sueño de Borges

Respeto lo que otros digan de Jorge Luis Borges, pero desprecio a quienes lo juzgan antipático, engreído o reaccionario. Borges es el hombre más simpático que he conocido, entre los que traté en mi vida como entrevistador o como editor. Sólo es comparable en ese modo de ser, franco, fresco, sencillo y alegre, a otro de los grandes y supuestos tristes de nuestro tiempo: Juan Carlos Onetti. El responsable de que me encontrara con él fue Javier Pradera, director de Alianza Editorial en 1981, que me encargó que lo atendiera en Madrid. Lo hice a gusto, ayudado por mi familia y por mi amigo Fernando Delgado, escritor también. Mi hija tenía siete años y nosotros, mi mujer, Fernando y yo, éramos su cuadrilla de noche y de día. Borges cantó viejas canciones inglesas mientras el coche en el que íbamos hacía un restaurante que nos había recomendado Pradera. En ese sitio, el viejo poeta risueño y cantador pidió para comer el plato que jamás debe recomendarse a un ciego, *vichyssoise*, y fui yo quien le ayudó a comerlo. Nos preguntó por nuestros apellidos, y como yo tengo entre mis ancestros a un Acevedo, que es el apellido de su madre, y el nombre del padre de Pilar, mi mujer, es Borges, él hizo historias de sus apellidos con la alegría con que le contaba cuentos a la niña. En el hotel Palace, donde residía, me pidió que lo llevara bajo la cúpula, que desprende colores que él podía vislumbrar, como el amarillo, y que se le parecían a los que conoció cuando aún no era ciego. La última cosa que me pidió fue que le ayudara a cerrar la maleta, pero que dejara un resquicio para que respiraran sus camisas. Siempre lo vi elegante y feliz. A lo mejor lo soñé, como me han dicho algunos, pero lo cierto es que tanta gente como íbamos en el coche no pudimos soñar lo mismo. O sí, quizá. Borges desata estas avalanchas de imaginación y literatura.

Manuel Rivas parte el pan

La primera vez que vi a Manuel Rivas él era un muchacho que acababa de salir de la adolescencia y venía a Madrid a ser despedido de *El País*, periódico del que era corresponsal en Santiago de Compostela.

Él era periodista desde los catorce años. Estuvo de meritorio, al principio, en un periódico que le encargaba descifrar jeroglíficos, o casi. Uno de esos encargos consistía en pasar a máquina las crónicas de los corresponsales locales de aquel diario, *El Correo Gallego*. Una vez llegó a su mesa para descifrar una crónica de la que sólo se entendía, por culpa de las deficiencias del papel de calco, una sola palabra, *pataca*, patata en castellano, papa en el castellano de América y de Canarias. Con esa palabra, *pataca*, él tuvo que construir, entera, una crónica que explicara lo que quizá quiso contar el corresponsal. Hizo una obra maestra sobre la miseria en la que se arbitraba aquel comercio esencial de la agricultura gallega.

Pocos años después Manolo Rivas fue fichado por *El País* para cubrir Galicia, y ya fue él quien tuvo que descifrar lo que pasaba en su país húmedo y difícil, en ese bosque en el que él vivía en salvaje compañía. En 1978, que es de cuando yo lo recuerdo, *El País* le obligó a hacer algo prohibido en periodismo, pero entonces él no sabía que eso no se podía hacer. Y lo hizo. Acabó una crónica dando por hecha una votación sindical cuyo resultado, le dijeron en la redacción central, «estaba cantado». Estaría cantado, pero salió al revés, y *El País* se tragó el error culpando al mensajero, que es lo que suele suceder en las redacciones. Juan Luis Cebrián, el director, lo llamó a capítulo con la intención de expulsarlo, porque quienes lo llevaron a ese desfiladero decidieron hacerse a un lado para que no les salpicaran las culpas. El culpable era Manolo, pobre muchacho, y allí estaba, con su mochila, entrando asombrado en la sede de *El País*, Miguel Yuste, 40.

Cuando lo vi, era un chiquillo vestido de limpio, con pantalones marineros, unos zapatos negros de andar mucho y una camisa blanca como las que

entonces llevaban también mis compañeros de la redacción, sobre todo los jefes. Parecía un uniforme para venir a ver al director, y él llegaba asustado como un perrillo, como el perrillo que acompañaba a su padre a los bares de Monte Alto.

Le hablé a Cebrián, antes de que viera a Rivas, del talento de aquel chico: expulsarlo del periódico era una manera de trincar un diamante en bruto. Cebrián me escuchó como si me tomara declaración y me dijo que me fuera, ya tenía bastante. Yo no conocía tanto a Manuel Rivas, sino de haberlo leído, pero me fie de la intuición del futuro, y creo que fue de lo poco bueno que hice, en relación con estas cosas, en el periódico en el que llevo casi tantos años como aquel joven que entonces iba a ser indultado.

Cebrián debió de darle algunas lecciones evidentes. No vendas la piel del oso antes de cazarlo. No te fíes de lo que te digan los veteranos, pues ellos luego no te van a defender. Algo no ha ocurrido hasta que no acaba de ocurrir. Y se quedó Rivas en el periódico, hasta hoy. Un día me llamó por teléfono a la editorial Alfaguara, adonde me habían destinado y en la que él ya publicaba, y me dijo que *La Voz de Galicia*, el principal periódico de su región, lo requería para ser colaborador con sueldo fijo. Él no se quería ir de *El País*, pero qué iba a hacer, la mujer, los niños, el trabajo, el dinero... Yo le escuché al teléfono, miré la hora y pedí un vuelo a A Coruña, donde él vivía cerca de donde nació, con su mujer, Isa, y con sus dos hijos, cerca de su madre, del olor a musgo caliente que es Galicia en primavera. Sólo iba a decirle en persona lo que pude haberle dicho por teléfono: «No te vayas».

Y llegué a su pueblo a la vez que el Depor de Beбето, que entonces era campeón de casi todo. En medio del bullicio de las llegadas Manolo me susurró otra vez los argumentos. Que le pedían que se fuera y que él no quería irse, era parte del cuerpo de *El País*, y del alma también. Y yo llamé desde allí mismo al director de *El País*, que en ese momento era Joaquín Estefanía. Consideraba un disparate que una persona así, con ese talento, se alejara de la redacción en la que se había hecho, era malo para el periódico, era malo para la editorial, y era malo, punto. No sólo perdíamos una firma, sino parte del alma que se había ido creando con figuras como la de Rivas. Estefanía dijo lo que se dice en estos casos, cómo va a ser eso, Rivas se queda. E hizo lo que fuera menester para que él siguiera con nosotros.

Su historia de periodista está en los almanaques del oficio, y basta con

decir que sigue siendo curioso y sentimental, poderoso y dulce, un muchacho que ya tiene sesenta años y ha visto en la vida los misterios dolorosos y los misterios gozosos, y de todo tiene una metáfora, una mariposa o un poema. Basta con decir, en este caso, que es el autor de *¿Qué me quieres, amor?*, donde está incrustado, como una pieza de oro, el cuento más bello que yo había leído hasta entonces cuando lo recibí, una mañana cerca del invierno, en mi despacho de Alfaguara. Era «La lengua de las mariposas», la historia del maestro republicano que había sido un héroe entre padres y alumnos y es apedreado, al comenzar la guerra, por aquellos a quienes él había enseñado cómo era la lengua de las mariposas.

Era un cuento emocionante que se parece a las historias reales, de sumisión y tristeza, de persecución alevosa, que cuenta Paul Preston en *El holocausto español*. Daba llanto y tristeza y daba, sobre todo, rabia que cosas así hubieran ocurrido en nuestro país tan duro. Todo estaba ahí, el desdén por la libertad, la memoria del odio, la delación, la destrucción humana que desató la guerra, el odio a la ciencia y a la enseñanza, el desprecio por la vida humana, la burla del débil, la destrucción del maestro como símbolo mayor de la civilización y de la libertad de aprender y de enseñar. Entonces escribí algunas cartas, al guionista Rafael Azcona, al productor Fernando Bovaira y al actor (y director) Fernando Fernán-Gómez. A todos les dije lo que me había pasado con esa lectura y les expliqué qué se podía hacer con semejante legado de la nobleza de la escritura. En concreto le dije a Fernán-Gómez: «En una película que se haga a partir de este texto tú podrías ser el maestro, el director e incluso el niño». Fernando me respondió con ganas de saber más, igual que hicieron los otros. Y cuando tuvieron el libro tal como se iba a publicar, el productor y el guionista eligieron como director a José Luis Cuerda y como el maestro de la ficción a Fernando Fernán-Gómez, que hizo de aquel maestro acosado que ve cómo van contra él las piedras que dispara su alumno favorito mientras los fascistas lo conducen a la cárcel por los mismos caminos que antes fueron de excursión, alegría y aprendizaje.

Pasaron más cosas con el cine y Rivas, pero sobre todo con lo que él es como creador y como poeta, pues las personas que disfrutan de esos talentos y de ese genio siempre están expuestas a darte sorpresas por estar en el cruce de caminos entre la nada, el sueño de la realidad y lo que de veras ocurre. Un día estábamos esperándolo, de noche, en una casa de Santiago de

Compostela, escuchando la música de guitarra de un amigo suyo, César Ramón, y él tardaba más de la cuenta. Cuando llegó le pregunté qué había pasado. Había muerto el comandante Comesaña, un veterano amigo suyo, un médico que era leyenda en Galicia.

—¿El comandante Comesaña?

Aquel hombre, que había vivido exiliado en México, y que de vuelta a Galicia había sido llamado así aunque nunca había sido soldado ni comandante, era un héroe, como aquel maestro. Él lloró por él en el entierro, y de allí venía, de rendirle recuerdo y hacerle compañía. Y ahora contaba su historia con detenimiento, como quien parte pan ante el fuego.

Comesaña había sido preso por los agentes fascistas al principio de la guerra, y fue conminado a cuidar a los leprosos que viajaban sin destino en un tren que atravesaba los pueblos del Cantábrico desde el Atlántico gallego. Estaba enamorado de su novia, Chonchiña, y se las ingenió para que sus guardianes le dejaran subir a bordo para celebrar lo que iba a ser una boda secreta. El pretexto era ése, y la estratagema era de ajedrecista: él fungiría como comandante, y sus guardianes serían, en la ficción que había montado, sus asistentes de seguridad. De modo que se parapetarían ante la habitación del amor de una noche como si estuvieran escoltándolo. Al día siguiente Chonchiña se iría y él también volvería al tren, a su cárcel de leprosos.

Ésa era la historia del comandante Comesaña. Le dije a Rivas: «Eso que cuentas es una novela, e incluso una película».

De ahí nació *El lápiz del carpintero*, el libro, y luego la película, que no fue tan extraordinaria como esta nueva muestra de la profundidad sencilla con la que abordó Rivas las diversas facetas del odio que supuso el levantamiento militar que sometió a España al dominio fascista.

A Manolo Rivas lo vi muchas veces en su pueblo y fuera de él. Lo recuerdo recitando versos en las ferias del libro de Galicia, abriendo mejillones en Finisterre, preparando los cuadernos en los que guarda versos que parecen mariposas o recitando en alto canciones del alma o de la revolución. Lo recuerdo, triste, leyendo en silencio lo que escribió para su hermana María, y lo veo partir el pan que le llevaba su madre a sus encuentros poéticos. Ya es un adulto, naturalmente, pero yo no me acostumbro a verlo así, tan mayor, con el pelo alborotado y blanco, arrastrando la maletita de cuero en la que lleva los sobres de cartas en los que escribe sus poemas y el lápiz de carpintero heredado de su abuelo. Siempre

pienso que ahí dentro lleva en realidad el pan que su madre le ha puesto para que lo parta al llegar a la escuela donde lo espera el maestro que le va a enseñar, a él también, cómo es la lengua de las mariposas.

El tiempo le ha hecho un regalo: no ha sido capaz de añadir a su recuerdo ni una palabra de rencor.

Arturo Pérez-Reverte después de las batallas

Fue un rompe y rasga del periodismo, lo sigue siendo. Ya no tiene nada que ver con el oficio, pero se sigue levantando temprano para saber qué demonios pasa en el mundo, tiene tiempo para formarse una opinión sobre lo que sucede, pero sus energías, las visibles y las invisibles, las usa para trabajar en ficciones a las que se entrega como si estuviera cumpliendo una misión bélica, en el lado de los perdedores. En los reposos escribe aún artículos en los que pone a parir la vida y consigue con ello millones de seguidores que a la vez que lo adoran dicen detestarlo, y a él esa legión de fans y de detractores, ese cruce de dimes y diretes le divierte tanto como una tarde de esgrima. A veces lo doblega el esfuerzo, pero de ello sólo sabe una parte de su rostro; imaginar a Arturo Pérez-Reverte inseguro (de su talento, por ejemplo) es ignorar una de sus maestrías: él sabe que mientras haya rabo todo es toro, y no se rinde a la mitad del camino. Él está a la mitad del camino, pero era igual cuando empezó a transitarlo: un escritor de batallas.

La primera vez que lo vi fue en la Feria del Libro de Madrid, quizá en 1990, cuando salían sus primeros libros. Iba con una mochila de cuero marrón llena de libros, llevaba unas gafas de las de entonces, que enmarcaban a lo grande sus ojos, en los que cabía de todo, desconfianza, burla o esperanza. De todo tiene, como decía Cervantes de Barcelona. Empezaba a mirar el mundo literario como si fuera un muro transparente lleno de seres curiosos a los que él no quería parecerse, pero a los que no dejaba de mirar. Empezaba su fama televisiva, como aguerrido reportero de guerra, y escribía con convicción y desparpajo ficciones que lo alejaban y a la vez lo acercaban a esas batallas reales que forman parte del lado de allá de su propia escritura. El sonido de lo que escribe es lo que ha vivido. Las palabras tienen que ver con la imaginación y la lectura, la combinación que ha buscado para que su invención suene real y no como un cuento narrado por alguien que no estuvo allí.

En aquel tiempo, a principios de los noventa del siglo XX, ya lo había saludado con respeto Rafael Conte, que era entonces el crítico que contaba, y para él ése fue un timbre de gloria que atesoró frente a otras desganas que también tuvo en cuenta, pero para vencerlas en cuanto hubiera ocasión. Y pronto hubo ese momento, porque sus libros siguientes ya rompieron el techo de las ventas y ése fue un éxito continuado que él celebró con la risa contenida del que espera ver pasar el cadáver del enemigo. El enemigo no tenía nombre, o no lo tiene, pero si no hubiera delante de su carrera esa sombra de los que no lo quieren Pérez-Reverte no sería el batallador que sólo reposa cuando ve que el libro que ha dado obtuvo ya mejor resultado que el de los otros.

Entonces, cuando lo conocí, Arturo ya no era el Arturito a quien se referían los que lo veían pasar en los bares de artistas, sino el Arturo que poco a poco se fue situando, con su propio paso, en las listas de éxitos, en España y en América. Fue de los primeros en darse cuenta de que el continente en el que se prolongó la lengua tiene más lectores, más dedicados, mejor educados, que los que conserva España, y a esos lectores se dirigió, escribiendo también para ellos, teniéndolos en cuenta, como pasó con México y con Argentina, cuyos territorios o sucesos forman parte importante de su bibliografía.

Antes de ser famoso y popular, alejado ya de las cámaras, e incluso maldiciéndolas, ya se había marcado una hoja de ruta con el rigor de Mario Vargas Llosa: libro a libro, proyecto a proyecto; delineaba en hojas de papel cuadriculado aquello que iba a escribir en cuanto terminara lo que tuviera entre manos, y cuando lo hacía ya tenía el asunto o la materia, como un esforzado labrador cartagenero. No fue nunca nada a la improvisación, era un solitario en los aviones y en los bares, donde escribía sin descanso, pero sin alardes, argumentos o papeles que en el futuro serían el barbecho de sus títulos. En un avión de Iberia, volando a México, lo vi escribir todo seguido su plan para los Alatraste, aquella serie que sólo se le hubiera ocurrido entonces a un loco o a Arturo Pérez-Reverte: un caballero de los de jubón y arcabuz como pretexto para contar a chicos y grandes cómo fueron aquellas noches en que los escritores y los caballeros se entremataban en gestas humildes o grandiosas. Cuando ya fue libro (el primero de la serie lo firmó con su hija Carlota, entonces una adolescente) la editorial pensó, con él, que sería un éxito si se apostaba, y salieron de imprenta no sé si 250.000

ejemplares, una locura. Pero a partir de entonces la editorial Alfaguara, en la que yo estuve por aquellos días, contó por éxitos así sus producciones sucesivas.

Quería también, aunque no siempre fue posible, que el cine y las series siguieran el patrón de esos sucesos, y a veces peleó conmigo porque no encontró en otros el eco periodístico que alcanzaron sus versiones para la pantalla. Todo no puede ser. Una de esas veces en que me irritó su insistencia en reclamar que determinada película tuviera mejor consideración que la alcanzada tuvimos la única riña de nuestra vida, o al menos la más vistosa, pues fue presenciada. Algunos días después me llamó para darme un abrazo. El batallador Reverte le dio paso a Arturo, y no sé en qué japonés de los que él amaba entonces hicimos las paces para siempre.

Su trabajo consiste en hacerlo todo él mismo, no se fía ni de su sombra, no repite las fórmulas, aunque las prolongue; igual que se encierra en su biblioteca (la prolongación infinita de la que conoció en la casa del abuelo), también encierra los temas y las tramas; lo hace con denuedo, como si estuviera abriendo un túnel, pero sabe dónde desemboca, no se tuerce. Le regatearán méritos, pero ése lo tiene en grado sumo: la constancia en convertir la imaginación (y la lectura) en el soporte intangible de sus ficciones. La constancia, pues, ni un día sin línea, ni una hora sin pensar en lo que hace o en lo que vendrá, y algún momento, claro, dedicado a mirar de reojo al enemigo, que tiene y no tiene, según como, nombres propios. Dedicado a tiempo completo a cumplir con una ambición cuyo límite será lo que el cuerpo le deje, Pérez-Reverte no se rinde en público. Y en privado es difícil que dé su brazo a torcer. Es un guerrero que va por ahí sin antifaz.

Aquellos días en que lo vi en la Feria del Libro era tan sólo un anuncio de lo que iba a ser para siempre: un escritor solitario, desafiando en su país lo que entonces era la tendencia: la novela experimental o costumbrista, en la que el tema o la trama no fueran tan importantes como el texto mismo. Era el tiempo, por ejemplo, de Juan Benet, y aunque éste no fuera el enemigo a batir, lo que en seguida dijo Pérez-Reverte fue que no estaba aquí para ser discípulo de nadie en el tiempo de los discípulos.

Sus novelas contienen acción y música, intriga y ternura (¡incluso!), historias, muchas historias, sangre y tiros, y también baile y sexo (*El tango de la Guardia Vieja*) y un inesperado desvanecimiento de la violencia (*El pintor*

de batallas), como si el héroe que lo habita, hecho de lecturas, de balas, espadas y triunfos, hubiera empezado a languidecer de ánimo y escogiera una nueva espátula para ir contando qué habita en su alma de ser humano, cartagenero (de España) de 1951. Pero ha vuelto a las andadas, y entre sus héroes hay ahora agentes secretos (*Falcó*) y perros (*Los perros duros no bailan*). De modo que puede ser, a la vez, el tierno y el duro, como Clint Eastwood (*el sucio*, o el de *Gran Torino*), o como Ernest Hemingway, cuyo estilo lo abraza o lo persigue, según, y es, a su pesar, alguien distinto a lo que la gente ve: en la distancia corta puede ser avasallador, más que potente prepotente, pero si le rascas un poco en el alma y le pones nombres propios delante (el de su hija, por ejemplo) derrite el plomo del que presume y envaina la espada; no llega al beso, pero el abrazo está más cerca, en esas ocasiones, que el mandoble con el que tantas veces se pronuncia. Suele decirme que sea menos tierno, que desmonte a tanto cabrón como he conocido. Le digo a veces que de quienes no son de mi incumbencia no digo nada, que ésa es mi manera de hacerle caso a Francis Scott Fitzgerald, el amigo/enemigo de Hemingway, según Lionel Trilling. Decía Trilling (1905-1975) del autor de *El gran Gatsby*: «Sentimos que Fitzgerald, a diferencia de muchos moralistas, no se adhería a lo bueno, porque su adhesión habría justificado su fiereza contra el mal; su impulso primario era amar el bien, y lo sabemos con más certeza porque descubrimos que no sólo amaba lo bueno con su mente, sino con sus ágiles sentidos y su orgullo y deseo juveniles». La cita, para mí, está dedicada, también, a Arturo.

Yo no sé qué vejez tendrá Pérez-Reverte, pero le auguro, aunque él no lo crea, una en la que se parecerá más a Fitzgerald que a Hemingway, más al de *El pintor de batallas* o *El tango de la Guardia Vieja* que a *La Reina del Sur*, por poner ahí una novela en la que se empleó a fondo para combinar guerra o violencia, sexo y rabia, en la que hasta el sonido del mar se percibe como el rugido de la sangre en una batalla. Él se parece a *La Reina del Sur*, en potencia de sonido, pero lleva dentro, oculto por el sonido y la furia, el tono cansado que algún día lo llevará a pintar batallas que son más propias del alma que del brazo.

Urgente rescate de Rafael Conte

Le hemos hecho muy poca justicia a este hombre gracias al cual se levantaban editores, libreros y escritores a ver por dónde iba la historia presente de la literatura de España y del mundo. Él mismo no se hizo justicia, ni se dio importancia, ni siquiera hizo valer la enorme influencia que ejerció entre nosotros, los lectores que lo seguimos desde la adolescencia en nuestros gustos, cuando dirigía el cuaderno literario de *Informaciones*, periódico cuya redacción abandonó para irse de corresponsal a Francia, su país tan querido.

Rafael Conte Oroz era un maestro, pero nosotros, sus discípulos, lo sentíamos tan cercano, eran tan cotidianas su presencia y su afecto, su conversación tan llana, tan asequible, tan natural su memoria poblada de nombres propios y de libros enteros, que encontrábamos naturales tanto su desparpajo vital como su cultura, su hambre de comer como su hambre de leer.

Su vida estuvo plena, sin embargo, no necesitaba ni halagos ni abrazos matutinos para superar los momentos más peligrosos del día, cuando te preguntas qué demonios hago aquí. Leer era para él la aventura de vivir, hacer leer (lo que en realidad constituyó su oficio de crítico literario) no fue su vocación, sino la consecuencia eficaz de su manera de ser, que era la de lector.

Era el lector total, voraz, no había un libro de los que le llegaban que no lo tuviera en vilo hasta que decidía si valía o no la pena recomendarlo a sus amigos y a los lectores.

Ésa era su pasión, leer. La ejerció en *Informaciones* y luego en *El País*, donde dirigió sus primeros suplementos literarios y donde fue mi redactor jefe. Hacía de periodista cuando en realidad tenía que haber sido el bibliotecario mayor de aquella casa, el lector que nos ilustrara cada día sobre el oficio más bello del mundo: el oficio de leer. Fue recibido en el diario con

las trompetas que tocaban: era el crítico literario más respetado de los que escribían en periódicos españoles, venía dotado de una experiencia francesa que lo facultaba para ver la España de principios de los ochenta con los ojos que se le fueron educando al contacto con aquella cultura tan envidiada, tan lejana y tan próxima, y no sólo se le celebró así, con palmadas en la espalda, sino que recuerdo que eso se puso por escrito en un periódico tan parco en elogios a los propios o a los que venían.

Se dijo entonces, y era verdad, fue verdad hasta muy tarde, que la memoria de Conte, su inmensa cultura de lector, lo convertían en un lujo en cualquier redacción, pues era capaz de sacar del cajón (entonces ésa era una metáfora comprensible: las mesas tenían cajones como ahora los ordenadores tienen archivos) lo que fuera preciso en cada secuencia informativa: un editorial, una reseña, un recuerdo por un premio literario o por el castigo que tantas veces despertaba a las redacciones: las noticias que traen las muertes. Con ese bagaje entró en el periódico este hombre que no había nacido para los horarios.

Trabajar en un periódico, si tú tienes la pasión de Rafael Conte y de algunos otros letraheridos de la época, puede llegar a ser un martirio. Una vez que se calmaron los elogios, Rafael recibió encargos ajenos a su vocación estricta y tan amplia, leer, leer, leer hasta el final del día y de los tiempos. Cumplió esos encargos con rigor y a su manera, pues él no estaba educado para las noticias (ni siquiera cuando fue corresponsal en París era consciente de que el oficio de un periodista es, ay, el de dar noticias, y lo otro son bellos paisajes que regalan el oído, pero no sacian las portadas de los diarios).

Así que muchas veces tuvimos que ser otros los que lo hiciéramos aterrizar de las nubes de su comprensión periodística hasta el terreno real de las informaciones. No le importaba: él jamás se tomó a mal que le reprendiéramos sus valoraciones, estaba siempre dispuesto a admitir que su experiencia como lector y crítico y la nuestra como periodistas dedicados en exclusiva a ese oficio iban por caminos distintos. Cuando confluíamos, es decir, cuando a él llegaba una noticia literaria que lo ponía en vilo, Rafael Conte se crecía por encima de todos los demás y convertía el suplemento que dirigió o la sección de Cultura en un espectáculo que daba gusto leer. Con él estaban, destacadamente, Alejandro Gándara y Vicente Verdú.

Verdú era su amigo, los dos eran la conciencia del periódico, en el lado de

la cultura. Javier Pradera era un titán, su figura consolidaba en sí misma, en aquel cuerpo grande, el examen de lo que ocurría, el peso de la opinión. No estoy seguro de que siempre fuera así, o de que el periódico lo pensara, en el caso de Verdú y de Conte. Pero jamás vi entre ellos un gesto que contradijera lo que vengo diciendo: Conte nunca decepcionó su carácter, era un niño grande que simulaba entre los suyos que era el jefe, cuando en la realidad de sus sueños se veía a diario en una butaca llenando su gusto y su memoria de libros nuevos o de libros viejos que su lectura rejuvenecía. Estaba en el periódico, pero en realidad estaba siempre en otra parte, algunas veces en sitios muy concretos, como París o Navarra, y otras veces en el aire fértil de los libros. Por *El País* pasaba, su mente vivía en otra parte.

Nadie influyó tanto como él en la crítica de libros. Hubo novelas, sobre todo novelas, que se vendieron más allá de cualquier expectativa gracias a que él las recomendó. Los libros que pasaban por sus manos terminaban siendo considerados en las estanterías, los escaparates o las mesillas de noche porque los había recomendado Conte. A pesar de que le gustaba ser tenido en cuenta como un buen crítico, nunca lo vi rebuscar en la vanagloria, ni tampoco aceptaba viajes o parabienes que le interrumpieran el oficio que había interiorizado como parte de su alma.

Era un gran hombre a quien no supimos despedir; urge su rescate, el rescate de su ejemplo, una crónica general de su buen juicio, de su manera de hacer, de su voluntariosa, casi adolescente manera de ser. Murió un verano difícil, el de 2009, yo estaba viajando a Baleares, era quien debía hacer la necrológica en *El País*. Sentí que entre mis recuerdos más hermosos estaban también sus consejos, su manera de pedir sin exigir, su grandeza mezclada con una humildad que nosotros no supimos comprender. Ni siquiera el periódico, un pez frío tantas veces, supo prolongar en él el homenaje que le dio como bienvenida. Al contrario, lo trató (lo tratamos) como uno más de los redactores que, como es nuestra obligación, debemos llevar noticias para cumplir el sagrado rito de hacer que siga ardiendo el fuego de campamento que constituye el periodismo.

Feliciano Fidalgo, amigo de Conte, nuestro amigo, quemó hasta sus últimas plumas de pájaro de prensa viniendo a la redacción aunque ya no supiera dónde estaban sus papeles. Conte enfermó un día y fueron decayendo su entusiasmo, su fervor y su dicha mayor, la lectura, pues como a Feliciano a él también se le entorpeció la vista y ya al final ni respondía los correos ni

sentía que debía hablar por teléfono.

En el caso de Rafael Conte, dejar de leer fue despedirse para siempre. Cuando supe de su muerte, al bajar del avión en una de las islas Baleares, sentí el desaliento de alguien que no supo quererlo, acaso porque él tampoco sentía que debiéramos quererlo tanto como se merecía. En realidad él merecía libros, se los leyó todos, desde Marcel Proust a Juan Benet, desde Virginia Woolf a Carmen Martín Gaité, y en esa pira infinita de lecturas quemó su cuerpo y salvó su alma, para beneficio de quienes lo leíamos y para ejemplo de los que ahora siguen creyendo que leer es un oficio y no una voluntad de la alegría de vivir. Cuando dejas de leer, si eres Conte, tampoco sobrevive la pasión por estar vivo.

Zona de música: Ricardo Piglia

Conocí a Ricardo Piglia por teléfono; le invité a ser jurado del Premio Alfaguara. Entretanto se mezclaron noticias difíciles sobre un premio que le habían dado y al final él sintió que esas brumas debían dejarle en Argentina. La vez que lo encontré en persona estaba sobre un estrado, en un Festival Hay, en Oaxaca, México. Me extrañó su modo de sentarse, en cuclillas, sus pies sobre la silla. Hablaba de Borges, sobre todo, y lo hacía de memoria ante el descampado poblado de gente. Luego pude decirle cuánto admiré su discurso, su ritmo sin tacha, su música de decir. Después me asombró su sabiduría discutiendo en Buenos Aires, y aunque ya conocía su cultura escrita y hablada, en mi memoria, más que sus palabras y su sabiduría, lo que me siguió llamando la atención fue aquella manera suya de sentarse, la voluntad con la que trataba de doblegar sus piernas. En Madrid, años después, lo entrevisté y ya observé que le resultaba difícil gobernar sus manos. Un mensaje suyo, más adelante, me explicaba que padecía ELA, escribía dictando, y luego escribió sólo con su inteligencia, mirando, lector imponente de sus propias palabras nacidas en la música contenida en el cerebro. Hasta el último suspiro esa inteligencia inspiró su presencia en la tierra, puesta en marcha cuando era un niño que leía al revés en la puerta de su casa.

Jorge Fernández Díaz, entre mamá y Marcial

Jorge Fernández Díaz es un periodista de los de antes: toma notas, escribe durante diez horas una columna de mil palabras, porque no se fía de su memoria ni de lo que le dicen, y no inventa nada. Se llama como un beato exministro español, y estoy harto de explicar por qué no es él.

Su nacimiento a la narrativa periodística tiene que ver con la ficción y con los sentimientos. Inventó por necesidad, porque su periódico, *La Nación* de Buenos Aires, le encargó que entretuviera a sus lectores buscando en los sucesos la materia de sus tramas ficticias.

Así hizo, durante años, reportajes verdaderos, e históricos, en su país, y también verdades en forma de cuentos. Esa desfiguración lo convirtió en un autor tan leído que se hizo común en las fábricas y en las sobremesas, también en las de los hogares pobres. Ni siquiera cuando ya se hizo famoso por sus novelas, que son *best sellers* absolutos en su país, perdió esa mirada de chico asombrado que expresa gratitud hasta por respirar gratis.

Educadísimo, pocas veces lo escuché blasfemar, pero sé que blasfema; lo que quiero decir es que lo hace sin levantar la voz: «laputamadre» lo dice como si dijera «venacá», con el tono que usaría para hacer una confidencia o para confesarse. Es hijo de asturianos que dejaron su país para emprender una aventura que ya duró toda la vida. A veces Jorge va a la tierra de sus padres, con los ojos aguados, a dar abrazos a primos y a otros parientes, todos los cuales han debido de leer *Mamá*, su libro más emocionante y más raro, de una riqueza emocional superlativa, el libro que yo más he regalado en los últimos años de mi vida. Y lo regalo para abrazar, como regalo *Las pequeñas virtudes* de Natalia Ginzburg, para que mis amigos lean el perfil que allí aparece de Cesare Pavese, el gran desamparado. *Mamá* es el reportaje más increíble de los que escribió nunca Jorge Fernández Díaz, y el mejor de todos los que ha hecho. Su fama en Argentina la debe ahora, también, a dos novelas poderosas, *La herida* y *El puñal*, donde se dan la mano, a puñetazos, a

navajazos, a puñaladas, la sangre y la política.

Donde además se ha labrado una existencia de cronista sólido es en la política argentina, que es como un campo revuelto lleno de cazadores furtivos. Últimamente hace radio, en Radio Mitre, y se ha tomado la libertad de leer, cada noche, en la emisión de mayor audiencia que tiene a esa hora la radiodifusión argentina, cuentos ajenos que no son siempre entretenidos o comprensibles. Y no decae la audiencia: la atrae con la cadencia con que dice «laputamadre» o «venacá». En un tiempo hizo en su periódico series de suspense. Él había roto con su padre, Marcial, asturiano como Carmen, su madre célebre por lo que ya dije, es la mamá de *Mamá*. Y un día aquel padre esquivo, que nunca entendió por qué su hijo abrazó un oficio tan arrabalero como el periodismo, le dio una noticia que él no hubiera esperado ni de Carmen, su madre.

Jorge comía cada día en el mismo bar, cerca del periódico, en el barrio que termina en Puerto Madero, cerca de La Recoleta bonaerense. Y en ese bar se escuchó el timbre de un teléfono y en seguida un anuncio: «Jorge, te llama tu padre». El susto se puede verificar aún en la manera como lo cuenta. Pero lo que siguió vale por un premio literario a toda una vida. Marcial lo llamaba para preguntarle algo sobre el relato del día. Los compañeros de su trabajo le pedían cada día que le pidiera a su hijo que les contara el final del suspense. Y le llamaba para saber de su propia boca, sin especulaciones de bar, si el protagonista del cuento que estaba en curso en su serie iba a morir al final o no. «Sí, papá, muere.»

Cuando murió Marcial, por cierto, Jorge me llamó, y estaba llorando. Conozco una historia que se le parece: la de Mario Vargas Llosa, que tuvo una relación imposible con su padre, pues él no aceptó nunca que fuera verdad que estuviera vivo, después de creer durante sus diez primeros años que el paraíso era la madre y que el padre había muerto y estaba en el cielo. Pero el padre apareció, para su desgracia, lo convirtió en un soldado de un colegio de violentos, para curarlo de la mariconería que iba a recaer sobre él si no lo curaba la instrucción, pero al final de su vida... Bueno, eso lo leerán ustedes donde corresponde. Algo así le pasó a Jorge con su padre, pero la vida de aquél siguió y Marcial perdonó a su hijo por haberse hecho periodista, y lo perdonó gracias a que entre sus amigos del trabajo el hijo al que él no quería periodista creaba pasión con sus intrigas.

Pero la leyenda más verdadera de Jorge Fernández Díaz, la que lo retrata

como un periodista contumaz y como un narrador desconfiado de los lugares comunes, es lo que le pasó con su madre. Un día ella volvió, una emigrante asturiana que a los dieciséis años fue mandada por sus padres a luchar contra el hambre en Argentina, de la consulta con el psiquiatra. «¿Y qué pasa allí mientras hablas?», preguntó Jorge. «Nada —respondió ella—. Yo hablo y el psiquiatra llora.»

Esa locura clínica, esa anomalía, sentó a Jorge ante su madre para hacer la entrevista crucial de su vida. De ese medio centenar de horas sentado con la que lo trajo al mundo nació *Mamá*, un libro que publicó hace dieciséis años y que está en todas las estanterías sensibles del mundo de habla hispanoamericana.

Mamá y Marcial. Menudo dúo para un cronista. Aún hubo otro factor. Tras la madre y el padre estuvo el maestro. Y éste fue Tomás Eloy Martínez, quizá el mejor narrador de América Latina de los que vivieron, como Sergio Ramírez, en los afluentes del *boom*. Tomás Eloy, director de periódicos en Argentina, Venezuela y México, narrador de voz y de escritura, inventó leyendas basadas en la realidad, y lo hizo juntando música y palabras hasta conseguir ritmos inigualables (léase, ya lo he dicho, *Lugar común la muerte*, para comprobar cómo la escritura de periódicos también forma parte de las bellas artes) que parecen de otro mundo pero que también son de éste.

De esas experiencias, de esos encuentros, de esas escuchas nace el ritmo de Jorge Fernández Díaz. El principio de una de sus novelas, *La herida*, retrata a una monja desvistiéndose. Lo que sucede entretanto no se puede contar: hay que leerlo. Pues ese principio, como lo que sigue, igual que sucedía en la novela anterior, o como pasa en sus textos periodísticos, adquiere en seguida la sugestión de la realidad. Parece leyenda, parece mentira, pero pronto se hace cierto. Cuando hace periodismo, lo hace al revés: se sabe que lo que cuenta es cierto, pero su magia lo convierte todo en un cuento por el que uno viaja como si leyera novelas.

Pocos periodistas como él pueden transitar con tanta eficacia, y con tanta poesía, por lo que parece increíble y es verdad. Cuando lo rescato para ponerlo entre las primeras personas de este libro se ha ido a París con Verónica Chiaravalli, su novia. Quiere escribir desde allí el libro de su vida. Pero él sabe que volviendo a la casa de sus padres, o al bar donde un día lo encontró Marcial para preguntarle cómo terminaba un serial, este hombre dubitativo, hijo fiel, educado ser humano, tiene todos los temas ya indicados

para seguir narrando como mandan los ángeles de la música que tienen dentro el periodismo y la literatura. Y él escribe, a la espera de que un día lo llame Marcial. O su madre.

Ahora, cuando corrijo estas galeradas, él me avisa de su madre. Ya no recuerda tanto, ya no sabe si está en Buenos Aires o aún no ha salido de la casa natal en Asturias. Mamá. Habla de ella y yo siento que veo a la mía llegando triste a un hospital y ya no está.

Rosa Montero, la velocidad de la luz

Nació para ser la primera de la clase, y no sólo fue eso, sino que fue la primera y la única de la casa. Un día, cuando escribió *La loca de la casa*, su ficción más pura, más humana, más radicalmente literaria pues trataba de la imaginación, presenté la novela a su lado en la Feria del Libro de Madrid. Me senté creyendo que todo era verdad y que ella era la gemela en esa obra. Ahí supe que, efectivamente, en contra de la suposición de que escribía de una gemela, ella había sido y era hija única, la única de la casa.

Era tan eficaz, tan convincente, que me creí, como un idiota, que era una novela de no ficción, una historia real novelada por ella, que era cierto que era una de esas gemelas de la novela. Cuando acabé mi parlamento, bajo aquella carpa soleada del Retiro, Rosa se acercó y me dijo, delicadamente: «Yo soy hija única. Y todo está inventado, menos alguna cosa».

Ésa es Rosa Montero, la que te rectifica delicadamente. Está habitada por una madre y por una maestra a la vez. Es ordenada y rápida, sensible y solidaria, una persona de las de antes; se detiene en ti como si fueras el único de la reunión, y tus asuntos pasan a ser suyos seguramente porque ya pasó por gran parte de las experiencias, la tuya también. Cuando te dice que algo has hecho mal, es más que probable que tenga razón. De ella tienes que esperar, por tanto, que te rectifique, que te aconseje, que te advierta de que eso que dices ya lo dijo otro o no es así «de ninguna de las maneras», o simplemente que te oriente en un mundo en el que ella lo ha visto ya casi todo. En el periodismo, en la literatura y en la vida en general.

Ésa es una forma de ser que no le resta solidaridad (ante los errores ajenos) ni una manera propia de la ternura, porque lo que dice no tiene la intención de herirte ni de menoscabarte sino de hacerte mejor, más acorde, diría ella, con tus propios valores, que, si no te enmiendas, se te van a escapar. Hay en su mirada, rápida como su palabra, un celaje de alegría y asombro, aunque parezca que viene de vuelta de todo. De una incursión efímera en tus ojos ya

ella puede deducir cuál es tu estado de ánimo, en qué lado de la piel o del alma debe acariciarte para que no desfallezcas, o en qué lado del hígado se infla tu ego para rebajártelo. Si estás enfermo seguramente sabrá qué medicamento va a curarte, ella ya pasó por ese trance, o hubo un amigo que sufrió igual padecimiento. Todo lo hace para ayudarte, por eso a su alrededor tiene desde chica algo así como un millón de amigos de los que también cuida su salud. Un día me preguntó en su presencia Héctor Abad Faciolince qué sitio de España le recomendaba para vivir. Y antes de que yo le dijera «Málaga», que era mi intención, ella me atajó y le dijo: «Portugal, sin ninguna duda».

Era un espectáculo verla escribir en la redacción de *El País*, y el periódico hizo mucho uso de su calidad y de su esfuerzo. Se enfrentaba a la máquina, y a los temas, como si fuera una becaria a tiempo completo, disponible para hacer lo que fuera y a la velocidad de la luz. Entrevistas de alto riesgo, crónicas decisivas. Con frescura y aplomo, te la encontrabas en un pasillo oscurecido dándole a la máquina y frotándose de vez en cuando las manos presurosas, cansadas de teclear. Como si estuviera aplaudiendo a la velocidad de la luz. No sé si le fue bien pagada (me refiero al aplauso afectivo que los periódicos regatean tanto) esa disponibilidad, pero no era su estilo quejarse, o al menos en público no la vi rendir esas cuentas privadas.

Había que verla trabajar para entender hasta qué punto en esta muchacha, que se había hecho a sí misma en diarios y revistas y había recalado en *El País* a punto de que se publicara su primera novela, *Crónica del desamor*, habitaba la capacidad de ser ella y otra a la vez, la luz y la sombra, la alegría y también la huella que produce haber conocido alguna vez la angustia y el dolor. Aun así, como al personaje de Hemingway, yo no la vi triste una mañana. Y hubo en su vida, ésta es la verdad, muchos cristales rotos que ella recogió, con pudor y parsimonia. Con delicadeza.

Era una mujer que iba y venía, siempre tenía algo que hacer, y siempre lo hacía: no perdía el tiempo en quejarse de las tareas que le sobrevenían. Las hacía. Era una mujer que hacía. Eso en periodismo es impagable, y es el barbecho de su literatura. Era un continente humano incontinente, un país entero, inteligente desde la mirada a los pies, sabía no sólo de tus hechos sino de tus pensamientos. Esa capacidad de intuición la hacía temible, pues tú sabías que sus diagnósticos iban a dar exactamente allí donde más te dolía.

Y además de todo eso que sabías o intuías de ella, de su velocidad para entender a los demás, dentro de Rosa Montero había un torrente de fantasía que un día explotó hasta hacer de ella no sólo la mejor entrevistadora de su generación (y de *El País*), sino la mujer que iba a dar rienda suelta a todos los géneros posibles del oficio de escribir: la historia, la novela de ciencia ficción, la novela propiamente dicha, la autobiografía, la memoria. Su capacidad fue abarcando, poco a poco, el amor, la fantasía y el dolor; en esta última faceta de su personalidad, esta vez hondamente herida, tuvieron que pasar algunos años hasta que pudo abordar, gracias a unos textos de Marie Curie sobre sus propias pérdidas, el vacío tremendo que le dejó la muerte de Pablo Lizcano.

Una noche me encontré con Rosa Montero en el hotel Santo Mauro, el mismo día que vi a Peter Mayer por última vez en Madrid. Él había venido a una reunión en la que le iban a comunicar que ya no eran útiles sus servicios como asesor de Santillana. En un instante de aquella reunión de sillones mullidos quise irme, salir, y me fui hacia el cuarto de baño del hotel en el que también tuvimos a Paul Bowles y a tantos otros. Ella me sonrió desde una de las butacas de un salón del hotel. Algo sucedía y yo no me daba cuenta, todo me dio vueltas. Al lado de Rosa estaban Joaquín Sabina y otros; embutido en un albornoz azul oscuro, sentado en una silla que debía de ser de ruedas, un hombre me sonreía con los ojos. Su aspecto era el de alguien que estaba ya muy enfermo. Y en seguida vi en sus ojos la risa concentrada en la mirada de Pablo Lizcano, el marido de Rosa, periodista, escritor, cuya ironía inteligente se concentró siempre en los ojos. Y ahí estaba, sólo él podía mirar, sonreír, así.

Pablo Lizcano. Se sabía que estaba enfermo, muy enfermo, y ahí estaba, sonriéndome desde la constancia temible del porvenir, en un hotel lleno de casualidades. No supe qué hacer, ni qué decir, saludé y seguí mi camino, culpable de seguir caminando como si tal cosa, escuchando la voz del tiempo decir palabras que yo no podía repetir, y triste, asombrado de los mensajes casuales y terribles de la vida.

Ahí estaba Pablo y ahí estaba Rosa, diez años atrás, y ahora estoy en Málaga, donde la escucho, en un salón de La Térmica, hablando con Héctor Abad Faciolince de la literatura de los que padecen duelo. Ella cuenta lo que ocurrió tras la muerte de Pablo, el duelo, el afán, la escritura, el infinito e

imposible borrado de las circunstancias y al fin la paz irremediable del recuerdo. Escribió un libro a la manera de Marie Curie (*La ridícula idea de no volver a verte*) a la muerte de su marido, y gracias a ese texto pudo superar los tiempos que marca el duelo. Mientras Héctor habla con Rosa, los dos ante Tereixa Constenla, mi compañera de *El País*, del asesinato de su padre cometido en plena calle en Medellín, Colombia, mi imaginación vuelve a aquella noche en Santo Mauro.

Rosa había escrito aquel libro a partir de la pérdida de Pablo, a quien veo en mi memoria sentado en su silla de ruedas, abrigado con su albornoz azul oscuro, y Héctor había escrito *El olvido que seremos*, que ya se había convertido en una metáfora del horror vertido e hirviendo sobre Colombia. Los recuerdos implacables, los parientes solos, Rosa, Héctor, ante un papel en blanco buscando la primera y hasta la última palabra del relato que no hubieran querido escribir nunca. Uno jamás vuelve sino herido del duelo del amor o del duelo infinito de la muerte.

Mientras ellos hablaban mi memoria iba y venía de lo que ocurrió diez años atrás, cuando Héctor escribía ese libro que ahora rememoraba en Málaga y Pablo Lizcano, con Rosa, se despedía de algunos amigos con los que yo me crucé por el azar que domina esta parte de la vida.

Desde entonces, desde ese dolor, veo a Rosa Montero como la hija única, en efecto, pero también como una mujer única, que a veces se escurre entre la ficción de sus libros y la apasionada velocidad de sus gestos para dejar de pronto la mirada fija en un punto lejano donde están las memorias con las que detiene por dentro incluso la velocidad de la luz que la conduce.

Héctor Abad Faciolince, el niño asustado

Héctor Abad Faciolince ya era un niño asustado y sonriente, rubio, peinado con guedejas, suave y solícito, cuando vino a Madrid a presentar *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1997), uno de sus primeros libros. Me fijé en su rostro, tan reluciente, tan dispuesto a la alegría de vivir y escuchar, y desde entonces siempre lo hago, cómo ha podido mantenerse así, con su piel suave y tersa, como la de un niño, con sus ojos que aún brillan como si en efecto le esperara una sorpresa, allá va, incluso cuando va a terreno hostil o indiferente.

Su gran sorpresa en la vida había sido un susto mortal, un drama que aún permanece indeleble en su cara. En ese momento en que lo vi en Madrid ya había sido asesinado su padre, el doctor Héctor Abad Gómez, por sicarios de Medellín. Lo mataron «al caer la tarde del 25 de agosto de 1987». La historia que siguió a ese hecho está en su libro más elaborado y bello y emocionante, *El olvido que seremos*, pero él no pudo escribirlo hasta 2006 y fue un éxito mundial inesperado.

El asesinato de don Héctor. Entonces eso pasaba a cada rato, el miedo convivía con el aire de la ciudad más peligrosa del mundo y la gente se había acostumbrado a vivir con ello. El miedo era la parte de atrás de la vida, no se hablaba de ello, era como reconocer que el país estaba a medio hacer, o en deconstrucción súbita, total, la vida no valía nada, en cualquier esquina podía aparecer un hombre así, exánime, quieto, muerto, y eso hizo que la muerte fuera en realidad la vida cotidiana.

Al doctor Abad Gómez lo mataron en medio de la calle, venía de trabajar, no sólo era un médico sino también un benefactor, llevaba vida en sus manos, y ahí estaba, muerto por la misma metralla que dejó sin vida a tanta gente en uno de los países más bellos, frondosos y húmedos del mundo. Héctor fue a auxiliarlo cuando ya nada se podía hacer para salvarlo, y en medio de la congoja halló unos versos en el bolsillo del saco de aquel médico sanador de

cuerpos y de almas.

El poema empezaba diciendo *Ya somos el olvido que seremos...*, y la continuación tenía el aire de ser el poema de un maestro seguramente en horas bajas.

La controversia sobre la autoría fue larga, porque algunos falsarios precipitados acusaron a Héctor de haberse puesto al lado de un elefante para parecer más alto. En efecto, aquel poema que llevaba manuscrito don Héctor en un bolsillo del saco tenía escritas las iniciales J. L. B., y fue fácil, por algunos adjetivos y otras metáforas que contenía, colegir que bien podría ser de Jorge Luis Borges. El poema, de todos modos, ya figura en la historia como apócrifo.

A Héctor esa polémica le produjo un disgusto innecesario que tuvo que explicar en artículos que luego se incluyeron en su libro *Traiciones de la memoria*, aparecido cuatro años después de *El olvido que seremos*. Innecesario disgusto, y además de origen banal, porque la historia del poema es más importante que la escritura de éste. Y porque, a fin de cuentas, lo que de veras es un poema sobre la vida y la memoria, y la sangre, es lo que poco tiempo después escribió Héctor en su diario: «Lo encontramos en un charco de sangre. Lo besé y aún estaba caliente. Pero quieto, quieto. La rabia casi no me dejaba salir las lágrimas. La tristeza no me permitía sentir toda la rabia. Mi mamá le quitó la argolla de matrimonio. Yo busqué en los bolsillos y encontré un poema». Cuando conocí a su madre, en Medellín, me fijé en su cara y en sus arrugas, y en su expresión suavizada por el tiempo, y me la imaginé en el llanto de aquella tarde, cómo se fijó en su rostro y en su memoria ese momento preciso en que ella le saca a su marido la alianza, esa metáfora que ya era una reliquia. Su cara eran las arrugas que deja la memoria.

Aquella imagen, los recuerdos del padre y ese verso dieron de sí, con los años, aquel libro, *El olvido que seremos*. Y no sólo eso: abrieron un boquete en su corazón y para siempre. Y luego vinieron otros libros, como *La Oculta*, tan buena historia, pero aquel libro sobre el suceso atroz de agosto de 1987 es como una flecha decisiva que primero se le clavó en el corazón y ahora se mueve ahí dentro como una palabra que nunca podrá decir del todo. Está trabada en su lengua, que es su alma también, aquella experiencia, y la experiencia de contarle lo ha hecho triste más veces, como si ningún relato lo

salvara de aquella sorpresa horrible de quedarse ya para siempre sin ese padre a quien fue a auxiliar en vano. Han pasado los años, las palabras, los libros e incluso las risas, pero ese instante en la vida, ahogado ahora en la historia de una pena, sigue siendo en su rostro lo que le falta al resplandor de su alegría.

He vivido muchas historias cerca de Héctor. Cuando quiso reconciliar a Mario Vargas Llosa con Gabriel García Márquez —un asunto imposible, no era tiempo, ya Gabo no conocía y a Mario no le pareció conveniente—, cuando me pidió que fuera el intermediario de una petición de escritores (estaban Fernando Vallejo, García Márquez, Álvaro Mutis, él mismo) para que se acabaran las exigencias españolas que hacían tan inaccesibles las fronteras españolas para los colombianos...

He vivido junto a él el drama de Colombia tratando de zafarse del uribismo y de otros inconvenientes graves para la paz en su país, y también supe de la desgracia de su ruptura con Fernando Vallejo, con quien tenía una relación filial que ya no existe. Pero he preferido convertirme en estas letras en testigo de su mayor drama, que él sobrelleva con una sonrisa que debe de ser la que aún había en su rostro antes de que llegara a su casa la peor noticia de su vida, la que precipitó la imposibilidad del olvido que seremos. Cómo ese disparo del azar maldito de la vida se clavó como un puñal en su sonrisa, que ahora persiste amenazada por el llanto que produce escribir y recordar.

Zona de asombro: Ingmar Bergman

Yo no quería entrevistar a Ingmar Bergman. Un amigo común, Gabi Gleichmann, concibió el encuentro como un regalo, pero era 1990 y yo estaba triste. Nevaba sobre Estocolmo, a las once de la mañana mi hija dormía en mi habitación y la ciudad estaba a oscuras. Me acuciaba el momento, pues en una hora debía presentarme para preguntarle por su vida al cineasta mayor de Suecia. ¿Y si Bergman cancelaba? Me puse todas las ropas de diciembre y anduve por aquellas calles blancas que me miraban con un desconsuelo gris. Al llegar al Dramaten subí unas escaleras viejas y ante una puerta de madera vi a un hombre de ojos grandes y oscuros, asombrado y alegre, dándome la bienvenida a su vida. Parecía un leñador, vestido de verde, la frente despejada, aquellos ojos, la boca en punta, sus ganas de hablar. Le pregunté por su infancia y él se quedó mirándome a los ojos: «¿No debería ser usted actor?», me dijo. Me contó su niñez a borbotones, como si de pronto hubiera hallado la pregunta que necesitaba para hacer útil aquella hora con un periodista. Al final nos tomó fotografías y nos hizo compartir una manilla de plátanos que dominaban con su color amarillo sueco el cuarto que tenía como oficina en su teatro. Fue un momento feliz. Por la noche, Gabi me contó que lo había llamado. Como yo, Bergman había deseado que se cancelara la entrevista por incomparecencia mía, porque él tampoco estaba muy feliz esa mañana.

Cees Nootboom, el hombre que se fue de casa

Cuando era un adolescente Cees Nootboom dejó su casa, dijo adiós y cerró la puerta. Le dijo a su madre basta, me voy, y desde entonces no paró de viajar. Pero se queda en todas partes, tiene de la casa la imagen de un barco o de un país o de una habitación de estudiante, o del solárium de un vagabundo.

Él se va y sigue teniendo presente la casa que dejó atrás, la busca y la encuentra cada vez que se desplaza. La casa matriz va con él, está en sus libros, jamás ha dejado, como Samuel Beckett, el sitio del que se fue cerrando la puerta. Beckett dejó una isla, Irlanda. Nootboom es una isla en sí mismo, se desplaza como si fuera también un barco. Nadie deja la isla, decía el irlandés, ella va contigo, es tu casa, se va contigo.

Cees es un viajero sedentario, él ya no se quiere ir de ninguna parte, por eso continúa viajando, para encontrarse en los paisajes que ya vio o en los lugares con los que sigue soñando. Todas las suyas son casas distintas y en realidad son la misma casa, la que va construyendo a su modo mientras llega.

Al entrar se encuentra a sí mismo, esperándose. Ya no está su madre en ninguna de ellas, pero en todas estuvo, pues aquella huida no fue de ella sino acaso de sí mismo: huir para encontrarse, ésa es la esencia de su literatura. Mirar afuera para encontrarse dentro. Su madre fue longeva, como lo es él. En cierto modo se encontraron de nuevo en el tiempo, pues al final ella volvió a ser el lugar de la conversación y el abrazo de la infancia, refunfunando los dos, siempre inseparables en la alegría y en el disgusto.

Ha habido muchas especulaciones a partir de su huida de casa. En realidad, Cees se fue del ruido de la guerra que mató a su padre.

Las casas de Cees. Tiene una casa de campo en Alemania, allí está rodeado de quietud y de libros, ha de viajar durante horas para conseguir un periódico, eso no lo perdona, y prepara maletas para volver a casa. Pero ¿a qué casa?

¿Dónde está su casa, si tiene casas allí donde va, suyas o prestadas? Tiene una en Ámsterdam, adonde vuelve como si quisiera restituirle a la madre su presencia. Y tiene una en Menorca, su patio está lleno de cactus, su despacho es una construcción hecha para escribir, un rectángulo blanqueado, perfecto. La iglesia blanca de Cees Nooteboom.

Ha viajado por todo el mundo. Y entre los viajes que ha hecho hay uno muy singular, buscando las tumbas de los grandes escritores que a él lo han afectado como primeras personas de su historia. James Joyce, Elias Canetti, Graham Greene, Virginia Woolf... Para todos tiene un retrato o una historia, como si los viera vivos y hablando, o escribiendo, bajo esas losas a las que él presta imaginación y recuento. Un libro similar fue *533 días*, que escribió a lo largo de ese tiempo que precisa el título sentado ante sus cactus de la casa de Menorca. *533 días* es paciencia: él está sentado en medio de un jardín y le van viniendo sucesos, escrituras ajenas, rememoraciones. Cada instante le propone un viaje distinto, una visión de Elias Canetti con Thomas Bernhard, Heidegger, el tedio y la creatividad, la diatriba Borges/Gombrowicz en Argentina, Safranski y el murmullo del filósofo, Medellín y el latido del corazón de Héctor Abad Faciolince... Y, en medio, los cactus de la casa y el latido de todas las latitudes por donde va teniendo casas de las que tiene llaves o a las que vuelve como si las tuviera o no le hicieran falta.

«Es difícil, sí, responder a qué casa vuelvo», me dijo cuando le pregunté por esa abundancia de domicilios, la de un holandés errante. «Ámsterdam es la casa en la que están mis libros, manuscritos y diarios, pero vivo cada vez más en otras partes. Ahora estoy en esta casa de Alemania, una casa grande de campo, aislada, con prados, selva, una casa de amigos en la que también hay una biblioteca muy grande en alemán, tiene todo lo que necesito para trabajar.»

En todas partes ha almacenado libros, como si con cada uno de ellos contara las experiencias del tiempo. Como si fuera un soldado del viaje y quisiera rendir tributo a la base, donde tiene el recuerdo de la madre que lo ve partir y del padre que escuchó con él los bombardeos de la guerra mundial; los libros más importantes, los que atesora, están en Ámsterdam. Y están en Menorca, «pero a veces no los encuentro, ¡o quizá están en Internet y ahí no los quiero buscar! En el mundo hay grandes bibliotecas, nunca me perderé escribiendo porque no encuentre un libro».

Es el movimiento continuo de un hombre que sostiene el ritmo de un

campesino. «He viajado toda mi vida, pero siempre he buscado sitios en los que quedarme un tiempo largo. El ensayo *En el ojo del huracán* lo escribí en una habitación de hotel mientras el mundo giraba a mi alrededor, hundiéndose, y yo estaba totalmente tranquilo.»

¿Por qué no paras?, le pregunté, él se estaba preparando para hacer un viaje a Canarias, o a cualquier parte de América. «Viajar para mí fue lo normal desde los diecisiete años; soy un niño de la guerra mundial, perdí a mi padre en ella, mis padres ya se habían divorciado antes, todo era un caos y toda mi vida he intentado curarme de este caos.»

Está en su casa, como en Menorca, pero sin cactus. «Me decías que mi escritura parece paciente. Ahora mismo miro hacia fuera y no veo más que selva y prados. Aquí se tiene todo el tiempo para reflexionar y escribir. Es el secreto de *533 días*.» El tiempo y los cactus. Él mira hacia dentro, esa cabeza grande, las manos cruzadas sobre un pecho ancho, sus manos a la espalda mientras camina. Hay algo de Cees que siempre me produce la impresión de que está a punto de levantarse para seguir camino por una vereda que sólo está en su imaginación y en sus zapatos.

Lo vi ahora en su vieja casa de Menorca, mientras corregía mi modo de describirlo; padeció sucesivamente, en el verano de 2018, neumonía, bronquitis y otras alergias. Me contó una operación de hernia que le hizo tiempo atrás su cuñado, el hermano de Simone, su mujer fotógrafa, y que en cuanto acabó la operación recibió el alta y se fue con el cirujano a tomar vino blanco a un ruidoso restaurante alemán. Ahora estaba enfermo y bebía también, como si su enfermedad y sus ganas de vivir como siempre estuvieran en perfecta riña, cada una en su esquina del ring. A su lado tenía todos los libros que necesitaba, y también estaban sus cactus, uno de ellos como un falo sobresaliente sobre el que hizo bromas. Mientras estuvimos sentados en el patio de esa casa vieja que tiene en San Luis Cees dio muestra de su alergia, tosió como un asmático. Luego nos levantamos para ir a donde escribe, en un rectángulo renacentista que hace diez años le construyó un arquitecto menorquín muy callado. Ahí, en contacto con la realidad de sus libros, que son su patria móvil, dejé de toser y lo encontré más joven. En unos días se iba a recibir un homenaje en Alemania; el presidente de la República Federal iba a festejarle sus ochenta y cinco años. Entre sus compromisos futuros había tantos encargos que parecía que la neumonía, la bronquitis y las diferentes alergias sólo eran un pretexto para reposar un poco

antes de seguir el infinito viaje que emprendió aquella vez en que se fue de casa. Un holandés sin tierra fija que allá donde llega deja muy honda la huella de su paso.

Guillermo y Miriam en la isla de Gloucester Road

Debo contar antes que nada cómo los conocí a los dos, a Miriam Gómez y a Guillermo Cabrera Infante, a cuyas vidas seguí pegado hasta este mismo momento.

Cuando quise conocer a Guillermo, en el verano de 1972, no pude verlo: acababa de ser sometido a *electroshocks* y padecía lo que Miriam llamó siempre, en inglés, un *nervous breakdown*. Este accidente cerebral lo llevó a la locura y al silencio, a la paranoia y a la sospecha. Y la sospecha estaba fundada en la realidad: no era tal paranoia. La policía cubana los monitorizaba en Londres y en cualquier sitio al que fueran; la expulsión de Cuba, que fue efectiva para los dos en torno a 1965, inició en realidad una persecución que primero temieron como posible y de la que siempre hubo evidencias, decía Miriam, hasta cuando Guillermo ingresó, ya muy enfermo, en un hospital de Londres.

Aquella vez, julio de 1972, yo había encontrado su dirección en Londres, 53 Gloucester Road, gracias a Marcos Ricardo Barnatán, el poeta argentino a quien debo casi todos mis primeros contactos hispanoamericanos. Busqué esa dirección —como haría después con la de 3 rue l'Éperon de París para hablar con Julio Cortázar— en la guía telefónica y me hice con el número, que ya me aprendí para siempre. Llamé, con la timidez de los aficionados. Cuando descolgó, Miriam Gómez me habló muy rápidamente de todos los inconvenientes médicos que hacían imposible que me encontrara con Guillermo. A partir de entonces le escribí cartas que él respondía con rapidez y con gran economía de palabras, de modo que su firma, desde luego grande y hasta espectacular, cubría más papel que sus palabras. Hasta que en 1974, cuando ya fui por más tiempo a Inglaterra, él mismo me dio una cita para las cuatro de la tarde de un día cualquiera de septiembre.

Ese día estaba fijado, no era naturalmente un día cualquiera. Estaba tan obsesionado por encontrarlo que siempre observaba la vida en el metro de

Gloucester Road, cada vez que me bajaba allí, a ver si alguna de aquellas personas que lo tomaban o lo dejaban se parecía al hombre moreno, de gafas quevedescas, que yo había visto en la solapa de *Tres tristes tigres* cuando lo leí siete años atrás. Supe pronto que Guillermo, naturalmente, padecía claustrofobia y jamás bajaría por esas oscuridades del metro que me llevaba a su calle.

Tres tristes tigres era un monumento de alegría, una inconmensurable broma literaria y una obra de arte llena de música, pero también de alcohol y de baile. La leí durante una noche que para mí fue memorable e inaugural, en la que aprendí a bailar dentro de sus palabras, con la estupefacción y la alegría que aún hoy me produce volver a empezar el libro, como ahora mismo, cuando evoco al escritor y a su escudera.

Ese libro cambió mi vida de lector. Amigos míos lo leyeron con tanta pasión que algunos se llegaron a aprender párrafos de memoria, que recitaban junto al muelle de Santa Cruz de Tenerife como si éste fuera un trasunto del Malecón de La Habana al que tanta referencia hacía Guillermo en *Tres tristes tigres*.

Desde que lo leí seguí el difícil rastro de Guillermo, un exiliado en Europa, sumido en el *Swinging London* de los Beatles, enfrascado quizá, pensaba yo, en las fiestas de Carnaby Street, viviendo en una especie de Tropicana anglosajón. Me fui haciendo adicto a todo lo que suponían él y sus fetiches, la música, el baile, los juegos de palabras, la pasión por contar y reír a la vez, por aplaudir con las manos al revés, con burlarse, como hacían los Beatles, de todo convencionalismo. Y lo quería conocer para comprobar si en él se prolongaba su invención de la alegría como la parte de dentro de la literatura cubana.

Un amigo mío tinerfeño, procastrista, Paco González Casanova, a quien yo acompañaba a los barcos cubanos a llevar medicamentos para la Revolución, me regaló una primitiva edición de *Así en la paz como en la guerra*, que se había publicado en Cuba cuando Guillermo era aún tolerado o celebrado allí. Leí en la revista *Índice* un informe sobre su vida difícil en el exilio londinense. Ahí supe que Franco, acaso alertado por sus amigos cubanos, que los tuvo de altísimo rango, también lo había expulsado de España, a él, a sus dos hijas y a Miriam. Escuché hablar de él a universitarios y a librereros. Era

mi escritor, un fetiche.

De modo que ir a verlo suponía para mí una especie de encuentro con el más importante de los escritores que yo podría conocer, mi maestro en el juego de palabras, el que me había hecho lector de sus contemporáneos para ver si en alguno de ellos encontraba rasgos de lo que me había enseñado aquella noche intensa *Tres tristes tigres*. Ya leía a Mario Vargas Llosa, a Carlos Fuentes, a Gabriel García Márquez. A todos los imitaba, expresamente, en la página literaria en la que escribía, en el diario *El Día de Tenerife*, e imitaba también a Guillermo. Estaba infectado de literatura, y *Tres tristes tigres* me infectó para siempre de Cabrera Infante.

Así que ir a verlo era una excursión de carácter especial para un fan tan juvenil como inexperto en encuentros de alto nivel literario. La cita era a las cuatro, y a las tres y media yo daba vueltas ya por las inmediaciones de su domicilio, había calculado las escaleras, el lugar del timbre. Hasta que se hizo la hora exacta y las subí, y toqué aquel timbre. Abrió Miriam Gómez, le entregué una botella de licor Tía María que llevaba conmigo como regalo, y ella me hizo pasar por un estrecho pasillo que me llevó a un cuarto oscurecido en cuyo centro estaba Guillermo, muy bien arreglado, con sus gafas de las fotografías, casi inmóvil, su frente cerrada a los gestos, sus ojos quietos, su mano derecha agarrando un puro, su boca cerrada esperando, quizá, mis palabras. Y silencio, un tupido silencio, los labios sellados del más locuaz y alegre de los literatos que había leído hasta entonces.

Mientras estuve ante él, Miriam me traía café y palabras para aliviar el silencio. En todo ese tiempo Guillermo no dijo absolutamente nada, yo hice todos los esfuerzos por contarle algunas de las cosas que quedan dichas en este prolegómeno, algunas también sobre la identidad cubana de Canarias, sobre los sueños de los emigrantes que quisieron ir desde las islas a La Habana creyendo que era cierto que allí abundaban los tesoros. Y, naturalmente, le hablé de *Tres tristes tigres*, le hice preguntas, traté de ser ocurrente como lo eran los personajes de sus libros.

Agoté todos los recursos. Hasta que sentí que ya no debía intentarlo más y me levanté para irme. Me acompañó Miriam a la puerta, en cuya cercanía me explicó que la enfermedad de Guillermo era transitoria, «la próxima vez hablará, ya lo verás».

La próxima vez fueron muchísimas veces. Aquella casa era nuestra casa en

Londres, de Pilar, de Eva, de mis parientes que vivían o pasaban por allí, de amigos que se hicieron comunes. Guillermo y Miriam viajaron a Tenerife a conocer nuestras tierras y a nuestros amigos, sobre todo a Domingo Pérez Minik, mi maestro; en Madrid fui su anfitrión y su editor, publiqué en Alfaguara su obra completa, o al menos la que me dejó publicar hasta que él mismo consideró que estaba completa. El final de su vida fue en febrero de 2005, murió después de muchos accidentes de salud de los que no se pudo reponer. Fui su lector, luego su amigo, y fui su editor, y en ninguna de esas facetas dejó de ser el fascinante escritor que me tuvo una noche en vilo leyendo el sonido de La Habana desde una cama del barranco de San Felipe, en el Puerto de la Cruz, Tenerife.

El azar de la vida quiso que él muriera justo la víspera del día en que yo me debía reincorporar a mi puesto de trabajo como periodista en *El País*, diario del que fue asiduo colaborador, autor de artículos sobre literatura, cine o política, locuaz compañero de charlas personales, postales o telefónicas, amigo que te alegraba las horas contando cuentos que parecían haber ocurrido un instante antes y que en realidad formaban parte de un acervo cubano que compartían, con precisión, las dos partes de los habitantes del 53 de Gloucester Road, los mejores contadores de historias que yo haya conocido nunca.

Fui también en *El País* el editor de sus textos volanderos, y en Alfaguara no dejé de atenderle, no sólo como editor sino también como anfitrión rendido a sus manías o a sus gustos, a los de ambos. Fui también, en cierto modo, el *edecán* de los dos, el que atendía sus ruegos o sus desencuentros. Recuerdo uno muy grave que supone un resumen de su disgusto común, de Guillermo y de Miriam, con el mundo humano que dejaron atrás cuando se fueron de Cuba, expulsados por el castrismo.

Ocurrió en la casa de una agente literaria francesa, Anne-Marie Vallat, que llevaba los asuntos de una escritora cubana, Zoé Valdés, que alcanzó notoriedad en España por su libro *La nada cotidiana*. Ésta organizó en aquella casa de su agente un agasajo a sí misma que iba a ser además un agasajo a los Cabrera Infante. Invitó asimismo, por lo que trascendió, a Jesús Díaz, el autor de *Las iniciales de la tierra*, que había adoptado también el exilio, después de años en los que transitó por los pasillos de la Seguridad del Estado. Al llegar a la casa de Anne-Marie, Guillermo y Miriam se toparon con la presencia de Jesús y se dieron la vuelta violentamente. No querían ni

verlo. Tras la fiesta y esa huida súbita me los encontré en el hotel Palace; se sentían víctimas de un complot y yo traté de calmarlos.

Aquella confrontación resumía el estado de sospecha en que los dejó el exilio, y en que los dejó también la persecución que se hizo en Cuba de la literatura de Guillermo, como un apestado para el castrismo, persecución mantenida también por intelectuales que siguieron abrazados a la Revolución y que decidieron que la literatura de Cabrera Infante no existía. Ésa era la impresión que tenían Miriam y Guillermo, y quienes habíamos ido alguna vez a Cuba no podíamos desmentirla con fundamento.

Los años de los dos, separados por la muerte, dejaron el 53 de Gloucester Road lleno de recuerdos comunes, de películas y de libros, de pósteres legendarios, de fotografías en las que posan como tigres, tigre y tigresa, mirando a la cámara él, como me miraba a mí aquella primera tarde, y ella protegiéndolo como lo protege ahora, tantos años después de su muerte.

Una de las veces que fuimos a verla, ya muerto Guillermo, Miriam abrió un armario y de allí sacó la botella de Tía María que yo le había llevado tantos años atrás.

Guillermo, que nos puso a beber daiquiri en honor de *Tres tristes tigres*, bebía muy poco. Y desde luego jamás bebió ni gota de Tía María.

Me contó Miriam, en el quicio de la puerta a la que tantas veces toqué para verlos, lo que hizo Guillermo para recordar la geografía de su ciudad inolvidable. «En los primeros años de su exilio en Londres, y en los días más fríos, Guillermo se iba despojando de su ropa, de su saco, de los pantalones, de la ropa interior, de los calcetines, hasta que se quedaba completamente desnudo ante su máquina de escribir, una Smith-Corona que le acompañó siempre. Así, desnudo, cerca de un mapa de La Habana, escribió *La Habana para un infante difunto*.» Miriam se sirvió de un mapa que tiene aún en esa cocina abierta, como un escritorio, y ahí desplegó ella un manuscrito que fue dejado de lado por su marido y que resultó ser un tesoro titulado *Mapa dibujado por un espía*, que ella y su editor de Galaxia Gutenberg, Antoni Munné, decidieron dar a la imprenta. Y resulta que el libro es su prehistoria, el prólogo a aquel silencio en el que lo vi cuando fui a verlo a Londres. Dar a la imprenta ese libro secreto, me dijo Miriam, fue una decisión dolorosa. «Pero tenía que salir.» «La materia de la escritura de Guillermo era él mismo. Y este libro es él mismo, en su dimensión humana más descarnada.» Lo que

cuenta Guillermo en *Mapa dibujado por un espía* le cambió la vida. Ocurrió en 1965, cuando ya había ganado el Premio Biblioteca Breve por *Tres tristes tigres* y era agregado cultural del embajador cubano en Bruselas; fue entonces cuando recibió la noticia de la muerte de su madre, Zoila Infante, y viajó a La Habana para velarla. Lo que ocurrió a partir de entonces fue un conjunto de vejaciones que él relata con la naturalidad asustada de un perseguido. No deja un detalle fuera; es tan minucioso, y tan triste, como el relato de un condenado en un campo de concentración. No oculta la vida doméstica y sus miserias, ni los amores y sus intrigas, y es en todo momento descarnado hasta hacerse sangre, y hasta hacer sangre.

En seguida supo Cabrera Infante que en aquella atmósfera no podía quedarse y decidió que debería regresar a Europa por cualquier medio. Hasta que lo logró. La sensación que tienen Miriam Gómez y Antoni Munné es que él escribió ese relato minucioso y terrible al poco de salir de la isla; probablemente era lo que escribía cuando se desnudaba ante la Smith-Corona en aquellos amargos y gélidos días de Londres, después de que lo sometieran los médicos a los *electroshocks* con los que quisieron aliviarle su crisis nerviosa.

Miriam Gómez conserva en la mesa de su comedor, en el *loft* en el que convirtieron los dos su casa de siempre en Londres, ese mapa minucioso de La Habana. Siguiéndolo paso a paso él recuperó su memoria de la ciudad. Y este *Mapa dibujado por un espía* es también, como dice Munné, «la cartografía de una despedida». Nunca volvió a La Habana, pero se la sabía de memoria. Aquí, en este mapa, esa memoria está intensamente herida. «La Habana era para él un recuerdo, pero allí se le convirtió en un infierno. Reconstruyó, en *La Habana para un infante difunto*, por ejemplo, todo lo que ya se había derruido. Y no tenía nostalgia. Uno no tiene nostalgia del infierno.» Es la impresión de Miriam Gómez.

Ese manuscrito permanecía entre los papeles que dejó Cabrera Infante cuando murió, en febrero de 2005. «No los toques», le había dicho a Miriam. Nunca lo abrió. Ella sabía muchas de las historias que contenía el texto, incluso las más duras para ella, pues ahí su marido contó avatares sentimentales muy íntimos que a ella la podían dañar. Y dejó a Munné que decidiera sobre lo que había en ese sobre cerrado. Dice el editor: «Lo leí en un par de noches en Londres. Fue una sensación tremenda. Es un testimonio enormemente humano y melancólico de alguien que sufre una enorme

decepción. Una decepción que no le viene de nuevas, porque él ya albergaba muchísimas dudas acerca del curso de la Revolución, pero que se le confirma y aumenta. Y cuando digo que es enormemente humano me refiero a la peripecia vital: un hombre joven de treinta y seis años que asiste a una pesadilla kafkiana que le hace comprender que va a perder amigos, familiares, país, y que ve cómo se derrumba todo aquello que había vivido; todo eso son síntomas de que eso no tiene vuelta atrás».

El resultado, para este primer lector, fue «de una profunda tristeza, y esa misma tristeza se ha reproducido en todas las lecturas posteriores». «Te va a doler», le dijo a Miriam Gómez. Pero ella aceptó. «Yo le tenía pánico al libro, conocía el romance que cuenta. Pero me daba miedo leerlo. Lo leí cuando Munné lo había acabado. Fue un golpe terrible para mí. No podía creer lo que estaba leyendo.» ¿Y qué pasó? «Se agrandó mi admiración por él. Él es la materia de su escritura, y aquí está grande, inmenso. Un padre bueno. Un hombre entero, sufriendo, sabiendo que si no se alejaba de aquella monstruosidad, la Cuba de Castro, iba hacia la destrucción. Cuando él vio la realidad se dio cuenta de que no podía ser cómplice de lo que estaba pasando ahí.» La historia de mujeres que hay en el libro es dura, pero no inesperada. «Guillermo era un loco por las mujeres, creía que eran superiores, para él su madre misma era un ser superior. Cada vez que tenía un problema, él se agarraba a las mujeres...»

«*Mapa dibujado por un espía* parece escrito de un tirón», dice Munné, como «un exorcismo necesario, para no olvidar nada». Pero logra mantener el interés en todas las páginas, como un cronista notarial que no quiere que se le escape ni el menor atisbo de las metáforas, duras o simples, que hay en la vida cotidiana. Es el libro más desgarrador de Cabrera Infante. Su descubrimiento, dice el editor, contribuye a conocerlo mejor. «Constituye un testimonio de uno de los más grandes escritores en lengua española. A la altura de lo que fue el viaje a la Unión Soviética de Gide o de la obra de grandes disidentes como Orwell y Koestler.»

Munné reivindica su publicación «como algo que el lector tenía derecho a conocer». Su viuda, Miriam Gómez, piensa lo mismo. «Su escritura era él, él era la materia de sus libros. Cuando lo veía desnudarse ante la máquina de escribir me decía a mí misma: “¿Qué estará escribiendo este hombre?”. Se estaba desnudando por fuera y por dentro. Por eso es tan desgarrador leer ahora este tremendo testimonio doloroso.»

Sentí que debía añadir ese testimonio póstumo que cierra una historia en la que hubo alegría, silencio, amistad y sus sonidos, y silencio otra vez. Silencio, despedida.

Pocas veces en mi vida sentí que un escritor significara tanto lo que alguna vez soñé que era la literatura, baile, alegría, resurrección y debacle, y con esa emoción que me embargó aquella noche junto al barranco sigo recordando a este habitante singular de una isla de dos en Gloucester Road.

Susan Sontag contra todos

Para encontrarse con Susan Sontag había que estudiar muy bien a Susan Sontag. Odiaba los lugares comunes, los chistes fáciles y los juegos de palabras. No te dejaba hacer suposiciones ni irte por las ramas. Estaba atenta como un águila. Cuando te desviabas de su libro de estilo de entrevistada te miraba como si te mordiera una mano.

Cuando llegó a Madrid, en la primavera de 1978, ya tenía el mechón blanco. Sus ropas holgadas, sus pantalones, sus zapatones, el color negro, el color violeta de sus fulares. Interrumpía las preguntas si éstas se desviaban o apuntaban a generalidades. ¿En qué contexto escribe usted este libro de ensayos? «Yo no escribo mis libros en un contexto: los escribo en mi habitación.»

Era muy difícil arrancarle una sonrisa. Su carcajada acababa pronto, como si el ánimo hubiera que administrarlo. Esa vez vino al estreno español de la película *Morir en Madrid*, que produjo Nicole Stéphane, la actriz y cineasta francesa con la que tuvo una larga relación sentimental. Recién enterrado el franquismo, ella pensaba que la Gran Vía se iba a cerrar para ese estreno. «Mis amigos en Nueva York creían que venía al final simbólico de la Guerra Civil.» Pero ya España pensaba en otra cosa. «Cuando yo llegué a Madrid me di cuenta de que el estreno de la película no resultaba tan histórico ni tan simbólico.»

Ya había pasado lo peor de su enfermedad, un cáncer. Ese mal causó estragos en su cuerpo y le dio velocidad a su vida. Ni un minuto sin actividad, una curiosidad abrasadora. Como si se comiera el tiempo.

La enfermedad y sus metáforas fue su libro sobre esa lucha decisiva contra el mal. De ahí quedó, como una bandera, ese mechón blanco. Quería estar a la vez en el Museo del Prado y en Casa Lucio, y en las ventas de la calle, en la Feria del Libro, despierta a todas horas, se llamaba Susan Energía. La vida tenía que ser ruido. En Cartagena de Indias, muchos años más tarde,

convertía hasta la piscina en un ring de sus luchas. ¿Estar quieta en el borde? Qué va. Nadar, nadar, nadar hasta el olvido, como el personaje imposible de John Cheever. En aquella atmósfera con humedad relativa del noventa por ciento, al atardecer gris del Caribe, ella entraba y salía del agua oscura, vestida de negro. Chorreando como si sudara.

Ahí mismo, en Cartagena, sintió que tenía que desafiar a la atmósfera, y cruzó calles en busca de exposiciones o fetiches, sudando su maratón humano, huyendo del silencio de los sitios. En la cena que le ofrecieron sus anfitriones sintió que la herían con su desconocimiento... de Susan Sontag. Y permaneció en silencio hasta después de la sobremesa, como una niña ofendida. Al día siguiente le dije, cuando se iba ya del Caribe: «Quizá debiste ser más conmisericordiosa». «¿Me porté mal? ¿No tuve una actitud adecuada?»

Nunca antes, ni después, vi sollozar a Susan Sontag. Pero ese día lloró, arrepentida de ser la niña que tenía dentro.

Quiso conocer a José Saramago, ver en Lanzarote (donde pudo haber transcurrido su *El amante del volcán*, que sucedió en Nápoles) la geografía de César Manrique. Saramago era una obsesión, su escritura escueta, hecha con fuego, tan terrenal, tan cerca, por otra parte, de un dios raro o imposible que los dos compartían. Estaba exultante, una rejuvenecida Susan entre aquellos volcanes. El distribuidor de sus libros en la isla preguntó por qué Susan Sontag iba a ese hotel en concreto. De todo lo que escuchó, ella entendió la palabra *hotel*. Y preguntó: «¿Ha dicho que quizá éste no es el hotel que me merezco?».

Le gustaba deletrear nuestra lengua, sus nombres propios (Juan Goytisolo, Federico García Lorca, Carlos Fuentes, Pedro Almodóvar, Vicente Molina Foix), pero no dominaba el idioma. A la vuelta de aquel viaje a la geografía de Saramago (y de Manrique), un amigo a quien ella admiraba, Pedro Almodóvar, le preguntó: «¿Y qué se te ha perdido en Lanzarote?». Ella miró a su editor —yo mismo—, que la había llevado de viaje, y preguntó: «¡Eso! ¡¿Por qué me has llevado a Lanzarote?!».

Susan quería una cosa y la contraria a la vez; vivía pendiente del mundo entero, de las noticias, como si fueran volcanes o metáforas. Y de sí misma, claro. Un escritor, su amigo Juan Goytisolo, había enviado a *El País* un artículo sobre *El amante del volcán*, que yo mismo edité en Alfaguara y que

presentábamos esa misma tarde. Juan le dijo: «Y mira, Susan, han preferido publicar otro. He roto el mío, naturalmente». Su mirada bramó, como si el restaurante se hubiera prendido del fuego de sus ojos y éstos incendiaran al culpable. Volcán Susan contra todos. Yo temí que allí mismo cancelara su viaje. Luego vio el gentío que había acudido a escucharla junto a Saramago y Goytisolo y Molina Foix, y entonces se sintió la mujer más feliz del mundo. Pero no lo dijo.

En momentos pacíficos amaba el marisco, la comida japonesa, los restaurantes que ya conocía, los nombres propios, la cultura, las referencias. En ese viaje a Madrid (para presentar *El amante del volcán* y firmar ejemplares) fue casualmente a su caseta la reina de España de entonces (1995). El libro ocurría en Nápoles y ella y doña Sofía departieron como coetáneas que hubieran nacido en el mismo sitio. Luego *El País* la sacó en la portada. Cuando se presentó la novela, unos días más tarde, apareció todo ese público y ella fue feliz. Sonreía. Ahora, por decirlo así, sí se había cerrado la Gran Vía para un estreno suyo.

Te podía desarmar con una mirada, con un desdén. Pero había en su carácter algo que parecía a la vez un volcán y un tormento, una furia de búsqueda y de huida. Su hijo, David Rieff, ensayista, escritor, editor, que viajó con ella aquella vez a Lanzarote y que fue quien organizó que descansara para siempre en París, cerca de donde también está enterrado Samuel Beckett, escribió un libro conmovedor sobre Susan (*Un mar de muerte. Recuerdos de un hijo*). Ahí recoge Rieff un poema de Philip Larkin sobre el terror a la muerte, y él mismo dice de su madre: «Murió como había vivido: sin reconciliarse con la mortalidad, incluso después de haber sufrido tanto dolor; ¡y cuánto dolor sufrió, por Dios!». Le hubiera querido decir a su madre («la melena canosa y negra y la intensidad de los ojos oscuros»): «No te deleites tanto con la vida, siempre la valoraste demasiado».

Un día trabajamos duro para que obtuviera un premio español que ella acariciaba, el Príncipe de Asturias. Hubo suerte, lo obtuvo. Pero fue compartido con su colega marroquí Fátima Mernissi. Le di la noticia desde el mismo restaurante en el que el 11 de septiembre de 2001 recibí su llamada mientras ella miraba con lágrimas el incendio de las Torres Gemelas. Esta vez lloraba de rabia, en medio del desasosiego que le producía ver vulnerado su ego. Ella era Susan Sontag, quién era Fátima Mernissi. Ahora, cuando escribo de ella, cuando la recuerdo, cuando veo sus libros dar noticia de su

estatura intelectual, de su inteligencia, la veo comer marisco a mi lado en las noches que ella no quería que se pararan nunca. Mantuvo la energía hasta el desgarró, y era una apasionada amiga, y también enemiga de Susan Sontag.

Zona mágica: J. K. Rowling

Nunca antes había leído nada escrito por esta mujer, J. K. Rowling, pero esta vez tuve que leerme el volumen siete de *Harry Potter*. Me había concedido una entrevista y era preciso prepararse bien, porque la leyenda había hecho de esta mujer un misterio, una puerta difícil de abrir. Suceden esas leyendas, como sucedió con Bergman. En esta ocasión me asombró, al leerla, encontrarle concomitancias literarias que revelaban una gran cultura de lectora, un desenfado de estilo, un oído especial para la música de escribir. Antes de irme a Edimburgo con Carlota Nelson, que iba a ser quien esta vez transcribiera lo que Rowling fuera a decirme, le pregunté a Graciano García, director de la Fundación Príncipe de Asturias, que la había premiado, por algunas de las preferencias personales de tan misteriosa escritora. «No es nada misteriosa —me dijo mi amigo—. Además, lo que más le gusta es el queso de Cabrales». Compré cabrales, y con él bien envuelto y con el volumen séptimo de *Harry Potter* viajé a Edimburgo. Por la noche repasé el libro, para verificar si en efecto esos ritmos se correspondían, o era mi ocurrencia, con los de Francis Scott Fitzgerald y Gabriel García Márquez. Así que por la mañana la esperé con la impaciencia que había sentido también al ir en busca de Ingmar Bergman. De un taxi cualquiera bajó una mujer de luto que pensé que era su secretaria, avisando de su llegada. Pero era ella misma, J. K. Rowling, al mismo tiempo suave, tranquila, nerviosa o distante. Se sentó ante mí, le di el queso, ella mostró asombro y gratitud, alegría ante el regreso de aquel sabor, y entonces le hablé de los escritores con los que la había emparentado. Fue una conversación muy feliz; quizá, con la que tuve en otro momento con Jorge Luis Borges, de las más felices de mi vida como periodista.

La Nena no quiere ser otra

A lo largo de sus últimos años fui a ver a Ana María Moix varias veces a Barcelona, casi siempre para nada en particular. A aprender bondad, quizá, o desprendimiento. Conocí a muy pocas personas como ella, su tristeza elegante, el pitillo disminuido como la potencia de su voz, rodeada del afecto de Rosa, su mujer, ocupada en tareas muy diversas entre las cuales daba muy poca publicidad a su pasión tranquila, casi opaca, por ayudar a los otros, por estar pendiente.

Era elegante y próxima, pero también esquiva, no quería concitar atención, se acabaron los tiempos de las estrellas, ella era una más del barrio y de las reuniones, no sobresalía, no quería sobresalir. Si acaso la distinguía el humo, cuando aún fumaba sin pereza. No exigía de los demás otra cosa que lo que quisieran dar, y no se caían de sus labios los nombres propios, habiendo sido, como era, una de las personas que más hizo por que otros fueran conocidos.

Una enfermedad agravada por el tiempo la debilitó por dentro, y a los sesenta y seis años murió en Barcelona, el 28 de febrero de 2014. En la salud y en la enfermedad siguió siendo la misma Nena a la que recurrían sus contemporáneos para sentir que aún había en el mundo (en el mundo literario, sobre todo) nobleza y bondad, solidaridad, esos sentimientos o hábitos que sólo se consolidan si no tienes ni vanidad ni envidia. Por supuesto que Ana María no era un espíritu puro, nadie lo es, pero carecía por completo de ese defecto del que penden todos los demás descuidos del alma: la envidia. Jamás participó en una intriga que no fuera política. Su bravo *Manifiesto personal* fue un puñetazo en el que alertó sobre la banalidad maligna en la que había caído la política, y sobre el desdén de las izquierdas por estar a la altura de las circunstancias. Esa pasión política no le quitó tiempo para seguir abriendo surcos a los amigos. Para ella misma no los impuso.

Ella era Ana María Moix, no imponía ni su nombre. Se preocupaba de sus amigos (y de su hermano, Terenci) como si ella fuera a estar toda la vida

pendiente de ellos, como si ella no necesitara, además, el afecto, que por cierto nunca le regatearon. Una semana antes de morir aún me llamaba para darme noticia de la salud de sus prójimos literarios de Barcelona. Había sido la mejor entrevistadora literaria de la lengua española, era atrevida y sencilla a la vez, carecía por completo de pedantería, que es una de las formas más peligrosas de la vanidad.

De esos conocimientos que da el contacto con otros no hizo otro uso que el que se requiere en el mundo de la prensa: publicar, dar a conocer, prestar atención a lo que viene sonando. En esas conversaciones nunca se ponía en primer plano, de modo que si se leen ahora se sabrá de aquellos que responden y no de sus juicios propios.

Publicó poesía y prosa, pero nunca dio codazos para abrirse paso hasta la primera fila; fue asesora de editoriales, dirigió colecciones, hizo periodismo, fue una mujer ocupada cuando ya era una veterana en el oficio de escribir, en el consejo a otros, incluso a los viejos del lugar, que la consultaban como si ella fuera profesora o instructora. Y nunca dijo, de las dudas de otros, nada que los perjudicase.

Era la Nena, y lo fue siempre, desde que la acogieron Carlos Barral, Josep Maria Castellet y Jaime Gil de Biedma. Tuvo parte muy importante en la aventura de los *novísimos*, aquella *coqueluche* inventada por Castellet para divertirse él y para divertir a otros, pero no sacó nunca rédito de esas pertenencias.

Era Ana María, ocupada de otros, de los desvalidos, de los enfermos, de aquellos a los que tuviera que ayudar. Hasta el fin mantuvo ese rictus triste que no era resignación, sino aquella suave contemplación del tiempo de la que hablaba Pamuk. Lo puso de manifiesto Rafael Conte en 2002, cuando ella publicó su último libro de relatos, *De mi vida real nada sé*. Dijo Conte, que luego padeció la misma destemplanza ante lo que pasaba: «Ana María está triste, desde luego, y nos dice por qué: por el paso del tiempo [...] y la progresiva presencia de la muerte...». Marcada ya por esa adivinación, superó con entereza los últimos años de su vida.

Un día ya de los últimos tiempos le pregunté en su casa de Barcelona por qué no se ocupaba más de lo que ya había hecho. Y me dijo: «Ya soy mayor para cambiar». ¿Buscar papeles, afanarse en ser más alta de lo que ya era? Era la Nena. Ella no quiso ser otra cosa, no se empeñaba sino en ser una de las mejores personas que hubo en este mundo en el que la pedantería se

empeña en ser la madre de todas las batallitas.

Beatriz de Moura, enigma de la alegría

La primera vez que la vi de cerca, Beatriz de Moura estaba en lo alto de una librería, en Tenerife, en el otoño de 1975. Ella había conocido a Domingo Pérez Minik y se habían hecho amigos en Barcelona. Lawrence Ferlinghetti, editor, poeta, librero, le había hablado a la editora de Tusquets de la aventura surrealista ocurrida en Canarias antes de la Guerra Civil, y de ese encuentro con Pérez Minik había nacido ese libro, *Facción española surrealista de Tenerife*, que ella presentaba en aquel momento en lo alto de esa librería.

Aquella aventura sucedió en los años treinta del siglo XX. Entonces, un grupo de aguerridos poetas (como Pedro García Cabrera), críticos (como el propio Pérez Minik o Eduardo Westerdahl) y narradores (como Agustín Espinosa) se habían adherido al movimiento surrealista internacional que André Breton comandaba como un Octavio Paz de la época. Al tiempo, eran republicanos a los que la Guerra Civil dejaría al rojo vivo, en la cárcel, perseguidos o asesinados.

Además de una revista fundamental de aquel momento, *gaceta de arte*, así escrita, en las minúsculas de la época, esos aventureros isleños convocaron la primera exposición organizada del arte que Breton quería divulgar por el mundo. Fue tal aquella pasión isleña que el propio *pope* acudió a la isla a consagrar lo que Pérez Minik llamó la facción surrealista creada en nuestra pequeña patria.

A Beatriz de Moura le gustó la narración de aquella peripecia y convirtió el libro resultante en uno de los *cuadernos ínfimos* que distinguieron el principio de la aventura de Tusquets, la editorial que había fundado en la mesa camilla de la casa que compartía con su marido de entonces, el arquitecto (y pintor) Óscar Tusquets, que aún sigue siendo su amigo.

En lo alto de la librería, Beatriz oficiaba de presentadora del libro. Era una joven guapísima cuya voz brasileña y catalana la convertía para aquellos

hombres de entonces, entre los cuales el más coqueto era Pérez Minik, en la más atractiva de las mujeres. Durante muchos años don Domingo hablaría de ella como de uno de los seres más inteligentes que había conocido.

Pronto pude dar fe de que la conclusión a la que había llegado Pérez Minik con respecto a su editora no sólo era la más aproximada a su personalidad, sino también la más justa.

Beatriz de Moura es una mujer de conversación persistente, no deja puntada sin hilo, practica de manera implacable el rigor del dato, y puede estar horas, sin auxilio de Google, buscando con precisión cuándo ocurrieron las cosas, con quiénes y por qué. Ella no ha rendido las armas del placer de conversar, y es exigente e intolerante cuando lo que se dice se aparta de los cauces de la razón y se adentra en la diversión por sí misma. Así era entonces, cuando la conocí, y así siguió siendo.

Entonces y ahora su presencia me infundió un enorme respeto, como si ante ella siempre me estuviera examinando y fuera una profesora infalible. Muchos años después de aquel encuentro de 1975 ya éramos colegas y amigos, y tuve la osadía de enviarle un manuscrito. Jamás me olvido de que no fue sólo una respuesta sino una enseñanza, y también una advertencia sobre el contenido de su mejor tesoro, el catálogo: «Aquí no entra todo el mundo». Ese catálogo, que ahora está en manos de su sucesor, Juan Cerezo, es en gran parte el resultado de su respiración, del gusto por editar con el que nació Tusquets.

Ahora tiene el pelo rubio, y seguramente entonces, cuando la vi en lo alto de la librería isleña, ese pelo era negro, o quizá castaño, y caía sedoso sobre una rebeca blanca. Pero lo cierto es que a aquella Beatriz tan joven, lozana y risueña, admirada por todos los hombres y envidiada muy especialmente por algunas mujeres, la recuerdo como si fuera esta misma Beatriz de ahora, cuando está a punto de cumplir ochenta años. No alardea de ellos, en todo caso los señala como un logro, no como un menoscabo, y sigue buscando el mar como el lugar del que rescata una alegría cuyos orígenes son enigmas que se guarda para sí hasta cuando parece que los cuenta. Ahora nos vemos en los veranos de Menorca. Nos sentamos a cenar bajo los árboles cordiales de la isla y la veo solícita y risueña, como si la vida en este momento fuera el resultado de unas vacaciones alargadas por la felicidad de estar con otros, en

el mar o en la tierra.

Dejó la editorial que fundó cuando ella quiso, y lo acordó con su amigo José Manuel Lara Bosch, que la ayudó a superar algunas vicisitudes económicas que pusieron en riesgo la continuidad de Tusquets. De acuerdo con Lara, ella se dedicó, en un bello palomar de Barcelona, a poner en orden el archivo de Tusquets, que ahora dona a la Biblioteca Nacional, e hizo algo más, que no es común que se cumpla ni en el mundo de los libros ni en muchos otros: se fue. Se quedó al frente de la editorial su antiguo colaborador, Juan Cerezo, y cumplió con su anuncio de abandonar por completo las tareas en las que hasta entonces fue esencial su presencia. Puede preguntarse uno si ese desprendimiento es posible. En el caso de Beatriz de Moura lo es. Su carácter lleva implícita esa gallardía: saber decir adiós, hacer como aconsejaba Neruda, amar y despedirse.

Ahora han pasado los años. Pero Beatriz tiene la misma cara de aquel primer día en que la vi asomada al balcón de la librería y sigue teniendo el mismo tono de voz, tamizado por la procedencia brasileña y por el deseo de decir sólo aquello que para ella tiene interés, desdeñando por completo otras majaderías. Es quizá la menos banal de los editores que he conocido, y por ello alguna vez tuvo disgustos. Su oficio no es para ella exactamente un sacerdocio, pero se parece bastante a un trabajo monástico. Como si sólo tuviera que dar cuentas a un dios que no existe sino para ella, y ese dios es el trabajo bien hecho, la exigencia de la vida editorial.

Uno de sus grandes éxitos fue un libro del que ella sólo sabía que era de un colombiano que bailaba bien. Ese colombiano acababa de llegar a Barcelona, en 1967, cuando Beatriz aún estaba inventando su editorial. Iba a bailar a cualquier parte aquella retahíla de nombres propios que era la Barcelona de los sesenta, y en uno de esos bailes aquel hombre aún joven al que todos llamaban Gabo le dijo que tenía un reportaje en varias entregas que podría ser para esa nueva editorial. «Ah, muy bien, te lo publico.»

Eran papeles de periódicos que ella procedió a juntar y que constituyeron un volumen titulado *Relato de un naufrago*, sobre un superviviente que le contó al periodista sus vicisitudes en alta mar. Algún tiempo después, bailando también, ella oyó hablar de aquel Gabo como autor de una novela que empezaba a causar furor entre los lectores argentinos, *Cien años de soledad*. «¿Cómo, Gabo, tú eres el autor de ese libro?»

Otro gran momento fue cuando por fin pudo contar con Milan Kundera, hoscso checoslovaco que venía al exilio parisino y a quien ella convenció para ser la editora de *La insoportable levedad del ser*, uno de los libros que constituyen hoy la memoria del sello indisolublemente ligado a su persona. Hubo muchos otros libros cuyas portadas también se le deben, desde el diseño a las fotografías. Editora de la era moderna, hasta sus últimos tiempos en Tusquets actuó como si ella estuviera fundando aún, en una mesa camilla, la editorial que ha marcado su vida a fuego lento, con la alegre decisión de quien trabaja bailando.

Un ejemplo de su perseverancia en el trato con autores o parientes de los autores es el hallazgo (con la hija de Albert Camus) de *El primer hombre*, el manuscrito que se encontró en el coche que conducía su editor, Michel Gallimard, cuando a comienzos del año 1960 se produjo el accidente que acabó con la vida del conductor y del reciente premio Nobel de Literatura. Tuvo que ser ella, su paciente editora, la que encontrara la clave más emocionante de su obra, el recuento de su vida como un muchacho que descubre la miseria y el sol con su madre pobre en Argelia.

Ya estas aventuras las compartió con Antonio López Lamadrid, que llegó a Tusquets para resolver su solvencia económica. Fue pronto, además, su compañero, su amigo, su ayudante y su cómplice. La penúltima vez que los vi juntos, ambos viajaban en un coche pequeño por la plaza de Cataluña, en Barcelona. Ella conducía, él iba al lado, el brazo fuera del coche, un domingo feliz de la ciudad. La última vez están juntos en un balcón de la editorial, en la calle Cesare Cantú, en la parte alta de Barcelona. Toni lleva un fular, ya no habla, abajo estamos los que celebramos con ellos lo que parece una más de las alegres fiestas que organizaban. Pero Antonio López Lamadrid se está despidiendo. En los ojos de ambos brilla la constancia de ese momento. Abajo, el aire de la noche barcelonesa le llega a este testigo de ese momento como el mensaje antiguo que comenzó a escribirse una noche en Tenerife, cuando Beatriz de Moura levantaba la copa por otro de mis grandes amigos, Domingo Pérez Minik, los dos subidos a lo más alto de aquella librería, igual que ahora están ella y Toni mirando desde el balcón de Tusquets el pasado y el presente de una aventura editorial de la que ella fue singular navegante que ahora repasa, minuciosa, calurosamente, el legado que está escrito en los lomos de los libros. En Menorca hemos brindado otra vez, un brindis lleno de nombres que no se dicen pero que pasan como manos inolvidables por las

venas por las que la amistad circula como la persistencia de la energía.

El oficio de ser Gonzalo Suárez

Martín Girard era flaco y tenía una barba negra y picuda. Escribía una sección semanal en la revista deportiva *Dicen* que titulaba «La suela de mis zapatos». La sección se ilustraba, muy apropiadamente, con la fotografía de unos zapatos agujereados que, naturalmente, siempre pensé que eran los suyos.

Una vez lo escuché en la radio, hablando en un avión con Ava Gardner o con Analía Gadé, pero luego supe que aquélla había sido una alucinación adolescente debida a la debilidad que sentía por aquella firma que cubrió de gloria mis primeros años de lector de revistas de fútbol.

Era tal la fascinación que me producía aquel narrador futbolístico que pensé que era alguien extraterritorial a quien me podía encontrar en cualquiera de los adultos con los que coincidía en la plaza de mi pueblo, el Puerto de la Cruz, donde yo soñaba con ser periodista. A nadie admiré tanto como a él entonces. Fue, por decirlo solemnemente, la primera persona a la que admiré, la que me volcó en el oficio que ejercí en seguida y para siempre, desde los trece años.

Otras cosas me hicieron periodista (la curiosidad que por lo que sucedía en el mundo me generó la radio, un recorte de periódico que mi madre me leía antes de que yo supiera leer), pero Martín Girard fue quien de veras me llevó a querer el oficio. Entonces era difícil saber que era una adicción única, no tenía materiales de comparación, no sabía de sintaxis, ni siquiera sabía de veras lo que era una metáfora, pero de aquel escritor de fútbol me gustaban las metáforas, las cabriolas, las referencias a sí mismo, a su vida, a sus dificultades para hacer sus entrevistas o sus crónicas, y me gustaba la sintaxis, de cuya importancia para mostrar inteligencia supe algunos años más tarde. Era alguien distinto a todos los que había leído en mi adolescencia, y nunca hubo alguien con tanto genio entre aquellos de quienes me hice asiduo lector.

Un día, quizá en 1968, cuando ya él había desaparecido de *Dicen*, que fue en mi adolescencia lo que había sido el *Capitán Trueno* en mi infancia, yo leía revistas más complejas, dedicadas a la política, a la literatura y al cine. Y entonces supe que Martín Girard nos había abandonado al fútbol y a mí para hacerse escritor y cineasta. Y lo primero que leí suyo fue en una revista que hacía Francisco Camino en Barcelona con el título de *Siglo XX*. Era una revista lujosa y de izquierdas, que venía a ser el *Triunfo* de papel cuché. Ahí me encontré, rebuscando en sus páginas blancas (*Triunfo* era marrón, más obrero), un relato titulado *El roedor de Fortimbrás*, firmado por Gonzalo Suárez. Allí se decía que tras el seudónimo de mi antiguo héroe se escondía Gonzalo Suárez, madrileño, asturiano, catalán, francés, cineasta en ciernes, escritor extraño en un país que aún seguía leyendo realismo costumbrista. Él era, se veía en ese texto, una fantasía desatada que combinaba humor y surrealismo, y estaba a la altura, a mi juicio prematuro, de Julio Cortázar.

De modo que en un momento asistí a la muerte de Martín Girard y al nacimiento de Gonzalo Suárez. Sin solución de continuidad. Martín Girard era un seudónimo que Gonzalo había obtenido de nombres familiares que no eran suyos. Girard era su mujer, Hélène Girard, francesa cuya presencia a su lado lo ha salvado a él de los avatares a los que lo hubiera llevado su trastorno de vivir como si no pasaran ni los años ni nada.

Ahora Gonzalo ya es un hombre de ochenta y tres años al que frecuento como si quisiera ver en su barba blanca, en su pelo crespo y también del color de los años, a aquel Martín Girard que yo buscaba en la plaza de mi pueblo después de encontrarlo en las estanterías del quiosco. Él se despojó hace tiempo de esa fisonomía y de ese nombre; no abandonó el fútbol, en el que siguió como asesor de su padrastró, el potentísimo entrenador Helenio Herrera, que dirigía el Barça cuando yo me hice azulgrana, y como comentarista ocasional, para lo que rescató, en años recientes, aquel seudónimo del que yo me hice adicto. Alternó, además, como anunciaba *Siglo XX*, el cine y la literatura, e hizo películas de alto nivel literario y novelas y cuentos fascinantes, luchó por estar en ambas disciplinas con igual dedicación y mismo éxito, pero se encontró con un país, y con unos medios, que no te perdonan que seas bueno en todo. Así que cuando él publicaba una novela o un libro de cuentos los medios recordaban que era cineasta, y cuando estrenaba una película los periodistas y los críticos hacían elogios de sus valores como narrador.

Ser Gonzalo Suárez se convirtió para él en un oficio, el oficio de ser Gonzalo Suárez. Apasionado del boxeo, y practicante, no se resignó nunca a ser una cosa o la otra, él quiso ser ambas y a la vez, y su país no se lo terminó de perdonar. Cuando fui editor en Alfaguara publiqué algunos de sus libros, y padecí con él, y a veces por su culpa, el martirio de esa dicotomía. Pues cuando presentaba sus novelas se iba por los senderos del cine, en sus respuestas él no era consciente de que distorsionaba el mensaje. Un día quise publicar, en una colección de cuentos completos que aún sigue vigente en Alfaguara, una selección de sus mejores escrituras cortas. Y titulé el volumen, bastante grueso, *La literatura*. El propósito era que la gente se fijara en esa naturaleza rabiosamente literaria de Gonzalo Suárez, admirable autor de ficción, mi hermano mayor decisivo en la pasión por el periodismo y el fútbol.

Titulé el libro *La literatura*, pero ni siquiera él, y por supuesto tampoco los periodistas, captó la intención de mi guiño.

El joven Lledó ante el encerado

Los libros viejos que me rodean en El Médano se desempolvan ahora como si rindieran tributo al maestro que me llevó a comprarlos o a pedirlos en préstamo a las benévolas bibliotecas de entonces.

Él es ahora un hombre famoso y fue el más joven de nuestros maestros. A sus noventa años lo sigue siendo porque conserva la energía de pensar, que sólo tiene edad cuando se deja vencer por el lugar común o la apatía. Me produce celos comprobar que ahora tiene tantos alumnos además de los que me acompañaron a seguirlo como si fuera el oráculo de Delfos. Se le escucha vibrar aún con las palabras que trajo de Grecia o Alemania, donde moraban los ancestros de su filosofía. Y en su juventud nos ilustró con los nombres propios que son parte de su propia educación y de su biografía.

Unamuno, Brecht, Goethe, Virginia Woolf, Virgilio, Aristóteles, Platón, Fichte, Albert Camus, Jean-Paul Sartre, Pío Baroja, Homero... Son algunos de los autores de los que nos hablaba, cuyas obras compré o pedí y leía mientras él nos enseñaba a pensar y a vivir en La Laguna. Fue nuestro maestro cuando él tenía menos de cuarenta años y nosotros éramos adolescentes desvanecidos por el amor y otras conjeturas.

No había en sus recomendaciones obligación utilitaria, sino alegría. Hablaba con placer de los libros, y nosotros anotábamos lo que dijera como si fueran citas sobre el entusiasmo de aprender. La felicidad de leer era su objetivo. Las palabras, antes que las imágenes, eran la sustancia de la vida: decir, nombrar, fijar ideas gracias a palabras que en él sonaban como olas de un poder inteligente. Deletreaba los nombres como diamantes hallados en lo que quedaba del río más claro de la sabiduría. Nos llevaba desde el estrado a la biblioteca universal de la que él provenía.

Luego supimos de su vida, nació en Sevilla, hijo de republicano luego perseguido por la música ruin de la guerra en Vicálvaro y en el centro de Madrid, por Bocángel. Era un muchacho que jamás se olvidó de ese origen,

obligado por su pasión de aprender a viajar de joven, aún soldado rapado, en busca de enseñanza en Heidelberg, Alemania, adonde fue portando, sobre un cuerpo de cincuenta kilos, una maleta de madera que pesaba tanto como él.

De esos esfuerzos nació esta figura.

Su manera de ser nos obligaba suavemente al entusiasmo, de esa materia nos hizo. Era un filósofo tranquilo y vital, pero también era un hombre alegre que sufría, un ser humano que al bajar del estrado se mezclaba con nosotros para saber qué pasaba en el mundo además de aprender o reír fuera del aula. No se me olvida la primera vez que lo vi fuera de clase, ante las puertas del Colegio Mayor San Fernando, en el campus lagunero: junto a su coche de entonces, hacía tiempo con su niño, Alberto, mientras nacía Fernando, que fue ya tinerfeño. Él abrió el maletero para sacar una bicicleta para Alberto. Y reía un poco perplejo o nervioso, un joven maestro a punto de ser padre otra vez. Luego nacería Helena, la tercera, en Barcelona. Y allí, en 1971, murió su mujer, Montse, la madre de sus tres hijos, y ésa fue la peor noticia de su vida. Jamás se repuso de ese drama, igual que nunca interrumpió la alegría de enseñar. Una vez lo vi llorar, muchos años más tarde, recordando ese momento infeliz en que ya enseñaba fuera de Tenerife.

A Barcelona le siguieron alumnos que no podían acostumbrarse a su ausencia. Esa diáspora le ganó el título de «flautista de Hamelín», pues fue su música, su manera de decir las enseñanzas, la que marcó ese camino que tantos siguieron. Cuando lo hicieron académico de la Lengua, aquellos mismos alumnos fueron a la sede de la Academia a aplaudirle como tantas veces hubiéramos querido aplaudirle en clase.

Don Emilio Lledó. Era un maestro en el viejo sentido de la palabra, como los que hubo en la secundaria. Se subía a la tarima, sin papeles, y anotaba en el encerado palabras que nosotros no habíamos escuchado ni leído nunca. Él escribía con su letra oblonga y decidida, con tiza, y luego nos explicaba qué había en cada concepto, en cada nombre propio. Su modelo era un maestro que tuvo en la escuela en tiempos de la República, don Francisco, que en Vicálvaro les pedía a sus alumnos, al final de las clases, «sugerencias de lectura». Era el sistema Lledó, heredado del sistema don Francisco. Así se hizo él, así se empeñó en que fuéramos nosotros.

A veces escribía en griego, que es como su lengua, y nos la deletreaba

como si cantara: *enzeusiasmós*. Y se quedaba mirando esa expresión, «estar en Dios», como si deletreara un regalo.

Su manera de ser era la felicidad de aprender. Y para siempre nos ganó. Entonces lo llamábamos don Emilio, como llamé don Domingo a mi otro maestro, Pérez Minik. Nunca les quité ese tratamiento, como homenaje al joven Lledó del encerado, como tributo a aquel isleño cosmopolita que sufrió en la cárcel los primeros horrores de la guerra y del fascismo, que lo dejaron para siempre como «un gallo al rojo vivo».

La escritura de don Emilio abarca la educación, la política, la escritura propiamente dicha, el pensamiento y sobre todo la amistad, que es el asunto principal de su filosofía. La vida contemporánea es su campo de batalla, la instalación perversa del odio es su perplejidad, de ahí nacen las preguntas. Un día, en su casa, rodeado de libros leídos y subrayados de los maestros que figuran en lo alto de su inteligencia de leer, me dijo esto: «Una perversa alucinación colectiva ha injertado en la oscura noria del poder la más oscura y cruel teoría de la fatalidad de la violencia, de la hegemonía de la enemistad y el odio».

Esa hegemonía es la raíz de la melancolía que nubla su entusiasmo de vivir. Es un hombre cuya vida está llena de alegrías, pero en esa frase está la hondura de su tristeza, pues remite a los años de cuya pintura ennegrecida no se puede desprender, los años de la guerra, el hambre, la delación y la miseria.

¿Y qué pasa ahora, profesor?, le pregunté otro día. Me dijo: «Es evidente que nos encontramos en una época en la que se está fomentando el miedo, la violencia, la crueldad. En ese zumbido peligroso en el que resuena el terror, cultivado a veces como preparación y justificación de posibles guerras, la existencia se hace infeliz, y la mente, manipulada y angustiada, se empobrece y apenas es capaz de pensar en libertad. Lo malo es que la mayoría de seres humanos, que no tenemos poder político, somos víctimas de personajes que, en muchos momentos, nos parecen indignos y tramposos. Es terrible pensar que estemos en manos de semejantes individuos, que sólo obedecen a los peores intereses y a los miserables lacayos que los ofuscan. Todo eso, claro, produce una cierta frustración. Pero, a pesar de ello, hay que intentar superar esas crisis de desaliento. No sé muy bien cómo. De todas formas, hay que mantener unos ciertos ideales de inteligencia y generosidad; una cierta esperanza. Lo demás, por mucho que sea su poder, es basura; lo que pasa es

que, como es corrupción, apesta».

Ahí están, una a una, pasadas por el tamiz del tiempo, por la rabia de haber aprendido más de lo que realmente ocurre, de lo que no se podía decir en clase porque aún la historia no se había llenado de basura, las palabras que prosiguen la enseñanza de Lledó, las que nos decía desde el encerado. Ahora él sabe más, y nosotros hemos sido testigos de las razones por las que se ha roto por las puntas, tan gravemente, su palabra mayor, la palabra *entusiasmo*.

Él creó una dependencia en nosotros, la dependencia de Lledó. Lo llamo muchas veces sólo para escuchar su voz, y su respuesta es siempre de un magisterio radical, a veces teñido de una melancolía hecha de conocimiento y de años. Su raíz, la raíz de su conocimiento, es el sonido atroz de la guerra. Siempre nos enseñó que la paz se hace con palabras inteligentes, como la palabra *saber*, como la palabra *inteligencia*. Lo contrario es la ignorancia y lo contrario es la guerra.

Zona Steiner

George Steiner me recibe en Cambridge, Inglaterra, en el verano de 2008. Hace sol, el verde del césped es brillante, el silencio parece parte de su biblioteca, y guardándolo entro por esa puerta de madera. Su mano derecha, como luego observé que era la de Ricardo Piglia, es difícil de gobernar, así que Steiner me saluda con la izquierda. La casa está llena de libros, y también hay un piano. Él sonrío y se dispone a las preguntas, una a una. Nada de lo que dice está vacío. Es dinámico, los pensamientos surcan su cara con una facilidad de atleta al que el cuerpo va enviando mensajes que él no atiende: hablar o escribir son sus dotes mágicas, las que lo han convertido en un intelectual que, tras haber sobrevivido a los abismos del Holocausto y otras desgracias europeas, hizo de la cultura una balsa invencible sobre la que cabalga su modo de ver el continente. Acababa de publicar *Los libros que nunca he escrito*, con el que escandalizó a medio mundo y en el que defendía, por ejemplo, las lenguas en peligro de extinción. Con los dos escandalizó al vecindario mundial. Le divertía el escándalo. Le daba igual todo lo que fuera crítica de su filosofía o de sus ocurrencias. Estaba en la vida para vivir y fracasar. Me dijo: «Estoy a punto de cumplir ochenta años, y como no estoy para escribir siete libros, escribí siete ensayos sobre lo que me hubiera gustado escribir y por qué no lo hice. La mejor definición de la vida la hizo Samuel Beckett: “Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor”. Yo quise fracasar mejor, y es lo que hice en este libro». Habló sin cesar, de arte, de literatura, de su pensamiento, y a la hora en punto, sin que viniera en su auxilio reloj alguno, dijo: «Ya es la hora». Y nos fuimos a la cocina a tomar jerez, galletas y hummus. En sus libros acude igual de puntual y rigurosa su inteligencia.

Mario Vargas Llosa, la persistencia del miedo

La vida es una sucesión de ilusiones y de una porción parecida de cristales rotos. Lo peor es cuando se rompen los cristales en la infancia, y eso fue lo que le sucedió a Mario Vargas Llosa cuando alrededor parecía que iban a estar para siempre el paraíso y la madre. El padre, se decía, le decía su madre, había muerto, y él se veía colmado de mimos, rodeado de mujeres que, como la madre, tenían en cuenta todos los caprichos que se le ocurrieran al más mimado de todos. Si acaso lo importunaban las primas, entre ellas Patricia, que sería su mujer. La felicidad completa era un cristal delicado. Se tenía que romper.

Y aquella presencia de la felicidad en el paraíso de Piura, donde vivían, se interrumpió cuando él ya había cumplido diez años, la madre lo tomó de la mano y lo llevó al encuentro de su padre. Fue un estallido emocional que le duraría ya toda la vida y que, no es aventurado decirlo, lo marcó desde entonces hasta este mismo momento en que él tiene ochenta y dos años, sigue escribiendo como siempre, alternando la fantasía con la realidad, cumpliendo un estricto calendario, y trabaja sin fatiga para seguir siendo lo que quiso ser de adolescente: un escritor.

«¿Y por qué escribe?», le preguntó en 1990 un periodista de la *Paris Review*. Para él escribir era una manera de imaginar, de combatir, de explicar sus puntos de vista y sobre todo de acoger lo que le dijeran las historias que había escuchado y que reelaboraba trabajando: él, solía decir, no tenía tanta imaginación, lo que tenía era capacidad de trabajo. Pero aquella vez, cuando él acababa de perder las elecciones presidenciales de Perú, que le costaron salud y kilos, le respondió a quien le preguntaba por la razón de escribir: «Escribo porque soy desdichado. Escribo porque es una manera de combatir la desdicha».

Cuando cumplió setenta años, el 28 de marzo de 2006, *El País* me encargó

una entrevista y le pregunté por ese suceso que lo alejó de la felicidad de la madre e hizo que ésta compartiera la responsabilidad de educarlo con un padre tirano. Le pregunté, simplemente, qué le hizo el padre, cómo fue tan cruel.

¿Qué le hizo? «Yo le hacía responsable de haber perdido el paraíso de la infancia, que para mí era la vida con mi madre, con mis abuelos, con mis tíos; mis tiempos de niño mimado. Cuando él volvió a mi existencia cambió mi vida. Y le tomé un gran rencor, así que nunca pude tener una conversación franca con él. Pero sí recuerdo algo que me contó mi madre: en Estados Unidos, donde ya vivían ambos, un día descubrió mi foto y una entrevista que me hacían en *Time*. Salir en *Time*, para él representaba el éxito. Según mi madre, eso le hizo pensar a mi padre que quizá se había equivocado: tal vez dedicarse a escribir no era algo tan bohemio, no era de veras un pasaporte al fracaso; si te nombraba *Time*, a lo mejor es que era algo respetable. Creo que en esa época hizo algún gesto que quiso ser cariñoso. Pero digamos que yo no sé falsear los afectos que no tengo; puedo ser educado con gente con la que no simpatizo, pero me resulta imposible simular afectos.»

¿Tan cruel fue su padre?, le pregunté a continuación: «No sé si fue su crueldad o que yo era un niño muy mimado por mis abuelos, por mis tíos; era el niño sin padre. Mi madre era una mujer divorciada, abandonada por su marido. Era una familia muy conservadora, católica; me dijeron que mi padre había muerto, no podían decir que mi madre estaba divorciada. Y me criaron como un niño engreído, como un sultán. Toda esa protección se acabó cuando yo me fui a vivir con mi padre, cuando ellos recompusieron su matrimonio; desde el primer momento, él impuso su autoridad, y además no intentó ganarme ni ser cariñoso. Además, cómo me iba a querer, si no me había visto nunca. Yo le resultaba más bien un estorbo para esa segunda luna de miel que tuvo con mi madre. Recuerdo bien cuando él llegó a Lima con mi mamá: sentí la soledad. Yo había vivido siempre en una casa llena de gente: los abuelos, los tíos, esa familia un poco bíblica. Y extrañé mucho esa casa. En los momentos en que podía estar con mi madre recuperaba la sensación del paraíso, pero cuando él aparecía todo se convertía en algo terrible. Además, le tenía tanto miedo que no quería estar solo con él, me iba a la cama en cuanto sentía que él llegaba a la casa».

Esa historia, la de los cristales que rompió el padre para destruir el espejo

del hijo, está diseminada en muchos libros de Mario, incluso en *La ciudad y los perros*, que narra lo que sucedía en el Colegio Militar Leoncio Prado, el lugar de destierro que el padre buscó para que el chico no se hiciera poeta y, por tanto, maricón. Pero donde se refleja de manera más detallada esa cristalería martirizada que ya sería su infancia es en *El pez en el agua*, el libro en el que narra la aventura de su vida hasta la adolescencia, cuando viaja a París gracias a un premio literario y ya se cumple el gran sueño de ser escritor, y su vida política, concentrada en su frustrado empeño en llegar a ser presidente de la República del Perú. El encuentro con su padre, la constancia de que existía, de que ya estaba en el cuarto de al lado, con su madre, lo llenó de repulsión, de asco. «A ratos me venían arcadas de disgusto, un asco infinito, imaginando que mi mamá podía estar, ahí, haciendo con el señor ese las inmundicias que hacían los hombres y las mujeres para tener hijos.»

Esa repulsión fue miedo y desdicha. Y fue inolvidable, va con él en sus libros, se hace precisa en su miedo, en su necesidad de mimo. El hombre prolonga su infancia hasta el infinito, y Mario Vargas Llosa no es una excepción sino, al contrario, un ejemplo. Podría decirse que aspiró a presidir Perú también para que su padre, algo ya imposible porque había muerto, supiera de su hijo y no sólo por el *Time*, sino por todos los periódicos del mundo. Y seguramente cuando alcanzó el Nobel, en 2010, sintió esa punzada sentimental que albergamos las personas cuando nos ocurre algo bueno e importante y necesitamos, en el fondo del corazón, que lo sepa también, o sobre todo, quien alguna vez se burló de nosotros.

Tras esa campaña electoral que terminó en derrota él se fue a París, a reponer fuerzas para seguir escribiendo. Leía a Góngora en los descansos de los mítines, para no perder la música de la literatura, y en París se iba a nutrir de libros nuevos para reemprender el oficio que siempre quiso tener. De nuevo París acoge a Varguitas, esta vez para que prosiga su carrera. Y en París lo encontré en la primavera de su derrota, 1990, para su sorpresa. Carmen Balcells me había alertado: espéralo ante la editorial Gallimard, por allí pasará en algún momento. Yo había estado leyendo, mientras hacía tiempo, el prólogo de un libro de láminas de Fernando Botero en el que Mario explicaba qué pasa cuando nos encontramos con que un gordo como los del artista colombiano enflaquece de pronto: pensamos en seguida que esa persona ha pasado por un drama personal tremendo.

Hasta que apareció Mario, cargado de bolsas con libros. Así que en lugar de darle la mano lo agarré del brazo. Como en el cuento de Hansel y Gretel, observé que Mario, habitualmente de buen peso, se había quedado en los huesos. No le dije nada, pero también me fijé en sus ojos, ahuecados, encerrados entre oscuridades que parecían una cueva de estupor, soledad o miedo. Entonces surgió en mi alma una memoria de afecto, como si yo tuviera delante a un pariente próximo, a mi madre por ejemplo, a quien prestarle cariño o mimo, a quien tendría que decir no te preocupes, las cosas son como son, pero no temas, mañana será otro día.

Y al día siguiente él estaba esperándome en Les Deux Magots, con su libretita, apuntando ideas precisamente para *El pez en el agua*, que aparecería tres años más tarde y que fue la sustancia de aquel encuentro que tuvimos en el hotel Palace, justo en el sitio donde tiempo después Carlos Fuentes me regalaría una maleta como muestra de gratitud por mis desvelos con él en Alfaguara.

Pero antes de contar ese encuentro reseño aquí lo que pasó cuando le iban a entregar el Nobel, un mediodía de aquel Estocolmo que durante un rato pareció a la vez Piura, Cochabamba y Arequipa, y también el sitio en que había perdido la felicidad a los diez años de su vida. Vi salir a Mario del Grand Hôtel, pálido, presa de un pánico extraño en alguien tan sobrio y tan fuerte. Se acercó a mi oído. Él tenía que pronunciar un discurso, que fue memorable, ante el auditorio, lo había preparado a conciencia. Y en ese momento mismo, en medio de los preparativos de tanta solemnidad, se quedó sin voz.

Se quedó sin voz. Pasó rápido, iba al médico, que lo remediaría. Siempre pensé, y así lo dije en una crónica para *El País*, que en aquel momento Mario sintió que podría defraudar a su madre en un discurso que quizá tenía como destinatario, sobre todo, a su padre: aquí estoy, y una vez más tú estabas equivocado.

Aquel día de 1993 en el Palace Vargas Llosa venía de América, me llamó por teléfono a la editorial, quería verme. Acababa de salir *El pez en el agua*, la repercusión había sido escasa, se quejó. Él quería una editorial que tuviera sus libros en todas partes, y quería «casarse», eso dijo, con ella para siempre. Aún está, por fortuna para esta editorial, en Alfaguara, donde yo trabajé

probablemente sin sabiduría los años suficientes como para saber que en una editorial él también buscaba a una madre, el mimo que lo defendiera de la intemperie que fue su padre.

En esa entrevista por sus setenta años le pregunté por aquello que había dicho en 1990 sobre la escritura y la desdicha. «Es algo que podría decir de la mayoría de los escritores. Cuando escribes, de algún modo te impermeabilizas contra la infelicidad. La escritura hace que todo lo demás parezca mediocre. Ahora bien, para mí escribir no es meterme en un cuarto de corcho; la literatura me lleva a interesarme por otras cosas de la vida.»

Es el intelectual más sólido que he conocido, el mejor dispuesto a saber del otro. Las ideas ajenas no le dan miedo, le dan pavor las ideas comunes. Tiene la mente dispuesta a la sorpresa, y lo que le produce miedo es lo que no entiende. Por eso estudia y se concentra como si aún fuera un muchacho esperando una beca para irse a París, de nuevo, a ser el escritor que aún sueña ser. No ha dejado de ser un muchacho apresado por la duda en el momento en que aún creía que la vida conspiraba para que él fuera siempre aquel niño feliz de agarrar la mano de su madre.

Basta con leer a Mario Vargas Llosa para saber hasta qué punto en su habitación no hay corcho; hay en todo caso cristales, y en el origen de todo están los cristales rotos que su padre esparció en un espacio que antes estaba ocupado por la felicidad y por la madre.

Caballero Bonald, la sintaxis es un valor de la inteligencia

En casi todos los libros de José Manuel Caballero Bonald él aparece, en la portada o en los interiores, vestido con guayabera o despechugado. Así viste en la calle y en su casa. Es una consecuencia de su pasado cubano, de su pasión latina y americana, y también de un hecho cierto: a él le da la gana ir así por la vida y por tanto así sale en las fotografías, sobre todo en la época estival.

Lo cierto es que esa vestimenta aligerada con la que enfrenta todas las estaciones ayuda a relacionar tanto su obra como su parecido con aquellos seres humanos que viven el verano en el alma, y no sólo en relación con las estaciones. Él necesita esas ropas, quiere ir ligero por la vida, en su casa y en la calle es austero y contemplativo, podría haber sido perfectamente un monje del siglo XVII, más bien licencioso, y de hecho hay retratos antiguos que sitúan en ese siglo a uno que es igual que él. Ése en concreto se exhibe en un museo de Olot, me parece. Y yo mismo vi en un viejo museo de Nápoles un retrato casi medieval de Caballero Bonald, tanto se le parecía.

Ese personaje que era como Pepe surgía del cuadro, metido en una esquina, mirando como en esas fotos, desde el fondo mismo de la pintura y también de su curiosidad. Eso me provocó una gran impresión, como si de pronto este hombre de una austeridad tan monacal fuera real, trasladado de siglo, copiado del Caballero Bonald que vive en Madrid, en una casa donde los libros están tan ordenados como su vida doméstica, sus horarios, sus pasos, su manera de saludar o de fumar (en el pasado) o de agarrar el catavino de la manzanilla.

Al volver a Madrid de ese viaje a Nápoles le narré a Pepe ese descubrimiento. A él nada le sorprende, está curado de cualquier espanto, y no juzgó imposible que se produjera esa transposición entre quien

probablemente fue y este que era ahora, de carne y hueso y de memorias. Y cuando años después lo volví a buscar en el mismo museo no lo encontré por ningún lado. Me dijeron que el lienzo probablemente estaba en los almacenes o se había prestado. Pensé más bien que cuando yo lo vi sufrí la alucinación de ver a Caballero Bonald y que no era él ni era nadie, sólo la aparición de un fantasma, hecho tan usual en los veranos. Los que son como él son especialmente adictos al arte de desaparecer.

En la primera edición de *Tiempo de guerras perdidas*, su primer libro de memorias, él aparece (en portada) en una fotografía de 1959, cuando aún era un chiquillo (nació en 1926). Apuntan en su cara, donde la barba abundante y rubianca está recortada, todos los rasgos desconfiados y a la vez risueños que ya distinguirían su rostro postrero, hasta ahora mismo, cuando es un veterano de noventa y dos años que no sólo conserva cierta pelambreira facial, sino que además mantiene la profundidad desconfiada, pero expectante, de aquella mirada. Está semiescondido entre unas celosías aparentemente andaluzas, quizá de Jerez o de Sanlúcar, los territorios de su memoria, y mira fijamente como para no olvidarse de algún detalle con el que sazonar su impecable sintaxis.

Adónde mira Caballero Bonald es ahí y siempre un misterio, pues puede ser a un sitio donde no hay nada, devastación o grandeza, pero siempre hay algo que mira, y es probablemente el fondo de su alma, que es como esa mirada, inquisitiva, disconforme, la mirada de alguien que sólo se ha casado con Pepa, Pepa Ramis, la nadadora de la que se enamoró en Palma de Mallorca.

Ahí, en esa fotografía que sirve de portada de la edición de 1995 de *Tiempo de guerras perdidas* (Anagrama), Pepe Caballero Bonald luce una camiseta blanca pegada a un cuerpo que entonces era ligero y fibroso. Y dentro, en la solapa, en una fotografía de 1994, él aparece igualmente veraniego, tocado con un sombrero que sigue llevando más allá de los estíos. Él dice que también lo lleva por no se sabe qué de la piel. En su sintaxis corporal se me antoja que el sombrero es más un acento que le pone a su cabeza para atraer el verano.

Está despechugado, su camisa blanca deja ver un muy leve collar que prolonga los reflejos dorados de una barba que aquí ya toma la forma que siempre estableció la apariencia de la cara del ilustre jerezano.

Es, pues, un hombre de verano, y en el primer día del verano de este 2018 ésa es la primera imagen que me viene del largo conocimiento que tengo de su vida: Caballero de los veranos. Así lo vi este mismo mes en Sanlúcar, con Pepa. Su casa bajo la penumbra de árboles que forman parte también del paisaje de amistad que busca en estas tierras, el jazz o el flamenco animándole las horas que ya pasan sin escritura, la misma mirada perspicaz e inteligente luchando por rebuscar en la memoria la cita perfecta, el hecho recontado con todo el lujo de sus detalles. Le dejé unas preguntas sobre *Ágata ojo de gato*, su obra mayor, que empezó a escribir por estos lares, más o menos, hace medio siglo, y en la que quedó constancia de su convicción de que la sintaxis es un valor mayor de la inteligencia de escribir. Luego me respondió, por escrito, escueto y puntiagudo, nada se le va de la mano cuando escribe, y es aún más radical que en persona, pues entre la gente a veces se da una tregua. Su látigo de mirar la escritura ajena, combinado con su percepción de lo que otros hicieron o hacen para hacerse notar con desmesura, le ha acarreado incomprensiones varias que él sobrelleva con distante lucidez, como los accidentes que tenía que salvar manejando su barco.

Me fui de allí con ganas de celebrar de nuevo ese libro, *Ágata*, y la palabra mayor de su contribución a mi propia vida: la tranquila presencia que busco en las personas a las que me acerco para que me den sombra, porvenir o alegría.

Y con este perfil que trazo evocando sus apariencias estivales acabo este libro que fue inspirado por él directamente. Él me dio la idea de reunir estos retratos con su libro *Examen de ingenios*, que publicó Seix Barral en mayo de hace un año. En aquel libro reunió «un centón de retratos de escritores y artistas hispánicos que me han atraído por alguna razón y a los que he tratado de manera asidua o eventual».

Ahí están, tratados sin otra contemplación que la de su inteligencia radical, desde Azorín a José Hierro pasando por Rosa Chacel o Gabriel Celaya, Borges, Paz, Gil de Biedma, tantos otros, hasta llegar a ese centón al que él tanto se refirió luego en las numerosas entrevistas que siguieron a la publicación de esta obra de daguerrotipos humanos, reflejo de su poder para convertir la sintaxis en una cuestión de inteligencia.

El repaso que hace en ese libro es, pues, consecuencia de su genio, dotado para el retrato, para la memoria, para la narración, para la poesía y para el silencio. Él lo ha dicho, no está dotado para escribir mal, y ésta es una de las muestras de ese trato que ha hecho con la sintaxis: convive con ella como si fuera la tercera mano que su admirado amigo Juan Carlos Onetti aconsejaba tener a los escritores para no caer en los succulentos abismos de la banalidad.

Siendo retratos de otros, ese libro es el retrato radical del lector —y del observador— que aparece en la portada de aquella edición de *Tiempo de guerras perdidas*. Este de memorias es el minucioso recuento de su vida con otros, parientes, colegas, paseantes en el mundo raro por el que él ha transitado en España y en América, donde ha conocido los dubitativos beneficios del cielo y del infierno, siempre dominado por la curiosidad y por los sucesos que permiten vivir más a fondo a los indiferentes. Y *Examen de ingenios* es la disección tranquila o despiadada de seres que dejaron una obra escrita por la que ha pasado el tiempo, estableciendo sus luces y sus deterioros. De ambas circunstancias da cuenta Caballero. Lo recomendé cuando salió como una obra genial. Y ahora lo digo otra vez para dedicarle a él, muy especialmente, este esfuerzo propio que he hecho para fijar mis impresiones, naturalmente más desvaídas que las suyas, más atrabiliarias, acerca de gentes imprescindibles en mi memoria, a las que me acerco, en la mayor parte de los casos, con la admiración o la gratitud que desprende mi experiencia de haberlas tratado.

Ese *Examen de ingenios* me impresionó, porque significaba, en la historia de la literatura española, una oportunidad de ver leídos por dentro y por fuera a «un centón» de escritores que fueron para nosotros cultura de bachillerato y que para él son, en muchos casos, sustancia biográfica, contemplación severa o amistosa de seres humanos que pasaron a la historia y a quienes él consiguió fijar en mil palabras, más o menos, como mariposas de colores distintos metidas en un libro que fue llamado a ser canónico.

Le debo a Caballero Bonald muchas otras inspiraciones, que he cumplido con la lejana esperanza imposible de estar a la altura; pero la que más me ha complacido de todas las que me ha deparado el destino que me llevó cerca de él y de Pepa Ramis es la afectuosa inteligencia con la que ambos tratan a sus amigos y visitantes, tanto en su antigua casa de Madrid, en la calle María Auxiliadora, junto a la Dehesa de la Villa, como en su casa de Sanlúcar de

Barrameda y en los placenteros aledaños de Bajo de Guía, donde están los antiguos templos de la gastronomía (y las vinotecas) que han distinguido y distinguen los gustos que ambos comparten con quienes los van a visitar.

Hay aún otra portada, entre muchas, en la que también aparece el Caballero de los veranos. Ya se apoya en un bastón, mira a la cámara, los ojos los tiene clavados en el objetivo, luce una camisa turquesa y debe de hacer frío en las marismas del Guadalquivir, su sitio, el espacio de su imaginación y de su vida, el territorio feliz (y duradero, difícil, como una metáfora del mundo que se acaba) de *Ágata ojo de gato*. La foto se la ha hecho su amigo José María Velázquez-Gaztelu y preside la cubierta de *La costumbre de vivir*, la segunda entrega de sus memorias, aparecida en 2001. Ahí va Pepe con una rebeca gris sobre esa camisa turquesa. Y está con sus pantalones bien planchados; las sombras son ya las de un verano otoñal que es, al fin, el reflejo que en todas nuestras vidas hacen los veranos cuando ya no podemos recibirlos con el pecho descubierto.

Ahora es madrugada en Madrid, es ya 21 de agosto de 2018 y no me queda sino agradecer a personas como él que la vida me haya sido acompañada, hasta el momento, por tantas primeras personas como las que quedan inscritas en esta memoria que también dedico a quienes me han hecho llevaderas ésta y tantas otras escrituras.

Un día, cuando le concedieron el Cervantes, en 2012, me dijo sobre los orígenes de su vida: «Mis memorias comienzan con una frase muy precisa: “Las fronteras de la infancia suelen coincidir con las del verano”. Cuando me veo de niño siempre es con calor, sofocado, corriendo, con poca ropa. Por ahí va mi infancia». La última vez que lo vi en Sanlúcar caía sobre su cabeza tan bien hecha la sombra de un árbol que le tapaba la piel de las asperezas de la edad. Alrededor hacía calor, sofoco, puro verano. Su hábitat natural, su memoria. Le llamé hace nada para decirle cómo estás, por ejemplo. Me dijo que mal, y añadió algunas chanzas contra la edad sin remedio. Ahora que lo evoco en el borde final del verano que siempre fue la luz de su vida encuentro en él la más cumplida metáfora de la estación que amamos, y me alegra dedicarle a él este libro evocando precisamente la capital preferida de sus viajes. El verano en Sanlúcar.

Y este libro en concreto le debe gratitud, también, a Carolina Reoyo, a Inés Amado y a Pilar Reyes. Y al verano, que lo vio nacer y, al tiempo que vuelve esta estación feliz, hoy lo ve acabarse en Madrid, Pozuelo de Alarcón, el 21 de agosto de 2018. Empezó a escribirse en El Médano, Tenerife, en mayo del año anterior. Entonces allí había viento y mar, dos bendiciones de la isla.

Una memoria personal y apasionante del mundo cultural de las últimas décadas.

Por el ganador de los premios Canarias de Literatura, Benito Pérez Armas, Azorín de Novela y Nacional de Periodismo Cultural.



«Entre los cristales rotos de mi memoria hay fulgores, estrellas con las que a veces alumbro y alivio los desastres y otras despedidas. Y con frecuencia acuden a ella, por su cuenta, algunos personajes y se instalan ahí.»

«La materia de la que está hecha mi memoria es mi manera de ver la realidad», dijo en una ocasión Juan Cruz Ruiz, figura puente entre distintas generaciones de escritores, artistas, editores y periodistas. Desde la experiencia vivida junto a algunos de los principales protagonistas de la cultura contemporánea, llena de anécdotas, de momentos únicos que forjaron amistades, en cada capítulo de este libro el autor ofrece la semblanza personal de uno de ellos, que ahonda en su personalidad íntima y dibuja también su alma, instantes de sus vidas y de sus sentimientos.

Günter Grass, Patti Smith, José Saramago, Dulce Chacón, José Manuel Caballero Bonald, J. K. Rowling, Carlos Fuentes, Carmen Balcells, Mario Vargas Llosa, Leonard Cohen, Gabriel García Márquez, Ingmar Bergman... La literatura, la música, el cine y el arte emanados de este libro rompen las fronteras y atraviesan décadas para ofrecernos un relato evocador y brillante sobre el mundo cultural de los últimos cincuenta años.

La crítica ha dicho sobre el autor y su obra:

«Los libros de Juan Cruz Ruiz son una alianza de géneros, en los que el lirismo, el relato, la introspección y la nostalgia juntan poesía y prosa.»

Mario Vargas Llosa

«Tiene un estilo cálido y brillante.»

José Saramago

«La pasión por la vida y la escritura y el deslumbramiento ante la belleza son aspectos muy presentes en el universo narrativo de Juan Cruz.»

Qué Leer

«Geografía lírica de la memoria. La fabulación novelesca, el fragmento poético, el relato de los sueños, la reflexión y el retrato. El periodista y escritor Juan Cruz ha recurrido a los más diversos géneros literarios a la hora de repasar fragmentariamente sus propios recuerdos.»

Jordi Gracia, *Babelia*

«Juan Cruz es el descendiente directo de Ramón Gómez de la Serna: el ribeteador de las palabras. Un hombre que se la pasa preguntando, como García Márquez.»

Jorge F. Hernández

Sobre el autor

Juan Cruz Ruiz (Puerto de la Cruz, Tenerife, 1948) es licenciado en Periodismo por la Universidad de La Laguna. Ha desarrollado una extensa labor como periodista en el diario *El País*, en el que trabaja desde su fundación en 1976. De 1992 a 1998 dirigió la editorial Alfaguara. Su dilatada trayectoria literaria se manifiesta en obras como *Crónica de la nada hecha pedazos*, *Cuchillo de arena*, *Retrato de humo*, *El sueño de Oslo*, *La foto de los suecos*, *Serena*, *La edad de la memoria*, *El territorio de la memoria*, *La playa del horizonte*, *Retrato de un hombre desnudo*, *Ojalá octubre*, *Muchas veces me pediste que te contara esos años*, *El niño descalzo* y *Un golpe de vida*. Su labor como editor ha quedado plasmada en *Egos revueltos* (XXII Premio Comillas), *Especies en extinción*, *Jaime Salinas. El oficio de editor*, *Beatriz de Moura. Por el gusto de leer*, *Toda la vida preguntando* y *Literatura que cuenta*. También es autor de *Viaje por las Islas Canarias*. En el año 2000 fue Premio Canarias de Literatura. También ha obtenido los premios Benito Pérez Armas, Azorín de novela y el Nacional de Periodismo Cultural. Fue maestro de escuela y ahora su nombre es el de un colegio público en su barrio de La Vera, en Tenerife.

© 2018, Juan Cruz Ruiz
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3741-5
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué
Imagen de cubierta: Mathilde Aubier
Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Primeras personas](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Algunas notas sobre este libro](#)

[Para empezar a escribir](#)

[Cristales rotos sobre todo esto](#)

[El silencio roto sobre Günter Grass](#)

[El gran hombre a la intemperie](#)

[Ute y Günter bailando](#)

[*Zona de correspondencia: Doris Lessing*](#)

[Peter Mayer canta con Chavela Vargas](#)

[Carlos Fuentes solo consigo mismo en un rincón del Palace](#)

[*Zona de descanso: Patti Smith pide perdón en Estocolmo*](#)

[Para entender a Jorge Semprún](#)

[Con Aramburu en Nueva York](#)

[*Zona de canarios \(I\): Manuel Padorno, los pies en el mar*](#)

[Julio Llamazares escribe a la luz de la luna](#)

[Mario Benedetti en el territorio ajeno](#)

[*Zona de catástrofe: Grossman mira en Jerusalén*](#)

[Tomás Eloy Martínez rescata la luz que se apaga](#)

[Gabo, el mal despedido](#)

[*Zona sagrada: en busca de la Maga*](#)

[Carmen Balcells de todos los ángeles y demonios](#)

[*Zona de canarios \(II\): Félix Francisco Casanova vuela sin ser visto*](#)

[Mario Muchnik, bienvenido e inesperado](#)

[John Berger guarda silencio](#)

[*Zona de extravío \(I\): naturaleza del grito*](#)

[Juan Marsé: *As time goes by*](#)

[*Zona de extravío \(II\): pánico en el vagón*](#)

[Hortelano, Aldecoa, noticias y avisos de los inolvidables](#)

[*Zona de extrañeza: la edad de Mafalda*](#)

[Sergio Ramírez no se queda solo](#)
[Juan José Millás ordena el insomnio](#)
[*Zona de memoria: mira esta fotografía*](#)
[Necesidad de Antonio Muñoz Molina](#)
[Pamuk en Madrid cuando no era famoso](#)
[La memoria que mira escribir](#)
[*Zona de poesía: Leonard que vestía de Lorca*](#)
[Dulce Chacón: canción con otros](#)
[Ángel González. Un hombre dulce sorprendido por la noche](#)
[*Zona de canarios \(III\): clase de Fernando Delgado*](#)
[El reposo de Almudena Grandes](#)
[La edad inmóvil de Manuel Vicent](#)
[Vicente Verdú escribe en tecnicolor](#)
[Juan Cueto, que reinventó la curiosidad](#)
[*Zona de Pavese: un amigo en agosto*](#)
[Amaya Elezcano, esencia de editar](#)
[José Saramago ante los cristales rotos de Lisboa](#)
[El hombre que no alardea de ser Manuel Longares](#)
[*Zona de Onetti riendo*](#)
[Elvira Lindo cambia de voz](#)
[Un instante en los ojos de Ángeles Mastretta](#)
[Sergio Pitol. Raro. Clásico. Secreto](#)
[*Zona de adioses: recuento de las últimas veces*](#)
[Fernando Vallejo y David Antón. Devastación en La Condesa](#)
[Fernando Savater, las nubes y la velocidad de la luz](#)
[Marías contra los ruidos del mundo](#)
[*Zona del sueño de Borges*](#)
[Manuel Rivas parte el pan](#)
[Arturo Pérez-Reverte después de las batallas](#)
[Urgente rescate de Rafael Conte](#)
[*Zona de música: Ricardo Piglia*](#)
[Jorge Fernández Díaz, entre mamá y Marcial](#)
[Rosa Montero, la velocidad de la luz](#)
[Héctor Abad Faciolince, el niño asustado](#)
[*Zona de asombro: Ingmar Bergman*](#)
[Cees Nooteboom, el hombre que se fue de casa](#)

[Guillermo y Miriam en la isla de Gloucester Road](#)

[Susan Sontag contra todos](#)

[*Zona mágica: J. K. Rowling*](#)

[La Nena no quiere ser otra](#)

[Beatriz de Moura, enigma de la alegría](#)

[El oficio de ser Gonzalo Suárez](#)

[El joven Lledó ante el encerado](#)

[*Zona Steiner*](#)

[Mario Vargas Llosa, la persistencia del miedo](#)

[Caballero Bonald, la sintaxis es un valor de la inteligencia](#)

[*Agradecimientos*](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)